



Autor:
Natsu Hyuuga

Illustrador:
Touko Shino

6

Traductor:
Ferindrad

The Apothecary Diaries

El Diario de la Apotecaria

Introducción

Relaciones Cambiantes

Jinshi y Maomao: su relación da un giro dramático tras la proposición de él. Mientras tanto, las sospechas de la Consorte Lishu sobre su relación con su padre podrían haber desaparecido, pero otra acusación la pone bajo llave. Esto hace que otra relación cambie: la suya, con cierto joven. Maomao se da cuenta de que este galante muchacho actúa no sólo por sentido de la justicia, sino por algo más profundo que siente por Lishu. Algo que nunca debería sentir por una de las consortes superiores del Emperador.

Una novia que se suicida en la capital occidental, un artista popular que se intoxica y una inmortal que camina sobre el agua... Cada misterio resuelto desenreda aún más la enmarañada madeja. ¿Quién persigue a la Consorte Lishu? ¿Y qué pasará con Jinshi y Maomao?

¡No podrás apartar los ojos del volumen 6!



El Diario de la Apotecaria

6

*Ugh,
¿qué
está
pasando
aquí?*

Traductor
Ferindrad

Autor
Natsu Hyuuga

Ilustraciones
Touko Shino

Ya que habían
traído a
Maomao,
sintió que
debía encontrar
algo para
ellos.



Sujetó la
barbilla de
Basen con la
mano libre
y le presionó
los labios con
el pulgar.

"A-Amo
Jinshi..."

"No.
Cállate."

"A-A-A..."

Basen se había
quedado completamente
blanco.

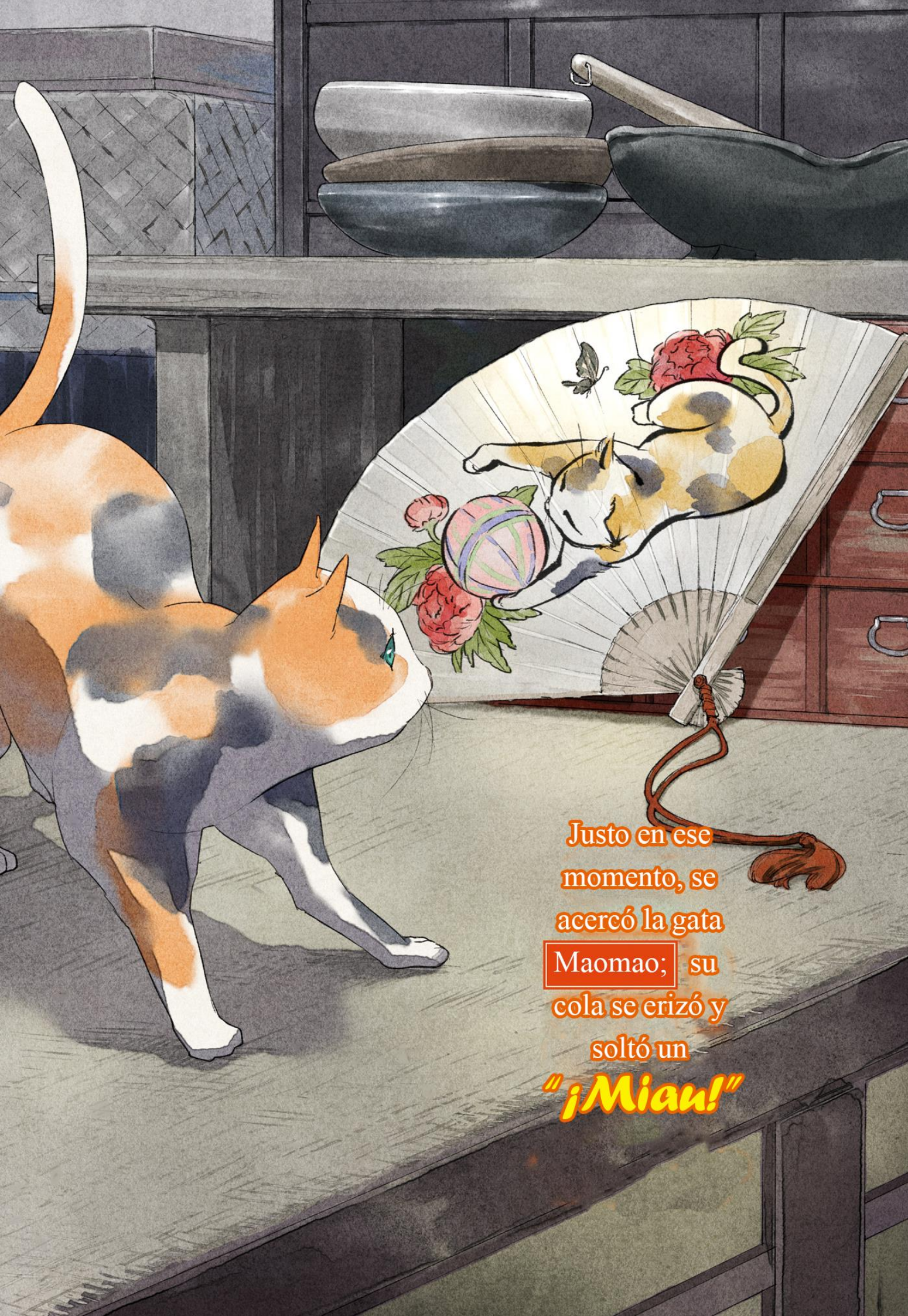


Lishu sacudió
la cabeza
furiosamente
y barrió la
comida de
la mesa.

**"¡No
lo
quiero!"**

**"¡No
lo
quiero!"**

**"¡No
lo
quiero!"**



Justo en ese
momento, se
acercó la gata
Maomao; su
cola se erizó y
soltó un
"¡Miau!"



**"¿Está herida,
mi señora?"**

"¿Por qué?"

Seguía sin poder articular más palabras. Las lágrimas nublaron los ojos de **Lishu**, y su visión se llenó del rostro borroso y sonriente del joven.

Perfil de los Personajes

Maomao

Una apotecaria del distrito del placer. Totalmente obsesionada con las medicinas y los venenos. Diecinueve años. Hija de una cortesana y del estratega militar Lakan.

Jinshi

Interpreta el papel de un eunuco en el palacio posterior, pero su verdadera identidad es el hermano menor del Emperador. Inhumanamente bello. Nombre real: Ka Zuigetsu. Veinte años.

Basen

Hijo de Gaoshun; ayudante de Jinshi. Puede ser casi impotentemente serio, pero en la batalla no hay otro a quien preferirías tener a tu lado.

Lakan

El padre de Maomao. El estratega excéntrico; el excéntrico del monóculo; el viejo cabrón. (Todos apodos que Maomao usa para él).

Lahan

Primo de Maomao e hijo adoptivo de Lakan. Excelente con los números.

Luomen

Padre adoptivo de Maomao; tío de Lakan. Es un médico muy consumado, pero no parece tener más que mala suerte e infelicidad.

Consorte Lishu

Una de las cuatro consortes más favorecidas del Emperador. Muy joven y aún tímida. Dieciséis años.

Ah-Duo

Una de las cuatro consortes favoritas del Emperador. Una mujer atractiva que se viste con ropa de hombre.

Emperatriz Gyokuyou

La esposa legal del Emperador. Viene del oeste. Hija de Gyokuen. Una belleza exótica de cabello rojo y ojos verdes.

La Madame

La anciana que regenta la Casa Verdigris, el burdel donde opera Maomao. Una auténtica avara.

Las Tres Princesas

Pairin, Meimei y Joka. Las tres cortesanas más populares de la Casa Verdigris.

Chou-u

Un niño superviviente del Clan Shi. Está parcialmente paralizado y ha perdido la memoria. Un artista con talento.

Ukyou

Criado principal de la Casa Verdigris. Es de complexión media y no destaca inmediatamente, pero su carácter considerado le hace popular entre las cortesanas.

Sazen

Antiguo granjero que huyó a la capital tras la rebelión Shi. Actualmente se está formando como apotecario.

Zulin

Aprendiz en la Casa Verdigris. Incapaz de hablar. Secuaz de Chou-u.

Gyokuen

El padre de la Emperatriz Gyokuyou. Un funcionario con rango suficiente para ostentar la capital occidental, pero que aún no ha recibido el apellido del Emperador.

Uryuu

El padre de la Consorte Lishu. Crio a Lishu, pero nunca la amó.

Prólogo

Jinshi se quedó mirando el crepitante brasero. Iba a ser otra noche fría. Basen echó más brasas al fuego.

Cuando se pone el sol, en la capital occidental hace un frío glacial. El cambio del calor del día podía ser suficiente para que algunas personas enfermaran. Jinshi no estaba acostumbrado a las noches de esta región arenosa, precisamente, pero por el momento prefería el frío.

Jinshi descansaba en un sofá, con una expresión melancólica en el rostro. En la mesa frente a él, una taza de cítricos y miel cortada con agua caliente estaba sin tocar. Tenía sed, pero no se atrevía a bebérsela. No quería renunciar a la sensación que aún permanecía en sus labios.

Dejó que sus dedos rozaran su boca, como para confirmar por sí mismo lo que los había tocado apenas una hora antes. Su cuerpo estaba poseído por una combinación de calor y melancolía que no parecía desaparecer.

Aún podía verla cuando cerraba los ojos: su rostro mirándole desde arriba, las estrellas como única luz. No había podido verla bien y, sin embargo, le parecía que podía recordarla con tanta claridad. Sus ojos, normalmente lánguidos, estaban apagados, pero su boca brillaba cálida y húmeda. Un hilo colgaba de la humedad y luego se desprendía. Se había acabado, notó Jinshi con una combinación de decepción y alivio.

Y luego el arrepentimiento.

Su compañera estaba bien dentro de su zona de confort. No se ruborizó ni apartó la mirada, avergonzada. Sólo miró con calma y frialdad al hombre que tenía debajo y luego se lamió los labios, aspirando el hilo de saliva. No estaba saboreando el resplandor, sino simplemente eliminando todo rastro, como si nunca hubiera sucedido. Su pequeño cuerpo superó al de Jinshi, que la doblaba en tamaño, y colocó su mano sobre el corazón de él. Ella podía sentir los latidos de su corazón, pero él no podía sentir los suyos.

¿Qué pensaba ella, sintiendo cómo se aceleraba y latía?

Era obvio a primera vista. El viento le revolvió el cabello y lo onduló. Entrecerró los ojos y lo miró. Sus labios seductores se arqueaban. “*Vaya, vaya. ¿Ya has acabado?*”, pareció preguntar, aunque no dijo nada. Su sonrisa dejaba claro lo mucho que aún le quedaba.

Significaba que había perdido.

Los hombros de Jinshi se desplomaron al recordarlo. Había intentado replicar, pero la apotecaria se había limitado a decir “Perdón” y se había marchado como si nada. Afirmó que había oído a su primo llamándola; era como si no tuviera nada más que hacer allí. Se habría emocionado más por una mordedura de perro. O por una picadura de mosquito.

Jinshi lanzó un suspiro al volver a la realidad.

“Lo sabía, señor. No te encuentras bien, ¿verdad?” Dijo su ayudante, Basen. Si Jinshi decía que se encontraba bien, Basen sólo le presionaría para saber si le había pasado algo. Y si decía que se encontraba mal, Basen probablemente se encargaría de cuidar a Jinshi y no saldría de la habitación.

Había momentos en los que Jinshi deseaba estar solo; siempre se preguntaba por qué Basen no había heredado la intuición de su padre Gaoshun para eso. El joven podía ser un poco denso.

Sin embargo, Jinshi no era el único que se sentía raro ese día. Basen también parecía diferente a lo habitual. Sus mejillas estaban más rojas de lo normal, no como si de repente tuviera una circulación excelente, sino más bien como si estuviera emocionado por algo. Tal vez fuera la lucha contra el león. Tenía una venda alrededor de la mano derecha, la mano que había estado sujetando la barra de hierro. Estaba hinchada; cuando la apotecaria había visto el feo apéndice, había declarado: “Está roto” y enseguida se había puesto a examinarle, pero en su interior probablemente tenía preguntas sobre el obtuso joven.

“Hoy pareces más cansado que yo, Basen. Deberías ir a descansar.”

“De ninguna manera, señor; no después de lo que acaba de pasar. ¿Quién sabe si podrían intentar algo más?” Dijo con seriedad. Jinshi realmente deseaba que se diera por aludido.

Jinshi tomó el agua con miel, pero no la bebió, sólo dejó que le calentara las manos. Aunque se hubiera puesto la ropa de dormir y se hubiera acostado, probablemente Basen no se habría ido. Había otro

sofá en la habitación con un cojín que podía servir de almohada en caso necesario.

Jinshi no podía dormir, y parecía que Basen tampoco. ¿Era la adrenalina de luchar contra un gran animal o era algo completamente distinto? Era algo más que el habitual ceño fruncido; Basen tenía el ceño fruncido. Algún recuerdo parecía revolotear en su mente, y cada vez parpadeaba y sacudía la cabeza de repente, como si quisiera deshacerse de él. Era muy sospechoso.

Una de las cosas extrañas de los humanos es cómo se tranquilizan cuando otra persona lo está pasando peor que ellos. Jinshi dejó escapar otro profundo suspiro. No podía seguir así. Puede que el banquete de la noche hubiera terminado, pero mañana aún quedaban más reuniones. Decidió encontrar el equilibrio. Reconoció, sin embargo, que estar solo no sería la mejor manera de ordenar sus pensamientos. En su lugar, dijo: “Basen.”

“¿Sí, Amo Jinshi?” Respondió Basen, usando el nombre falso de Jinshi. Eso era lo más fácil para Jinshi. Si Basen no iba a llamarlo por su verdadero nombre, como cuando eran niños, entonces esto era lo mejor.

“¿Alguna vez has conseguido convencer a alguien?”

Francamente, Basen no era una buena opción para hablar de esos temas, pero Jinshi no buscaba una respuesta seria. Podía responder a sus propias preguntas; sólo quería hablar en voz alta para no quedarse sentado con la mente dando vueltas en círculos. Basen no necesitaba

entender exactamente lo que Jinshi quería decir; le bastaba con ofrecer un *sí* o un *no* o un gruñido aquí o allá.

“Er, ¿cómo es eso, señor? Ha hablado con tanta gente desde que llegamos que no sé a quién podría referirse...”

Era cierto: muchas mujeres habían hablado con Jinshi desde su llegada a la capital occidental. ¿Cuántas? Uno no querría decirlo.

“No tienes que terminar pensando en esa dirección.” Dijo Jinshi.

Basen arrugó el ceño. “No estoy en su posición, señor, y no tengo mucha experiencia en estos asuntos. Aunque en el futuro puede que adquiriera alguna, quiera o no.”

Probablemente nunca *había* experimentado cosas así, todavía no. Aunque sólo se habían visto unas pocas veces al año desde que Jinshi había entrado en el palacio posterior, seguían siendo hermanos de leche y amigos de confianza. Jinshi sabía que Basen no siempre se sentía muy seguro con las mujeres: cuanto más femeninas, menos le gustaba tener algo que ver con ellas. El hecho de que fuera capaz de mantener una conversación más o menos normal con la apotecaria sugería que no la veía en esos términos, aunque Jinshi tenía dudas sobre si eso era bueno o malo. No se trataba de misoginia, sino más bien de una señal de lo mucho que habían influido en él las primeras experiencias de Basen. Una desgracia que había ocurrido debido a sus características particulares.

Basen respondió a la pregunta de Jinshi acariciándose la barbilla. “Sólo puedo decir que supongo que dependería de la persona. Hay mucha gente con la que no me siento del todo cómodo. Pero la situación también tiene algo que ver. Lo segura y competente que sea la otra persona puede afectar a la fluidez, y viceversa. Y usted tiene que tratar con *tanta* gente a la vez, Amo Jinshi, ¿eso no le provoca tensión?”

“¿«Tanta gente a la vez»? Creo que me estás sobreestimando.” Jinshi no había esperado una respuesta tan directa. Sonrió sardónicamente al oírse descrito como si estuviera loco de lujuria. Ahora que lo pensaba, Basen había estado yendo mucho últimamente al distrito del placer en casa de Gaoshun. ¿Habría conseguido ganar algo de experiencia? Jinshi sabía lo astuta vendedora que podía ser la madame de aquel burdel. Bien podría haber intentado venderle algo a Basen.

Jinshi miró a Basen, en conflicto. La Casa Verdigris era un burdel de lujo con excelentes cortesanas. Y Basen idealizaba a las mujeres, aunque no se le diera muy bien hablar con ellas. Las educadas —y muy firmes— damas de la Casa Verdigris podrían resultarle sorprendentemente agradables.

Jinshi tragó saliva. “Basen... ¿Pasó algo? ¿En la Casa Verdigris?”

“¡¿Q-Qué es esto de repente?!” Preguntó Basen, sobresaltado. Aquel hombre era un mal mentiroso; francamente, no era el ayudante ideal cuando se trataba de política. Pero ese aspecto de su personalidad

era precisamente lo que permitía a Jinshi relajarse a su alrededor. “No ha pasado nada.” Insistió Basen. “Y de todos modos, ¡puedo estar a la altura de las circunstancias cuando lo necesito!”

¿*Estar a la altura de las circunstancias*? Una elección de palabras un tanto inquietante, pero sí, Basen podía hacer lo que tenía que hacer, cuando tenía que hacerlo. Jinshi estaba dispuesto a reconocerlo. Volvió a tragar saliva, una vez más dándose cuenta de que tendría que replantearse cómo veía a su hermano de leche.

“¿Qué provoca esto, Amo Jinshi? ¿Te *ha* pasado algo?”

“No. Es simplemente que hay alguien sobre quien me gustaría mucho triunfar.” Dijo Jinshi, aunque tuvo que esforzarse para que le salieran las palabras. No era ni de lejos lo bastante hábil como para manejar a “tantas” mujeres a la vez, y quería evitar inflar aún más la opinión que Basen tenía de sus habilidades.

Y continuó: “Me había hecho a la idea de que yo sabía jugar a este juego. Este alguien puede ser bastante elegante, pero en la práctica se supone que yo soy el superior... y quizá confié demasiado en eso. Esa ilusión se ha hecho añicos esta noche, y me ha dejado bastante patético.”

Puede que no siempre tuviera *mucha* confianza en sí mismo, pero al menos la tenía. No podía contar cuántas mujeres se le habían insinuado en sus seis años en el palacio posterior, y eso le había dado la creencia (más que un poco engreída) de que podía hacerlas bailar en la palma de su mano.

Basen le miraba con un deje de asombro. “Esta persona debe ser muy hábil, señor, para que usted diga eso.”

“Sí...” Al menos Basen no parecía darse cuenta de a quién se refería Jinshi. Menos mal. “Nos peleamos por algo sin importancia.” Dijo. “Yo empecé la pelea... y la perdí.”

Basen pareció desconcertado durante un segundo, pero luego dijo: “¡Ah!” Como si todo tuviera sentido para él. “¿Ha perdido, señor? Ahh, así que a eso te refieres... ¿Un sparring, señor? ¡Qué grosero debe ser!”

Podía ser perspicaz en los momentos más sorprendentes. Quizá sonaría insultante sugerir que Jinshi se sobresaltó al darse cuenta de que Basen sabía lo que significaba realmente ser rivales en el amor. Pero ese Rikuson —así se llamaba, ¿verdad?— podía parecer sólo otra cara bonita, pero no había que subestimarlos. Era un subordinado directo del estratega, Lakan, pero no era *él* quien preocupaba a Jinshi.

“Así que había alguien en ese banquete que podía hacer que incluso tú admitieras la derrota, Amo Jinshi.” Dijo Basen en voz baja, con aspecto profundamente pensativo.

“No me halagues, por favor. Soy consciente de que aún soy joven. Mi oponente es como un sauce, o... o como intentar empujar una cortina. No importa cuánto empuje o golpee, simplemente se da por vencido.”

La cuestión era qué debía hacer su inexperto yo. Lo único que le ayudaría sería adquirir algo de experiencia, supuso, pero ¿cómo? No podía ir a enamorar a otra mujer, pero tampoco parecía sensato dirigirse a un burdel simplemente porque supuestamente no habría consecuencias.

Fue entonces cuando Basen dijo algo bastante inesperado. “¿Puedo ser de ayuda de alguna manera?”

“¿Perdón?” Dijo Jinshi, casi dejando caer su copa. Sabía a ciencia cierta que Basen era heterosexual, así que ¿cómo podía decir eso?

Y sin embargo, Basen continuó: “Debo confesar que no soy muy capaz. Soy muy consciente de que usted es mucho más hábil que yo, Amo Jinshi. Pero aventuro esta sugerencia en la creencia de que *debe* ser mejor que simplemente deprimirse sin hacer nada.”

“Basen...”

Sí, tenía razón. Y si Jinshi lo hiciese con Basen, bueno, en cierto nivel, no contaba, ¿verdad? Eso debía estar pensando el joven. Bueno, pero... no, espera. Algo estaba mal aquí.

“Puede que me falte habilidad, pero confío en mi resistencia, en lo mucho que puedo aguantar.” Afirmó Basen.

“¿R-Resistencia? Realmente no creo...”

No, esta no era una conversación que Jinshi pudiera continuar. Se estremeció. Tal vez a Basen le habían enseñado algún juego retorcido

en la Casa Verdigris, se inquietó. ¿Debería informar de esto a Gaoshun?

Basen, sin embargo, miraba a Jinshi, completamente serio. Parecía emocionado, pero no de la forma acalorada de antes. “Piense en ello como una práctica, señor. Nada más. Puede que no sea la persona que tiene en mente, pero sólo... finja.”

Jinshi se quedó pensativo y luego se puso en acción. Dejó la copa sobre la mesa, se levantó del sofá y se acercó lentamente a Basen.

“¿Nos movemos a algún sitio, señor? Esto es un poco estrecho.”

“No, este espacio es suficiente.”

No era como si necesitaran usar la cama. Y él absolutamente no quería que nadie los viera, así que tuvo que terminar esto mientras estaban todavía en esta habitación.

Basen era unos dos *sun* más bajo que Jinshi: deseaba que Basen encogiera otros siete.

Jinshi se inclinó y Basen retrocedió. ¿Qué era aquello? Se parecía tanto a la persona que Jinshi estaba imaginando.

“¿Amo Jinshi?”

“Está bien. Es perfecto.”

“Tengo las manos vacías...”

“Yo también.”

Sí... Ahora que lo pensaba, había oído hablar de emplear todo tipo de herramientas y artilugios, pero desde luego nunca había esperado que Basen sacara a colación algo así. Le *habían* enseñado cosas perversas en el distrito del placer, ahora Jinshi estaba seguro. Pero quizá no debería mencionárselo a Gaoshun.

De acuerdo. Entonces no había más razón para que Jinshi dudase. No hay razón para ser excesivamente comedido.

Cada vez que Jinshi se acercaba, Basen volvía a abrirse paso, no con el leve tambaleo de la chica apotecaria, sino con la agilidad de un soldado entrenado.

“¿Amo Jinshi?”

“Esta persona nunca inicia, sino que sólo responde a lo que se hace.”

“Entonces, Amo Jinshi, ¿debería...?”

Basen miró a Jinshi, profundamente preocupado; su espalda ya estaba contra la pared. Jinshi ya lo había conseguido antes; casi podría decirse que era su especialidad. Con Basen casi acorralado, Jinshi plantó su mano firmemente contra la pared. ¡*Bam!*

“A-Amo Jinshi...”

“No. Cállate.”

Jinshi concentró su imaginación: no se imaginaba a su hermano de leche, sino a la persona a la que deseaba vencer. Tenía que atacar antes

de que hablara la boca, esa boca que normalmente era tan inarticulada, pero que se volvía voluble e inteligente en los momentos más extraños. Sujetó la barbilla de Basen con la mano libre y llevó el pulgar a sus labios.

“A-A-A...” Basen se había quedado completamente blanco, y desde esta distancia, Jinshi podía ver que estaba cubierto de sudor. ¿Por qué parecía tan preocupado? Esta era su sugerencia. De alguna manera, casi parecía como si no hubiera esperado que nada de esto sucediera.

¿Podría haber algún error aquí? ¿Algún malentendido crucial y trascendental?

Tal vez fuera la tensión que ambos sentían: ninguno de los dos se percató del sonido de voces justo fuera. Y justo cuando Jinshi estaba a punto de atar cabos, la puerta de la habitación se abrió de golpe con un tremendo estruendo.

“¡Hacía demasiado tiempo que no compartíamos una copa! ¡Y he atrapado una presa fascinante en mi red!” Anunció una voz ágil pero de género neutro.

“¡L-Lady Ah-Duo!” Gritó un guardia en el exterior, pero la encantadora persona vestida de hombre ya lo estaba empujando hacia la habitación. El olor a alcohol la acompañaba; parecía haber estado compartiendo una copa consigo misma antes de que se le ocurriera invitar a Jinshi. Llevaba así desde el palacio posterior, siempre

intentando que él bebiera con ella. Quizá estaba un poco borracha, porque la forma en que entró en la habitación fue, como poco, enérgica.

Y el momento que había elegido era incómodo.

Jinshi estaba casi encima de Basen, que estaba inmovilizado contra la pared con los dedos de Jinshi rozándole los labios en lo que era inequívocamente una caricia de amante. Basen sudaba y tenía la cara completamente desencajada.

Los dos guardias que habían entrado intentando sujetar a Ah-Duo se cubrieron los ojos con las manos y se asomaron entre los dedos. En cuanto a Ah-Duo, sus ojos se abrieron de par en par y se quedó con la boca abierta.

“¡Ah!” Dijo ella. “Así es. No *tienes* que elegir una flor. Supongo que me equivoqué.”

Una vez hecho esto, salió de la habitación y cerró la puerta cortésmente.

Ni Jinshi ni Basen dijeron nada, pero tras un momento de silencio, la oscura mansión You se llenó con los sonidos de dos hombres gritándose.

Capítulo 1:

La Capital Occidental—Cuarto Día

La luz del sol que traspasaba las cortinas abrió los pesados párpados de Maomao. La cama (con un lujoso dosel), el aire claro y brillante y el elaborado mobiliario le volvieron a recordar que no estaba en su casa de la capital.

Quiero... dormir... más...

Se incorporó, frotándose los ojos. Las noches eran tan frías que dormía bajo varias mantas pesadas y algún tipo de piel, pero en cuanto salía el sol, hacía un calor espantoso. Una de las capas ya estaba en el suelo, y Maomao sacó los pies de debajo de las mantas.

Creyó haber oído gritos en mitad de la noche; la habían despertado, y después había dormido poco. ¿Quién haría algo así? Qué vecinos más odiosos.

El desayuno no tardaría en llegar. Maomao se alegró de que no tuvieran que reunirse todos para comer, probablemente por cortesía con los huéspedes resacosos. Decidida a cambiarse antes de que llegara la camarera, Maomao se quitó la ropa de dormir y se puso un conjunto que eligió al azar de un perchero.

Hoy llevaba una falda normal y corriente y un top de manga corta sobre un bonito drapeado. Lo mejor era su transpirabilidad. Unos

bordados en el cuello y el bajo le daban un aire occidental. El vara plateada para el cabello estaba sobre la mesa.

Hm...

Maomao no se la puso en la cabeza, sino que utilizó un simple lazo para sujetarse el cabello. Sin embargo, colocó el bastón entre los pliegues de su ropa para asegurarse de no perderlo. Siempre llevaba un pequeño paquete con medicinas, vendas y cosas por el estilo, así que simplemente lo añadió.

Llamaron a la puerta justo cuando terminaba de cambiarse. “Adelante.” Dijo, y una criada entró con un carro cargado con el desayuno. El menú era un poco más escaso de lo habitual, quizá debido al gran banquete de la noche anterior.

Maomao había probado un par de bocados de sopa de arroz normal y estaba pensando que un poco de vinagre negro podría mejorar su sabor cuando llamaron a la puerta. Maomao echó un poco de vinagre negro en su congee, dio un mordisco y luego, sin ocultar su enfado, dijo: “Pasa.”

“Juraría que has tardado un momento más en contestar.” Dijo Basen al entrar. Había un hombre con él, pero no era Jinshi. Sin saber cómo sentirse al respecto, Maomao tragó saliva y fingió no saber de qué hablaba Basen.

“Fue tu imaginación, estoy segura.” Dijo.

“¿Vas a desayunar?” Preguntó Basen. No parecía que eso le motivara a marcharse. Algo, supuso Maomao, debía de haber pasado.

Dejó los palillos y le miró. “¿Qué pasa?” Tenía la mano derecha vendada, la misma que Maomao le había puesto la noche anterior. Había estado tan lleno de adrenalina que ni siquiera la hinchazón y el hecho de que el hueso estuviera rota habían parecido molestarle. Había gente densa, y luego había gente *densa*.

Basen tomó aire y sacó un paquete de tela de entre los pliegues de su túnica. Lo dejó sobre la mesa y lo abrió para mostrar otro paquete, este de papel de aceite. Nada más desenvolverlo, Maomao sintió un pinchazo en la nariz y retrocedió.

El olor ofensivo procedía de un frasco de cerámica que había en el paquete. “Por casualidad, ¿es perfume?” Preguntó. Ya lo había olido antes: era lo que se había derramado sobre la Consorte Lishu en el banquete. “¿De dónde lo has sacado?”

“Es curioso que lo preguntes.” Dijo Basen. Su expresión era conflictiva; obviamente estaba reprimiendo un destello de ira. “Lady Ah-Duo nos lo trajo.”

“¿Y de dónde lo sacó?”

“Ella dijo que uno de sus guardaespaldas lo encontró. Anoche lo tenía una sirvienta de la hermanastra de la Consorte Lishu. Ella estaba caminando cuando por alguna razón un perro callejero la atacó, y el guardia pasó a ayudarla.”

Así que se lo pasó a otro, ¿eh?

¿Qué posibilidades había de que la presencia de la guardia fuera realmente una coincidencia? Incluso tan lejos de la capital, ¿por qué iba a estar sola una sirvienta? La deducción lógica sería que, de hecho, el guardia había sido enviado a seguirla porque Ah-Duo sospechaba de ella. Pero no había razón para decirlo en voz alta.

“El perro parecía desmesuradamente excitado y, a pesar de la presencia de otras personas, las ignoró por completo. Se dirigió hacia la sirvienta.”

“¿Dices que este perfume fue la razón?” Maomao se tapó la nariz con un paño y sujetó el frasco. La cerámica no era tan inusual. Nadie fabricaba frascos de perfume de cerámica con fines puramente estilísticos, así que sería difícil rastrear el origen de la pieza. “Eso implicaría que el perfume con el que la Consorte Lishu fue rociada anoche pertenecía a su hermanastra, ¿no? Y este olor evidentemente tiene el efecto secundario de agitar a los animales salvajes.”

“Creo que eso es casi seguro.” Dijo Basen.

¿Había comprado la hermanastra el perfume sólo como una broma? Maomao no se lo habría creído. ¿Pero odiaba tanto a Lishu como para querer deshacerse de ella? Y aunque tuviera un motivo, Maomao dudaba de que ella y la sirvienta tuvieran la habilidad necesaria para manipular los barrotes de la jaula del león.

Consideró la posibilidad de que el padre de Lishu, Uryuu, les hubiera ayudado, pero esa teoría también dejaba interrogantes. En primer lugar, si lo que querían era deshacerse de Lishu, era una forma muy indirecta de hacerlo. Habría habido muchas soluciones más sencillas. Sobre todo, el riesgo era demasiado grande. Sin embargo, Maomao quería estar segura de una cosa.

“¿Así que consideras a la hermanastra de la consorte como la culpable?”

Basen hizo una pausa. “No podemos asegurarlo. Pero si nada cambia, creo que ahí es donde nos encontraríamos.” Una forma ingeniosamente vaga de decirlo. No era habitual en Basen. Normalmente era mucho más directo. Maomao podría haber esperado que exclamara: “¡Sí! ¡Debe ser castigada!”

En lugar de eso, continuó: “La hermanastra dice que sólo era una broma. Dice que alguien que conoció en la ciudad hace unos días le dio el perfume. Le dijeron que atraería insectos desagradables, y que ¿no sería divertido? La hermanastra jura que no esperaba que un león estuviera involucrado...”

Así que admitió su malicia hacia Lishu. Sólo que no había planeado lo del león. Si todo eso era cierto, ¿cómo cambiaban las cosas?

“Si también participó en la trampa de la jaula del león, eso iría más allá de una broma.” Dijo Maomao. Había muchos dignatarios en el banquete, además de Lishu, y ella también los habría puesto en peligro. Si realmente sólo hubiera ido por la consorte, aún podría salirse con la

suya. Para empezar, Lishu era una pariente y, lo que es más importante, tendría cierta discreción a la hora de presionar para que la castigaran. Puede que la hermanastra no saliera impune, pero tal vez sólo con un tirón de orejas.

“Tienes razón. Y no sólo la hermanastra, sino también el señor Uryuu y la propia Consorte Lishu podrían sentirlo.” Dijo Basen.

“¿Crees que un poco de calor es todo lo que van a sentir?” Preguntó Maomao. Esperaba que se achicharraran. Muchas personas poderosas de otros países habían asistido a aquel banquete, podía tratarse de un incidente internacional. Pensó que era ingenuo imaginar que sólo el culpable sería castigado.

Basen le dirigió una mirada amarga. “¿Por qué siempre le pasan estas cosas a la Consorte Lishu?” Dijo. Era difícil saber si se lo estaba preguntando a sí mismo o a Maomao, y ella no estaba segura de qué decir, así que se quedó callada. Pero pensó que *tal vez había nacido así*.

Maomao odiaba despreciarlo todo con palabras como “destino”, pero le parecía que algunas personas tenían mejor suerte que otras. Esto le llamó especialmente la atención cuando pensó en su padre adoptivo, Luomen. Era más inteligente y capaz que nadie, pero parecía carecer por completo de buena fortuna. Ahora volvía a trabajar en palacio, pero parecía que esto sólo había provocado que el zorro estratega se dejara caer sobre él con cierta regularidad, interrumpiendo su trabajo. La situación debía de ser calamitosa si era tan mala como

para que la comentara en sus cartas. Había escrito que recientemente uno de sus botiquines se había encontrado patas arriba. Maomao no podía imaginar por qué.

“¿No es todo demasiado lamentable de soportar?” Dijo Basen.

Está realmente preocupado por ella, pensó Maomao, pero decidió no decir nada en voz alta. Comentar aquello que sería mejor que pasara desapercibido era un camino seguro hacia más quebraderos de cabeza.

Aun así, era cierto que la consorte, a su manera consorte, tenía sus problemas. En el fondo, siempre se dejaba llevar. Maomao sabía que, en cierto modo, era inevitable: así se había criado Lishu y así había vivido siempre. Sin embargo, Maomao no podía evitar pensar en la joven que había llegado al distrito del placer para venderse como cortesana. Lo había hecho para cortar los lazos con su padre, para ayudar a su hermana a comer y para salir de la miseria. Maomao no se atrevía a odiar una personalidad así.

Si la consorte tuviera la mitad de ese empuje... Bueno, tal vez habría sufrido mucho menos acoso por parte de su hermanastra, y tal vez no se burlarían tanto de ella en el palacio posterior.

De todos modos, ya eran suficientes preliminares. Era hora de que Maomao averiguara exactamente por qué Basen había acudido a ella. “¿Hay algo que quiera que haga, señor?” Preguntó.

“Sí... Lo hay.” Dijo Basen, y sacó un trozo de papel. Parecía un cartel de se busca, pero algo desconcertó a Maomao.

“¿Qué significa esto?”

“Eso es lo que me gustaría saber. Esta es la mujer que dijo que le dio el perfume.”

En efecto, el boceto sobre el papel parecía representar a una mujer, pero su rostro estaba velado, de modo que sólo se veían sus ojos. Para compensar, el boceto incluía todo su cuerpo, pero aunque los detalles de su ropa estaban cuidadosamente dibujados, era obvio que podía cambiar de atuendo sin más.

“¿Es una comerciante?”

“No, al parecer empezó a hablar con la hermanastra mientras hacía unas compras en la ciudad.”

En la ciudad, ¿eh? Maomao escuchó dubitativa la historia de Basen.

“La mujer dijo que comerciaba con perfumes, y recomendó varias fragancias diferentes a la hermanastra. Este era uno de ellos.” Supuestamente, la “comerciante” le había dicho que el perfume podía atraer a los hombres, pero que tuviera cuidado al usarlo. El olor sería demasiado fuerte a menos que se diluyera adecuadamente, le dijeron a la hermanastra; de hecho, se sabía que algunas personas incluso lo utilizaban para gastar bromas. Al parecer, de ahí había sacado la hermanastra la idea de su pequeña broma.

“Esa historia es un poco vaga.” Dijo Maomao.

“Muy cierto. No es mucho para seguir adelante. Y rastrear a este vendedor de perfumes sería difícil en el mejor de los casos.”

Maomao entrecerró los ojos, estudiando la imagen. El atuendo, característico de la capital occidental, estaba diseñado para proteger de la arena y el polvo, por lo que dejaba muy poco al descubierto, es decir, ocultaba cualquier rasgo distintivo del cuerpo. Pero los agudos ojos de Maomao se fijaron en una cosa en particular. “Para lo sencillo que es este dibujo, los accesorios de los zapatos tienen muchísimos detalles.”

Basen volvió a mirar la imagen. “Ahora que lo dices, es cierto. De hecho, el tamaño de los pies parece fuera de lugar en comparación con el resto del cuerpo.” El cuerpo de la persona había sido dibujado a una escala más o menos normal, pero sus pies parecían retorcidos, casi estilizados.

“¿Crees que hay alguna posibilidad de que tuviera los pies vendados?” Preguntó Maomao.

“¿Pies vendados?”

El vendado de los pies era una forma de hacerlos más pequeños de lo normal. Se lo habían hecho a algunas mujeres del palacio posterior; era una costumbre bastante común en el norte, pero ¿y aquí, en el oeste? Si la hermanastra no había pensado mucho en ello, sugería que el vendado de pies no era inusual.

“¿Podrías comprobar este dibujo por mí?”

“Lo haré.” Dijo Basen, recogiendo el cuadro. Estaba a punto de marcharse cuando se volvió como si acabara de recordar algo. “Por cierto...”

“¿Sí, señor?”

“El Amo Jinshi parece... raro desde anoche. ¿Por casualidad sabes algo al respecto? Creo que normalmente habría venido él mismo a hacer un recado como este, pero en vez de eso eligió enviarme a mí.”

Maomao no dijo nada.

“¿Has oído algo sobre él... no sé, que esté bajo presión de alguien? ¿Algo?”

Maomao desvió la mirada. Basen tenía razón: sabía que normalmente él nunca acudía a ella a menos que Jinshi se lo pidiera expresamente.

Decidió hacerse la tonta. “¿Quién sabe?” Dijo. “Tal vez esté cansado. Ha sido un viaje muy largo.”

El informe de Basen llegó en menos de treinta minutos. Evidentemente, la hermanastra había estado insistiendo a su dama de compañía en que ella no tenía “nada que ver con esto” y que “nunca había querido que esto ocurriera”, pero a Maomao, francamente, no le importaba. Basen regresó enfadado por todo aquello.

“Es tal y como dijiste.” Le dijo. Efectivamente, la mujer tenía los pies vendados y llevaba unos zapatos especiales por ello, un detalle distintivo que se le quedó grabado en la mente y que la hermanastra había subrayado inconscientemente al describir a la mujer para el artista, aunque nunca dijera específicamente que la mujer tuviera los pies atados. “Eso lo reduce.”

“A unas pocas personas, diría yo, señor.” Respondió Maomao.

“¿Tú crees?”

En Li, la costumbre de vendar los pies se encontraba principalmente en el norte; aquí, en el oeste, de hecho, apenas existía. Por lo tanto, si se encontraba a alguien con los pies vendados en la capital occidental, era seguro suponer que procedía del norte. O, al menos, que su familia se había establecido aquí en algún momento de las dos últimas generaciones.

“La cuestión es que en su casa ya debían tener la costumbre.”

Basen puso cara de duda. “¿No crees que podría haber sido una viajera?”

Maomao negó con la cabeza ante esa idea. “Si lo fuera, tendría que ser hija de una casa que pudiera permitirse enviarla con estilo, como la Consorte Lishu.”

El camino hasta la capital occidental era largo, y las vendas torcían los pies en formas que, todo sea dicho, no eran propicias para caminar por terrenos arenosos. El proceso de atar los pies consistía en impedir

por la fuerza el crecimiento de los pies desde una edad temprana, y dejarlos atados durante toda la vida para que no crecieran más. Los pies debían desinfectarse cada pocos días, hasta el punto de que Maomao vendía alcohol a las cortesanas con los pies vendados.

Todo ello significaba que si alguien nacido en la capital occidental tenía los pies atados, debía de pertenecer a una familia lo suficientemente numerosa o rica como para continuar la tradición.

“¿Y estás segura de eso?”

“No me responsabilizo de nada. Sólo he ofrecido lo que creo que es la posibilidad más probable a la luz de la información que se me ha dado.”

No podía permitir que esperaran de ella la perfección. Si sólo iban a permitir respuestas correctas, entonces Maomao no tendría más remedio que cerrar la boca y jurar que no sabía nada.

“De acuerdo.” Dijo Basen al cabo de un momento, resignado a sus condiciones. Finalmente salió de la habitación.

Maomao bostezó y se sentó en la cama, pensando en volver a instalarse.

Perfección... Sí, no es probable. La propia Maomao aún tenía varias preguntas. ¿Se dignaría la prepotente hermanastra de Lishu a hablar con alguien a quien acababa de conocer, y mucho menos a comprarle algo? ¿Y cómo había sabido este misterioso vendedor lo de

la hermanastra? Era demasiado evidente para ser una mera coincidencia.

Hmm...

Lo que sea. Maomao decidió seguir adelante y dormir un poco. Estaba tan cansada que apenas podía hacer funcionar su cerebro. Se tumbó, pero la vara de cabello que tenía en el pecho le dio una punzada. Pensó en quitársela, pero no quería que estuviera a la vista.

Sin mediar palabra, Maomao se dio la vuelta y se tumbó sobre su otro costado, y enseguida cerró los ojos.

Capítulo 2:

La Novia Flotante (Primera Parte)

Ya era de noche cuando Maomao volvió a abrir los ojos. Hoy tenía intención de ir de compras a la ciudad —le habían dicho que era aceptable salir del recinto siempre que fuera con un guardaespaldas—, pero después de todo lo que había pasado la noche anterior, era difícil tener ganas de ir al mercado. Durmió todo lo que pudo, y cuando despertó se quedó con un letargo pegajoso.

Miró su ropa arrugada con leve consternación, preguntándose si debería haberse puesto la ropa de dormir. Pero lo primero es lo primero: beber agua para rejuvenecer su cuerpo reseco. El agua de la jarra estaba tibia, pero un toque de cítricos la hacía refrescante.

Me pregunto qué se hará para cenar, pensó. Pensando que tal vez debería salir a ver qué pasaba, trató de quitarse las arrugas de la falda. La dejó casi presentable y salió de su habitación, donde se encontró con Jinshi y Basen que venían hacia ella por el pasillo.

Algunos consideraban a Maomao capaz de ser bastante descarada, pero en aquel momento se sentía claramente incómoda. La noche anterior, tras hacer lo que le había hecho a Jinshi, se había excusado con el pretexto de que había oído que Lahan la llamaba. Pero eso no significaba que ahora pudiera intentar esconderse en su habitación.

El rostro de Jinshi al acercarse estaba inusualmente demacrado; tenía un surco en la frente digno de Gaoshun, y su mirada estaba fija en Maomao, al parecer. La mirada duró sólo un instante, antes de que recuperara su habitual expresión tranquila. Basen, sin embargo, miraba a Jinshi con angustia, así que algo *pasaba*.

Jinshi se acercó a ella con pasos que sonaban desmesuradamente fuertes.

¿Qué se supone que haga? Se preguntó Maomao, pero no había tiempo para pensar en ello. Lo más que podía hacer era tratarle con normalidad. Asintió cortésmente con la cabeza y dijo: “¿Ocurre algo, señor?”

Normalmente, lo apropiado para una sirvienta sería hablar sólo después de que Jinshi le hubiera dirigido la palabra, pero Maomao juzgó que lo mejor sería que ella hablara primero en ese momento. La boca de Jinshi se torció, una expresión de conflicto cruzó su rostro, pero era difícil decir si alguien más lo había notado.

“Sé que es repentino, pero quiero que te cambies y vengas conmigo.” Fue todo lo que dijo, y luego pasó junto a ella. Detrás de él venían varias sirvientas, sosteniendo una caja con una muda de ropa e inclinando profundamente la cabeza.

“Sí, señor.” Respondió Maomao. Dadas las circunstancias, era lo único que podía decir.

Después de cambiarse, la metieron en un carruaje. Jinshi y Basen, también con trajes nuevos, ya estaban dentro.

Maomao miró a su alrededor. Había pasado la mayor parte del tiempo aquí en compañía de Lahan; ¿le parecía bien actuar por su cuenta con Jinshi y Basen?

“Fui yo quien te llamó aquí.” Dijo Jinshi. “Teniendo en cuenta que nuestras agendas estaban alineadas con este mismo propósito, difícilmente podíamos no ir.” A pesar de lo que pudiera sentir por ella, al menos tenía los medios para hablarle con normalidad. Se alegró de que fuera lo bastante adulto para eso, pero no pudo evitar sentir que había algo acechando tras su: “Fui yo”.

“¿Y adónde vamos, señor?”

“A un banquete de boda para cierta casa.” Otro banquete. Bueno, aparentemente esto era parte del trabajo. “Tenía la intención de negarme, pero el anfitrión insistió, siendo esta una ocasión tan alegre. Y además...”

“¿Sí, señor?”

Jinshi dirigió a Basen una mirada significativa y sacó el cartel de se busca que le había enseñado antes a Maomao.

“Deduzco que la familia de la joven que se va a casar procede originalmente del norte. Fueron una de las casas encargadas de gobernar esta zona tras la destrucción del Clan Yi.”

El Clan Yi había gobernado estas tierras una vez, hasta que fueron exterminados en tiempos de la emperatriz regente. Eso significaría que esta familia había sido trasplantada aquí varias décadas antes.

“Los pies de la joven están vendados.” Le informó Jinshi. Como ella había sospechado.

“¿No había nadie más aparte de esta... joven?” Eso era algo de lo que Maomao quería estar especialmente segura: no podía ir acusando a la gente de ser criminales basándose sólo en una suposición.

“Varias.” Dijo Jinshi. “Una de las damas de compañía de la joven, por ejemplo. El verdadero problema es con quién se va a casar la mujer: dicen que es de Shaoh.”

“Ya veo.”

Había sido una delegación de Shaoh la que había traído al león, y tal vez la que había manipulado la jaula para que se rompiera.

“Lo más importante de todo es que la joven emprenderá viaje mañana.” Hoy celebrarían el banquete de bodas y al día siguiente partiría hacia el país de su marido.

“Eso parece bastante precipitado.”

“O más bien deliberado.”

Así que aparentemente querían que Maomao encontrara algún tipo de prueba de delito. “¿Y si no soy capaz de encontrar nada?”

“Tendremos que encontrar otra manera. Mi estancia aquí puede prolongarse.” El deseo de evitarlo estaba escrito en el rostro de Jinshi. Ya llevaba cerca de un mes fuera de la capital, y el trabajo que tenía que hacer el hermano menor del Emperador se habría estado acumulando todo ese tiempo. Sin embargo, tenían que encontrar al culpable. “Esto también podría afectar negativamente al Clan U, y me gustaría evitarlo.”

“No confío en encontrar nada.” Dijo Maomao. Quería ser clara al respecto.

“Entiendo.” Jinshi se volvió para mirar por la ventanilla, y no volvió a mirarla durante el resto del viaje.

Llegaron a otra mansión construida cerca de un oasis. El estilo era bastante diferente al de la casa familiar de la Emperatriz Gyokuyou; este edificio se parecía más a algo que podría encontrarse en el este. El edificio en sí, y el jardín que ostentaba, no habrían desentonado en la capital.

Cuando se dirigieron a la puerta y avanzaron por un camino de losas, encontraron agua fluyendo a ambos lados. Los sauces se mecían suavemente, dando al lugar un aspecto refrescante, mientras pabellones al aire libre con postes bermellón y tejados amarillos salpicaban la finca. Había un gran estanque en el que flotaban hojas de loto. La superficie del agua ondulaba de vez en cuando, y cada vez que un guijarro caía en un canal, se oía un chapoteo de peces.

¿Carpas?

Las carpas son especies resistentes, pero a Maomao le impresionó que la familia fuera capaz de mantenerlas en un entorno tan desecado.

“¿Esta casa fue abandonada por el Clan Yi?” Se preguntó Jinshi en voz alta. Si estas personas hubieran sido enviadas para reemplazar a un clan aniquilado que había vivido en el regazo del lujo, es comprensible que simplemente se hubieran mudado a la mansión existente. Sin duda era un lugar opulento, pero también tenía algo de triste. El hogar de la Emperatriz Gyokuyou —la mansión de Gyokuen— era animado y bullicioso; esta residencia parecía apagada.

Al cruzar el puente sobre el lago, vieron a alguien que venía en la otra dirección, inclinándose obsequiosamente. “Mis disculpas por haber tardado tanto en saludarles.” Dijo la persona. Debía de ser el dueño de la casa. Era regordete y empezaba a perder cabello. Detrás de él había una mujer que creyeron que era su esposa. Tenía los pies pequeños y unos zapatos de forma extraña.

“Estoy seguro de que mi hija estará encantada de recibir las felicitaciones del Príncipe de la Noche.”

¿El Príncipe de la Noche? Se preguntó Maomao. Supuso que se refería a Jinshi. No mucha gente en esta tierra podía referirse a él por su nombre real, pero parecía implicar el carácter de “luna”; de ahí, quizá, este apodo.

“Permítanme darles la bienvenida.” Continuó el hombre, guiándoles hacia el edificio. Habían colocado una alfombra en el pabellón, y en el lago flotaban una pequeña barca y linternas. Sólo era el crepúsculo, pero cuando oscureciera tendría un aspecto espeluznante.

“Eh, por aquí.” Llamó Basen a Maomao.

Jinshi estaba sentado junto al dueño, mientras que el siguiente en la fila era Gyokuen, al parecer también invitado a la boda.

“Empujamos un poco el asunto para traerte aquí.” Explicó Basen, a propósito de los asientos. “Ahí es donde debería haber estado la Consorte Lishu. Por eso estás lejos. Tendré una dama de compañía asignada a ti, úsala si necesitas algo.”

Por eso el asiento de Maomao parecía haber sido preparado con prisas. Una mujer que ciertamente parecía una dama de compañía apareció por detrás de Basen como si fuera lo más natural del mundo.

Además de Maomao, había otras mujeres, pero todas tenían los pies grandes y sanos. Uno de los asientos de honor lo ocupaba un hombre de mediana edad con el cabello casi brillante y rasgos faciales afilados y angulosos. Un extranjero. En el otro asiento había una joven que llevaba un velo sobre la cabeza. Vestida de blanco, permanecía quieta y silenciosa como una muñeca.

¿Es ella? Pensó Maomao. Parecía bastante flexible, pero podría ser una actuación.

Resistiendo el impulso de ir por el alcohol, Maomao bebió un poco de zumo. Era un tanto inusual celebrar un banquete como este al aire libre, de noche, pero la comida y la música parecían básicamente familiares. Maomao estaba francamente cansada de los banquetes, y no sentía la necesidad de valorar este muy a fondo. Sólo iba a disfrutar de la buena comida y a vigilar a la novia.

¿Qué está pasando aquí?

Desde que trajeron a Maomao, sintió que debía encontrar algo para ellos, pero hasta ahora no había tenido ni una sola oportunidad de actuar. Primero una persona le había hablado un rato antes, y luego fue como si la presa hubiera reventado; la gente no *paraba* de hablarle. ¿Por qué? Porque era la compañera de Jinshi, supuso. Todos sonreían y bebían vino, pero en el fondo de sus ojos ardían las emociones: ambición en los ojos de los hombres, celos en los de las mujeres.

A Maomao no se le escapaba que ese podía ser el motivo por el que Jinshi la había traído: para enseñarle lo que era asistir a un acto con el hermano menor del Emperador, y no como su dama de compañía, como había hecho antes.

Ugh. ¡No, no!

¿Era egoísta por su parte desear que él actuara con normalidad, que los acontecimientos de la noche anterior no cambiaran su forma de tratarla? Quería que su relación con él fuera profesional, como siempre

había sido, ya que cada uno utilizaba y era utilizado por el otro. Eso era lo mejor para Maomao en ese momento.

“Es usted una joven muy modesta.” Dijo alguien.

Maomao no respondió. Llevaba un velo que le cubría la mayor parte del rostro y hablaba mucho a través de la sirvienta que le habían asignado para asegurarse de que no dijera nada inapropiado. Después de todo, últimamente había vuelto a hablar con el tono desagradable del distrito del placer.

Si a ti te lo parece, está bien, pensó. Dejó vagar su mirada hacia los asientos del centro del banquete para descubrir que, en algún momento, la novia había desaparecido. La dama de compañía de Maomao pareció darse cuenta de adonde se había ido su atención, porque le susurró al oído: “Supongo que ha ido a refrescarse el maquillaje.”

Maomao se levantó pensando que podría ir al baño, pero estaba atrapada, rodeada de gente que parecía no entender una indirecta. Miró a Jinshi y Basen, que parecían estar en la misma situación. Basen recibía con desgana las bebidas alcohólicas de varias mujeres; tal vez habría sido poco generoso preguntarle si tenía la cara roja por las copas o por alguna otra razón.

Mientras Maomao intentaba pensar en una excusa adecuada para salir de allí, se oyó un gran estruendo. Se giró y vio que todo el mundo a su alrededor miraba hacia la fuente del ruido.

El barco cargado de linternas en el lago brillaba más que nunca. Los fuegos artificiales volaban sobre el agua, obviamente la fuente del ruido. Así que la velada se había preparado para incluir fuegos artificiales.

“¡Genial! ¡Me encanta!” Proclamó un hombre ebrio, saliendo inestablemente del pabellón. Se metió en el estanque (¿en qué estaba pensando?) y agarró una de las carpas con ambas manos. “¡Genial! ¡Me encanta! Ojalá fuera un pargo, ¡pero no me voy a poner a *pescar*!”

Era una broma terrible, pero en cualquier caso le dio el pescado a un criado y le dijo: “¿Me lo preparas?”

El criado, obviamente, no estaba seguro de cómo responder a esa petición en particular, pero fue rescatado por el jefe de la casa, el padre de la novia. “¡Eh, tú!” Le dijo. “Sé que es una ocasión feliz para tu sobrina, pero eso no es excusa para ir haciendo el ridículo. Todo el mundo está mirando.”

“¡Ja, ja, ja! ¡Hola, Hermano Mayor! No, todo está bien.”

“El Príncipe de la Noche debe estar horrorizado.”

Jinshi, el que había sido invocado de repente, sonreía. Una mera sonrisa cortés, sin duda, pero suficiente para embelesar a todos los que le rodeaban, que, a pesar de su herida, seguían pensando que les recordaba a una ninfa celestial.

“Me da pena ese pobre pez. ¿Por qué no lo devuelves?” Dijo. La fiesta se había convertido en una batalla campal, a pesar de la presencia

del hermano menor del Emperador. Una escena así habría sido impensable en la capital.

Todo el mundo sonreía y se reía del intercambio. La carpa fue devuelta al estanque y de alguna manera escapó sin ser cocinada esa noche. Aun así, no debió de ser fácil para los peces, primero con los fuegos artificiales estallando justo sobre sus cabezas, y luego siendo agarrados por fiesteros ebrios. Maomao miró el agua oscura. Intentó echar unas migas de pan, pero no había ni rastro de los peces. El alboroto debió de ahuyentarlos.

Con la adición de más alcohol, la fiesta se hizo cada vez más libre, pero la novia seguía sin regresar. Jinshi ya se había dado cuenta de ello, y tanto él como el novio miraban el asiento libre.

“¿Quizás la estrella de esta noche se ha ido para brillar aún más?” Aventuró Jinshi. ¿No había dicho el tío de la chica que la novia iba a arreglarse el maquillaje? La mayoría de las mujeres de la multitud no parecían creérselo; las damas de compañía habían abandonado en gran parte la zona del banquete.

Poco después, una de ellas regresó aterrorizada. Tenía la cara pálida y apenas podía hablar; sólo podía señalar hacia el otro lado del lago.

Bueno, a ver...

Maomao percibió un olor a quemado y luego oyó gritos. Se giró hacia los gritos y vio a uno de los invitados, que miraba en la dirección señalada por la dama de compañía. Abría y cerraba la boca como una

carpa y señalaba al cielo con un dedo tembloroso. No, no el cielo, sino un edificio en un rincón de la finca, una pagoda de cuatro pisos. En el piso más alto algo se veía débilmente.

“La joven señora está... colgada...” Dijo finalmente la dama de compañía. Todos los invitados que habían estado disfrutando del banquete palidecieron colectivamente.

La tenue silueta podía verse colgando del tejado de la pagoda, con los pies balanceándose suavemente de un lado a otro. El vestido de novia blanco ondeaba como una nube.

“¡A la torre!” Dijo Jinshi; él y Basen fueron los primeros en actuar. El novio, el padre de la novia y el tío de esta le siguieron tardíamente, y Maomao se les unió para dirigirse a la pagoda a la carrera. Cruzaron el verde jardín, el humo de los fuegos artificiales oscurecía y difuminaba la luz de los faroles que flotaban en el canal. Podían oír el chapoteo de las carpas.

La pagoda era claramente visible, pero no había un camino recto entre ellos y ella. Árboles y otros edificios se interponían en su camino, obstáculos que debían sortear para llegar a su destino. Con el camino bien iluminado por las linternas, al menos no se caerían.

Maomao entró en la pagoda unos pasos por detrás de los demás y subió corriendo las escaleras. Llegó al último piso jadeando y se encontró a los hombres mirando incrédulos la cuerda que colgaba: se había roto.

“¡Encuéntrenla! ¡Registren el suelo alrededor de la pagoda!” Rugió Basen y se dispuso a bajar las escaleras. Podía tener una personalidad algo simple, pero al menos era decidido en momentos como este.

Los demás, siguiendo su ejemplo, volvieron a bajar, pero Jinshi seguía mirando al exterior. Estaban a unos doce metros del suelo. Si la chica había sido estrangulada por la cuerda, pero luego se había roto, ¿qué posibilidades había de que sobreviviera?

Casi cero, diría yo, pensó Maomao. Tanto si se había roto el cuello como si se había asfixiado, nadie podría sobrevivir colgado tanto tiempo. En el suelo, junto a la cuerda, había un par de zapatitos bordados que habían pertenecido a la novia.

“¿Qué te parece?” Preguntó Jinshi, mirando de la cuerda al suelo y viceversa. La cuerda estaba atada bajo el alero y el otro extremo se había roto. Mirando hacia abajo, podían ver los tejados superpuestos. Tal vez la chica había caído sobre ellos al bajar.

“No lo sé.” Dijo Maomao con sinceridad, y Jinshi sonrió.

“Le he sonsacado la verdad.” Murmuró Jinshi. “¿Esto es lo que he conseguido?” Había estado sentado en el asiento central del banquete y podría haberle dicho algo a la novia. Miró hacia abajo y, sólo por un segundo, pareció como si estuviera masticando arena. Dio la espalda a los zapatitos, pero no levantó la vista. “¿Crees que soy una persona terrible?”

Después de un segundo, Maomao dijo: “No lo sé, señor.” Jinshi sólo había hecho su trabajo. Alguien tendría que haberlo hecho tarde o temprano, o el culpable habría huido hacia el oeste. Y tenían que evitarlo.

Incapaz de pensar en otra cosa que decir, Maomao permaneció en silencio.

Finalmente, Jinshi dijo: “Vámonos.” Y su voz era fría.

“Sí, señor.” Maomao bajó los escalones lentamente, haciéndose una pregunta mientras bajaba la empinada escalera.

No tardaron en encontrar a la novia, pero no estaba en condiciones de ser vista. Su túnica blanca estaba chamuscada; sus brazos y piernas, doblados en ángulos inquietantes, estaban igualmente ennegrecidos; y le habían abierto la cabeza. Pero encontraron la cuerda alrededor de su cuello y reconocieron sus pies pequeños y deformes. La habían empapado en aceite de linterna y luego le habían prendido fuego. Fue más que suficiente para que los intoxicados invitados se sintieran muy sobrios.

Capítulo 3:

La Novia Flotante (Segunda Parte)

“Si no es un problema es otro, ¿no?” Dijo Ah-Duo en tono sombrío. Originalmente, ella y Maomao habían planeado ir de compras hoy, pero después de los acontecimientos de la noche anterior, este sería otro día sin visitas turísticas. Maomao había estado deseando descubrir qué cosas inusuales se ofrecían en la capital occidental, pero no fue así; en su lugar, se vistió con ropa sombría. De todas las cosas que había pensado que podrían ocurrir en este viaje, nunca había imaginado que asistiría a un funeral.

“Tengo que admitir que no lamento que eso signifique que no haya banquete esta noche, pero me gustaría que fuera en otras circunstancias.” Dijo Ah-Duo, sorbiendo su té. Así que no era sólo Maomao quien había estado sintiendo la tensión de las fiestas nocturnas. Sólo ella, Ah-Duo y Suirei estaban en la habitación en ese momento, razón por la cual Ah-Duo podía hacer un comentario un tanto indiscreto como ese. A Suirei se le permitía ir sin su cuidador cuando estaba en compañía de Ah-Duo, pero Maomao dudaba que la reservada joven lo encontrara precisamente relajante. A Ah-Duo le encantaban las diversiones, los entretenimientos y las cosas interesantes, así que probablemente no dejaba de tomarle el pelo a la eternamente seria Suirei.

“Acorralada hasta que sintió que la única salida era suicidarse... Es una tragedia.” Dijo Ah-Duo.

Suicidio: esa había sido la conclusión oficial. Se había encontrado una nota en la habitación personal de la joven, en la que se decía que el motivo de su muerte era la angustia ante la idea de trasladarse a un país extranjero lejano. El bullicioso ambiente del banquete se había enfriado de inmediato, y el novio se puso fuera de sí al ver la nota. Comenzó a bramar contra el padre de la novia; la mayor parte de lo que decía estaba en un idioma extranjero y resultaba incomprensible para Maomao, aunque era lo bastante claro como para que no hubiera tenido que repetirlo si ella hubiera podido entenderlo. Los habitantes de la capital occidental parecían saber lo que decía el hombre, pero se limitaban a mirar tristemente al suelo.

Jinshi le había enseñado la nota, y Maomao estaba convencida de que, efectivamente, había sido escrita por la novia.

Aunque no dijo nada de estar acorralada...

Ah-Duo se parecía mucho a la Emperatriz Gyokuyou; Maomao vio que no había que subestimar a esta antigua consorte: también era una de sus subordinadas la que había encontrado el perfume. Pero Maomao no sabía exactamente cuánto sabía Ah-Duo, así que tenía que tener cuidado con lo que decía.

La novia, angustiada por su boda, se había suicidado, asegurándose de que todo el mundo la viera colgando de la pagoda antes de que la

cuerda se rompiera y cayera al suelo. No sólo eso, sino que, al caer, se le cayó encima un farol, lo que provocó que su ropa se incendiara.

Pero, ¿esa era la verdad del asunto? Jinshi parecía creer que era algo que él había hecho lo que había provocado el suicidio de la joven, pero Maomao no tenía forma de saberlo. Había una clara posibilidad de que se tratara de la mujer que le había dado el perfume a la hermanastra de la Consorte Lishu, pero eso era otra cosa sobre la que no había certeza. Por lo tanto, Maomao asistiría al funeral con las cosas aún envueltas en la ambigüedad. Es cierto que podría haberse negado si hubiera insistido, pero había algo que la atormentaba.

Jinshi también iba. Normalmente no habría tenido ningún motivo para asistir al funeral de la hija de un funcionario local, pero el padre de la novia le había rogado que acudiera. Fueron Jinshi y Gyokuen quienes calmaron la furia del novio. Más tarde supieron que lo que el novio había gritado era: “*¡Ya van dos veces! ¡¿Pueden conseguirme una tercera novia?!*”

Dos veces, ¿eh? Pensó Maomao. Era bastante sencillo deducir que detrás de este matrimonio aparentemente ordinario, se ocultaba algo.

“Ya casi es la hora, señora.” Dijo Maomao levantándose de la silla.

“Ah, por supuesto.” Ah-Duo dejó su té y miró a Maomao. “Por cierto, si me perdonas...”

“¿Sí, señora?” Maomao la miró con curiosidad. Era una forma inusualmente reservada de hablar para Ah-Duo.

“Si el Príncipe de la Noche va a ir, supongo que ese asistente suyo estará con él, ¿no?”

“Creo que sí.”

Se referían al ayudante y guardaespaldas de Jinshi, Basen. Se había roto los dedos de la mano derecha al golpear al león, pero en aquel momento estaba tan alterado que ni siquiera el hecho de que sus dedos apuntaran en direcciones antinaturales pudo superar su frenesí.

“¿Estamos seguros de él? He oído que es el hijo de Gaoshun. ¿Qué opinas de él?”

Tras un segundo, Maomao dijo: “Creo que eso debe decidirlo el Amo Jinshi, y no me corresponde a mí comentarlo.”

No cabe duda de que la destreza física de Basen no dejaba nada que desear, pero personalmente aún le quedaba mucho por crecer. Aunque había que admitir que la opinión que Maomao tenía de él en ese aspecto podía estar influida por haber visto a Gaoshun trabajando. De todos modos, trató de ser optimista: Basen no era el único guardaespaldas o ayudante personal de Jinshi. Así que todo iría bien, ¿no?

“¿De verdad no te sientes en posición de decir nada?” Ah-Duo puso mala cara. Suirei vertió agua caliente en la taza vacía de Ah-Duo.

“No, señora. No es algo sobre lo que tenga influencia.”

“Entendido.”

Maomao salió de la habitación, lanzando una mirada desconcertada a Ah-Duo.

Este era el tipo de cosas que una familia normalmente hubiera deseado manejar en silencio, pero con la muerte de la joven habiendo sido un asunto tan público, el funeral difícilmente podría ser privado.

Al llegar a la finca de la familia, pudieron ver un río de mujeres vestidas de blanco. Mujeres plañideras, a juzgar por sus velos. Eran bastantes, observó Maomao. Había coronas de flores por todas partes, así como sirvientes que salían con la cabeza inclinada a recibir a los invitados.

Maomao no estaba segura de que la costumbre de las mujeres plañideras existiera aquí, en los confines occidentales, pero la familia había vendado los pies de la joven, por lo que era muy posible que también observaran costumbres funerarias a la manera de la capital.

En el mostrador de recepción se confirmó el número de mujeres que se lamentaban y se les entregaron unas etiquetas de madera que les servían de identificación.

“Vamos, por aquí. Vamos.” Dijo un criado, y las mujeres le siguieron.

Esta vez Lahan se había unido a Maomao y los demás. Su equipaje incluía dinero y enseres de papel.

“¿No usan los de verdad?” Preguntó Maomao.

“Tal vez si eres un rico *nuevo*.” Resopló Lahan. Pues bien. No había preparado artículos de papel simplemente porque fuera un tacaño. Era costumbre que los asistentes a un funeral entregaran dinero y objetos cotidianos de papel, que se quemaban para garantizar que el difunto pudiera llevar una existencia cómoda incluso en la otra vida. A menudo se decía que incluso la estancia en el infierno podía acortarse con una inyección de dinero.

Lahan se había quejado de que le dejaran fuera del banquete y sólo le arrastraran al funeral, pero era lo que había. Con él aquí, Maomao no tenía que permanecer en la órbita de Jinshi. Rikuson no estaba presente; se había quedado atrás. Probablemente tenía su propio trabajo que hacer.

“De todos modos, es muy buen papel. Nada de chatarra de baja calidad.”

Es cierto que el material del papel moneda era excelente. Podría haber estado orgullosamente al lado de cualquier cosa del pueblo del curandero, aunque Maomao no sabía si procedía de ellos o no. Sin embargo, cuando había visto la nota de suicidio de la joven, había pensado que la capital occidental parecía tener mucho papel de muy buena calidad.

“Eso es porque este lugar es una encrucijada de comercio.” Le dijo Lahan. “Nadie envía sus peores mercancías al mundo.”

De hecho, Li había exportado papel en una época en la que se decía que sus productos alcanzaban un buen precio incluso en Occidente.

Cuando empezaron a proliferar los productos de baja calidad, el negocio de la exportación prácticamente desapareció, pero al parecer aún quedaba buen material.

El día anterior, habían estado en la mansión en medio de la penumbra vespertina, y ahora, a la luz del día, Maomao podía ver algunos lugares en los que la finca se estaba deteriorando. Antaño había sido una mansión fastuosa, pero sus nuevos propietarios carecían de la capacidad para mantenerla.

Un matrimonio con alguien de Shaoh, reflexionó. Eso también parecía extraño. Importante para la diplomacia, tal vez, pero el equilibrio de poder le pareció sesgado. Por ejemplo, el banquete se había celebrado aquí, pero todo lo demás relacionado con el matrimonio debía gestionarse en la tierra del novio. Y la forma en que el hombre se había comportado tras la muerte de su novia sólo podía calificarse de despectiva.

Lahan, al parecer, ya estaba al tanto de la historia, que compartió con Maomao por el camino.

“Esta familia fue traída aquí para reemplazar al Clan Yi, pero también, por lo que deduzco, para quitarlos de en medio.”

La madre del antiguo emperador —es decir, la emperatriz regente— había sido pragmática. Consideraba una molestia a los funcionarios que no sabían hacer su trabajo, aunque tuvieran un buen linaje en la región central de la nación. Había atraído a varias familias

a la zona occidental prometiéndoles un apellido si iban a supervisar la zona. La familia de la novia había sido una de ellas.

Pero la gente incompetente no se vuelve competente de repente por un simple cambio de escenario. Algunas de las familias fueron diezmadas por las enfermedades en un clima desconocido; otras quedaron reducidas a la ruina y desaparecieron.

¿Por qué la emperatriz regente habría hecho algo que parecía tan precipitado cuando las tierras occidentales eran ampliamente reconocidas como cruciales para la defensa nacional? Tal vez porque en aquel momento estaba en la cima de su poder, y si algunas familias caían, otras se alzaban para ocupar su lugar. La familia de la Emperatriz Gyokuyou, por ejemplo.

Se suponía que la joven del banquete nupcial de ayer iba a fortalecer a su familia yéndose de novia a otro país. Esta familia prefería hacer negocios donde tenía relaciones de sangre; crear esas relaciones casando a sus hijas era la forma que había elegido la casa para sobrevivir a lo largo de los años.

“En realidad, el novio iba a casarse con la prima de la chica que murió. La hija del hermano menor del jefe de la familia, creo.” Dijo Lahan. ¿Era el hermano menor en cuestión, entonces, el hombre del estanque de las carpas? Quizá lo había estado celebrando como si fuera la boda de su propia hija. “Se suicidó diez días antes de la ceremonia.”

“No parecía un hombre que hubiera sufrido ese tipo de tragedia...”

“Hay muchas cosas en este mundo que nos exigen poner nuestra mejor cara, queramos o no.” Dijo Lahan.

Así que eso era lo que había estado detrás del comentario del novio sobre “ya van dos veces”. Y pensar que había perdido a sus dos futuras esposas exactamente de la misma manera. Debían pensar que esa tierra extranjera era realmente terrible.

Los pasos de Lahan y Maomao sonaban mientras caminaban por las losas, con los pies humedecidos por el rocío de las carpas que chapoteaban en el canal. Los peces (que tenían una dieta terrible, para ser peces) se acercaban y se reunían cuando oían acercarse a los visitantes; el refrescante sonido del chapoteo del agua aumentaba.

Ya había una multitud frente a la mansión, con la tropa de mujeres lamentándose a gritos. Maomao reconoció a muchos de los asistentes del día anterior.

Míralos a todos, pensó. En parte se refería a los asistentes, pero lo que realmente destacaba eran las mujeres de blanco. Debía de haber más de cincuenta armando un barullo de dolor y luto. Tal vez algunos de los invitados habían traído plañideras por cortesía, pero aun así parecían muchas. El trabajo de estas mujeres consistía en lamentarse por los muertos, pero Maomao tuvo la sensación de que esta vez se estaban conteniendo un poco, quizá porque si todas ellas se hubieran lamentado a pleno pulmón, uno no habría podido oírse a sí mismo pensar. Era un inoportuno recordatorio de que, de hecho, estaban de luto como trabajo.

Con tantas mujeres presentes, algunas eran mejores que otras. Algunas parecían un poco avergonzadas: debían de ser nuevas en esto. Otra tropezó con el largo dobladillo de su traje.

Tenía que ser todo un reto mantener el llanto durante toda la larguísima ceremonia fúnebre, y de vez en cuando las mujeres de las filas delantera y trasera cambiaban de sitio. Parecía que intercambiaban las tareas del llanto, conservando su resistencia. Era difícil saber si unas plañideras tan eficientes traerían la paz a los muertos, pero Maomao no creía que hubiera nada después de la muerte. Y estas mujeres tenían que comer.

Maomao levantó la vista. Más allá del jardín, podía ver la pagoda de cuatro pisos. Se preguntó si sería posible verla desde una perspectiva distinta de día que de noche. Empezó a caminar y casi se cae en un canal del que no se había dado cuenta. Se agarró a Lahan, que estaba a su lado.

“¿Qué haces?” Espetó.

“Lo siento.” Aunque se hubiera caído, el canal no era tan profundo, pero las carpas ya habían llegado, atraídas por el ruido. La noche anterior, las linternas flotantes habían salvado a cualquiera de caerse, pero era una característica del terreno moderadamente peligrosa, reflexionó.

Había bastante distancia hasta la pagoda, y ayer no sólo habían corrido hasta allí, sino que también habían subido toda la escalinata. Había sido duro.

¿Los pasos? ¿La distancia a la pagoda? Maomao recordó que algo le había parecido mal la noche anterior. ¿Qué era? Casi lo tenía...

“¡Eh, tú! ¡Ella no es comida!” Bromeó Lahan. La carpa, que no le hizo caso, siguió lanzándose sobre ella en busca de migajas. En ese momento sopló una ráfaga de viento y parte del dinero para los muertos cayó al canal. Las carpas se lanzaron sobre él en un instante, y desapareció rápidamente sin dejar rastro.

Maomao no dijo nada, sólo se quedó mirando al pez.

“¿Qué están haciendo? Tampoco son comida. Aquí no se puede pescar.”

Sonaba como si estuviera bromeando de nuevo, pero ella extendió la mano hacia él. “Papel.”

“¿Papel?”

“Sé que guardas papel de borrador contigo. Dame una hoja.”

“¿A qué viene esto?” Refunfuñó Lahan, pero aun así sacó el papel de entre los pliegues de su túnica. Maomao lo rompió y lo arrojó al canal, donde la carpa volvió a consumirlo con avidez.

Maomao se quedó un segundo con la boca abierta y luego dijo: “¡Eso es!” Se dirigió a trote rápido hacia la pagoda.

“¡H-Hey!” Exclamó Lahan.

El lugar donde la novia había estado colgada de la pagoda podía verse desde el pabellón donde se había celebrado el banquete nupcial, pero a medida que uno se acercaba, desaparecía de la vista.

Maomao aceleró el paso, corriendo hasta que pudo ver el estanque justo debajo de la torre.

“¿Q-Qué buscas? ¿Qué *está* pasando?” Jadeó Lahan mientras la alcanzaba. Maomao se levantó el dobladillo del vestido y se metió en el estanque. Había una corta distancia entre la pagoda y el agua; allí era donde se había encontrado el cuerpo de la novia.

“Cuando una persona cae por una ventana, Lahan, ¿dónde cae?” Preguntó.

“Abajo, normalmente.” Dijo.

Sí, y allí fue donde encontraron el cadáver carbonizado. Sin embargo...

“¿Y si fuera algo más ligero que una persona? Digamos que la velocidad y dirección del viento fueran más o menos como ahora.”

“Dependería del peso.”

“Menos de dos *kin*, pero del tamaño de un humano.”

“En ese caso...” Lahan se ajustó las gafas y observó la distancia. Se lamió el dedo y lo levantó contra el viento. “Un poco más lejos del edificio que donde estás, supongo. Y si tenemos en cuenta la posición del tejado...”

Cierto, el techo. Si metes eso en esto, hay algo que no tiene sentido.
Ahora que podía verlo a la luz, estaba segura de ello.

Lahan miró el suelo calcinado donde se había descubierto el cadáver y luego el tejado. Luegoladeó la cabeza. Por supuesto, si Maomao podía darse cuenta, este ábaco humano no podía dejar de notarlo. Si hubiera estado allí la noche anterior, habría detectado la incoherencia mucho antes que ella.

Maomao se dirigió al lugar que le había indicado Lahan, se arremangó y metió las manos en el agua, escarbando en el fondo del estanque. Lahan, mientras tanto, se había sentado, evidentemente concentrado en observar la situación. Tenía una ramita en la mano para mantenerse ocupado, con la que estaba escribiendo en el suelo. Calculando algo, tal vez.

“¿Qué está haciendo, señora?” Gritó un criado que se había percatado de que la invitada jugueteaba en el estanque. Un comportamiento reprochable en una casa que estaba celebrando un funeral, sin duda. “¡Por favor, salga de ahí ahora mismo!”

“No se preocupe por mí.” Dijo Maomao, ignorando al hombre y metiendo de nuevo la mano en el estanque. El fondo era fangoso; un excelente fertilizante. Montones de caca de pez que lo habían impregnado de nutrientes.

“Ya has oído a la dama.” Dijo Lahan con timidez, pero el criado siguió intentando detener a Maomao. Maomao siguió ignorándole,

continuando con su excavación. Si encontraba lo que esperaba encontrar, todo estaría resuelto.

Lahan no se interponía en su camino, pero tampoco ayudaba precisamente, limitándose a echar un vistazo de vez en cuando. Maomao oía al criado chapotear en el estanque detrás de ella. Sintió que le tiraba de la mano. Intentó correr, pero sus pies se atascaron en el barro y cayó de cabeza al agua. Acabó cubierta de mugre, con el criado intentando agarrarla.

Sin embargo, justo en ese momento, una voz preciosa y cargada dijo: “¿Has encontrado algo?”

Se diría que estaba esperando el momento perfecto para hacer su entrada, pensó Maomao. Jinshi había aparecido. Basen estaba detrás de él, con cara de espanto.

Maomao se limpió el barro de la cara y levantó un trozo de cuerda, cuyo extremo se había roto. *Lo que significaría que la novia...*

En su cabeza, Maomao repasó lo que sabía. Había otra cosa misteriosa en esta mansión, y si podía revelar la verdad, el misterio quedaría resuelto.

“La novia sigue viva.” Anunció, y sonrió.

Maomao pidió una habitación para asearse y cambiarse de ropa. Le habría encantado un baño en condiciones, pero no tenían tiempo.

Odiaba sentir el barro pegado al cuero cabelludo, pero iba a tener que aguantarse.

Una vez cambiada, la hicieron pasar al salón principal de la mansión. El señor de la mansión y su familia la miraron mal al entrar, claramente descontentos por el hecho de que una invitada se comportara de forma tan escandalosa en un funeral. Jinshi y Basen estaban allí, junto con Lahan y los guardaespaldas, pero no vio al novio de ayer. De hecho, no creía haberle visto participar en el funeral.

Sobre la mesa estaba el trozo de cuerda que Maomao había descubierto. Miró por la ventana y vio a las mujeres de blanco, todavía ocupadas llorando. Los ritos funerarios continuarían hasta mañana, así que tal vez las damas pasarían aquí la noche. Los demás invitados se habían ido a casa; sólo quedaban aquellas mujeres, la gente que vivía en esta casa y el grupo de Maomao.

“¿Puedo preguntarle qué demonios cree que está haciendo?” Dijo el abatido dueño de la casa. Parecía menos enfadado que simplemente abrumado por la pena.

“Esta joven lo explicará todo.” Dijo Jinshi, conduciendo a Maomao al centro de la sala. La cuerda que había sobre la mesa estaba sucia, pero era evidente que aún era nueva.

“Sé que se supone que es una dama de la familia La, pero estamos de luto por la muerte de nuestra hija.” Dijo el señor. “¿No podría dejarnos en paz? Seguro que incluso el Príncipe de la Noche...” Estaba siendo circunspecto, pero no cabía duda de que estaba criticando a

Jinshi. La forma en que temblaba al hacerlo indicaba cuánto valor debía de requerir.

“Sí, y debo disculparme por entrometerme en su dolor. Sin embargo, si pudiéramos pedirle sólo un momento de su tiempo.” Dijo Jinshi; era gentil, pero firme.

“Los invitados se han ido a casa y debemos limpiar. ¿Puedo al menos despedir a las mujeres que se lamentan?”

Jinshi miró a Maomao, pero ella negó con la cabeza. Jinshi dio un paso atrás, como diciendo que confiaba en ella para manejar las cosas de aquí en adelante.

Maomao dijo: “Me sentiría igual que tú *si* la novia hubiera muerto de verdad.” Luego sujetó la cuerda y salió. “Ven conmigo.”

“¿Qué es todo esto?” Se enfadó el anfitrión, pero Maomao le ignoró y fue a ponerse delante de las mujeres de blanco. Los demás la observaron, perplejos, mientras se agachaba.

Con un “¡Hiyah!” agarró dos de las túnicas de las mujeres que se lamentaban, levantándolas.

Las mandíbulas de los espectadores prácticamente cayeron al suelo.

El sol era fuerte en esta zona y la gente ocultaba las piernas para protegerse de su luz, por lo que Maomao mostraba unas extremidades adecuadamente pálidas. Cada vez más hambrienta de daikon, iba levantando las faldas de las mujeres, que gritaban y chillaban.

Esto me trae recuerdos, pensó Maomao. Una vez, un mercader de gustos dudosos reunió a unas diez cortesanas y se pasó toda una noche levantándoles las faldas. La madame se había quejado de que se trataba de un comportamiento especialmente vulgar, pero el hombre pagaba tres veces más de lo habitual, así que no estaba dispuesta a impedirselo.

En resumen, Maomao se comportaba esencialmente como un viejo loco por el sexo.



Las mujeres cuyas faldas habían sido revueltas se agacharon rápidamente, tratando de ocultarse, mientras que aquellas a las que Maomao aún no había llegado entraron en pánico y trataron de huir.

Bueno, maldita sea. ¡Esto es más divertido de lo que esperaba!

No había entendido que tenía de grandioso hasta que lo hizo por sí misma, persiguiendo a las mujeres que lloraban y tirando de los dobladillos de sus vestidos. Por fin empezó a entender lo que había sentido aquel viejo lujurioso. Bueno, eso no era bueno.

Una de las mujeres que se lamentaba destacaba por no ser muy atlética. Intentó escapar pero no pudo correr, sino que tropezó y perdió el equilibrio. Maomao no tuvo piedad, se colocó frente a ella y flexionó los dedos. Los gritos de la mujer resonaron por todo el patio, pero Maomao la agarró de la falda.

“¡Tú! ¡Aprende unos malditos modales!” Exclamó Jinshi, que acompañó su advertencia con una bofetada en la nuca. Ella se volvió y vio que él parecía completamente exasperado.

“Lo siento mucho.” Dijo Maomao, soltando la falda que había sujetado. “Pero he encontrado lo que buscaba.”

Asomando por debajo del dobladillo de la falda de la chica había un par de zapatos. Casi se había caído al intentar huir, porque la talla no era la correcta. Sus pies estaban vendados y, de hecho, apenas parecían pies.

Esta mujer plañidera tenía los pies vendados.

A continuación, Maomao sujetó el velo de la plañidera y se lo quitó lentamente, dejando al descubierto a una bonita joven con el rostro cubierto de lágrimas.

“¡Lo siento!” Dijo la joven llorando. A quienquiera que se estuviera disculpando, desde luego no era a Maomao.

Maomao fue a hablar, pero antes de que pudiera decir: “*Aquí está tu novia desaparecida*”, otra mujer con los pies atados se interpuso entre ellas. ¿Una de las damas de compañía de la novia, tal vez?

“¿Qué significa esto?! ¿No puedes tener ni la más elemental decencia?!” Le gritó la segunda mujer a Maomao. Tenía los ojos muy abiertos en un esfuerzo por evitar las lágrimas que amenazaban con salir de ellos. Se mordía el labio y le temblaban los hombros. Luego alisó la falda de la otra mujer y volvió a ponerle el velo en la cabeza. “Vete, rápido. Todavía tenemos que trabajar mañana.”

Sin embargo, con los pies vendados al descubierto, la mujer no iba a escapar: Maomao, y ahora Jinshi, no se lo permitirían. No podían permitir que huyera. Fue ese pensamiento el que inspiró las crueles palabras que Maomao pronunció a continuación.

“El cuerpo que quemaste. ¿Era el de tu hermana mayor? ¿Después de que se suicidara?”

La mujer plañidera se estremeció.

“El cuerpo ya tenía marcas en el cuello. Por eso hiciste tanto ademán de «ahorcarte». Y luego quemaste el cuerpo para que nadie pudiera estar seguro de lo que le había pasado.”

Se oyó a la joven resoplar, no como una mala imitación de la pena, sino como una excelente forma de llorar, que sin duda habría pasado la prueba durante su trabajo.

El padre de la novia, que había observado en silencio hasta ese momento, finalmente estalló: “¡Una vez más, no tengo ni idea de qué está hablando! Debo pedirle que no profane más el funeral de mi hija. Es imposible que esta mujer plañidera sea mi hija.” Se unió a la dama de compañía para ponerse frente a Maomao. “Es cierto que te hablé de mi hijita, pero, francamente, ¡no te pedía que fueras metiendo las narices hasta el último rincón!” El enfado del hombre era evidente.

Entonces intervino el tío de la novia gesticulando mucho: “Si la chica está viva, ¿cómo se explica lo que pasó anoche? Todos vimos a la novia ahorcarse. Y encontramos el cuerpo en el suelo. Esos son los hechos.”

Maomao, sin embargo, negó con la cabeza. “Es cierto, la novia se colgó del nivel más alto de la pagoda y luego se cayó. Pero hay algo interesante en esa torre. Tiene cuatro pisos, ¿verdad? Al principio, todos parecen del mismo tamaño, pero el más bajo sobresale más que los demás. ¿Qué pasaría si algo cayera allí?”

Lahan era mejor que Maomao explicando este tipo de cosas, así que le tendió una rama del suelo. Empezó a esbozar un diagrama de la torre

en el polvo. Era el mismo dibujo que había estado haciendo mientras Maomao estaba ocupado jugando en el barro.

“El tejado está en ángulo, así que si algo cayera sobre él rodaría hacia fuera. La fuerza seguiría arrastrándolo al salir del tejado.” Explicó Lahan, añadiendo una flecha a su diagrama a modo de explicación. “En otras palabras, si este objeto cayera con un impulso no disminuido, aterrizaría a cierta distancia de la pagoda.”

Sin embargo, el cuerpo quemado había estado directamente bajo el alero, en un lugar que quedaba oculto si se estaba en la entrada de la torre. Si hubiera caído en el estanque, ya no habría sido posible quemarlo para despistar a la gente.

“Basándonos en los principios básicos del movimiento y la velocidad del cuerpo, el cadáver no debería haber caído donde lo encontramos.” Dijo Lahan. Al menos se podía contar con él en momentos así. Y el diagrama facilitaba la comprensión de su explicación.

“El cuerpo quemado estuvo allí todo el tiempo.” Concluyó Maomao. “Nos distrajimos con la novia «flotante» y no lo vimos.”

El camino hacia la pagoda se había iluminado con pequeñas linternas. Los invitados no familiarizados con la finca, que trataban de orientarse en una noche oscura, lo seguirían naturalmente. Y el humo de los fuegos artificiales combinado con el olor del aceite de las linternas era perfecto para ocultar el cuerpo ya quemado.

Finalmente, Maomao añadió: “Sospecho que *esta* era la verdadera identidad de la novia colgante.” Sacó un trozo de papel y se dirigió hacia el estanque, pisando deliberadamente. Rompió el papel y lo arrojó al agua, que enseguida se llenó de carpas que venían a comérselo. “Hay mucho papel excelente por aquí. Cosas que podrían convertirse en algo que bien podría pasar por el vestido de una novia visto desde lejos.”

¿Cuál habría sido la señal? Los fuegos artificiales, serían perfectos. Tal vez un color especial de humo o un sonido particular. Cuando alguien viera a la novia colgada, se daría la señal. A partir de la distancia a la torre y del tiempo que se tardaría en llegar al piso superior, se cortaría la cuerda para que pareciera que se había roto. Todos estarían tan ocupados corriendo hacia la pagoda que no se darían cuenta de la caída.

“Ayer entraste y agarraste una de las carpas.” Le dijo Maomao al tío. “¿Fue para ahuyentar a los peces?” Tal vez había intentado conducir a los peces devoradores de papel al lugar deseado. Probablemente se habían asustado con los fuegos artificiales, pero ¿para qué arriesgarse?

El muñeco de papel caería al estanque y sería devorado por las carpas, dejando sólo la cuerda que Maomao había encontrado en el agua. En cuanto a la persona que había cortado la cuerda, sólo tenía que esperar a que los demás llegaran a la pagoda. No era necesario salir corriendo y arriesgarse a chocar con alguien que hubiera venido a

investigar. En lugar de eso, podía simplemente esconderse en algún lugar del interior y, una vez que hubiera una multitud adecuada, unirse a los demás, deslizándose entre ellos y aparentando estar tan confundida como todos los demás. Ahora ya no necesitaban preguntar quién había interpretado ese papel.

“Si hay alguna objeción a mi interpretación de los hechos, quizá deberíamos cotejar la cuerda que encontré con el trozo que quedó de la torre. ¿Alguien?”

Al oír esa palabra, “alguien”, el padre de la novia cayó de rodillas, mientras los demás se miraban con resignación. La dama de compañía que se había interpuesto entre Maomao y la mujer plañidera tenía una expresión de dolor. Sí, por supuesto: la novia no podía haber hecho esto sola. Debía de tener cómplices, tal vez toda su familia.

Los rostros de los familiares que tenían delante no estaban escritos con traición, sino con dolor.

“Esperabas esconder a la novia entre las filas de las mujeres que se lamentaban y ayudarla a escapar.” Dijo Maomao. Parecía que había tenido una idea equivocada. En concreto, se había equivocado al pensar que el incidente con el león había tenido como objetivo a la Consorte Lishu.

A veces, lo que pensaba otra persona no siempre coincidía con lo que imaginabas.

“Todo esto para ayudarla a alejarse de ese novio extranjero.”

Había oído que era el aspirante a novio quien había traído el león, y si la jaula se rompía y el león se soltaba, la culpa caería sobre él. La familia sólo tenía que manipular los barrotes de la jaula y conseguir que el perfume que agitaba al león se distribuyera entre los asistentes al banquete. Debió de ser simple casualidad que una de las personas que habían elegido resultara ser la hermanastra de Lishu.

Normalmente, la culpa del incidente con el león se habría asignado rápidamente, y habría recaído sobre todo en el novio. Pero Jinshi y Gyokuen eran más meticulosos de lo que la familia había esperado; en lugar de escalar inmediatamente las cosas, se habían centrado en reunir pruebas.

El novio, comprensiblemente preocupado, había decidido abandonar el país a toda prisa, planeando partir después del banquete previsto para el día siguiente. Por eso no estaba aquí ahora: ya estaba de camino a casa. Si se hubiera permitido que las cosas siguieran su curso sin trabas, la joven estaría ahora de camino a vivir como esposa del hombre en un país extranjero. La familia, desesperada, decidió escenificar la muerte de la joven. Estaban tan decididos a proteger a la joven que incluso estaban dispuestos a utilizar el cadáver de su hermana mayor, que ya había muerto.

“¿Por qué pensaste que era necesario ir tan lejos?” Preguntó Jinshi.

“¡Ja! No tienes ni idea de lo abominablemente que trataron a mi hija.” Replicó el tío de la novia, el padre de la mujer muerta. “Esa gente no ve a las mujeres de nuestra familia más que como esclavas. ¿Sabes

lo que hacen en su primera noche juntos? Marcan a la novia. Como a un animal.”

Los matrimonios no siempre eran igualitarios; de hecho, la mayoría de las veces la balanza de poder se inclinaba en una u otra dirección. Si no tenías el poder, lo único que podías hacer era agachar la cabeza. Esta familia ya había ofrecido una hija como sacrificio.

“Lo mismo ocurrió con estos pies míos.” Dijo la novia vestida de mujer plañidera, rozando con la mano sus propios pies pequeños. “Esto es lo que ese hombre quería. Dijo que quería que pareciera una chica del este. Dudo que me viera como algo más que una mercancía.” La dama de compañía la miraba con agonía en el rostro. Tal vez la novia e incluso su dama de compañía se habían vendado los pies como posibles refuerzos en caso de que la hermana mayor no diera resultado.

La expresión desapareció de la cara de Jinshi, pero parecía preocupado en privado.

“Soy un incompetente. Este era el único camino que me quedaba. ¿Crees que, de haber tenido más talento o habilidad, habría podido ver a mi hija convertirse en una de las rosas del jardín?” Preguntó el padre de la chica. Tal vez pensaba en otra familia, también de la capital occidental, que había visto a su propia hija ascender hasta convertirse en emperatriz.

“Si la emperatriz regente hubiera estado contenta con nosotros.” Continuó el padre. “¿Crees que nos habríamos librado de ser enviados a estos remansos?”

Jinshi se apartó de la trágica familia. Habían cometido un grave crimen. Su intento de proteger a su propia hija podría haber sacrificado muchas más vidas.

“¿Crees que podríamos haber sido capaces de salvar nuestro hogar?”

No sería posible dejarles ir con un tirón de orejas.

Lo único que Maomao no sabía era si Jinshi había madurado lo suficiente como para aceptarlo.

Dicho esto, no pudo evitar pensar que ella veía las cosas de forma diferente. “¿Es un hogar algo que debe salvarse?” Dijo en voz baja, acercándose a las dos mujeres de pies vendados mientras se aferraban la una a la otra. A pesar de todas las afirmaciones de incompetencia, algo le molestaba. “¿Puedo preguntarles algo?” Dijo a las mujeres.

No dijeron nada, y ella interpretó su silencio como un asentimiento.

“Creo que entre aquellos a los que diste el perfume, había una mujer con una actitud arrogante y una boca llena de dientes en mal estado. ¿Cómo llegaste a conocerla?”

La dama de compañía miró al suelo. Debía de ser ella quien había entrado en contacto con la hermanastra de Lishu. Era extraño: no parecía del tipo que se muestra tan amistosa con alguien que acaba de conocer.

“No la recuerdo con exactitud, pero tenía dieciocho o diecinueve años y un trasero algo regordete.”

“Su trasero mide tres *shaku* y un *sun* de circunferencia.” Intervino Lahan. (¿Por qué?!) Maomao supuso que se trataba de una conjetura, que se lo estaba imaginando, pero aun así le aplastó los dedos de los pies en silencio.

“Le insto a que nos lo diga.” Dijo Maomao. “Sería mejor para todos.”

Al cabo de un momento, la dama de compañía dijo: “Me lo ha dicho la adivina.”

“¿Adivina?”

La otra mujer asintió, sin dejar de mirar al suelo. “Está en boca de todos en la capital occidental. Todo el mundo va a verla.”

Al principio, dijo la dama de compañía, pensó que todo eran habladurías. Pero las palabras de la adivina le habían mostrado una extraña percepción de la joven y sus amigos, y se había sentido cada vez más atraída.

“La querida y difunta señorita solía acudir a ella en busca de consejo.”

“Me impresiona que haya sido capaz.” Dijo Maomao. No intentaba atacar a la joven, era una simple duda que surgió en su mente. El tema de los “consejos” no era algo que se pudiera hablar con cualquiera.

La dama de compañía señaló hacia el pueblo. “Hablarían en la capilla.”

Era un lugar muy parecido al edificio del local de Gyokuen dedicado a una religión extranjera. En su interior había lugares donde se podía mantener una conversación privada, y la adivina los utilizaba para ejercer su oficio. Estos rincones y grietas eran originalmente, al parecer, para que los monjes de la fe extranjera escucharan a la gente, pero con la donación adecuada podrían estar disponibles también para conversaciones personales privadas.

La dama de compañía había intentado no ser demasiado específica sobre su nombre e identidad, pero un fisgón aplicado podía averiguar con quién estaban hablando. Esta adivina parecía haberse aprovechado de ello.

“¡Yo fui quien aceptó el perfume! ¡Y yo acepté el consejo de manipular la jaula! ¡Fui yo!” La dama de compañía dejó caer la cabeza. Sentía que no podía permitir que hubiera más jóvenes muertas por el simple hecho de no escuchar a la adivina. Miró a Maomao suplicante, pero Maomao no era quien iba a dictar sentencia.

La adivina también le había dicho a quién debía apuntar. Fue imprecisa en cuanto a los nombres o las características de algunas personas, pero hubo otras, como la hermanastra de Lishu, de las que la dama de compañía recibió información detallada. Al final, vendió perfumes a unas tres personas.

“La culpa no recae sólo sobre esta joven. Fui yo quien manipuló la jaula.” Dijo el tío de la novia, dando un paso al frente. Había encontrado a la dama de compañía de humor sombrío y la había

interrogado. En efecto, parecía más de lo que una joven podría haber hecho por sí sola.

“No fueron sólo ellos. El suicidio simulado fue idea mía. Incluso si eso significaba perturbar la tumba de mi sobrina.” Dijo el padre de la novia.

“¡No! ¡Hermano, te rogué que hicieras lo que hiciste!”

Al presenciar este intercambio, las mujeres de la familia comenzaron a lanzar un terrible grito.

“¿Así que todo esto no vino de la adivina, sino que fue idea tuya?” Preguntó Jinshi.

“Así es. Después de lo que pasó ayer, no tuvimos tiempo de reunirnos con la adivina.”

“¿Y esta adivina habría podido reunirse con ustedes?” Jinshi observaba atentamente a la lamentable familia. No parecía estar pensando en cómo castigarlos, sino en cómo conectar esto con lo que viniera después.

Mientras observaba a la familia, Maomao le observaba en silencio.

Nunca encontraron a la adivina ni a quienquiera que fuese. Sin embargo, un monje de la capilla les dijo dónde había vivido la adivina. El proverbio dice que el dinero habla incluso en el infierno: una buena donación hizo que el hombre se mostrara bastante comunicativo.

La residencia a la que les señaló estaba totalmente vacía. Lo único que pudieron concluir de lo que allí encontraron fue que la adivina no parecía vivir como alguien del oeste.

Capítulo 4:

De Vuelta a Casa

Maomao no sabía cómo trataría Jinshi a la novia y a su familia. Cuando todo terminó, pasó un rato conversando con Gyokuen, pero no era una discusión en la que Maomao pudiera entrometerse. Lo único que podía hacer era esperar que no ocurriera lo peor. La Consorte Lishu ya no estaba recluida, pero qué hacer con su hermanastra era un asunto completamente distinto.

Y así, en su sexto día en la capital occidental, con la inminente partida al día siguiente, lo único que Maomao podía pensar era: *Nunca llegué a hacer turismo.*

Eso era todo. Puede sonar frío, pero no estaba en el temperamento de Maomao rumiar pensamientos negativos. En lugar de eso, esperaba salir y hacer algo para refrescarse, sólo para que le dijeran que era hora de prepararse para volver a casa. Así que se encontró en el jardín de cactus, con el cansancio escrito en la cara. No tenía ni idea de si las plantas sobrevivirían en el clima de la capital, pero al menos quería pedir algunas semillas o un pequeño esqueje para llevárselo. Gyokuen fue un paso más allá y tuvo la amabilidad de llamar al comerciante, por lo que ella se lo agradeció.

De este modo, su estancia en la capital occidental llegó a su fin.

“¿Qué demonios es esto?” Preguntó Lahan. Estaban en el carruaje de camino a casa, y él le indicaba una pluma de ave, afilada y ennegrecida en un extremo. Supuestamente, en Occidente no usaban pinceles, sino “plumas” de metal o plumas como esta.

Maomao ladeó la cabeza. “Creo que lo encontraron en la casa de la adivina.” No había muchas posesiones, pero esta era una de las pocas pruebas que habían encontrado. “El honorable hermano menor del Emperador parecía bastante interesado en qué tipo de pluma era. ¿Por casualidad lo sabrías?”

“Hmm... Es muy pequeña. No creo que pertenezca a un ave acuática.” Dijo Lahan.

La pluma era de color gris y no parecía muy adecuada como instrumento de escritura. Probablemente era una pluma al azar que alguien había tomado como reserva por si hacía falta.

Al final, Lahan dijo: “¿No crees que podría pertenecer a una paloma?”

“Qué prosaico.”

Mucha gente comía carne de paloma, y existía la costumbre de soltar a las aves en ocasiones festivas. Lahan parecía un poco desanimado; quizá esperaba algo más exótico.

Maomao se quedó mirando por la ventana. “Dijeron que tomaríamos un barco para volver a casa, ¿verdad?”

“Así es.” Respondió Lahan. A su lado, Rikuson sonreía ampliamente. Al no estar obligado a asistir ni a la boda ni al funeral, al menos había podido pasear un poco, y le dio a Maomao un trozo de tela de seda que había conseguido. Ella se contentó con lo que le dieron, pero algo en todo aquello le pareció un poco injusto, y no pudo evitar dirigirle una mirada modestamente sucia.

“¿Por qué no pudiste asistir tú en su lugar?” Murmuró.

“Oh, yo nunca habría encajado en esa casa.” Dijo. Sonaba humilde, al menos, y él sonreía, pero ella no tenía ni idea de si decía toda la verdad.

Ah-Duo y la Consorte Lishu iban en un carruaje separado y harían juntas el viaje de vuelta a casa. Desde luego, no tenía sentido que se quedaran más tiempo en la capital occidental. Al parecer, Uryuu, el padre de Lishu, había dicho que la llevaría a casa, pero Ah-Duo lo había rechazado. Que de repente sintiera debilidad por la hija a la que había ignorado durante los últimos quince años era, como mínimo, conveniente.

“Tendremos que cambiar de embarcación unas cuantas veces, pero deberíamos regresar en la mitad del tiempo que tardamos en llegar. Y el viento debería acompañarnos en esta época del año.” Afirmó Lahan.

Los barcos tenían la ventaja sobre los carruajes de que no tenían que parar con frecuencia para descansar. Sin embargo, si hubieran ido hacia el oeste, habrían viajado río arriba y con el viento en contra, lo que les habría llevado mucho tiempo. Pero ahora viajarían por uno de

los afluentes del Gran Río, y un barco los llevaría fácilmente a la capital.

Jinshi y Basen, mientras tanto, seguían en la capital occidental; se habían entretenido inevitablemente para concluir los asuntos que habían aplazado. Por derecho, Maomao debería haberse quedado con ellos, pero, al parecer, Lahan le había preguntado a Jinshi: “¿Me prestas a mi hermanita un rato?”

Si hubiera estado presente, podría haber objetado: “No soy tu hermana” o “No me metas en tus retorcidos planes”, pero no había estado allí y el asunto se había decidido sin su opinión. Por lo que había oído, Jinshi había estado a punto de negarse, pero luego cambió de opinión y aceptó.

No había tenido ocasión de hablar con él desde la noche del banquete. Maomao admitió que se sentía incómoda a su lado y, a su manera, se alegró de haber sido rescatada de la situación.

Tan feliz como estoy de irme a casa temprano... También estaba ansiosa. Reflexionaba sobre si debía ir a dormir con Ah-Duo en lugar de cualquier lugar cerca de Lahan mientras empaquetaba su ropa en un envoltorio para hacer una almohada. Después de todo el trabajo que había hecho para crear un lugar acogedor para dormir en el carruaje, ahora tenía que empezar de nuevo.

“¿Qué tal un poco de modestia, hermanita?” Dijo Lahan.

“No sé a qué te refieres.”

Lahan y Rikuson intercambiaron una mirada, pero a Maomao no le importó. Cerró los ojos y se durmió.

Tras dos días en el carruaje, llegaron al embarcadero, donde el ligero mal presentimiento de Maomao se convirtió en un *muy* mal presentimiento. El río era estrecho río arriba, y la embarcación que les esperaba era menos que un barco y más que un bote. Ni siquiera cabía todo en un bote; había un segundo flotando para guardar su equipaje.

“¿Estamos seguros de esto?” Preguntó.

“Confío en el negocio.” Respondió Lahan. “No espero ningún problema con los robos.”

“No es lo que estaba preguntando.”

“Lo sé. No lo digas.” No quiso mirarla. Evidentemente él también se había imaginado un barco más grande.

“¡Ajajaja! ¡Esto es divertido!” La exclamación procedía de Ah-Duo, el único miembro alegre del grupo; los demás estaban demasiado ocupados aferrándose al bote como para chillar o gritar. El capitán les aseguró que los rápidos sólo cubrían el primer *kilómetro*, pero parecía que había muchas posibilidades de que volcaran antes de llegar tan lejos.

Lishu apoyaba la cabeza en las rodillas de Ah-Duo. El incesante balanceo y vaivén de la embarcación durante los primeros momentos del viaje había bastado para que la tímida joven se desmayara en seco. Estaba sujeta con una cuerda para evitar que cayera por la borda. Pero en realidad, tal vez ella era la afortunada.

“No pensé... que temblaría tanto...” Dijo el hombre despeinado con gafas, con el rostro pálido mientras depositaba bilis en el agua espumosa. Y aquí había estado regodeándose de que este sería el camino más rápido a casa. Al parecer, había olvidado las diferencias entre viajar por tierra y en barco.

“No veas hacia aquí. Me escupirás eso encima.”

“Maomao, dame algo para calmar mi estómago...” Él extendió hacia ella una mano temblorosa, pero ella no estaba segura de qué hacer. Ya le había dado un antiemético y él lo había vomitado. Podía darle otro, pero también lo vomitaría.

Rikuson no era tan bullicioso como Ah-Duo, pero parecía igual de relajado. Observaba la fauna local con una gran sonrisa. “Mire allí, Sir Lahan; puede ver un pajarito. Ah, nunca me canso del paisaje de aquí. Siempre es tan bonito.”

Es otra forma de decir que el paisaje nunca cambia, pensó Maomao.

Suirei parecía un poco enferma, pero no estaba montando el alboroto que estaba montando Lahan. Tampoco todos los

guardaespaldas parecían estar del todo cómodos, pero no iban a permitirse actuar de forma patética mientras estuvieran trabajando.

Maomao era Maomao: una botella de vino no la dejaría achispada, ni la marearía un vehículo en marcha. Aun así, no era una buena nadadora, así que se sentó tranquilamente para no caerse por la borda.

“Tan solo mírense...” Refunfuñó Lahan. Verle tan fuera de sí era, a su manera, un raro placer, y Maomao se encontró bastante divertida.

Una vez que el afluente se unió al río principal, la corriente se hizo más ancha, y cambiaron a su siguiente embarcación.

“¿Estás seguro de que no tienes nada para evitar que me sienta tan mal?” Preguntó Lahan. Estaba agarrado a un cubo, con la cara ensangrentada. Parecía que no se sentía mucho mejor a pesar del bote más grande, aunque vomitaba activamente con menos frecuencia. Así que había mejora.

Estaban en un camarote pequeño, de los que sólo había dos en el barco; esta habitación era para las mujeres del grupo. No podían, después de todo, tener a Ah-Duo o a la Consorte Lishu durmiendo codo con codo con todos los demás. Si Lahan se había asomado por allí, sobre todo con ese aspecto tan desaliñado, tenía que ser señal de que ya no soportaba el mareo.

Lishu había vuelto en sí, pero seguía apoyada en el regazo de Ah-Duo. Era evidente que fingía estar mareada para ser mimada.

“Lo que vomitaste antes era todo lo que me quedaba.” Dijo Maomao. Por fin le había dado la medicina, pero había vuelto a vomitar. Ni siquiera había tenido tiempo de hacer efecto. Había traído los antieméticos porque sabía lo tembloroso que podía ser un carruaje; nunca había esperado necesitarlos para esto.

Los barcos tenían la ventaja de no tener que parar, lo que significaba que llegabas antes a tu destino, pero también significaba que el temblor no cesaba nunca. Maomao se sorprendió un poco al darse cuenta de que Lahan era tan sensible al barco cuando no había tenido ningún problema con el carruaje.

No es que no lo entienda. Maomao se inclinó con un balanceo del barco, pero Lahan exclamó “¡Vaya!” y se agarró a un poste, con la otra mano todavía agarrando su cubo.

A continuación, Maomao se inclinó en la otra dirección.

“¿*Por qué* no te mareas?” Preguntó Lahan con resentimiento.

“Tal vez sea la misma razón por la que no me emborracho fácilmente.”

Por cierto, Lahan no era un hombre que aguantara el alcohol. Siguió mirando a Maomao, que ni siquiera se había puesto verde.

“¡Más nunca volveré a subir un barco!” Anunció, con aspecto demacrado; pero en medio de un viaje fluvial no era el lugar ideal para encontrar un buen carruaje, y también acabó subiendo al siguiente barco. Además, tenía que acompañar a Ah-Duo y a la consorte de

vuelta a casa. A Ah-Duo parecía encantarle viajar en barco, mientras que a Lishu le encantaba que Ah-Duo la mimara. A ninguna de los dos se le ocurría ninguna razón de peso para ahora cambiar a un carruaje.

Poco a poco llegaron al tercer embarcadero. Mientras Maomao desembarcaba para cambiar al siguiente barco, oyó un fuerte golpe. ¿Qué podía ser?

Lo que ocurrió fue que alguien se desplomó allí mismo, en el muelle. Un marinero intentaba moverlo, aunque parecía cauteloso al hacerlo. La figura inerte era un hombre con una capa muy desgastada.

¿Está enfermo? Se preguntó Maomao, observando desde una distancia prudencial. No quería verse envuelta en nada, pero no tenía tanta sangre fría como para dejar a un enfermo o herido sin ayuda.

“Oiga, señor, ¿se encuentra bien?” Dijo el marinero, dándole una sacudida al hombre.

“Estoy... Estoy bien.” Dijo el hombre, aunque sonaba bastante fuera de sí.

El marinero lo puso boca arriba, pero luego gimió. “Urgh...”

El hombre debió de ser bastante guapo en otro tiempo; el puente alto y firme de su nariz y sus cejas en forma de sauce lo demostraban. Pero la mitad de su cara estaba cubierta de marcas de viruela; si su rostro hubiera sido un círculo, la piel con marcas de viruela y la piel clara habrían formado aproximadamente una forma de yin-yang.

El marinero apartó al hombre de un empujón. El recién llegado se puso en pie inestablemente. “Disculpe, señor. ¿Podría llevarme en su barco?” Había una sonrisa en su horrible rostro, y Maomao pudo ver una bolsa con pequeñas monedas en su mano extendida. Aún era joven, tal vez de unos veinte años.

“¡Un momento! No tendrás alguna enfermedad rara, ¿verdad?” Gritó el marinero que le había ayudado a levantarse, limpiando furiosamente todo lo que había estado en contacto con el hombre.

Todavía sonriente, el hombre se tocó la cara destrozada. “¡Uy!” Asintió para sí como si todo tuviera sentido. Una bufanda yacía en el suelo a sus pies; debió de caérsele al desplomarse. La recogió y la dobló por la mitad, formando un triángulo; luego la utilizó para cubrirse la mitad de la cara. A primera vista, casi parecía un vendaje.

“¡Ya lo sé! ¡Es viruela! ¡¿Eso es lo que es, no?!”

La viruela era una enfermedad terrible que cubría todo el cuerpo de pústulas. Era una enfermedad extremadamente infecciosa que, según se decía, podía devastar una nación entera. Incluso la tos o el estornudo de una persona enferma podía bastar para contagiar a otra.

El hombre esbozó una sonrisa tonta y se rascó la mejilla. “¡Ja, no pasa nada! Sólo son cicatrices. Una vez tuve viruela, ¡pero ahora estoy como una rosa! ¡Fíjate!”

“¡Jamás! ¡No hace ni cinco minutos que te has desmayado! ¡Escúchame, quédate atrás!”

“¡Sólo me desmayé porque me dio un poco de hambre! ¡Tienes que creerme!”

La conversación inspiró a todos los que estaban cerca del hombre a dejarle un poco más de espacio. Maomao entrecerró los ojos. Si no estaba enfermo, entonces ella no era necesaria aquí.

“¿Qué parece ser el problema?” Preguntó Rikuson, que había estado trasladando su equipaje al siguiente barco. Parecía muy meticuloso. Maomao decidió en privado apodarlo “Gaoshun 2”.

“Ese hombre de la venda en la cara quiere subir al barco, pero el marinero no le deja.” Explicó brevemente.

“Hmm.” Dijo Rikuson, estudiando al joven. Con sus marcas de viruela cubiertas, era realmente guapo. Y sonaba bastante alegre. “¿Cuál es el problema? ¿Está intentando aprovecharse?”

“No, tiene el dinero, pero tiene marcas de viruela en la cara y al marinero le preocupa que pueda estar enfermo. Pero es un punto discutible, ya que el barco está lleno.”

La Consorte Lishu estaba a bordo, lo que significaba que habría guardaespaldas. No podían dejar un extraño al azar subir a bordo.

Rikuson entrecerró los ojos mirando al hombre. “¿De verdad está enfermo?”

“Buena pregunta.” Desde esta distancia, era difícil estar seguro, pero por lo que Maomao podía ver, el hombre tenía marcas de viruela pero no pústulas. Probablemente decía la verdad: había estado enfermo

una vez, pero hacía mucho tiempo. Entonces, ¿por qué Maomao no se limitó a decírselo al marinero?

Porque sólo va a ser un dolor de cabeza para mí involucrarme.

Así de sencillo.

Sin embargo, el joven no dio muestras de renunciar al barco; prácticamente se aferró al marinero. “¡Se lo ruego, déjeme subir a bordo! ¿Cómo puedes ser tan cruel?”

“¡Aléjate de mí! ¡Para! ¡Me contagiare tu viruela!”

Normalmente, los hombres guapos con cicatrices en la cara tenían un humor oscuro a juego, pero evidentemente este tipo no. Se aferró a los voluminosos pies del marinero y no lo soltó. Los demás marineros desearon poder ayudar a su compañero, pero, asustados por la posibilidad de contraer alguna terrible enfermedad, se mantuvieron impotentes a cierta distancia.

Había que hacer algo con ese hombre o el barco no saldría nunca.

Rikuson debió de adivinar lo que Maomao pensaba por su expresión, porque sonrió. “Me gustaría que el barco se diera prisa en partir, ¿a ti no?”

Ella no dijo nada. ¿Qué, estaba tratando de decirle que hiciera algo al respecto?

Maomao se bajó de la barca y se acercó al marinero (que parecía muy preocupado) y al joven (al que le salían mocos de la nariz).

“Perdónenme.” Dijo ella.

“¿Sí?” Respondió el joven. No era exactamente consentimiento, pero de todos modos agarró el pañuelo de la cara del Hombre Moco. Una mirada a las feas marcas le bastó para confirmar que se las había hecho hacía años. Miró el ojo del lado picado de la cara; parecía borroso y desenfocado. Sus pupilas también eran de distinto tamaño; lo más probable era que estuviera ciego de uno.

“Esta persona no está enferma.” Anunció. “Tiene cicatrices, pero no hay posibilidad de que contagie la enfermedad a nadie más.” Al menos, no la viruela. En cuanto a cualquier otra enfermedad que pudiera tener, ella no lo sabía y declinó toda responsabilidad.

Con una mirada de repulsión total, el marinero tomó con cuidado el monedero que se le había caído al hombre. Le dio la vuelta y las monedas cayeron musicalmente. “¿Y adónde va, señor?”

“¡A la capital! ¡Quiero ir a la capital! ¡A la *capital*!” Apretó las manos y las agitó con entusiasmo; no podía parecer más pueblerino que se dirigía a la gran ciudad aunque lo hubiera intentado. “¡Y una vez allí, voy a hacer *tantas* medicinas!”

“¿Medicinas?” Maomao aguzó el oído.

“¡Sí! Puede que no parezca gran cosa, pero soy importante.” El hombre sacó una gran bolsa de debajo de su capa y, al abrirla, desprendió un olor característico. Maomao sacó la vasija de barro de la bolsa y abrió la tapa para descubrir que estaba llena de ungüento. No

tenía ni idea de si era eficaz, pero había sido elaborado muy escrupulosamente, con hierbas medicinales bien pulverizadas y mezcladas hasta alcanzar la consistencia perfecta. Ese cuidado en la preparación era incluso más vital para la calidad del producto final que las hierbas utilizadas exactamente.

Maomao volvió a mirar al hombre. Sonreía ampliamente y le dijo al marinero: “¿Quieres un poco? Sirve para el mareo.” Pero, por supuesto, ningún marinero iba a comprar una medicina así.

“Pff, tacaño. ¿Por qué no compras algo? En realidad, olvídate de comprar nada. ¿Puedo subir al barco? ¿Sí? ¿El barco?”

“No. Este barco está alquilado. Tendrás que esperar al siguiente.”

“¿Qué? ¿En serio? ¡¿Tengo que esperar?!” El hombre parecía menos que emocionado, pero pareció aceptarlo. Luego miró a Maomao y volvió a sonreír. “Gracias, has sido de gran ayuda. Para mostrarte mi gratitud, déjame darte un poco de esta medicina para el mareo.”

La forma en que hablaba le hacía parecer muy, bueno, *joven*, pero parecía más adulto de lo que actuaba. Al menos parecía mayor que Maomao.

“No, gracias. No me mareo.” Dijo Maomao.

“¿No? Qué pena.”

El hombre estaba a punto de guardar la medicina cuando desde detrás de Maomao alguien bramó: “¡Alto!” Lahan salió volando del

barco. “La m-medicina... D-Dámela...” Dijo respirando con dificultad.

Me impresiona que haya podido oírnos, pensó Maomao. Se había alejado bastante y no tenía buen aspecto. Maomao se entretuvo con esos pensamientos mientras subía al barco.

“¡Uf, me has salvado el pellejo! No sólo has explicado lo de mi enfermedad, ¡sino que incluso me has subido a este barco!”

El hombre de la venda resultó llamarse Kokuyou. Era un viajero, como Maomao podría haber adivinado por su mugrienta vestimenta. También era médico, o al menos eso decía.

Cuando Lahan se enteró de que Kokuyou llevaba consigo todo tipo de medicinas, insistió bastante en que el viajero se uniera a ellos en su barco. Y puesto que era Lahan quien había organizado el viaje, era su prerrogativa, siempre y cuando el recién llegado no pareciese capaz de hacer daño a la Consorte Lishu o a cualquier otra persona. Sin embargo, Kokuyou no tenía garantizado llegar a la capital, sino sólo al siguiente desembarco, donde bajaría Lahan.

Kokuyou tenía un carácter un tanto extraño, y además era muy hablador; parloteaba sobre sí mismo mientras mezclaba algunos medicamentos.

“Hrm. Resumiendo, me echaron. «¡Estás maldito! ¡Vete de aquí!» Qué cruel, ¿verdad?” Dijo Kokuyou, aunque ciertamente no sonaba

como si pensara que lo fuera. Su tono no era sombrío; charlaba como una vieja cotilla en el pozo del pueblo.

Maomao le observaba atentamente, comprensiblemente dudosa de que una medicina inventada por un enfermo de viruela de origen incierto funcionara realmente. Su antiemético tampoco parecía tener nada de especial. Lahan, mucho mejor de ánimo, había llamado a Kokuyou a su camarote personal, y Maomao le había acompañado, pensando que, ya que decía ser médico, valdría la pena escuchar lo que Kokuyou tenía que decir.

“En realidad, llevo varios años en el mismo lugar. El año pasado, el pueblo sufrió una plaga de insectos. Entonces, de la nada, el chamán del pueblo empezó a decir que era una maldición.”

Y entonces, según Kokuyou, fue cuando le echaron. Los médicos y los chamanes no solían llevarse muy bien. En opinión de Maomao, era estúpido y ridículo creer en ideas infundadas como las maldiciones, pero en eso estaba en minoría. Francamente, eso la enfadaba.

A pesar del tono frívolo de Kokuyou, su medicina resultó bastante eficaz. Lahan, que hasta ese momento no se había separado de su cubo ni un instante, pudo unirse a la conversación. Puede que ayudara el hecho de que la nave ya no se balanceara tan violentamente como antes, pero en cualquier caso Lahan parecía muy satisfecho.

“Hmm. ¿Dices que vas a la capital en busca de trabajo?” Preguntó.

“Sí, bueno... Sí. Supongo que eso es todo.”

Lahan volvió a suspirar y se acarició la barbilla. Parecía estar calculando algo, pero Maomao le dio un codazo.

No nos metas en nada... raro.

El hombre podía parecer un poco extraño, pero si sus conocimientos médicos eran reales, podría ganarse la vida en la capital. Si ocultaba sus cicatrices de viruela.

En la medida en que seguían viajando con Ah-Duo y la Consorte Lishu, no era lo ideal tener a un hombre extraño en la comitiva. Lahan lo sabía: miró a Maomao y sacó un trozo de papel de entre los pliegues de su túnica. Escribió una nota rápida y dijo: “Si alguna vez necesitas algo, ve a esta dirección. Quizá pueda prestarte ayuda.” Lahan había escrito la dirección de su casa en la capital.

Kokuyou tomó el papel y les dedicó una sonrisa inocente. “¡Ja, ja! Vaya, sí que me he topado con gente buena.”

No lo hace por la bondad de su corazón, advirtió Maomao en privado. Lahan era del tipo intrigante. Sólo le había dado su dirección a Kokuyou porque pensaba que podría utilizarlo de alguna manera.

“Por cierto, si puedo preguntar, ¿qué pasó con la plaga de insectos del año pasado?” Dijo Maomao. Le habría encantado interrogar a Kokuyou y averiguar hasta dónde llegaban sus conocimientos médicos, pero esta pregunta tenía prioridad.

“¡Mm! No era tan malo que comieran de las raíces de los árboles o que el dinero fuera tan escaso que la gente no pudiera alimentar a sus

hijos. Los niños pequeños se debilitaron por la desnutrición, pero no fue peor que eso.” Kokuyou puso una cara de tristeza al hacer su informe. La malnutrición te hace más susceptible a las enfermedades, ¿y quién trata las enfermedades? Los médicos. Maomao se preguntó por el estado actual de la aldea que le había expulsado.

“Si este año han tenido una cosecha bastante abundante, creo que deberían estar bien.” Dijo Kokuyou. Maomao no creía que eso fuera muy probable, y el hombre evidentemente estaba de acuerdo con ella, pues dijo: “Espero que los aldeanos puedan seguir ayudándose unos a otros hasta que consigan una...”

Era un pensamiento tan bonito, “ayudarnos unos a otros”. Pero siempre había un “si” de por medio. Podías ayudar a tu vecino *si* tenías recursos de sobra. *Si* tenías suficiente para comer, podías darle a otro algo de lo que te sobraba. Eso es lo que suele significar “ayudar”; mantener a otra persona mientras tú te mueres de hambre no tiene sentido. Sí, había algunos idiotas que compartían todo lo que tenían a su costa, pero la mayoría de ellos eran santos y santas de cuento.

Si la gente iba a tratar a los médicos y apotecarios como si fueran sabios como aquellos, debían hacer que la vida de sus médicos fuera lo suficientemente agradable como para ponerlos de buen humor. Antes de ejercer la medicina, hay que satisfacer las necesidades básicas. ¿De qué serviría que, llevando una vida de privaciones, el propio médico enfermara?

El pueblo que había echado a este hombre podría estar deseando un médico ahora mismo, pero sería un poco tarde. El agua derramada no volvió a la taza.

“¡Muy bien, nos vemos!” Kokuyou dobló delicadamente el trozo de papel con la dirección y lo guardó en su propia túnica. Sólo le habían pagado el viaje hasta que navegara con ellos. Tendría un sitio en el camarote de los guardaespaldas, que le serviría para vigilarle.

Ahora que lo pienso...

La mención de Kokuyou de la plaga de insectos le recordó que uno de los problemas acumulados era el que había asumido Lahan.

“¿Qué piensas hacer con la plaga de insectos? Me refiero a aquello de lo que te hablaba la dama de cabello dorado.” Preguntó Maomao, refiriéndose a algo que la emisaria había dicho durante el banquete en la capital occidental. Quería exportar grano a Shaoh y, si eso no era posible, había solicitado asilo político. “¿Qué beneficio tiene para nosotros?”

La idea de la exportación era muy arriesgada, y la del asilo, francamente peligrosa.

Maomao y Lahan eran los únicos en la sala; por eso podían mantener esta conversación. Ni siquiera Rikuson se había enterado de esto.

“¿Qué crees? ¿Qué me tenía atrapado en su dedo meñique? ¿Qué haría cualquier cosa que me pidiera, sin pensarlo, sólo porque era guapa?”

“¿Y no es el caso?” Estaba bromeando, más o menos; después de todo, este era el tipo que no se callaba sobre el aspecto de Jinshi. (Obviamente, Lahan ignoraba que Jinshi tenía cierto complejo con su propio aspecto).

“Tengo algunas ideas propias.”

“¿Cómo qué?”

“Nuestra pequeña aventura de navegación terminará cuando lleguemos al próximo desembarco. Supongo que no te importa que me separe de Lady Ah-Duo y los demás.”

Quizá Lahan se había cansado por fin de estar mareado, o quizá por eso había traído a Maomao.

“Entonces seguiré en el bote.”

“Hey, más despacio.” Dijo Lahan, agitando una mano para evitar que siguiera avanzando. “Te garantizo que te interesará mucho a dónde voy.”

“¿Cómo es eso?”

Lahan sacó un ábaco y empezó a mover las cuentas. “Puede que estemos contando los pollos antes de que salgan del cascarón.” Pero, parecía decir, merecía la pena intentarlo.

Entonces, sin embargo, dijo: “Vamos a ver a papá.”

Así fue como Lahan lo llamó. No algo respetuoso como “Padre”.
Sólo “Papá”.

Capítulo 5:

Recapitulación en la Capital Occidental

“¿Debo entender que eso significa que en algún momento debo ir a la capital?” Preguntó Gyokuen.

“Sí, eso sería correcto.” Respondió Jinshi.

Estaban en el anexo de Gyokuen, un lugar agradable y fresco frente a un estanque. Sólo estaban ellos dos; Basen y sus diversos guardaespaldas estaban fuera. Ninguno de los dos llevaba nada parecido a un arma: era su oportunidad de hablar entre ellos con total confianza.

Jinshi reflexionó sobre lo difícil que era mientras elegía sus palabras. Era el hermano menor del Emperador, y aunque Gyokuen fuera el padre de la Emperatriz, Jinshi seguía estando por encima de él. El problema era que constantemente sentía que estaba a punto de volver al tono más deferente de un eunuco.

Todos los demás se habían ido, dejando a Jinshi y Basen en la capital occidental, donde Jinshi procedió a ocuparse de una cosa y luego de otra; diligente, metódico.

“Sí, es tal y como imaginas. Especialmente considerando la ascensión de la Emperatriz Gyokuyou, la sensación es que sería mejor que tuvieras un apellido lo antes posible.”

La consorte se había convertido en emperatriz, pero su presentación oficial se había retrasado por dos motivos: uno, que la Emperatriz Gyokuyou tenía una espesa sangre occidental; y dos, que Gyokuen aún carecía de apellido. No había mucho que hacer respecto a lo primero, pero en cuanto a lo segundo, la solución obvia era simplemente darse prisa en darle uno. El tema debería haberse tratado antes, pero con tantos invitados, acabó posponiéndose hasta después de que todo el mundo se hubiera ido a casa.

Gyokuen probablemente sabía que esto iba a ocurrir. La idea había estado en el aire, y los más perspicaces podrían haber adivinado que Jinshi haría algo así. Jinshi se había preguntado si Uryuu intentaría oponerse, pero el incidente con su propia hija le había dejado sin argumentos. Lishu podía ser un miembro de la familia, pero también era la consorte del Emperador, y actuar con malicia hacia ella no estaría permitido ni sería perdonado. Peor fue su transparente intento de destruir las pruebas. Y eso cuando las damas de compañía de la Consorte Lishu en el palacio posterior seguían gastándole bromas con regularidad. Y para colmo, el propio Uryuu parecía mucho más partidario de la hermana mayor de Lishu.

Normalmente, esto habría supuesto un castigo para ellos, pero la Consorte Lishu no lo había querido así. Así que, en lugar de eso, se abandonó el asunto y el Clan U quedó debiendo un favor.

Gyokuen pareció brevemente emocionado al saber que se le concedería un apellido, pero luego sus cejas se fruncieron. Jinshi no

estaba seguro de si se trataba de una actuación o de una reacción sincera, pero en cualquier caso significaba que no iba a aceptar la oferta sin más.

Jinshi entendía perfectamente el porqué de aquello, pero fingió no entenderlo. “¿Pasa algo?” Preguntó.

“No, es simplemente... De nuevo, esto significa que tendría que ir a la capital, ¿no?”

“Sí, así es.”

Incluso el viaje más urgente desde los confines occidentales hasta la capital y viceversa llevaría al menos un mes, una perspectiva difícil para Gyokuen, que se suponía que gobernaba esta zona. Sin embargo, también comprendió que no tenía la opción de rechazar esta oferta.

Gyokuen tenía un hijo, un hombre bastante mayor que la Emperatriz Gyokuyou, de otra mujer. Aunque a diferencia de los hijos de U, Gyokuyou y su hermano parecían llevarse bien.

“Tengo un hijo, y si todo parece tranquilo, no debería tener ningún problema estando aquí por mi...”

Sí, si todo parecía tranquilo. Ahí estaba el problema.

Estaba muy claro por qué Gyokuyou había sido nombrada Emperatriz: el Emperador deseaba centrarse en lo que ocurría en el oeste. Más allá de la capital occidental estaba la tierra de Shaoh.

Shaoh no era un problema en sí mismo; el verdadero problema era el país que se extendía por encima de él: Hokuaren. El Emperador se vincularía al clan de Gyokuen para reforzar la frontera occidental, pero si ocurría algo mientras el líder del clan estaba ausente... bueno, la perspectiva era aterradora. Tampoco el hijo de Gyokuen podría viajar a la capital en lugar de su padre; se esperaba que fuera el jefe del clan quien apareciera para recibir el apellido.

Algunos abogaban por ignorar esas viejas costumbres enmohecidas, pero era la Emperatriz Gyokuyou quien probablemente sufriría si su padre decidía romper con los precedentes.

Gyokuen era y siempre había sido un funcionario de la capital occidental. Poseía una buena cantidad de territorio, sin duda, pero a los ojos de muchos funcionarios de la capital real, seguía ocupando un puesto provincial en la periferia del país, por mucha tierra que tuviera. Su rápido ascenso a la prominencia tras la destrucción del Clan Yi no podía negarse, pero también era la fuente de mucho resentimiento y resistencia contra él.

“Lo siento mucho, pero debo pedirte que, a pesar de todo, vayas.” Dijo Jinshi. Lo sentía por el hombre, pero era la única manera. Jinshi, así como el Emperador, sabían que estaban pidiendo algo casi imposible a Gyokuen, pero la exigencia no venía de ellos. Venía de los altos funcionarios de la capital. Tal vez incluyendo a varios con parientes en el palacio posterior.

“Esta es sólo la primera parte de su plan para castigar a un patán advenedizo, supongo.” Dijo Gyokuen, aunque parecía más o menos relajado. Tal vez, si no podías soportar este tipo de aguijonazos, simplemente no tenías disposición para la política. La palabra “advenedizo” podría interpretarse como una posición débil, pero no parecía ser el caso de Gyokuen. “En cualquier caso, lo entiendo.”

Sabía que acabaría recibiendo esa respuesta, pero oírla le produjo a Jinshi una sensación de alivio. Sin embargo, Gyokuen no había terminado.

“Si se me permite, sin embargo, me gustaría estipular una condición.”

“¿Una condición?”

“Sí. Me gustaría que mi hijo tuviera a alguien que le ayudara. Sólo ha conocido las tierras occidentales toda su vida, y tiene poca experiencia del mundo. Si es posible, me gustaría que le atendiera alguien con conocimientos de la región central.”

En otras palabras: *Voy a hacer esta cosa imposible que me pides, así que a cambio dame algo de personal decente.*

“Hmm. Sí, parece razonable. ¿Tenías a alguien en particular en mente?”

Era, de hecho, una petición comprensible. El hijo de Gyokuen le sucedería algún día, y necesitaría conocer la vida en la región que rodea la capital, aunque sus conocimientos al respecto fueran mínimos.

“Sí. Durante el banquete, el joven Basen parecía una persona totalmente distinta cuando se lanzó delante de ese león.”

“Ah, ¿él? Él es...”

Si Gyokuen le había echado el ojo a Basen, eso podía ser un problema. Puede que no pareciera gran cosa, pero era muy importante para Jinshi, alguien que podía hablarle con franqueza y en torno a quien Jinshi podía relajarse.

“Por favor, no me malinterpretes; no es eso lo que estoy pidiendo. Jamás pediría algo tan fuera de mi rango como que un miembro del Clan Ma atendiera a mi hijo.” Se apresuró a decir Gyokuen, comprendiendo la importancia de la reacción de Jinshi.

Los Ma eran uno de los clanes con apellido propio y, sin embargo, nunca llegaron a ser ministros ni ocuparon otros altos cargos. En cambio, existían para servir a la familia imperial. El asunto podría haber estado abierto si Basen hubiera procedido de una familia sin nombre, pero como miembro del Clan Ma, se le aseguró que de algún modo estaría relacionado con la familia imperial, y no con nadie más. Gyokuen se apresuró a negar que estuviera pidiendo ayuda a un miembro del clan de Basen, porque hacerlo habría sido afirmar que su familia era igual a la del Emperador, una afirmación que habría rozado la traición.

“Simplemente me impresionó.” Continuó Gyokuen. “No sé cuántos hombres hay que pudieran actuar con tanta decisión al enfrentarse a un animal salvaje en lugar de temblar de terror.”

Al parecer, el comentario de Gyokuen era un simple elogio sincero. Resultaba un tanto extraño oír a alguien elogiar a Basen sin reservas, pero Jinshi estaba de acuerdo con él: a pesar de lo fácil que le resultaba perder el control en la mayoría de las circunstancias, a la hora de la verdad Basen mostraba una compostura extraordinaria. Además, había actuado con rapidez. Cuanto más peligrosa era una situación, más se movía, no con el pensamiento, sino con el instinto, y el instinto de Basen no le había llevado por mal camino. Se merecía unas buenas palabras.

A decir verdad, en el entrenamiento marcial, Jinshi y Basen estaban más o menos en igualdad de condiciones. Jinshi tenía una técnica más refinada, por lo que en las competiciones formales solía ser el vencedor. Sin embargo, si alguna vez se enfrentaban en un combate real, no confiaba en poder vencer a Basen. Esto también explicaba por qué Gaoshun había asignado a Basen a Jinshi a pesar de su inexperiencia.

“Sin duda, tranquilizaría a una persona tener a alguien tan capaz custodiándola.” Gyokuen, que no conocía la idiosincrasia de Basen, se deshizo en elogios.

“Tendré que decírselo a Basen.” Fue todo lo que dijo Jinshi, y luego empezó a pensar en posibles candidatos. Si Gyokuen había acudido a él personalmente, al menos debía tener a alguien en mente. “Ahora bien, ¿qué clase de persona esperabas que atendiera a tu hijo?”

Abierta y directamente, esa era la forma de manejar esta situación. Gyokuen asintió lentamente. “Esperaba poder preguntar por alguien en la capital.”

“Hoh. ¿Y quién podría ser?”

¿Tenía Gyokuen algún conocido en la capital, o la Emperatriz Gyokuyou había hablado bien de alguien? La emperatriz era una mujer perspicaz, y a Jinshi no le habría sorprendido que hubiera encontrado alguna buena ayuda y estuviera intentando enviarla a su casa.

Gyokuen sonrió y luego dijo algo increíble. “¿Quizás podrías convencer a Sir Lakan en este asunto?”

Era todo lo que Jinshi podía hacer para mantener la consternación en su rostro.

Tras separarse de Gyokuen, Jinshi regresó a su habitación de invitados y se desplomó en el sofá. “Esto debería ser lo último.” Dijo.

“Sí, señor.”

Si Gaoshun hubiera estado allí, Jinshi podría haber aprovechado la oportunidad para desahogarse con una amplia variedad de quejas, pero no; sólo Basen estaba presente. Él también parecía nervioso, suspirando audiblemente.

La capital podía ser sofocante a su manera, pero era mejor que estar atrapado aquí. Jinshi al menos se sentía un poco más tranquilo tras

haber enviado a la Consorte Lishu y a los demás por delante. Su único error de cálculo había sido permitir que se llevaran a la apotecaria sólo porque *alguien* había jugado la carta del “hermano mayor”.

Es cierto que su ausencia era un alivio en cierto modo, pero al mismo tiempo le inquietaba. Sin embargo, prácticamente podía ver lo que la chica, casi un *shaku* más baja que él, le haría si se apresuraba ahora. Tendría que aprovechar al máximo la situación.

“¿Le apetece un zumo de frutas, señor?” Preguntó Basen.

“Sí, gracias.”

Basen, vacilante, preparó el zumo. Mientras Jinshi estaba fuera, los criados entraban para hacer la cama y ocuparse de otras tareas diversas, pero cuando él estaba en la habitación, Jinshi prefería que los criados no entraran a menos que fuera absolutamente necesario. No es que no confiara en el personal de la casa de Gyokuen; simplemente, había tenido suficientes experiencias desagradables en el pasado como para preferir evitar la presencia de sirvientes. Tal vez Gyokuen se había enterado a través de la Emperatriz Gyokuyou, pues ningún miembro del personal de la casa aparecía en la puerta de Jinshi a menos que él los convocara.

En cuanto a probar su comida en busca de veneno, el guardaespaldas de fuera tomaría un bocado, y Basen tomaría otro. Era más que nada por una cuestión de forma; contra un veneno de acción lenta, el ejercicio sería inútil. En cuanto a eso, tendría que confiar en Gyokuen.

Jinshi dejó que el zumo agrio se asentara en su lengua mientras contemplaba distraídamente el día siguiente. Por fin podría regresar a la capital, y el viaje de vuelta sería mucho más rápido que el de ida. Personalmente, Jinshi prefería viajar por tierra antes que en barco, pero si podía ahorrar tanto tiempo, lo haría en barco.

Quería darse prisa en volver a casa, pero la gente no paraba de sonsacarle cosas con la esperanza de llamar su atención. Su fecha de regreso se había retrasado en parte por la conmoción del banquete y, más tarde, por el asunto del funeral, pero también por simple politiqueo. Quizá en parte por eso Gyokuen había dejado hasta ahora sus propios asuntos: en la capital occidental, su nombre facilitaba las cosas. Sólo había que decir: “Me temo que tengo una reunión con Gyokuen después de esto.”

Sin embargo, no faltaron quienes trajeron a sus hijas o hermanas menores para que le sirvieran bebidas, o quienes vinieron acompañados de mujeres de aspecto extranjero que rezumaban belleza exótica. Algunos de sus perfumes debían de contener ingredientes afrodisíacos, porque Basen, que era especialmente sensible a esas cosas, no tocaba su bebida; simplemente se quedaba sentado, todo rojo. En cierto modo, le convenía como prueba de fuego.

Aunque Basen era el hermano de leche de Jinshi y un viejo amigo, aún quedaban algunas críticas que Jinshi podría haberle hecho. El otro día —durante el incidente que había provocado tan terrible malentendido por parte de Ah-Duo—, Jinshi había pensado que tal vez

Basen por fin había madurado un poco, pero parecía haberse equivocado al respecto. El joven seguía siendo un tardón cuando se trataba de mujeres de su edad. Sólo con Maomao parecía sentirse completamente a gusto y, en cierto modo, eso sólo podía ser una señal de que no podía imaginarse a sí mismo haciendo algo con ella.

El propio Jinshi pensó que, a pesar de su impermeabilidad a los venenos, seguía siendo una chica pequeña y de aspecto delicado que parecía tan frágil como cualquier otra joven, pero, extrañamente, no podía imaginársela quebrándose así. Tal vez porque la había visto reír a carcajadas mientras tomaba veneno, o regresar de un secuestro tan tranquila como si hubiera estado haciendo recados, y así sucesivamente.

Bastante simple: Basen no veía a la apotecaria como una mujer. Pero Jinshi estaba en conflicto. A la edad de Basen, su padre, Gaoshun, ya había tenido tres hijos. Pensar que un hombre tan claramente, ejem, activo entre las mujeres tuviera un hijo así... Y la hermana mayor y el hermano mayor de Basen ya estaban casados.

Jinshi escurrió su taza y miró a Basen. “¿Todavía no te han insistido con lo de casarte?”

Basen frunció el ceño, sorprendido por la pregunta de Jinshi. Estaba claro. La madre de Basen había sido la niñera de Jinshi, por lo que él conocía bien el tipo de persona que era: una mujer lo bastante enérgica como para que Gaoshun describiera a veces a su propia esposa como una dama aterradora.

Basen palideció y empezó a sudar profusamente, incluso a temblar. Jinshi parecía haberle provocado malos recuerdos.

“Me han... *animado* a ir a algunas reuniones concertadas.”

“Con señoritas honradas, seguro.” Dijo Jinshi. Su expresión no cambió, pero por dentro sonrió. Últimamente no paraban de *hacerle* preguntas; por una vez era divertido ser quien las hacía. “¿Al menos te enseñaron retratos de ellas?”

“Sí... Yo estaba dispuesto a mirar, si nada más.” Dijo Basen.

Tal vez fuera acertado. Una imagen podría “mejorar” fácilmente la realidad. Uno podría muy bien ser convencido de una reunión con falsos pretextos, después de lo cual la otra parte podría tratar de afirmar que Basen estaba comprometido. Y Basen, siendo quien era, era tan testarudo que, una vez establecida una “relación” así, probablemente se sentiría responsable ante la mujer durante el resto de su vida.

Basen frunció el ceño y puso cara de conflicto. Bajó los ojos y se miró la mano derecha vendada. Tras un largo momento, dijo: “Aún soy muy inexperto. Creo que es un poco... pronto para que piense en mujeres.”

Era un pronunciamiento realmente patético, pero mientras Jinshi observaba a Basen, se arrepintió de haberle tomado el pelo a su amigo. “¿Te sigue molestando?” Preguntó.

Basen no dijo nada.

Jinshi lo sabía: la incomodidad de Basen con las mujeres tenía algo que ver con su madre y su hermana mayor. Y, en cierto modo, también con Jinshi.

Como la propia madre de Basen se había pasado todo el tiempo atendiendo a Jinshi, Basen había estado al cuidado de su hermana, dos años mayor que él, y de una sirvienta. Prácticamente el trabajo de un niño es rogar y suplicar y complacer sus propios deseos, pero las cosas eran un poco diferentes con Basen.

A veces, un guerrero en combate trasciende el mero entrenamiento: en un momento de crisis, los movimientos de su enemigo pueden parecer lentos, o él puede parecer inmune al dolor. Normalmente, tales poderes se adquirirían perfeccionándose sin cesar como guerrero, pero Basen parecía haber nacido con ellos. ¿Era sólo una coincidencia o se debía a que era hijo de una familia con una tradición militar que se remontaba siglos atrás? Sea como fuere, las habilidades de Basen sólo podían calificarse de instintivas.

Una vez, cuando Basen se empeñó en ver a su madre, esas habilidades se volvieron contra su hermana y la sirvienta. Por lo general, conseguían disuadirle de sus rabietas, pero aquella vez no. Con su mano de niño, pequeña y roja como una hoja de arce, Basen había agarrado el brazo de su hermana y se lo había roto.

Entonces sólo tenía seis años y se rompió un dedo en el acto. Era tan fuerte que el retroceso de su propia acción había sido así de poderoso.

A raíz de aquel incidente, Basen empezó a vivir separado de su hermana y su hermano mayores. Jinshi lo conoció poco después, y al principio lo consideró una persona bastante fría y distante, pero claro que lo era; Jinshi casi le había robado a su madre. El hecho de que fueran instruidos juntos en el manejo de la espada fue en parte para fomentar la cercanía entre ellos, y en parte un acto de misericordia hacia Basen.

Jinshi escuchó esta historia por primera vez cuando tenía más de diez años, después de que Gaoshun le viera burlarse de Basen por intentar mantener las distancias con las damas de compañía.

“Las mujeres son criaturas tan frágiles.” Dijo Basen. “Creo que es demasiado pronto para mí.”

¿Qué podía decir Jinshi a eso? Nada. En lugar de eso, extendió su taza, pidiendo en silencio más zumo.

Capítulo 6:

El Clan La (Primera Parte)

¿Estamos seguros de esto? Pensó Maomao mientras sorbía su té. La familiaridad podía ser peligrosa: embotaba el sentido del peligro.

“Supongo que esto cuenta como una cálida bienvenida.” Dijo Lahan, sorbiendo igualmente un poco de té.

Un hombre de rostro pétreo se sentó frente a ellos con los brazos cruzados.

“Bien, mi querido hermano...” Dijo Lahan. Si había que tomarle la palabra, el hombre que tenían delante era su hermano mayor. Era de complexión media, no demasiado alto, de rasgos más o menos indefinidos, y eso parecía ser todo lo que había en él. Ahora que lo pensaba, Lahan había dicho que el excéntrico estratega lo había adoptado, pero nunca dijo que no tuviera otros hermanos. Maomao simplemente lo había supuesto.

Lahan los había llevado a una finca no muy lejos del embarcadero, lo bastante cerca como para ir andando. Rikuson había bajado del barco con ellos, pero Lahan le había soltado un “no estoy muy seguro de traer extraños”, y ahora se encontraba en una posada cercana al embarcadero. Maomao pensó que podría haber seguido a casa con Ah-Duo y la Consorte Lishu, pero al parecer eso no estaba en las cartas.

En cuanto al siempre alegre Kokuyou, había dicho que iba a buscar un carruaje que le llevara a la capital. Si el destino lo permitía, volverían a encontrarse.

La casa a la que habían ido no estaba en una ciudad, sino en un lugar aislado. Era una casa razonablemente suntuosa, pero estaba en el campo. Tal vez algún alto funcionario de la capital había sido desterrado aquí; habría sido humillante para alguien así.

¿De verdad está bien que nos dejemos caer por un sitio así?

Maomao podía ver lo que parecían campos de cultivo a su alrededor. A lo lejos, pequeñas casas salpicaban el paisaje, pero estaban demasiado separadas como para constituir un pueblo. El cultivo que crecía en los campos era algo que Maomao no había visto mucho. Se parecía a la correhuela, pero la correhuela se consideraba, bueno, una mala hierba, porque rara vez producía frutos. Pero esto, fuera lo que fuera, se había plantado en una gran superficie.

Me pregunto qué podría ser.

Justo cuando se dirigían a la casa, se cruzaron con un hombre en la carretera. Les dirigió una mirada de asombro y les arrastró hasta un cobertizo cercano, donde se encontraban ahora. En cuanto al té, la tetera estaba allí mismo y simplemente la tomaron prestada. No olía raro, así que probablemente era seguro. Sin embargo, el té tenía un sabor extraño, probablemente algo tostado. El lugar parecía ser un pequeño taller al servicio del trabajo del campo; los aperos de labranza, pulcramente ordenados, hablaban de la meticulosidad del propietario.

“¿Por qué estás aquí?” Preguntó el hombre.

“¿Por qué? ¿Qué, tu hermano pequeño no puede venir de visita?” (Maomao sospechaba que realmente estaban aquí porque Lahan había olido dinero). “¿Está papá por aquí? Me gustaría hablar con él.”

“¡Papá! ¿Te refieres a tu «padre» de ojos de zorro?”

“No, me refiero a *papá*. Mi honrado padre adoptivo está en la capital, para tu información.”

El hermano de Lahan guardó silencio, hasta que golpeó la puerta con abandono. “¡Sal de aquí y vete a casa! Ahora, antes de que te encuentren.”

“Eres terrible. Hace siglos que no ves a tu hermanito.”

“Ya no eres el hijo de mi padre.”

La conversación sonaba vagamente absurda. Maomao abrió la tapa de la tetera y, al mirar dentro, no encontró hojas de té, sino cebada tostada. Sí, pensó, impresionada; esa era una forma de utilizarla.

Así que Lahan sorbió tranquilamente su bebida mientras su hermano montaba en cólera y le ordenaba que se fuera a casa. Maomao, mientras tanto, inspeccionaba una enredadera que yacía en un rincón del pequeño edificio. Parecía ser la misma que estaba plantada en los campos del exterior. La habían cortado y metido en un cubo. Una mirada atenta reveló lo que parecían ser raíces, así que ¿pensaban replantarla?

Las hojas realmente parecían enredaderas, pero aparentemente era otra cosa. Maomao empezó a revisar los estantes. Había algo en los campos que le llamaba la atención y no la soltaba. En los estantes no encontró más que cubos y trapos, así que miró fuera por la ventana. Aunque el pequeño cobertizo proyectaba una sombra en esa dirección, vio macetas con jóvenes campanillas.

Pero tampoco es una gloria de la mañana.

Detrás del cobertizo había muchas glorias de la mañana. ¿Eran puramente ornamentales? ¿O tal vez la familia fabricaba medicinas con ellas? Las semillas de gloria de la mañana se conocían como *qianniuzi*, y se utilizaban como laxante y diurético. Sin embargo, podían ser bastante tóxicas y había que tratarlas con cuidado.

Cuando el hermano de Lahan vio a Maomao asomada a la ventana, la cerró de golpe. “¿Qué estás haciendo?!”

“Nada. Sólo curiosidad por las glorias de la mañana.”

“¿Quién demonios eres tú?”

Un poco tarde para esa pregunta.

“Es mi hermana menor, querido hermano.”

“Soy una completa desconocida, señor.”

“¿Cuál es?!” El hermano de Lahan apretó los puños.

Maomao y Lahan se miraron, y luego Maomao dijo: “Desde luego es fácil sacarle partido.”

“¿Verdad? No hacen muchos como él... de verdad que te lanza una réplica cuando quieres.”

“¡Basta ya! No entiendo nada de lo que dicen.” El hermano de Lahan dio un pisotón. Era muy divertido fastidiarlo.

Lahan sirvió más té de la tetera y se lo ofreció al otro hombre, que se lo bebió de un trago y luego tiró la taza; la bebida debía de estar muy caliente. Maomao fue a buscar el recipiente de madera.

“Excelente reacción. Prácticamente de manual.” Dijo.

“¿Verdad? Uno pensaría que gente como él estaría en todas partes, pero son sorprendentemente raros, los de su tipo.”

“¡Maldita sea, no entiendo una palabra!” Exclamó el hermano, con la lengua fuera de la boca.

Bien, suficiente diversión a costa del Hermano. Es hora de volver al tema.

“Pareces decidido a echarnos. ¿Puedo preguntar por qué?” Dijo Maomao. “Quiero decir, entiendo que desprecies a este hombre por traicionar a su verdadera familia y unirse a ese horrible zorro estratega.”

“Lo has entendido todo mal, hermanita.”

“Tiene bastante razón, pero eso no es lo importante.”

“¿No es lo importante, Hermano?” Dijo Lahan, genuinamente angustiado. ¿De verdad no se había dado cuenta?

Su hermano le ignoró y miró a Maomao. “Te llama su hermana pequeña. Entonces, ¿eres la chica de Lakan?”

Maomao replicó con una mirada verdaderamente funesta. El Hermano se estremeció y retrocedió.

“Maomao, no mires así a mi querido hermano; le darás un infarto. He dicho que no lo hagas.” Lahan sonaba como si estuviera hablando con una niña, y eso sólo la molestó más. Apartó la mirada de ambos y bebió otro trago de té.

El hermano de Lahan se sentó, con el rostro desencajado, y respiró hondo varias veces para tranquilizarse. Abrió la boca, pero Maomao lo fulminó con la mirada. Se llevó una mano a la frente y eligió sus palabras con cuidado. “Mira, en realidad no importa quién seas: debes salir de aquí lo antes posible. Y si *eres* quien Lahan dice que eres, con más razón.”

“Por su tono, deduzco que no se trata de un asunto menor.” Dijo Lahan.

“Si lo entiendes, deja de discutir y vete.”

Sin embargo, ser tratado así sólo podía despertar la curiosidad de una persona. Las gafas de Lahan brillaron. “Hermano, ¿qué *ha* pasado?”

“Es más seguro si no preguntas.”

“Sólo queremos saber qué pasa. Luego seremos buenos y nos iremos a casa.”

“Si te lo digo, no habrá escapatoria.”

“Hermano”, hablar así va a tener exactamente el efecto contrario al deseado, pensó Maomao.

A medida que avanzaba la conversación, Lahan intentaba sonsacarle la información que quería. Al final, sospechaba Maomao, obtendría la verdad. Salvo que la trama se torció antes.

La puerta se abrió con estrépito y apareció un anciano con bastón, una mujer de mediana edad y varios sirvientes.

“Me ha parecido oír un escándalo aquí fuera.” Dijo la mujer, entrecerrando los ojos hacia Maomao y Lahan. El hermano de Lahan palideció. “Ha pasado mucho tiempo, Lahan. Tres años, si no me falla la memoria.”

“Sí que ha pasado mucho tiempo.” Lahan se adelantó e hizo una profunda reverencia. “Madre. Abuelo.”

Madre... Abuelo... Pensó Maomao. En otras palabras, se trataba de la familia que había sido expulsada de la capital. El anciano era la viva imagen de la edad, con los ojos curtidos, el rostro serio y una barba muy larga.

En cuanto a la mujer, tenía un rostro encantador, pero sus ojos entrecerrados hacían pensar a Maomao en un depredador. Se parecía a la mujer del Clan Shi, la madre de Loulan. En resumen, era intimidante. Su atuendo era un poco, bueno, chillón, y llevaba una

pulsera blanca alrededor de la muñeca; tal vez aún no se había puesto al día con la moda actual.

“Veo que has traído contigo a una mocosa desaliñada. ¿Quién es, tu criada?” Dijo la mujer. Parecía prácticamente obligatorio que los nuevos conocidos ridiculizaran a Maomao, y ella ya estaba acostumbrada. Se quedó callada y mantuvo los ojos en el suelo.

“Oh, cielos, madre. Esta es mi hermana pequeña.”

“¿Laha—?!” El Hermano Mayor empezó a gritar, pero se tapó la boca con las manos.

“Herma pequeña... La hija de Lakan, ¿verdad?” Intervino el anciano. Maomao siguió mirando al suelo, pero su rostro se contorsionó en una mueca.

Había una persona allí que parecía al menos tan ofendida por el nombre como Maomao, y era la madre de Lahan. Maomao podía oírla rechinar los dientes.

“Sí... Sí, así es.” Ofreció Lahan. Incluso su hermano le había fulminado con la mirada. Por eso se había empeñado tanto en que Lahan y Maomao salieran de allí sin ser descubiertos. No había querido que su madre o su abuelo los encontraran. En eso, Maomao estaba de acuerdo con él: parecía que la vida habría sido más fácil si nunca hubieran conocido a esa gente.

El anciano emitió un sonido apagado; confundió a Maomao durante un segundo antes de que se diera cuenta de que parecía una carcajada.

“Ja, ja, ja. ¿Cómo te has enterado?”

Lahan parecía perplejo. “¿Cómo así...?”

¿De qué está hablando? Se preguntó Maomao, con una expresión de confusión similar a la de Lahan. Los demás no parecieron darse cuenta, quizá porque tanto ella como Lahan tenían expresiones faciales relativamente mínimas.

Despreocupado, el anciano continuó: “Si estás aquí por Lakan, olvídale. Es una cáscara vacía de hombre. Ni siquiera se resistió cuando lo encerramos. No hace más que murmurar para sí mismo. Francamente, es inquietante.”

“Espera... ¿Lo encerraron?” Maomao y Lahan se miraron.

El hermano de Lahan se llevó una mano a la frente y dejó escapar un largo suspiro.

“Abuelo, ¿de qué demonios estás hablando?” Preguntó Lahan.

“Oh, no te hagas el tonto. Puede que tu padre adoptivo sea un excéntrico, pero incluso tú empezarías a sospechar algo cuando no volviera en diez días enteros. Por eso estás aquí, ¿no?”

Maomao no entendía exactamente lo que estaba pasando, pero comprendió que sonaba como un dolor de muelas. Y si había que creer a aquel anciano, el abuelo de Lahan, aquel engendro estaba recluido en alguna parte. No es que ella *pudiera* creerlo.

“Ehm, diez días enteros no significan mucho para nosotros, abuelo. Maomao y yo llevamos más de un mes fuera de la capital.” Dijo Lahan, rascándose la nuca.

El anciano se volvió lentamente para mirar a Maomao. “Estás bromeando.”

Maomao sacó una cajita del equipaje y, al abrirla, descubrió una maceta con una planta de lo más insólita. Era el pequeño cactus que había recibido. “No los encontrarás por aquí, al menos de momento.” Dijo. También tenían mermelada de grosella y algunas otras cosas, pero pensó que un trozo de comida sin forma no sería tan comunicativo. “También tenemos pieles y sedas.” Añadió.

La madre y el abuelo de Lahan se quedaron mirando la planta, ya que nunca la habían visto. Sí, era algo que decía convincentemente “souvenir del oeste”.

“Estás bromeando.” Dijo el abuelo.

“¿Por qué deberíamos mentirte?” Dijo Lahan. “También hemos traído puros. ¿Quieren?” Él también abrió parte del equipaje. Las hojas de tabaco solían importarse y eran un artículo de lujo en la capital, pero en el oeste podían conseguirse a bajo precio.

Madre y abuelo se miraron en silencio. Por fin, el abuelo levantó una mano.

“Agárrenlos.”

Los sirvientes que estaban detrás de él avanzaron sobre Maomao y Lahan. Fueron capturados en breve, todavía un poco estupefactos.

“¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo han podido encerrarme? ¡A mí! Creía que era de la familia.”

“Creo que quieres decir *un traidor*.”

“¡Qué grosera!” Dijo Lahan y se sentó en una silla. En efecto, estaban encerrados, pero en una habitación bastante corriente. Los muebles eran viejos pero resistentes, y el lugar estaba respetablemente limpio. Maomao lo sabía, porque había pasado un dedo por las estanterías y los alféizares buscando polvo como una suegra cruel, pero no había encontrado nada.

“Aun así...” Dijo Maomao. Aquí había muchos misterios. Si había que creer al abuelo de Lahan, ese engendro estaba en algún lugar de esta mansión, también bajo llave. Puede que fuera un poco displicente, pero Maomao no estaba segura de que se hubiera dejado atrapar tan fácilmente.

“¿Crees que ese viejo pedorro dice la verdad?” Preguntó Maomao.

Lahan se rascó el pelo alborotado. “No puedo estar seguro de que no sea el caso.”

“¿Y el viejo?”

“Maomao... Hay algo que no te he dicho.” Dijo Lahan con cierta brusquedad. “La cortesana que compró a la Casa Verdigris el año pasado... no estaba muy bien de salud.”

“Imagino que no.”

La mujer parecía que iba a morir en cualquier momento. ¿Y quién iba a comprar a esta cortesana caduca sino el excéntrico estratega?

“Por eso mi honorable padre adoptivo no vino a este viaje.”

¿Era por eso por lo que Rikuson había insistido tanto en que Maomao fuera a casa del estratega? Maomao se apoyó en el alféizar. La ventana tenía barrotes de madera y no parecía ofrecer muchas posibilidades de escapar. Al otro lado de los barrotes podía ver a los campesinos trabajando en el campo. ¿Qué estarían cultivando allí?

“Padre rara vez consideraba a las personas como, bueno, personas. Pero después de acoger a esa cortesana en su casa, cambió radicalmente. Fue vergonzoso verlo, francamente.”

“¿Oh?”

“Jugaban al Go y al Shogi todos los días. A Go más a menudo, supongo. Lo cual era una mala noticia cuando tenía que salir a trabajar. Se llevaba un diagrama de tablero, y después de hacer un movimiento, se enviaba a un mensajero de vuelta a casa para que pusiera la piedra en el tablero, luego anotaba el movimiento que respondía y volvía al juzgado. Una y otra vez.”

Sí, Maomao lo vio, eso sí que sería molesto. Se compadeció del mensajero.

“El mensajero siempre estuvo bastante ocupado, hasta el cambio de año. Después, cada vez tenía más tiempo libre.”

“Sea lo que sea lo que crees que estás consiguiendo, no tiene nada que ver conmigo.” No se creía que el excéntrico estratega se dejara capturar sin más, alejándose de una cortesana por la que sentía tanto aprecio. En otras palabras, simplemente había llegado su hora. Probablemente había durado más de lo que habría durado si la hubieran dejado vivir sus días en el distrito del placer. Tal vez fuera ese pensamiento el que permitía a Maomao parecer tan tranquila. Para otros, incluso podría haber parecido fría, pero cuando te dedicas a la medicina, acabas enfrentándote a gente que muere con regularidad. Si te pasaras todo el tiempo llorando por ello, nunca llegarías al siguiente paciente.

Aunque hay algunos que derraman lágrimas cada vez, pensó. Algunos que, aunque harían mejor en acostumbrarse, nunca lo hicieron. Algunos que nunca aprendieron a aceptarlo. Algunos como su padre adoptivo. A ella le parecía inepto, estúpido; pero precisamente por eso le respetaba tanto.

“¿Nada que ver contigo? No seas tan sombría. Si esa cortesana muriera, no creo que ni mi honorable padre adoptivo pudiera soportar el shock.”

“¿Y crees que aprovecharon esa oportunidad para traerlo aquí?”

Era una idea ridícula. A pesar de todo, el viejo loco era un alto funcionario. Si desapareciera durante diez días enteros, cabría esperar la consternación de mucha más gente que la de su hijo adoptivo.

Sin embargo, cuando Maomao expresó esta objeción, Lahan respondió: “Cuando compró a su cortesana, acabó ausentándose del trabajo durante dos semanas. Y cuando volvió, apenas había trabajo esperándole.”

¡Necesita ganarse la maldita vida!

O todos los demás tenían que admitir que, después de todo, no le necesitaban.

“La cuestión es esta: mientras todos los *demás* hagan su trabajo, a falta de una crisis abierta, probablemente podrían seguir funcionando durante unos buenos seis meses antes de que nadie se diera cuenta de que se ha ido.”

Hay que ver. ¿Por qué no lo despide el Emperador?

Maomao empezó a preocuparse de que tal vez el estratega tuviera algún tipo de influencia sobre el gobernante. O tal vez fuera simplemente porque el monstruo *era* muy bueno eligiendo subordinados con talento.

“Me suena un poco a medias. ¿Son los cortesanos más perezosos y descuidados de lo que pensaba?”

“Todo lo que puedo decir a eso es... bueno, es mi padre.”

Maomao lanzó un suspiro.

“Si tuviera que adivinar, diría que el abuelo y los demás han encerrado a padre con la esperanza de hacer que la jefatura de la familia parezca vacante y conseguir así que se la den a ellos.” Dijo Lahan.

“La política familiar no es lo mío. ¿Cómo deciden quién será el jefe del clan?”

Había oído que el viejo loco le había robado la jefatura de la familia al abuelo de Lahan, pero no entendía los detalles. Quizá hubiera algún tipo de papeleo, algo que indicara quién era dueño de qué.

“Normalmente, entre los clanes con apellido, hay un objeto que se transmite junto con el apellido. Quien lo posee es el jefe del clan, y lo lleva consigo cuando se presenta en palacio. Obviamente, no están en palacio todos los días, sólo en ocasiones especiales. Normalmente, la reliquia se guarda en algún lugar seguro. Cuando cambia el jefe de familia, el anterior acompaña al nuevo cuando saludan formalmente al Emperador. Sé que dicen que padre «robó» la jefatura de la familia, pero en realidad ese procedimiento se seguía observando.”

“¿Cómo lo consiguió?”

A juzgar por lo que había visto del abuelo de Lahan, no parecía de los que renuncian a su cargo tranquilamente. ¿De verdad habría ido educadamente con... bueno, *ya sabes quién* a ver al Emperador?

“Fue muy sencillo: El abuelo se vio obligado a salir. Nunca le gustaron los números bonitos, ya ves.”

“Déjame *adivinar*: encontraste la prueba.” Se preguntó si habría sido inapropiado preguntarle en voz alta cuántos años tenía entonces.

“Lo que tramaba el abuelo era... bueno, no más que mezquino, así que él mismo sería el único castigado. El abuelo dijo que la revelación mancharía el nombre de la familia, pero a padre apenas le importaban esas cosas.”

Así que el “Abuelo” iba a ser arrastrado desde su altura, y podía elegir entre hacerlo como un criminal, o renunciar a la jefatura, y no era otro que su nieto quien había ayudado a ponerle en esa posición. *Números bonitos*, sin duda. Probablemente Lahan había *disfrutado* ayudando al viejo loco, haciendo toda aquella investigación.

“De repente entiendo por qué aquí no te tratan como de la familia.”

“¿Perdona? Qué extraño cambio de tema...”

¡Y el hombre ni siquiera lo vio! Sí, era el sobrino de ese monstruo.

“Bien, pero se han pasado todo este tiempo viviendo tranquilamente aquí en el quinto pino, ¿no? ¿Por qué decidirían actuar ahora?”

“Se me ocurren unas cuantas razones por las que podrían hacerlo.” Lahan empezó a contar con los dedos. “Uno: en este país, los documentos públicos se eliminan al cabo de diez años. O supongo que podría decirse que se desgastan; todo lo que no es extremadamente importante no se conserva con cuidado. La prueba que encontré de la calderilla que robó mi abuelo sólo significaría algo si pudieran

compararla con esos papeles.” Levantó otro dedo. “Dos: podrían haber encontrado algún tipo de ventaja sobre él, algo con lo que podrían amenazarle y protegerse si fuera necesario. Aunque se arriesgarían a su ira, claro.”

Se volvió hacia Maomao, y ella retrocedió intranquila. Por supuesto, en ese momento, la ira no vendría por Maomao, sino por la cortesana. “¿Crees que podrían conseguir información así por aquí?” Preguntó.

“Bueno, espera. Déjame terminar.” Dijo Lahan, y levantó un tercer dedo. “Tres: alguien les dio esa información.”

¡Oh! La situación de repente empezó a sonarme familiar. “¿Crees que eso es lo que está pasando aquí?”

«*Lo que está pasando aquí*», tanto los bandidos que habían atacado a la Consorte Lishu como la historia de la adivina de la capital occidental le habían hecho pensar en la inmortal “blanca”. El *modus operandi* era similar en ambos casos.

“Sólo estoy dando luz a una posibilidad. Pero una que no se puede descartar.”

Sí, tenía razón. No podían estar seguros de nada, pero debían trabajar suponiendo que era posible. Eso, sin embargo, dejó a Maomao con una pregunta. “Si todos estos incidentes están relacionados, entonces una cosa me preocupa.”

“¿Qué?”

No podía evitar la sensación de que la sombra de la Dama Blanca se cernía sobre la sucesión de sucesos misteriosos ocurridos últimamente, y varias cosas de este olían al mismo autor. Pero se preguntó: “Hemos tenido casos tanto en el este como en el oeste que podrían parecer implicar a la inmortal. ¿Crees que ella está realmente conectada a todos ellos de alguna manera?” Tendría que ser *extremadamente* ágil. “Incluso si asumimos que no es la Dama misma, sino sus agentes, los que hacen el trabajo, la información parecería viajar demasiado rápido.”

“Cierto...”

Puede que la adivina de la capital occidental actuara de forma muy parecida a la Dama Blanca, pero ¿cómo iba a saber de la hermanastra de la Consorte Lishu, que estaba muy lejos, en el este? Si compartían información, ¿cómo lo hacían? La pregunta seguía sin respuesta.

“¿Y si la Dama Blanca tenía un coconspirador en la capital?” Preguntó Lahan. Así podría averiguar quién viajaría al oeste.

“¿Cómo explicamos entonces la existencia misma de la adivina? Ya estaba allí hace al menos diez días.”

“Tienen un muy buen punto. Parece imposible.” Gimió Lahan.

“Aun así...” Murmuró Maomao, mirando por la ventana.

“¿Aun así qué?” Preguntó Lahan.

“No puedo evitar preguntarme si nos van a dar de comer.” Dijo mirando los campos. Los campesinos seguían trabajando afanosamente.

Los temores de Maomao resultaron infundados. Les dieron de comer y no estaba mal. Ingredientes decentes: carne y pescado. El pescado estaba un poco salado. Cuanto más se adentraba uno en el interior, más frecuente era encontrar marisco salado. En la capital, el pescado se sacaba fresco del mar y se llevaba a los comensales en veloces caballos, por lo que allí nunca se veía marisco en escabeche.

Lo que resultó sorprendentemente sabroso fueron los bollos de sésamo. No estaban rellenos de pasta de sésamo, sino de castañas trituradas o alubias rojas o algo así. El relleno era espeso y dulce; quizá habían utilizado miel o sirope para darle esa consistencia.

No, espera. ¿Esto es... batata? Se preguntó, masticando la comida pensativamente. Eso tendría sentido.

Incluso Maomao, que no era muy aficionada a los dulces, se comió dos de los bollos; Lahan engulló no menos de cinco.

“Mírate. Estoy casi impresionada.” Dijo Maomao.

“Para tu información, usar el cerebro hace que a uno le apetezca comida dulce.” Respondió Lahan, y se metió otro bollo en la boca.

“Me pregunto si la familia de aquí es golosa.” Dijo Maomao.

Las batatas eran un alimento poco habitual. Maomao, que había vivido tanto en la Casa Verdigris como en el palacio posterior, los había encontrado antes, pero no eran fáciles de ver en el mercado. El resto de los ingredientes de la comida no tenían nada de especial; quizá la gente de aquí era muy exigente con el relleno.

“La verdad es que no. Al menos, no recuerdo que sean así. Quiero decir, tampoco es que odien los dulces.”

“Hm.” Maomao dio un sorbo a su té de después de comer. Esta vez no sabía a cebada tostada, sino a hojas de té. Entonces, aferrándose a un pensamiento pasajero, dijo: “Creo que aún no hemos visto a tu padre. ¿Qué le pasa?”

“Sí, ¿qué *está* haciendo? Yo también quería verle.” Dijo Lahan, lamiéndose la grasa de los dedos mientras hablaba. A Maomao le recordó al estratega de ojos de zorro, y le hizo fruncir el ceño. “¿Crees que ese padre tuyo está metido en todo esto?” Preguntó.

“Lo dudo. Mi padre adoptivo sólo pidió que el puesto de jefe de clan quedara vacante. Los rumores tienen una manera de propagarse, sin embargo, y mi abuelo era un hombre orgulloso. Descubrió que no podía permanecer más tiempo en la capital. Papá, podría haberse quedado allí si hubiera querido. Pero decidió no hacerlo.”

“Un hecho por el que tu madre no parece estar muy contenta.”

Lahan sonrió sardónicamente. “Sí, fue el abuelo quien eligió a mamá. Ella y mi padre adoptivo se llevan como el agua y el aceite.”

Habría sido más sorprendente si hubieran sido amigos, la verdad; Maomao se imaginó a la mujer y sintió una punzada de simpatía.

“Me pregunto si es sensato meternos a los dos en la misma habitación. Espero que al menos nos den sitios separados para dormir.” Dijo Maomao.

“Si nos hacen dormir en la misma habitación, ¿a quién le importa? No es que vaya a pasar nada.”

“Tienes razón.”

Eso fue todo lo que hubo que decir al respecto; ambos se miraron como si no pudieran creer que estuvieran teniendo esta conversación.

“Hablando de eso, tú y el hermano menor del Emperador...”

“Creo que voy a dormir un poco.” Dijo Maomao, dejándose caer en la cama a su lado.

“¡Eh! ¿Dónde voy a dormir?”

“Hay un sofá justo ahí.”

“¡Deberías tener más respeto por tus mayores!”

“Creía que los mayores tenían que mimarnos a los niños.”

Evidentemente, Lahan tenía algún problema con este acuerdo, pero Maomao no dejó que le molestara. En lugar de eso, se tumbó en la cama, intentando aclarar los hechos.

Lahan y el excéntrico estratega parecían estar dando al antiguo jefe del clan y a su familia suficiente dinero para vivir; después de todo,

tenían recursos para contratar sirvientes, aunque quizá no para actualizar sus muebles a la última moda del lujo o comer de lujo en cada comida. A Maomao le parecía un arreglo bastante dulce, pero alguien que hubiera vivido en el regazo del lujo en la capital podría considerarlo profundamente degradante. La humillación se había enconado durante largos años y ahora estaba a punto de estallar, pero ¿quién había encendido la mecha?

Maomao recordó la pulsera blanca que llevaba la madre de Lahan. No la había visto muy bien, pero le había recordado a una cuerda blanca retorcida como una serpiente. Esperaba que no fuera un malentendido, pero le traía malos recuerdos.

Esa “inmortal” sí que es tenaz, pensó Maomao. Era como un fantasma; sus rastros parecían estar en todas partes. Era casi suficiente para convencer a Maomao de que realmente tenía la capacidad sobrenatural de estar en muchos sitios a la vez.

Maomao se durmió deseando que alguien se diera prisa en atrapar a la mujer.

Lo siguiente que supo es que era de noche. Salió del dormitorio bostezando y descubrió no sólo a Lahan, sino también a su viejo y desagradable abuelo. Si hubiera sido sólo el abuelo, le habría golpeado e intentado escapar, pero vio a un criado detrás de él.

La cara del anciano se torció al ver a Maomao. ¿Tal vez todavía seguía despeinada? ¿O legañosa? Quizá la almohada le había dejado una marca en la mejilla y a él no le gustaba.

“Nos vamos.” Dijo el abuelo, y salió de la habitación antes de que Maomao pudiera objetar. Ella y Lahan compartieron una mirada, pero como la alternativa a ir era presumiblemente volver a ser encerrados, se fueron.

“Parece que realmente eres hija de Lakan.” Comentó el abuelo, pero Maomao no dijo nada; no había motivo para que respondiera a aquello. Sin embargo, se dio cuenta de que la familia había estado investigando mientras ella dormía. Maomao se preguntó cómo lo habían conseguido, pues no había dormido más de cuatro horas.

“El hombre es un completo imbécil.” Continuó el abuelo. “Hagamos lo que hagamos, digamos lo que digamos, sólo murmura para sí mismo. Ni siquiera intenta hablar con nosotros. Pero tu nombre... Tu nombre, al menos, lo recuerda.”

Maomao se detuvo en seco. Esta conversación sugería algo sobre quién iba a estar en su destino, y no le gustó.

“Sé que no eres una gran fan, pero será mejor que vayamos. Ahora mismo discutir no nos llevará a ninguna parte.” Dijo Lahan, y por desgracia, tenía razón. Maomao echó a andar de nuevo.

Se dirigían a un edificio en las afueras de la urbanización, con grandes ventanas redondas enrejadas. Se podía ver el interior, es decir, al hombre mugriento de mediana edad que estaba en el suelo.

El hombre estaba tumbado de espaldas, con la barbilla cubierta de barba desordenada. El cabello de la cabeza le colgaba suelto por detrás,

como si se lo hubiera apartado con fastidio. A su lado, en el suelo, había un cuenco mugriento. Tenía granos de arroz pegados a la ropa y a los dedos, como si hubiera comido con las manos en lugar de con palillos.

“¡Padre!” Gritó Lahan, corriendo hacia los barrotes. La visión del hombre, evidentemente fuera de sí, debió de despertar algo en él.

Efectivamente, parecía que le pasaba algo. Su boca no dejaba de moverse, formando palabras mudas; parecía un adicto que estuviera sufriendo algún tipo de síndrome de abstinencia. Al parecer, Lahan había pensado lo mismo, pues se volvió hacia el anciano. “Abuelo, sé que dijiste que padre no te hacía caso, pero no le diste opio o algo así, ¿verdad?”

“Hmph, no puedo hablar de eso. Pero sí quiero que me diga dónde está la reliquia.” El anciano miró imperiosamente a Lahan. Luego extendió los brazos y dijo: “De todos modos, yo no le convoqué. *Él me convocó a mí*, y yo fui a buscarlo a la capital. Estaba así cuando le encontré.”

Maomao estaba de acuerdo con él, definitivamente no era envenenamiento por opio.

“No había sirvientes ni nadie más en la casa. Sólo *él*, el muy cascarrabias, inclinado sobre una tabla de Go y murmurando para sí mismo.”

El abuelo alegó que había traído aquí al estratega porque no había nadie más.

¿*Nadie*? Se preguntó Maomao. Miró a Lahan: no parecía posible. “¿Tuvo que despedir a todos sus sirvientes o algo así porque estaba demasiado endeudado para pagarles?”

“No, conservaba un mínimo de ayuda doméstica. Necesitaba a alguien que cocinara y limpiara, y que cuidara del paciente.” Luego, sin embargo, Lahan añadió: “Aun así... Me imaginaba que esto podría pasar.”

¿A qué se refería? Más bien, a quién: tenía que referirse a la cortesana que el estratega había acogido el año pasado. Puede que todos los sirvientes se hubieran ido, pero ella seguiría allí, y el estratega de ojos de zorro no se habría marchado sin dejarla en casa. El hecho de que estuviera aquí y pareciera conmocionado debía significar que la cortesana había muerto.

Parecía como si su alma hubiera huido de su cuerpo y, sin embargo, el cuerpo se movía. Parecía estar frente a algo que no podía verse. Estaba sentado ante alguien que ya no estaba allí.

“¿No puedes hacer algo por él, Maomao?” Preguntó Lahan. Sólo por un instante, el excéntrico estratega se estremeció, pero luego reanudó su incesante letanía entre dientes. Estaba en mal estado.

“Se supone que son lo que pasa por sus hijos. ¡¿No tienen ni idea de dónde pueden estar las joyas de la familia?!” Exigió el abuelo.

“Me temo que puede gritar todo lo que quiera, señor, pero...” Dijo Lahan, sacudiendo la cabeza.

Maomao fue más directa: “No tengo ni idea.” Ella también negó con la cabeza.

“¡Entonces quizá recuerden *esto!*” El anciano sacó una gavilla de papeles de entre los pliegues de su túnica. Estaban cubiertos de números de algún tipo. “Lakan llevaba esto encima. Este tipo de cosas son tu especialidad, Lahan. Estos números deben revelar un lugar oculto o *algo así.*”

Evidentemente, el anciano tenía la impresión de que los números eran una especie de código. Lahan tomó el papel y lo miró entrecerrando los ojos. Maomao miró por encima del hombro.

Ambos vieron lo que era inmediatamente. El papel tenía dos números uno al lado del otro, y había docenas de páginas.

También sabían que la gavilla no contenía la respuesta que el anciano buscaba, pero, dadas las circunstancias, no había motivo para decírselo de inmediato. En lugar de eso, sintieron que debían hacer algo con el engendro desinflado. Francamente, Maomao habría estado igual de contenta de no tener nada que ver con él, pero cuanto antes se empezaba, antes se hacía.

“¿Tienen un tablero de Go en esta casa?” Preguntó.

“¡¿Qué demonios tiene eso que ver?!”

“¿Tienen uno?” Repitió sin cambiar el tono. El viejo bramó y llamó a un criado, que trajo una tabla de Go y piedras.

Entraron en la habitación del estratega. Cuando le colocaron el tablero delante, le temblaron los hombros. Maomao se sentó frente a él, al otro lado del tablero. Tomó las piedras negras, mientras Lahan colocaba las blancas donde el estratega pudiera alcanzarlas.

Maomao tomó una piedra negra y la colocó en el tablero, siguiendo los números escritos en el papel. En respuesta, el monstruo sujetó una piedra blanca y la colocó en el tablero con un *click*.

Creyó que los papeles eran notas que el mensajero había tomado mientras el estratega y su cortesana jugaban al Go. Además de los dos números, se habían inscrito cuidadosamente números correlativos en la parte superior derecha. Maomao se limitaba a jugar según los números, y el estratega respondía.

Maomao no era una jugadora de Go especialmente buena. Sabía que la parte inicial de la partida implicaba algo llamado *joseki*, secuencias de jugadas que estaban en gran medida establecidas. Así, podía esperar que el estratega hiciera los mismos movimientos que en la partida real. Siguió pasando las páginas, jugando y volviendo a pasarlas, hasta que llegó a las tres últimas hojas.

Lahan, mirando, ladeó la cabeza. “Ha sido una mala jugada.” Se refería a la piedra que Maomao acababa de colocar, pero ella la había jugado exactamente según el papel.

El estratega entrecerró los ojos un momento y luego, *click*, hizo otro movimiento.

“Poner la piedra ahí... Tendría que ser una jugada de sacrificio. ¿Pero por qué? ¿Por qué lo haría así?” Murmuró Lahan. Maomao no sabía mucho de Go, pero Lahan lo conocía un poco. Como fuera, siguió jugando como decía el periódico.

Sin embargo, cuando llegaron al final del papel, seguían en el juego medio.

“No... Nunca cometerías un error así.” Murmuró el monstruo con monóculo. Había granos de arroz pegados a su barba incipiente, y Maomao tuvo que luchar contra el impulso de decirle que se lavara la maldita cara. “Sabes que nunca me lo perdería... Entonces, ¿por qué?”

El estratega no se movió para jugar la piedra blanca que tenía en la mano; se quedó mirando el tablero.

Tras un momento de silencio, Maomao refunfuñó: “¿Quizá estaba harta de las jugadas normales?” No sabía mucho de Go, pero a lo largo de los muchos, muchos años de su existencia, se había establecido una sabiduría común: *En tal o cual situación del tablero, así es como debes jugar*. Entonces, el otro jugador respondería del mismo modo.

“Es cierto, normalmente harías *esto* en esta situación. Entonces la respuesta sería *esta*, y entonces la pieza negra se mueve *aquí*...” Monóculo seguía murmurando para sí mismo, jugueteando con la

piedra blanca entre sus dedos, pero entonces pareció darse cuenta de algo. *Click*. La piedra entró en el tablero.

“Pero eso...” Dijo Lahan, su expresión oscureciendo. Al parecer, tampoco era una buena jugada. Sin el papel para guiarse, Maomao ya no sabía dónde jugar, así que deslizó el cuenco de piedras negras hacia el estratega. Él tomó una y la colocó sobre el tablero.

Lahan, que obviamente sabía más de Go que Maomao, se cruzó de brazos y observó. Al principio se mostró escéptico, pero una de las jugadas que siguieron pareció despertar algo en su mente y sus ojos se abrieron de par en par.

“¡Oye! ¡No es momento de sentarse a jugar!” El abuelo estalló. “Dense prisa y...”

“Silencio.” Dijo Lahan. “Se está poniendo bueno.”

Observó el tablero con expresión estudiosa. ¿Se le daba bien? El monstruo estaba jugando contra sí mismo. Por otra parte, en su propia mente, parecía que era otra persona la que sostenía las piedras negras. El color volvió gradualmente a su palidez antes fantasmal.

El único sonido era el *click, click* de las piedras sobre el tablero, movimiento tras movimiento tras movimiento.

Finalmente, el monstruo se detuvo. “Hemos llegado al final del juego.” Bajó la mano como para indicar que había terminado de jugar. Luego miró el tablero. “El resultado es bastante obvio. Incluyendo

cinco puntos y medio *komi*, las piezas negras gana por un punto y medio.”

Lahan también miró el tablero. “Así es. Tiene razón.” Dijo. Evidentemente, era tan rápido leyendo el territorio en el Go como en cualquier otro tipo de cálculo.

El estratega se llevó las rodillas al pecho y apoyó la barbilla en ellas. Hizo rodar una piedra Go entre sus dedos, sin dejar de mirar el tablero. “Tenía que preguntármelo. No dejaba de preguntarme: ¿cómo pudiste irte antes de que terminara nuestra última partida? Siempre odiaste perder. Estaba seguro de que no te irías antes de que terminara.” Las palabras parecían salirse de su boca. “Y yo me preguntaba, ¿por qué harías un movimiento como ese? Tenía que ser un error, estaba seguro, aunque sabía que nunca cometerías un error.”

Hablaba consigo mismo; lo que decía no iba dirigido a ninguno de ellos. Le interrumpió el anciano.

“¡Hey! ¡Lakan! ¿Dónde están las joyas de la familia? Quiero ese tesoro, ¡ahora!” Empujó a Lahan a un lado y se asomó frente al excéntrico estratega.

El estratega le miró torvamente durante un segundo y murmuró: “Eres una piedra de Go bastante ruidosa.” Pero luego dio una palmada y dijo: “¡Ah! Padre, ¿eres tú?”

“«Padre, ¿eres tú?» ¡Pfah! ¡¿No recuerdas la cara de tu propio padre?!”

Sin embargo, no era cuestión de recordar; el hombre simplemente no podía distinguir una cara de otra.

“¿Padre? Ah, sí... Sí, eso me recuerda...” Parecía completamente fuera de sí, pero sacó un paquete envuelto en tela de su bata. “Me temo que le digo esto un poco, ejem, tarde, pero he tomado una esposa.”

Dentro del paquete había cabello. De unos cinco *sun* de largo, atado con una goma de cabello. Maomao sabía a quién pertenecía.

El abuelo se puso colorado y dirigió un golpe del bastón que tenía en la mano a la sien del estratega.

“¡Padre!” Gritó Lahan, levantándose a toda prisa. Maomao sacó un pañuelo de los pliegues de su propia túnica. El bastón se había deslizado por la sien del estratega, le había rozado la mejilla y había acabado golpeándole la nariz. No había recibido un golpe directo en la cara, pero su nariz aún goteaba sangre.

“¡Siempre eres así! Nunca escuchas lo que digo, ¡sólo balbuceas cosas sin sentido! Y justo cuando pienso que estás completamente ensimismado... ¡Esto! ¿Qué es *esto*?” El abuelo señalaba la gavilla de papeles. “¡¿Te estás volviendo a burlar de mí?! ”

“No me estoy burlando de ti. Por eso te he llamado.”

Maomao sospechaba que eso, al menos, era cierto. El hombre podía hacer el ridículo en la corte, pero ella tenía la sensación de que no había hecho lo mismo con este viejo. El abuelo de Lahan había hablado de que el estratega lo había convocado... y pensó que ese era el motivo.

Sin embargo, eso era hablar desde la perspectiva del estratega. A veces la gente simplemente no podía entenderse, padres e hijos o no. El anciano y el excéntrico estratega eran simplemente demasiado diferentes.

“Lo que sea. Las joyas. ¡Dime donde están las joyas!” El abuelo estaba furioso. Volvió a agarrar su bastón y una hoja surgió de su interior. Era un bastón-espada. “Sabes lo que te pasará si me lo ocultas, ¿verdad?”

El estratega levantó la vista, pero no hacia la espada. Sus ojos estaban fijos en otra cosa. “¿Maomao? ¿Qué haces aquí?”

Así que por fin se había fijado en ella. Tal vez nunca habría sido tan flexible si no lo hubiera hecho. Eso demostraba lo concentrado que había estado en su juego. “¡Así que has venido a ver a tu papá!”

“No.” Maomao deseó que se centrara en la situación en la que se encontraban. Presintiendo el peligro, se acercó a la pared.

“¡Ah, Maomao está aquí! ¡Hoy tenemos que darnos un festín!” Dijo el estratega, agarrando el paquete de cabellos. Luego giró la mano hacia Maomao. “¿No vas a decir nada? Sólo una palabra, a tu madre...” La miró con la más extraña de las expresiones. Con su rostro demacrado y su barba mugrienta, de repente parecía muchos años mayor.

Normalmente, Maomao se habría limitado a ignorarlo, pero ahora, sorprendentemente, inclinó la cabeza respetuosamente en dirección al cabello. No, no tenía nada que decir, pero podía hacerlo.

“¡No me ignores, maldita sea!” Bramó el anciano enfurecido, blandiendo su bastón-espada. La edad le había pasado factura, pero había sido soldado una vez, y seguía siendo más robusto de lo que cabría esperar. Frente a él había un estratega que era un soldado que dejaba todo el trabajo real a sus subordinados; un funcionario de pura cepa cuya arma preferida era el ábaco; y Maomao, que no confiaba en ser de ninguna ayuda en un combate.

Los tres cobardes se dieron a la fuga, y fue todo lo que pudieron hacer para escapar del anciano y su bastón agitado. Los criados se colocaron detrás del abuelo, pero obviamente no iban a ayudar a nadie. Maomao, buscando cualquier tipo de seguridad, se escondió detrás de un poste.

Pero entonces oyeron una voz pausada y tranquila. “Guarda eso; es peligroso. ¿Y si golpeas a alguien con ella?”

Maomao miró y vio al anciano flotando en el aire, con las piernas pataleando. Colgaba de unas manos curtidas que le agarraban los brazos; lo sujetaba un hombre de piel oscurecida por el sol y con un pañuelo alrededor del cuello. Sus ropas lo identificaban como un granjero, tal vez el que Maomao había visto desde la ventana de su habitación. Era alto, ancho de hombros y muy fornido, pero sus ojos eran amables y serenos.

“Hey, ¿qué estás haciendo?! ¡Suéltame!”

“Sí, sí. En cuanto me des esa espada.” Dijo el fornido granjero, arrebatando el arma al anciano y guardándola de nuevo en su bastón. “¿Cuándo has encontrado tiempo para hacer esto?” Murmuró. Los criados, en lugar de intentar ayudar al abuelo, parecían francamente aliviados de ver al granjero.

¿Quién es? Pensó Maomao, pero su pregunta fue rápidamente respondida.

“Ha pasado demasiado tiempo, papá.” Dijo Lahan, inclinando la cabeza.

“Ah, tienes buen aspecto. A pesar de los apuros en los que te encontré. Esa chica de ahí... ¿es mi sobrina?” El granjero arrojó el bastón espada a uno de los sirvientes, y su rostro, ya de por sí amable, se suavizó aún más. El hombre parecía un oso, pero su presencia era cálida y reconfortante.

“¿Puedo considerar que es mi hermano pequeño, que acaba de llegar?” Dijo sonriendo el excéntrico estratega.

“Puedes, aunque me gustaría que un día de estos aprendieras a saber quién soy.” Dijo el padre de Lahan, sonriendo sardónicamente.

Todavía no había soltado al viejo, que seguía pataleando. “¡Estoy haciendo esto por ti, maldita sea! ¡¿No quieres recuperar tu derecho de nacimiento?!”

“¿Yo? No particularmente.”

“¿Y puedes vivir con eso?! ¡Enclenque!”

“¡Así es! Siempre fuiste así.” De repente, la madre de Lahan estaba allí. No parecía llevarse muy bien con el estratega; debía de haber oído el alboroto y había venido a investigar. El padre de Lahan parecía perturbado al encontrarse frente a otro crítico.

“¿De qué me serviría heredar la jefatura de la familia? Un bufón al frente de la casa sólo podría avergonzar a todos.”

Su tono resignado no hizo sino agraviar al anciano y a la madre de Lahan.

“¡Seguirías siendo mejor que ese imbécil!” Gritó el abuelo.

El imbécil en cuestión sonreía estúpidamente a Maomao. Era sumamente repugnante.

“¿No quieres a nuestro hijo? ¿No quieres verle heredar la jefatura?” La madre de Lahan presionó.

“Pero Lahan también es nuestro hijo.” Protestó el granjero. Al parecer, el hijo al que se refería la mujer era el hermano mayor de Lahan, al que habían conocido antes. Parecía que Lahan era considerado un traidor y ya no era su hijo.

La casa parecía dividida: algunos que hasta momentos antes habían seguido las órdenes del anciano miraban ahora al padre de Lahan, abiertamente desgarrados.

“¿De qué me serviría heredar la jefatura a estas alturas?” Dijo el padre de Lahan. “No hay nadie que me sustituya, ¿verdad?” Luego añadió: “Además, tal vez a nadie le importaría que mi querido hermano Lakan no volviera, pero creo que a Lahan sí lo echaríamos de menos.” Su tono era plácido, amable.

En ese momento, un criado se acercó corriendo. “¡Amo! Hay un hombre llamado Rikuson aquí...”

El abuelo y mamá fruncieron el ceño. “¿Y qué?! ¡Échalo a la calle!”

“P-Pero señor, tiene varios otros hombres que parecen ser, uh, soldados con él...”

“Me parece recordar que había una guarnición por aquí.” Dijo Lahan como si se le acabara de ocurrir. Pero era una frase hecha, si es que Maomao había oído alguna.

“¡Maldita sea! ¡C-Contabas con eso cuando decidiste venir aquí?!”

“Oh, no, nada de eso. Aunque parece que ciertamente no hizo daño alguno.”

Su tono despreocupado avivó la ira del abuelo; el viejo golpeó la pared con una mano arrugada. “¡Estoy rodeado de idiotas! ¡Incompetentes! ¡Toda mi familia es una vergüenza!” Ahora pisoteaba el suelo con tanta fuerza que parecía que iba a atravesar el suelo con un pie. “¡Tengo un hijo que nunca tiene ni idea de con quién está

hablando, y otro que se cree granjero! Maldito sea el vientre que los trajo al mundo. Debería haber tenido otro hijo, ¡quizá ese habría salido bien!”

La furia del anciano no daba señales de amainar. Sus oyentes se negaban a mirarle; con lo que estaba diciendo, hasta la madre de Lahan tenía el labio torcido.

“Y luego está Luomen... ¡nunca supo usar una espada, y luego se mutiló a sí mismo! ¡¿Hay siquiera una persona que valga mi tiempo por aquí?!”

De repente, Maomao se puso en movimiento. Salió corriendo de detrás del poste y tomó el cuenco que había en el suelo: los restos de sopa del estratega. Al momento siguiente, estaba frente al abuelo y le tiró la sopa podrida por encima.

“¡¿Qué demonios estás haciendo?!” El abuelo enfureció. Abofeteó a Maomao con la palma abierta, dejándole la mejilla ardiendo.

Maomao se tambaleó hacia atrás. “¡Maomao!” Gritó el estratega. Intentó atraparla, pero ella lo esquivó hábilmente. No había podido evitar la mano del anciano, pero de la del estratega pudo escapar fácilmente.

“No me gustó tu tono.” Dijo Maomao en voz baja. No era lo correcto, así que si le pegaban por ello tendría que vivir con ello. Pero ella había querido impedir que el anciano ridiculizara a su viejo. “No

te oiré decir ni una palabra más contra mi padre adoptivo. Lo que digo es que, por favor, ¡cállate!”

“¡Pequeña zorra bocona! ¿Quién te crees que soy?”

¿Quién? Pensó Maomao. En su opinión, era el anciano que no entendía quién era.

“Sin esa reliquia, no eres más que un viejo frágil que no sabe tener confianza en sí mismo.” Dijo Maomao con una sonrisa. Tenía el labio partido, pero ese era un detalle menor.

La cara del anciano se tensó, y la madre de Lahan también palideció.

“Olvida el apellido. Olvida la jefatura. ¿Qué has hecho con tus propias manos para estar orgulloso?” Preguntó Maomao.

“Escucha a este escuálido cachorro...”

El hecho de que no respondiera con una respuesta real, sino con una crueldad inarticulada, era respuesta suficiente. Se había mantenido al frente de la familia, cometiendo una serie de delitos menores. Ella no sabía si su incapacidad para adentrarse en el territorio de la corrupción grave se debía a una auténtica vena racional o a simple cobardía.

Maomao tenía algunas cosas más que le hubiera gustado decirle al anciano, pero entonces alguien se interpuso entre los dos.

“Lo siento, jovencita, pero por favor. Ya basta.” El dueño de la voz amable era el padre de Lahan, con las cejas fruncidas en señal de

preocupación. “Sé que aprecias a tu tío, pero por favor recuerda que este hombre es mi padre.” Su rostro, con su matiz de tristeza, le recordó a su propio viejo, Luomen.

Con un esfuerzo, se tragó lo que estaba a punto de decir.

Capítulo 7:

El Clan La (Segunda Parte)

“*Me preguntaba* qué estaba pasando...” Rikuson lanzó un suspiro. Finalmente había entrado en la mansión, y el abuelo y la madre de Lahan se encontraban en una habitación separada. Rikuson había hecho la llamada instantes después de ver el atribulado estado del estratega. Verdaderamente, era otro de los buenos subordinados que el monstruo había encontrado para sí.

“Lo siento mucho. Si mi hermano Lakan hubiera recuperado antes la cordura, todo esto podría haber acabado mucho antes.” Dijo el padre de Lahan, sonando cansado. Maomao sintió una extraña afinidad por él, tal vez porque se parecía mucho a Luomen, no en su aspecto, sino en algo menos tangible.

Pensando que la habitación de la “prisión” no era precisamente acogedora, se habían trasladado a otra parte de la casa. En ese momento, Lahan, su padre, Maomao, Rikuson y el estratega estaban todos juntos, junto con varios hombres que Rikuson había traído consigo. Maomao se sintió un poco mal por haber venido hasta aquí cuando en última instancia no habían sido necesarios. Rikuson sólo daría su versión oficial, a saber, que habían venido a traer de vuelta a casa a su oficial superior, pero no cabía duda de que los hombres tenían la intención de intimidar.

Maomao, por su parte, no quería estar en la misma habitación que el estafalario estratega, pero sabía que no podía insistir en ese momento. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, él estaba a su lado parlotando sobre algo. Deseó que se callara. Sabía que debía apiadarse de él en su estado de debilidad, pero descubrió que no era capaz.

“Maomao, alguna vez deberíamos ir a que te hagan un vestido. Conseguiremos un montón de telas finísimas, ¡y también podemos mandar a hacer una vara para el cabello!” Dijo el estratega.

Maomao no dijo nada.

“¡Y luego deberíamos arreglarnos y podríamos ir a ver un espectáculo! Sí, ¡hagámoslo!”

Maomao no dijo nada.

“Te gustan los libros, ¿verdad, Maomao? Tengo una idea: ¿por qué conformarse con leerlos? ¿Y si tú *hicieras* un libro?”

Incluso cuando ella le ignoraba, él no cejaba en su empeño. Casi se estremeció ante la idea de hacer su propio libro, pero logró contener la reacción.

“Hermano Mayor, estamos tratando de hablar. ¿Quizás podrías sentarte en silencio un momento?” El padre de Lahan, el hermano menor del estratega, intentó convencerle, pero sin mucha convicción. Ni Lahan —el hijo adoptivo del estratega— ni Rikuson —su subordinado— podían ser demasiado enérgicos con él. Así que, al

final, todas las miradas de la sala se posaron en Maomao. Ella frunció el ceño con fuerza, pero estaba acorralada.

Inhaló y puso cara de asco exagerado. “Apestas. Hueles como un perro salvaje que ha estado fuera bajo la lluvia.” Dijo.

El estratega se llevó la manga a la nariz y olfateó. Luego miró al padre de Lahan. “¿Dónde está el baño?”

“Gira a la derecha fuera de esta habitación y está al final del pasillo. Pediré a los criados que se lo preparen enseguida.”

“Sí, por favor. Ahora mismo.” Dijo el estratega, y salió de la habitación.

“¡Y no te olvides de lavarte los dientes!” Le gritó Maomao. (Uno para el camino). Si tenían suerte, no le verían en al menos una hora.

“Supongo que es duro, tener una hija.” Comentó con tristeza el padre de Lahan. “No es que haya sido capaz de llegar a él por mi cuenta.”

“Sólo verlo te rompe el corazón.” Coincidió Rikuson, dando un sorbo a su té.

“Sea como fuere, has llegado muy rápido.” Le dijo Lahan. “Pensé que aún podrías tomarte tu tiempo.”

Lahan se había alojado en una posada cercana al desembarco del barco, y Lahan debía saber que cuando él y Maomao no regresaran, Rikuson sospecharía y acudiría a la mansión. Pero ni siquiera había

pasado un día entero desde que se habían marchado, un plazo bastante corto.

“Me dieron una propina.” Respondió Rikuson, señalando al padre de Lahan.

“No tanto por mi parte.” Dijo el hombre. “Alguien más fue y se lo dijo. Alguien que no siempre confiesa sus verdaderos sentimientos.” El padre de Lahan miró por la ventana, donde se veía al hermano mayor de Lahan arrastrando desganado una enredadera verde. “Se queja de estar atascado haciendo el trabajo del granjero, pero ya ves lo entregado que está a él. No siempre es sincero con sus sentimientos, pero es un buen chico.”

“Simplemente está bien. Supongo que no es mala persona.” Dijo Maomao.

“Mi hermano mayor no es precisamente un dechado de virtudes, pero no es capaz de la verdadera maldad.” Añadió Lahan.

“Erm, ustedes dos no están precisamente rebosantes de elogios.” Dijo Rikuson, observando al joven de los campos con un toque de lástima.

“Dicen que el padre existe para su hijo y su nieto, pero a mí no me lo parece. Ese chico está incluso menos hecho para la política que yo.” Dijo el padre de Lahan. Con su piel bronceada y su cuerpo corpulento, parecía que podría haber sido un soldado muy capaz, pero en última instancia había que contar con la personalidad. A veces una persona

era más apta para la azada que para la espada o la lanza. Este hombre tenía toda la pinta de ser un granjero.

“Tengo que preguntarme.” Dijo Lahan, ladeando la cabeza. “¿Por qué han sacado todo esto ahora? Si estuvieran esperando a que se borrarán las pruebas de la corrupción del abuelo, habría esperado que actuaran antes.” Maomao no estaba segura de que eso fuera algo tan inteligente de decir con Rikuson sentado allí mismo, pero aparentemente estaba bien.

“Una pregunta justa. Lahan llamó a tu abuelo por su nueva novia. Y eso estuvo bien, dentro de lo que cabe. Normalmente, creo que mi padre simplemente lo habría ignorado y no habría ido a la capital. Excepto...” El padre de Lahan sacó un trozo de cuerda trenzada de entre los pliegues de su túnica. Aunque sus dedos manchados de tierra la habían oscurecido, estaba claro que originalmente había sido blanca. Era muy parecida a la que la madre de Lahan había llevado en la muñeca.

“Estoy harta de esas cosas.” Dijo Maomao, apartando la mirada.

“Eh... aún no he dicho nada al respecto.” Dijo el padre de Lahan, aparentando desconcierto.

“No tiene por qué. Déjame adivinar: tu mujer cayó bajo la influencia de alguna adivina o algo así.”

“Exactamente.”

“Y preguntó cómo le iba a ese monstruo.”

“No lo sé con certeza. Pero supimos que no había nadie a su alrededor...”

El hijo adoptivo del monstruo, Lahan, y su ayudante cercano, Rikuson, se encontraban en la capital occidental. Aunque el estratega desapareciera, las dos personas más propensas a darse cuenta no estaban cerca.

Frustrada, Maomao tomó algo de la mesa. Evidentemente, el criado lo había traído para acompañar el té. Parecía una especie de daikon seco y plano con polvo blanco por encima. El hecho de que estuviera en un plato significaba que presumiblemente era comida. Era dulce, pero gomoso; fibroso, pero no desagradable.

¿Esto es batata?

Maomao había comido batata procesada antes, pero casi siempre cosas que habían sido cocidas al vapor y convertidas en una pasta. Este parecía haber sido cocido y deshidratado.

“Esto está muy bueno. ¿Estoy en lo cierto al decir que es batata?” Preguntó.

“¡Oh!” Exclamó Lahan, inclinándose hacia delante como si de repente hubiera recordado algo. “¡Así es! Papá, ¿dijiste algo de una patata interesante?”

“¿Hm? ¿Patata? ¡Oh! Sí. Sí, supongo que sí.”

Lahan tomó algo del bocadillo del plato de Maomao. “Dijiste que creías tener una idea... ¿te referías a esto?”

“Mm. Es batata cocida al vapor y seca. Sin azúcar ni miel, pero es más dulce que las castañas o la calabaza, ¿no?” Señaló por la ventana como diciendo: “*Ahí está.*” Maomao se había preguntado qué había en los campos: eran estas patatas.

Lahan entrecerró los ojos y se ajustó las gafas. “¿Cuánto estás creciendo?”

“Intentamos expandirnos todo lo que podemos. No queríamos desperdiciar ningún campo.”

“Parece que te falta ayuda suficiente.”

“Algunos agricultores de la zona vienen a ayudarnos. Tenemos más batatas de las que sabemos qué hacer con ellas.” Parecían encantados de ayudar a cambio de todas las batatas que pudieran conseguir. “¡Oh! Pero no se preocupen. No las hemos vendido en el mercado abierto, como dijiste, Lahan. Cuando las vendemos, nos aseguramos de que sea sólo producto, no batatas crudas.”

“Entonces está bien.”

Maomao se quedó perpleja ante la conversación. ¿Estaban Lahan y su padre intentando acaparar el mercado de las batatas? ¿Era culpa de Lahan que Maomao sólo hubiera visto batatas como ingrediente, no crudas? Habría cultivado batatas si hubiera podido conseguir una cruda.

“Pero es un desperdicio.” Dijo el padre de Lahan. “Tenemos más batatas de las que podríamos necesitar. El almacén está lleno. Bueno,

los cerdos están muy contentos de tenerlas como sopa, lo admito. Creo que también ha mejorado su carne.”

Si tuvieran tantas batatas, ¿no dejarían de cultivarlas?

“El año pasado, un *tan* dio doscientos *shin* (750 kilos) de batatas.” Dijo el padre de Lahan.

“¿¡Doscientos *shin*?!” Exclamó Maomao.

“Cuatro veces más que un arrozal normal.” Dijo Lahan. “En parte gracias a los retoques de papá, seguro, pero aun así, increíble, ¿verdad?”

“¿Es un cultivo exclusivo de esta región?” Preguntó Maomao, inclinándose hacia el padre de Lahan.

“En absoluto. Hace mucho tiempo, compré un retoño que me pareció una gloria de la mañana cara pero de aspecto interesante, pero era del sur. Resultó ser una planta diferente, aunque de aspecto similar. Algo que se cultiva con portainjertos, no con semillas. No tuve suerte en conseguir que floreciera, y me empeñé en intentar sacarle una flor.” Miró por la ventana. “Después de venir aquí, teníamos mucho espacio en los campos. Sabía que las flores a veces sólo florecen en condiciones específicas, pero a veces también producen subproductos inusuales. Como esto.” Arrancó un trozo de batata seca.

Intrigado, empezó a jugar con la transformación de su portainjerto de diversas maneras. “Cuando lo investigué, descubrí que se trataba de un tubérculo llamado batata, más dulce que las castañas y capaz de

crecer incluso en suelos pobres. Creo que soy el único en todo el país que cultiva estas cosas. Lahan me dijo que no dejara salir del pueblo ninguna semilla de patata, y eso es lo que he estado haciendo.”

A estas alturas, Maomao empezaba a hacerse una idea bastante clara de lo que Lahan quería de su padre. Tenía que ver con lo que había dicho el emisario de Shaoh: provisiones o asilo. Escoge una. Además, serviría para contrarrestar la plaga de insectos que pronto les azotaría. Lahan, sospechaba, esperaba utilizar las batatas de su padre para resolver ambos problemas, pero por tremendo que fuera el rendimiento de aquellos campos, no había forma de que produjeran lo suficiente para alimentar a todo un país. Aunque quedaran batatas de siembra, no parecía una solución viable.

Sin embargo, el padre de Lahan dio la respuesta. “No hace falta utilizar portainjertos. También puedes usar tallos. Probablemente podrías hacerlo funcionar siempre que estuviera recién plantado.”

“¿Tallos, señor?” Preguntó Maomao.

Hay formas de cultivar plantas que van más allá de las semillas o las batatas: se puede hacer funcionar un recorte de tallo, siempre que eche raíces. Si pudieran hacerlo, tal vez podrían esperar, digamos, diez veces más rendimiento. (*Sí, sí, especulando un poco y eso*). Pero aun así no sería suficiente. Sin embargo, a diferencia del arroz, los bichos no irían a por las batatas. Eso era una gran ventaja.

“Papá, tengo que pedirte un favor.” Dijo Lahan, y luego pasó a describir más o menos lo que Maomao había imaginado. Quería

comprar batatas y también patatas de siembra y germinados. Y quería que su padre le dijera cuál era la mejor manera de cultivarlas, si era posible. Resultó que quería mucho.

Maomao pensó que Lahan estaba siendo bastante presuntuoso —a pesar de que estaban hablando con su padre—, pero “papá” seguía sonriendo. Sin apenas tomarse un momento para pensar, dijo: “Claro, será un placer.” Se sentó en su silla, molió un poco de tinta y empezó a escribir las instrucciones.

Maomao, con el ceño fruncido, dijo: “¿Estás seguro de esto? Si no estableces unas reglas básicas ahora, puede que te desplumen.”

“¡Cuidado con lo que dices!” Objetó Lahan.

“¡Ja, ja, ja! Te dije que teníamos más de las que sabíamos qué hacer con ellas. Si nos dejas suficiente para dar a los otros agricultores, eso estará bien. Y, er, si nuestros impuestos no fueran tan pesados, también me alegraría.”

Eso sólo hizo que Maomao frunciera más el ceño. Miró a Lahan, pero este sonreía, obviamente haciendo funcionar el ábaco en su cabeza.

Maomao tomó el pincel del padre de Lahan.

“¿Qué haces?” Preguntó.

Empezó a escribir un contrato, moviendo el pincel con trazos rápidos y decididos. “Primero, tenemos que fijar el precio de las

batatas, así como el de los brotes. Si vas a enseñarle los métodos de cultivo, eso es extra.”

“Por supuesto que pagaré por ello.” Dijo Lahan, como queriendo decir que eso, al menos, era obvio incluso para él. Aun así, Maomao no se atrevía a abandonar la situación. Lahan se parecía demasiado a su padre adoptivo.

Lahan leyó descontento el contrato que le había entregado Maomao; parecía estar reconsiderando cómo manejar las cantidades.

Entonces se oyó un golpe y entró un hombre cubierto de barro. “Lo tengo, padre.” Dijo.

“Excelente. Déjalo ahí.”

Era el hermano mayor de Lahan, que llevaba un cubo con una vid verde. Al menos uno de ellos debió darse cuenta de que Lahan podría estar detrás de esto: sus preparativos eran muy minuciosos.

El padre de Lahan sujetó la vid. “Saben mejor si no dejas que la vid crezca demasiado. Hay que cortar las raíces periódicamente.” Se la mostró a Maomao. “Puedes hervir las cepas sobrantes. Creo que están muy buenas, pero mi padre no está de acuerdo.”

Sabroso o no: ¿un cultivo que crecía incluso en suelos pobres, que podía cultivarse en parra y en el que incluso las cepas eran comestibles? Era como si hubiera sido hecho a medida para prevenir la hambruna. Por supuesto, incluso si empezaban ahora, no se sabía cuánto podrían llegar a cosechar, pero teniendo en cuenta todo lo que

se había dicho, parecía que sin duda obtendrían más de esta cosa que de arroz, aunque no fuera suficiente.

Por eso Lahan se había mostrado tan receptivo a las insinuaciones de la emisaria.

“Deberíamos haber empezado a vender antes.” Dijo Maomao, provocando sonrisas irónicas de Lahan y su padre. Sin duda, Lahan les había ordenado que no sacaran la cosecha al mercado porque sabía que iba a ser un negocio floreciente.

“A mi padre no le gustaba mucho la idea. Se quejaba de tener que actuar como un granjero.” Dijo el padre de Lahan. Parecía un poco tarde para preocuparse por eso con todos estos campos alrededor. “Además, si vendes un montón de una cosecha nueva, te esperan verdaderos quebraderos de cabeza con los impuestos.”

Era cierto que la venta siempre invitaba a pagar impuestos. Los alimentos básicos, como el arroz y el trigo, se gravaban con un porcentaje del rendimiento, cuya cuantía variaba de una región a otra.

“Las hortalizas, sin embargo, sólo se llevan un porcentaje de lo que sale al mercado.”

“Porque las cosas que se pudren... bueno, si intentas guardarlas en algún sitio, se echan a perder.”

Mejor cobrar después de que la mercancía se haya convertido en dinero contante y sonante. ¿A qué categoría pertenecerían estas batatas? Las batatas como tales probablemente se mantendrían, al

menos durante un tiempo. Si por descuido inundaban el mercado con batatas crudas, podían estar sujetas a importantes impuestos.

“Para ser justos, si tenemos una tonelada de ellas tiradas por ahí, realmente no importa si se las llevan para pagar impuestos.” Observó el padre de Lahan.

“Vamos, papá, es importante economizar en tus impuestos.”

Maomao lanzó una mirada a Lahan: qué cosas decía, cuando él estaba en el bando que recaudaba. El padre de Lahan, sin embargo, parecía estar disfrutando de su vida rural. Dada su constitución, podría haberse desenvuelto bastante bien como soldado, sospechaba Maomao, pero aquí estaba.

“Parece que disfrutas de tu vida aquí.” Comentó despreocupada.

El padre de Lahan sonrió, con los ojos brillantes. “Yo sí. Tanto que casi me siento mal por ello.” Jugueteó con la vid de batata mientras hablaba. “Con perdón de mi madre y mi padre, estoy agradecido a mi hermano mayor Lakan. Si no fuera por él, nunca habría llegado a experimentar el placer de una vida tranquila de trabajo en el campo.”

“Piensa en los problemas que causó a la gente que pilló a su paso.” Dijo Lahan. El excéntrico estratega había expulsado de la capital a su padre —el jefe del clan— y a su hermanastro menor, que habría sido el siguiente en la línea de sucesión, para reclamar la jefatura de la familia. Luego había adoptado a su sobrino Lahan. Eso era todo lo que Maomao sabía sobre la situación, pero confiaba en que fuera cierto.

Sin embargo, resultó que para el padre de Lahan ese desalojo de la capital había sido una bendición disfrazada.

“Me gusta estar aquí.” Dijo. “Cuanto más cultivas, más puedes crecer. En la capital, lo máximo que podías cultivar eran macetas.” Su sonrisa le hacía parecer mucho más joven de lo que era. “Si lo que estamos haciendo aquí puede salvar a la gente del hambre, entonces yo digo, ¡tomen todo lo que necesiten! Que todo el país cultive batatas.” Se estaba metiendo de lleno en esto.

“No creo que el abuelo comparta tu positivismo.” Dijo Lahan.

“Bueno, no hay mucho que podamos hacer al respecto. Diez años de exilio no han ablandado su orgullo en absoluto. Su vida seguirá como hasta ahora: dolorosamente aburrida, por lo que a él respecta.” En los ojos de aquel hombre había un sorprendente brillo de frialdad.

“Siempre le gustó acumular números poco bonitos.” Dijo Lahan. Estaba calculando el tamaño del campo y cuántos brotes de batata podría plantar. El esqueje duraría varios días si se mantenía en agua.

La realidad era que, incluso si ahora mismo empezaban un campo, no había garantías de que pudieran cosechar este año. Al igual que no existe una medicina que lo cure todo, tampoco hay respuestas perfectas en política. Simplemente había que sopesar los pros y los contras y decidir qué sería lo más ventajoso.

Justo cuando pensaban en lo que harían, la puerta se abrió de golpe.

“¡Maomaaaao! ¡Me he bañado!”

El estratega entró desnudo, salvo por una capa mínima de ropa interior. Olvídate de la excentricidad, esto era francamente enfermizo. Ni siquiera parecía haberse tomado la molestia de secarse del todo; su piel y su cabello seguían goteando.

Sin molestarse en ocultar su enfado, Maomao vertió un poco del té ya frío en una taza, luego sacó una botellita de su túnica y añadió varias gotas de su contenido a la bebida. Se la tendió al estratega.

“M... M... ¡Maomao! ¡¿Me estás sirviendo té?!”

“Por favor, toma un poco.”

Los ojos del estratega rebosaban lágrimas de emoción mientras sujetaba la taza y se la bebía de un trago.

Hubo un breve momento de silencio. Apenas hubo bebido el té, un escalofrío recorrió su cuerpo y se desplomó en el suelo.

“¡Lo *envenenaste!*” Exclamó Lahan.

“Sólo es alcohol.” Respondió Maomao. El estratega era tan vulnerable al licor como siempre lo había sido. En todo caso, le pareció que parecía incluso menos capaz de aguantar la bebida que antes.

Como no le interesaba ver más del cuerpo desnudo de aquel hombre, trajo una manta del dormitorio y se la puso por encima. Lahan y Rikuson llevaron al monstruo al sofá con cara de exasperación.

“Quizá tuve suerte de tener sólo hijos varones.” Dijo el padre de Lahan con una sonrisa divertida.

El monstruo sonreía de un modo muy angustioso. “... ré...” murmuró, arrastrando las palabras en sueños.

“¿Qué ha dicho, señor?” Preguntó Rikuson, inclinándose más cerca.

“Haré un... un li—”

Rikuson puso cara de asombro. “Por alguna razón quiere hacer un libro de Go.” Dijo, con cara de no entenderlo muy bien. Maomao, sin embargo, echó un vistazo a la mesa. Lahan había conservado la partida anterior como registro de juego.

Supuestamente, había muchos más registros de muchos más juegos entre el monstruo y su cortesana, suficientes para llenar un libro.

Hmmm...

El estratega dormido parecía muy tranquilo. Maomao había esperado que estuviera más deprimido por las cosas, pero parecía que no. No daba muestras de estar agobiado por la pena, sino que era el mismo de siempre, dirigiéndose hacia delante.

“Normalmente, cuando uno compra una cortesana, la convierte en su amante. Entonces uno no necesita la aprobación de sus padres, lo que habría sido conveniente, teniendo en cuenta la relación entre mi honorable padre adoptivo y mi abuelo.” Dijo Lahan a Maomao.

“Sí, ¿y?”

“Incluso entonces, parece que quiso hacer presentaciones formales, hasta el punto de llamar a mi abuelo, al que había dejado aquí tanto tiempo.”

Esta mujer es mi esposa, había querido decir. Claramente, sin ambigüedades.

“Lakan siempre fue un romántico.” Dijo el padre de Lahan.

“Sí, genial.” Maomao se sentó en una silla como para dejar claro que nada de esto tenía que ver con ella. Tonó la vid de batata del cubo y la mordió experimentalmente. “Cruda sabe horrible.” Dijo, y la volvió a echar en el cubo con el ceño fruncido.

Capítulo 8:

La Conclusión del Viaje de Lishu

“Ha sido un viaje largo, pero casi ha terminado.” Dijo Ah-Duo mientras permanecía en la cubierta del barco y saboreaba la brisa.

“Sí.” La Consorte Lishu se agarró firmemente a la barandilla. Su mareo había mejorado mucho, pero siempre temía que una sacudida repentina del barco la hiciera perder el equilibrio, así que no se soltaba. Ah-Duo sonrió ante sus payasadas; Lishu respondió con un mohín, repentinamente avergonzada.

Con ellas estaban en cubierta una dama de compañía, la joven a la que Ah-Duo se refería como Rei, y dos guardaespaldas.

Rei vestía ropa masculina, pero parecía una mujer. Al principio, Lishu se había sentido nerviosa al ver a Rei, pero al cabo de un rato se dio cuenta de lo que pasaba. Como Ah-Duo también vestía ropa masculina, las dos formaban una imagen encantadora juntas. Ambas eran altas y delgadas, a la vez que guapas y geniales. Lishu apenas podía contener un suspiro cuando las miraba: de admiración por una y de decepción por carecer de la belleza fácil de la otra.

Lishu tenía dieciséis años y le habría gustado decir que seguía creciendo, pero había dejado de crecer el año pasado y no parecía que su cuerpo fuera a volverse más femenino de aquí en adelante. Había

oído que la leche de vaca podía ayudarla, y durante un tiempo intentó beberla, pero cada vez le daba náuseas y acabó por renunciar a ella.

Para su disgusto, sus damas de compañía la habían descubierto yendo y viniendo al baño. Sabía que la llamaban a sus espaldas “la consorte sin esperanza” y “consorte trofeo”. Le molestaba y enfadaba, claro que sí, pero ¿qué podía decir? Sabía que era cierto. Al menos ahora era consciente de los apodos. Incluso eso era mejor, mucho mejor, que no tener ni idea de lo que decían sus damas de compañía, bailando para ellas como un bufón.

Los pensamientos de Lishu debieron de reflejarse en su rostro, porque Ah-Duo preguntó: “¿Estarás bien volviendo al palacio posterior?”

Uy, pensó la consorte, y obligó a sus labios a curvarse hacia arriba en una sonrisa. “Estaré bien.”

Ahora tenía aliados, aunque sólo fueran unos pocos. Además de su jefa de damas de compañía, otras damas de Lishu habían empezado a ser más consideradas con ella. La criada que venía a por la colada también hablaba de vez en cuando con ella. Lishu se imaginaba lo que debía de pensar su antigua jefa de damas de compañía cuando hablaba con alguien de tan baja cuna, pero desde la reprimenda que había recibido tras intentar arrebatarse el espejo de Lishu, la mujer había estado mucho más callada.

La criada de la lavandería le había dicho a Lishu que había un libro que le encantaba pero que no sabía leer, así que Lishu había estado

haciendo una copia para ella sin decírselo a las demás damas de compañía. No era más que un pequeño secreto, pero con el poco ajetreo que había en el palacio posterior, bastaba para que el corazón latiera con fuerza.

Ah-Duo, mientras tanto, miró a Lishu con preocupación. “¿Y puedes hacer tu trabajo?”

“Estaré... bien.” Volvió a decir Lishu.

Su trabajo: en otras palabras, su deber como consorte. A veces eso significaba officiar ceremonias, pero Lishu sabía que Ah-Duo no se refería a eso.

Hablaba de las visitas del Emperador.

Hasta ese momento, Su Majestad nunca había ordenado a Lishu que fuera su compañera de cama debido a su edad. Pero ahora tenía dieciséis años, ya no era “demasiado joven”. Cuando terminara este viaje, le esperaba una de esas visitas.

“Eres la hija de Sir Uryuu. Lo ocurrido en este viaje no tiene por qué afectarte. Estoy segura de que aún puedes hablar con el Príncipe de la Noche.”

El Príncipe de la Noche, el hombre que antes había utilizado la identidad del eunuco Jinshi en el palacio posterior. Resultó que esa identidad había sido una tapadera; en realidad, era alguien cuyo nombre apenas podía pronunciarse. La gente se refería a él como “el hermano menor del Emperador” o “el Príncipe de la Noche”.

Pero en cuanto a ese tema, Lishu sólo pudo sacudir la cabeza. Sí, se había quedado prendada de él cuando estuvo en el palacio posterior. Un joven que parecía haber salido de un pergamino, que siempre tenía una sonrisa amable, incluso para ella... Sabía muy bien que no era más que un halago, porque era una consorte superior, pero aun así le hacía feliz que alguien la llamara por su nombre y dijera cosas amables de ella.

Antes, hace mucho tiempo, cuando era inocente e ignorante, Lishu podría haber respondido con alegría. La idea de que alguien tan hermoso, alguien que la había cautivado tanto, pudiera convertirse en su marido era como un sueño.



Pero Lishu lo comprendió: la cautivadora sonrisa del joven era una que podía y quería mostrar a cualquiera y a todo el mundo. Se había dado cuenta de ello hacía ya casi un año.

Era el momento en que había visto la sonrisa desprevenida del hermano menor imperial, no la de una ninfa celestial, sino la de un joven corriente. Lishu nunca la había visto antes, y se dio cuenta de que ella no era especial para él.

“No podría. Se desperdiciaría conmigo.” Dijo.

Ah-Duo sonrió. “Ho ho. En ese caso, ¿estás feliz de ser la consorte superior del Emperador?”

“¡Ack! ¡Eso no es lo que intentaba decir...!” Lishu agitó las manos como si pudiera alejar la idea. Sentía que ni siquiera era apta para ser la consorte de Su Majestad. La Emperatriz Gyokuyou y la Consorte Lihua le parecían a Lishu como si vivieran por encima de las nubes, tan alejadas de ella que, cuando se sentaba junto a ellas en los banquetes, siempre se preguntaba si era realmente aceptable que estuviera allí. A veces se daba cuenta de que era más prepotente de lo necesario con sus damas de compañía en un intento de reforzar su propia confianza. Se avergonzaba de pensarlo.

“¿No? Entonces, si se puede saber, ¿a qué te *referías*?” Ah-Duo le dedicó una sonrisa burlona.

Lishu hinchó las mejillas, pero no demasiado. Extrañamente, nunca le había parecido desagradable que Ah-Duo se burlara de ella.

Lishu pensó que había alguien más adecuado para el Príncipe de la Noche que para el Emperador. Guardó silencio durante un largo instante.

“¿Qué te pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?” Dijo Ah-Duo, bailándole los ojos, pero Lishu siguió mirándola en silencio. Ah-Duo parecía un joven apuesto, pero era una mujer. Una vez, incluso había sido la única consorte de Su Majestad.

Tanto la Emperatriz Gyokuyou, con el exótico encanto de su cabello rojo y sus ojos verdes, como la Consorte Lihua, que era como una rosa en flor, y también inteligente, eran aptas para ser la pieza central del jardín de Su Majestad. Pero cuando Lishu se preguntó quién era la más adecuada de todas para estar junto al Emperador, su mente se remontó a cuando Su Majestad aún era el heredero. Cómo de vez en cuando asomaba la cabeza para robar un bocado cuando Ah-Duo y Lishu tomaban el té juntas, y hacía rebotar a Lishu sobre su rodilla. Ella era una niña ignorante y le llamaba tío Barbudo. Su Majestad esbozaba una sonrisa irónica, mientras Ah-Duo se reía por lo bajo.

Ahora, parecía inimaginable.

Lishu comía algún dulce y los miraba, pensando: *“Así que este es el aspecto de un marido y una mujer.”* Pensaba que hacían mejor pareja que nadie en el mundo.

Quizá por eso no se atrevía a aceptarlo, aunque sabía que era inevitable. Sabía que había sido ineludible desde el momento en que se convirtió en consorte.

Lishu era, y sería, un obstáculo más entre Ah-Duo y el Emperador. Sabía que el amor en la vida real nunca era tan hermoso como en los pergaminos ilustrados, que para eso había nacido. Sin embargo, le preocupaba que Ah-Duo, a quien adoraba, llegara a despreciarla por ello. De hecho, pensó que Ah-Duo podría seguir siendo consorte si Lishu no hubiera llegado al palacio posterior.

En su mente, sin embargo, eso tampoco significaba que debiera convertirse en la esposa del Príncipe de la Noche. Al final, se encontró simplemente arrastrada por la vida, sin saber lo que realmente quería. Conocía el amor, o tal vez el “amor”, de sus pergaminos y novelas, pero no entendía lo que realmente era.

“Ya se ve la capital.” Dijo Ah-Duo. Aunque todavía borrosa en la distancia, era posible distinguir la vasta muralla exterior que rodeaba el palacio. “Volveré a nuestros aposentos. Quiero poner mis cosas en orden.” Ah-Duo sólo tenía un mínimo de sirvientas; en gran medida se cuidaba a sí misma. Eso la hacía extremadamente impresionante a los ojos de Lishu.

“¡Yo también!” Lishu se soltó de la barandilla y se dispuso a seguir a Ah-Duo. “¡Ay!” Exclamó.

Al parecer, la madera de la barandilla era algo áspera, pues una astilla le había atravesado la palma de la mano. Intentó presionar la palma con el dedo para sacarla, pero lo único que consiguió fue hacerse sangrar. Frustrada por el dolor, le vino a la mente otro recuerdo.

Un sirviente del Príncipe de la Noche había salvado a Lishu en dos ocasiones distintas: la primera, de unos bandidos; la segunda, de una bestia salvaje de una tierra extranjera. En la primera ocasión, había ahuyentado fácilmente a los bandidos, pero Lishu, encogida detrás, no había podido verle la cara. Hasta el ataque del león no lo había visto cara a cara. Había imaginado que sería mayor, pero se dio cuenta de que no podían tener más de cinco años de diferencia. Más tarde supo que pertenecía al Clan Ma.

El joven se había hecho daño en la mano —¿habrá sido por el golpe que le dio al león?— y le estaban atendiendo; Rei había intentado curarle, pero el joven la había rechazado. Sin embargo, la apotecaria se había dado cuenta y le había prestado los primeros auxilios a pesar de sus objeciones. La apotecaria era tan distante, y el joven, a pesar de sus quejas, se había dejado tratar. Lishu vio que debían de ser buenos amigos, y el pensamiento la entristeció.

Más de una vez, durante su estancia, se había preguntado si debía darle las gracias, pero al final estaba tan avergonzada de que él la hubiera visto reducida a una piltrafa que no se atrevía a hablar con él. El joven podía ser el criado de otra persona, pero también procedía de una casa respetable. Tal vez tomó a Lishu por una niña que no conocía sus modales. Deseó poder enviarle al menos una carta, pero su posición tampoco se lo permitía. Aunque hubiera *podido*, sabía que nunca lo habría hecho. Simplemente no era capaz de hacerlo.

Lishu sintió una oleada de depresión. Volvió a su camarote, contemplando la astilla en su mano.

“Supongo que no nos volveremos a ver en un tiempo.” Dijo Ah-Duo ligeramente mientras subía a otro carruaje. En un principio, iban a separarse en el desembarco, pero Lishu le había rogado y convencido a Ah-Duo para que la dejara compartir el carruaje de vuelta a la capital. A Lishu le hubiera gustado que estuvieran juntas todo el camino hasta el palacio, pero renunció a esa idea. Puede que Ah-Duo la hubiera complacido, pero Lishu veía que su propia ayudante se sentía cada vez más incómoda. Decidió no molestar más a Ah-Duo.

Lishu observó a Ah-Duo a través de la ventana de su carruaje mientras esta partía, y luego su propio transporte emprendió el regreso al palacio posterior. Las seis semanas de viaje, a las que no estaba acostumbrada, habían sido duras para ella. Había pasado un día tras otro en un carruaje o en un barco, sintiendo cómo su piel se quemaba bajo el sol abrasador. Había bichos y, para colmo, primero la atacaron unos bandidos y luego un león. Eso sí que era darle una patada a alguien cuando estaba en el suelo.

Sin embargo, la verdad era que había sido divertido. La vida en el palacio posterior tenía todas las comodidades, pero era aburrida. Lishu se alegraba de ver por fin a sus damas de compañía después de tanto tiempo, pero sabía que entre ellas había algunas a las que no les caía

muy bien. Sin ellas, sin embargo, Lishu nunca habría sido capaz de mantener su dignidad como consorte.

Desde el ataque del león, había servido a Lishu con una expresión de temor en el rostro. El padre de Lishu le había asignado la tarea de atender a la consorte, pero ella había ignorado a Lishu; tal vez se lo había dicho la hermanastra de Lishu, o tal vez creía los rumores de que la consorte era hija ilegítima. Tal vez ambas cosas. Lishu se sintió secretamente aliviada de que la mujer no volviera con ella al palacio posterior.

El carruaje atravesó la puerta del palacio, el conductor presentó un sello que servía en lugar del permiso escrito para entrar.

Lishu había supuesto que se dirigirían directamente al palacio posterior, por lo que se sorprendió cuando el carruaje se detuvo a cierta del mismo. “¿Qué ocurre?” Preguntó a la dama que la acompañaba.

Incómoda, la mujer intentó echar un vistazo al conductor, y luego volvió a mirar a Lishu con la misma incomodidad. “Parece que desean hablar con usted, señora.”

En ese momento, varias mujeres de mediana edad subieron al carruaje. Lishu no las había visto en el palacio posterior; por su atuendo, supuso que eran damas de la corte que servían en el palacio propiamente dicho.

“Lady Lishu.” Dijo la del centro, arrodillándose ante ella. “Por favor, acepte nuestras más humildes disculpas, pero durante el

próximo mes, se le pedirá que viva fuera del palacio posterior.”
Levantó la cabeza y miró a Lishu a los ojos.

Capítulo 9:

El Regreso a Casa

El caballo relinchó al detenerse frente a la Casa Verdigris.

Ha sido un viaje largo, pensó Maomao, bajando del carruaje y saludando amablemente al conductor. Este descargó su equipaje con un golpe seco. Incluía los trajes que se habían considerado necesarios para el viaje, que ahora eran suyos para conservarlos, junto con algunos productos únicos y medicinas inusuales de la capital occidental... y una gigantesca carga de patatas.

“Maomao, en serio... ¿Planeas abrir un nuevo negocio?” La madame se acercó, con una pipa agarrada en su mano marchita. “Me alegro de que hayas conseguido que nos envíen arroz, pero me gustaría que pensaras en la cantidad. En el almacén no cabe más.”

Tomó una de las batatas secas de una cesta. Aún estaba cruda, pero le estaban saliendo ojos, así que tendría que servir como batata de siembra.

Tras el enfrentamiento en la aldea del curandero, Maomao se había quedado al menos con todo el arroz que le vendían. Se lo hizo saber a la madame por carta: el primer lote ya debía de haber llegado.

“¿Y qué es esto?” Preguntó la anciana, mirando la batata espolvoreada con polvo blanco.

Maomao la tomó, arrancó un trozo y se lo metió en la boca. Para ser una batata, estaba muy dulce, casi tanto como una castaña seca.

La madame también tomó un trozo y lo masticó. Entrecerró los ojos. “Sabría mejor luego de asarla un poco. Es un poco duro para mí.” Llamó a uno de los criados y le ordenó que se llevara la cesta.

“Nadie dijo que se pudieran quedárselas todas.” Dijo Maomao.

“Tampoco es que tu puedas. Sé a ciencia cierta que tú y Chou-u no pueden comerse todo eso solos. Te estoy ayudando y te escucho. Solo para que ni siquiera me des una palabra de agradecimiento.”

Está claro que el mes y medio transcurrido no ha aplacado ni un ápice la tacañería de la madame.

Maomao, sin embargo, no se iba a quedar de brazos cruzados. “Incluso un año de alquiler gratis de la botica era barato por todo ese arroz, ¿no crees?” Dijo. Prácticamente calderilla. Había escrito en su carta que, en lugar de pagar el arroz directamente, la madame podía darle el alquiler gratis. Maomao dio por sentado que la anciana no había dicho nada al respecto.

“Sí, sí. Esto es aparte. Te los dieron gratis, ¿verdad? Bueno, comparte con tus vecinos.” Dijo la madame. “¡Heeey, todos, Maomao está en casa! ¡Y ha traído recuerdos!”

La madame no cejó en su empeño. Su grito atrajo a una multitud de cortesanas. El trabajo había terminado y deberían estar descansando, pero la curiosidad fue más fuerte.

“¡Pecas!” Chou-u salió irrumpiendo entre la multitud, Zulin seguía obedientemente a su “jefe”. Pero había algo más con ellos... “¡Sí que te has tomado tu tiempo! Te levantas y te vas, ¡¿y luego no vuelves a casa en casi dos meses?! ¡Eso no era parte del trato!”

Sí, bueno, Maomao tampoco había contado con ello. Lo que más le molestaba, sin embargo, era la criatura detrás de ellos.

“Eh, ¿qué hay detrás de ti?” Le preguntó a Chou-u.

“¡No me digas que te olvidaste de Zulin! ¡Qué imbécil!”

“No hablo de ella. Detrás de *ella*.” Maomao señaló a una gata calicó sentada y acicalándose.

“¿Qué, no te acuerdas de Maomao? En serio, qué distante eres.” Dijo Chou-u.

“Oh, créeme, la recuerdo.” Dijo Maomao. Pero se suponía que la bola de pelo estaba en la aldea del curandero. ¿Qué hacía aquí, en el distrito del placer? “Lo que quiero saber es por qué está aquí.

Fue la madame quien contestó. “¡Estaba con el arroz! No podían enviar a la gata sola, ¿verdad? De todos modos.” Añadió. “Acabo de ver unos ratones en el almacén, así que creo que puede quedarse un rato. Además, es simpática, lo que la hace muy popular entre los clientes. Aunque tenemos que hacer algo con su costumbre de robar los platos de la cena.”

La madame era una mujer práctica. Nunca tendría una mascota, pero un animal que pudiera ser útil, eso estaba bien.

Maomao (la chica) lanzó una mirada sombría a Maomao (la gata). La bola de pelo entrecerró los ojos, bostezó un poco y dijo: “¡Miau!”

En ese momento, alguien salió a trompicones de la botica.

“¿E-Estás en casa?” Preguntó el hombre, Sazen. Maomao le había encargado que llevara la tienda mientras ella estaba fuera. Nunca había sido la persona más robusta, pero ahora parecía demacrado y tenía una barba descuidada en la cara. Tropezó con Maomao y enseguida se desplomó en el suelo. “La tienda... Es toda tuya...” Consiguió decir, y se quedó inconsciente.

Chou-u le pinchó con un palo que había conseguido en alguna parte. “Deja eso.” Dijo la madame, ordenando a un criado que apartara a Sazen.

“La gente se resfriaba a diestro y siniestro mientras estabas fuera, Pecas. Usamos todas las medicinas que preparaste antes de irte, pero la gente seguía pidiéndonos más.” Le dijo Chou-u a Maomao.

Ella asintió: tenía sentido. La gente solía ponerse enferma con el cambio de estación, así que no había suficientes medicinas a pesar de que había hecho más de las que esperaba necesitar. Muy poca gente en el distrito del placer podía permitirse ir al médico para recibir un tratamiento adecuado. Y muchos ni siquiera lo hacían.

“Algunos eran muy insistentes.” Añadió Chou-u. “Uno incluso *robó* medicinas, ¡porque decía que las había conseguido gratis el año pasado!”

Probablemente se las había dado el viejo de Maomao, una mala costumbre suya. Repartía tratamientos *gratis* a cualquiera que viniera llorando y rogando, y una vez que habías regalado medicinas una vez, todo el mundo las quería gratis. Sin duda había repartido generosamente las existencias de la tienda hasta que la madame se dio cuenta.

Maomao entró en la botica. Vio un mortero con una medicina a medio hacer y un libro de medicina en el suelo. Tomó el libro y hojeó las páginas, que estaban manchadas, como si Sazen las hubiera tocado con los dedos sucios. Normalmente, le habría dado un buen regaño por no tratar el libro con el debido respeto, pero al verlo allí tirado, se dio cuenta de que no podía decir nada.

Puede que haya tenido un golpe de suerte con él, pensó. No era muy hábil, pero tampoco se daba por vencido. Eso era lo que realmente importaba.

Maomao revisó los cajones de la botica y calculó qué medicamentos había que reponer. Luego se puso a limpiar el desordenado suelo.

Había humedad en la tienda. El tiempo había pasado mientras ella estaba ocupada limpiando su ausencia, y ahora era principios de verano. La lluvia caía sin cesar y no daba señales de amainar. Un joven —el vástago de una importante casa mercantil— pasaba con una prostituta que Maomao conocía, trotando bajo un paraguas como para

ilustrar que esta estación tenía sus propios encantos. Probablemente, la mujer odiaba mojarse la ropa, pero no iba a desaprovechar la oportunidad de salir. Las actividades de las cortesanas podían ser bastante limitadas: el burdel era como una jaula, y las cortesanas eran los pajaritos dentro de ella.

“Casi se oyen los grillos aquí dentro.” Dijo Meimei mirando con resentimiento a la mujer que estaba fuera. Estaba masticando una batata seca con sus labios carnosos. Las batatas eran bastante sabrosas si las ponías a calentar unos minutos para ablandarlas. Eran dulces a su manera, no como uno de esos aperitivos que usan azúcar o miel.

“También fue muy duro para el pobre Sazen.” Añadió. Epidemias aparte, Sazen podría no haberse derrumbado si el viaje de Maomao hubiera sido en una época del año ligeramente distinta. Sazen, que tenía propensión a sentirse responsable en los momentos más extraños, evidentemente se había negado a sí mismo incluso tiempo para dormir con el fin de mezclar suficientes hierbas medicinales.

“¿No necesitas dormir un poco, hermana?” Preguntó Maomao. Estaba segura de que Meimei había estado trabajando la noche anterior. La mujer mayor acababa de salir del baño y aún le goteaba el cabello. Dormir cuando tocaba: eso también formaba parte del trabajo de una cortesana. Mientras tanto, una cortesana de clase alta como Meimei practicaba por las tardes para mantener afiladas sus habilidades.

Meimei, sin embargo, se limitó a masticar perezosamente la batata y a mirar atentamente a Maomao. “Escucha, ayer, mi patrón...”

“¿Sí?”

Meimei tenía tres hombres que eran sus mecenas, según recordaba Maomao. Uno era funcionario y los otros dos comerciantes; a todos ellos les encantaban los juegos de mesa.

“Me dijo que fuera a su casa.” Dijo Meimei. Ir a su *casa*: en otras palabras, quería llevarse a Meimei a su casa. Si hablaba así, no sólo le estaba pidiendo que diera un pequeño paseo con él.

“¿Quiere comprarte?”

“De eso se trata.”

Para una cortesana, ser comprada era como casarse. Era una oportunidad para liberarse de la jaula del burdel. Sin embargo, Meimei no parecía muy contenta. Maomao podía entenderlo: su gusto por los hombres era extraordinariamente pobre.

“¿Es un mal cliente?” Preguntó Maomao.

“No, yo no diría eso.”

“¿La madame se opone?”

“Oh, le encanta la idea.”

Podría parecer que todo era sencillo, pero esta decisión influiría en el resto de la vida de Meimei. Maomao bien podía imaginar que ella

no querría tomarla demasiado a la ligera. No era una elección que pudiera deshacerse fácilmente una vez tomada.

Meimei seguía siendo una cortesana popular, pero ¿quién sabía cuánto duraría? La edad era la barrera inevitable para algunas en su línea de trabajo, y la mayoría de las mujeres se habrían retirado de la profesión hace mucho tiempo.

“Este tipo, su mujer ha fallecido, pero tiene hijos.” Explicó Meimei.

“Hmm.” Maomao no parecía especialmente interesada. No era su intención responder con tanta apatía, pero de repente se había imaginado al raro estratega. Al final, le había dado una bebida alcohólica para dejarlo inconsciente y había escapado antes de que se despertara. Lahan había venido con ella, deseoso de volver a la capital para poder coordinar lo de las batatas. Rikuson había sacado la pajita más corta y tuvo que quedarse atrás. El estratega había estado murmurando en sueños otra vez sobre hacer un libro, y en ese momento probablemente estaba ignorando todo su trabajo para centrarse en esa tarea.

Maomao se preguntó si Meimei aún sentía algo por él. ¿Sabía que ya no había una cortesana comprada en su casa? Maomao se preguntó brevemente si debía contárselo a su hermana mayor, pero la información parecía tan susceptible de complicarle la vida a Meimei como de facilitársela, así que se quedó callada.

“No suelo gustar mucho a los niños.” Dijo Meimei.

“¿No puedes simplemente ignorarlos?” Replicó Maomao.

“Interesante idea...” Por alguna razón, parecía estar estudiando a Maomao. Se había terminado la batata y se estaba limpiando la grasa de los dedos con un pañuelo. “Hablando de niños, ¿dónde está ese travieso tuyo?” Preguntó, intentando cambiar de tema.

“¿Chou-u? Ni idea. Probablemente con Ukyou o Sazen.”

“Hm. Hay algo que me gustaría que me dibujara.”

“¿Porno?”

Meimei sonrió y le dio a Maomao un pellizco cariñoso en la mejilla. Maomao se arrepintió de la pregunta; se dio cuenta de que ese tipo de bromas eran más propias de Pairin.

“Creía que todo el mundo estaría harto de él a estas alturas, pero su popularidad parece sorprendentemente duradera.” Dijo Maomao, frotándose la mejilla enrojecida. Chou-u había hecho un gran negocio dibujando retratos de cortesanas y sirvientes, pero Maomao había supuesto que el interés se debía principalmente a la novedad.

“Claro. Ese chico tiene talento.” Meimei se escabulló de la botica y se dirigió al mostrador del dependiente, donde tomó un abanico plegable. El marco de bambú estaba forrado con papel de calidad y decorado con el dibujo de un gato jugando con una pelota. El animal era un calicó —quizá Chou-u había tomado a Maomao como modelo— y, a pesar de la escasez de líneas empleadas para representarla, la criatura parecía asombrosamente viva.

Justo en ese momento —casi como si supiera de qué estaban hablando— se acercó la gata Maomao; su cola se erizó y soltó un “¡Miau!”

“Cuando su negocio de retratos empezó a agotarse, el chico empezó a idear cosas como esta.” Contó Meimei. “Conocía a muchas cortesanas como gatos. Me preguntaba por qué se pasaba todo el tiempo siguiendo a Maomao... ¡y entonces se le ocurrió esto!”

Maomao (esta vez la chica) no dijo nada. Chou-u sí que era meticuloso. Y aunque el marco del abanico era viejo, el papel era nuevo. Lo había engalanado con material presumiblemente enviado desde el pueblo del curandero. Así que le habían dado el papel y él había renovado el marco; en otras palabras, los materiales le habían salido gratis.

Maomao tuvo que admitir que la habilidad de Chou-u para el dibujo parecía haber mejorado sustancialmente; quizá tuviera que ver con lo rápido que crecen y maduran los niños. Estaba segura de que antes sus dibujos eran más superficiales.

“Oh, es cierto, el chico está aprendiendo de un pintor, creo.” Dijo Meimei.

“Eso es nuevo para mí.” Maomao frunció el ceño.

“Estuviste mucho tiempo en el oeste. Un cliente de una gran casa comercial trajo a este tipo, un pintor de vanguardia, o eso dijo.”

“Ah.” Respondió Maomao. Era una historia conocida: los ricos compraban cuadros o cerámicas todo el tiempo; era una especie de deporte para ellos. Cuando eso no bastaba, se rodeaban de los artistas que creaban obras que les gustaban especialmente. Era una afición cara, que sólo los ricos podían permitirse.

“Lo creas o no, dijo que le presentaría a Joka.” Añadió Meimei.

“¡Vaya!”

Joka era una de las “tres princesas” de la Casa Verdigris, pero despreciaba a los hombres. Los funcionarios o los estudiantes podrían al menos hablar con ella de poesía o de oposiciones, pero la pintura no era precisamente su especialidad.

“Eso no es todo.” Dijo Meimei. “¿Este pintor? Resulta que está especializado en retratos de mujeres hermosas.” Su melancolía de momentos antes había desaparecido, sustituida por una sonrisa y unos gestos excitados y estilizados con la mano.

“Supongo que nuestra querida hermana no se lo tomó bien.” Dijo Maomao.

“¡Oh, no lo hizo! Estaba *muy* enfadada. Y ya sabes lo que hace cuando se enfada: escribe poesía. Entonces, ¡una cortesana novata e ignorante copió exactamente uno de los poemas de Joka y se lo envió a un cliente! Se armó un escándalo.”

Joka era una especialista en poemas y letras, pero había que tener cuidado con todo lo que escribía enfadada. Los versos podían parecer

hermosos a primera vista, pero estaban empapados de veneno. No se le podía permitir que escribiera a los clientes cuando estaba de mal humor: la madame se aseguraba de comprobar el correo saliente de Joka en momentos así.

Mientras que el apetito de Pairin por los hombres podía hacerla difícil de manejar, Joka estaba en el otro extremo de la escala, y era igualmente problemática.

La gata Maomao se enredó en las piernas de Meimei y maulló pidiendo una golosina. Meimei la sujetó y la puso sobre sus rodillas, rascándole bajo la barbilla.

“¿Así que ese es el pintor del que Chou-u ha estado aprendiendo?” Preguntó Maomao (no la gata).

“Ajá. Joka estaba empeñada en enviar esa carta desagradable, y usó a Chou-u como mensajero.”

Al parecer, el Sr. Mercader deseaba desesperadamente que el Sr. Pintor creara un retrato de Joka. La intención había sido que el hombre hiciera un esbozo cuando conociera a la cortesana, y que completara su borrador final más tarde. Bonito y fácil. Pero Joka no iba a quedarse sentada y dejar que la estudiara. En lugar de eso, dirigió toda la reunión desde detrás de un biombo: grosera, pero eficaz.

Sin inmutarse, el Sr. Mercader y el Sr. Pintor habían dejado su dirección y rogado a Joka que se pusiera en contacto con ellos. Normalmente, una carta sería entregada por una aprendiz de cortesana

acompañada de un sirviente, pero no se podía pedir a una joven que entregara una misiva tan vitriólica, así que Joka llamó a Chou-u en su lugar. Una buena forma de eludir el proceso de investigación de la madame.

Chou-u entregó la carta —todo muy bien—, pero también se aficionó a los cuadros del Sr. Pintor y empezó a pasar tiempo con él.

“Puede que incluso esté allí hoy.” Dijo Meimei.

“Y después de advertirle que no saliera.” Refunfuñó Maomao. Deseaba que los demás pensaran en lo que significaba vigilar a Chou-u. Aún arrastraba una pierna y, si le ocurría algo, le costaría reaccionar.

“¡Heeey! ¡Maomao!” Oyó a Ukyou llamar.

Maomao se levantó, ignorando a la gata, que había rodado sobre su lomo y pedía comida. “¿Qué pasa?” Le preguntó. Ukyou parecía afligida.

“¡Es Chou-u!”

“¿Y ahora qué hizo?” Maomao frunció el ceño, como si no le sorprendiera en absoluto este suceso.

“Por favor, ven conmigo.” Dijo Ukyou, tomándola de la mano. “¡Un amigo suyo se está muriendo!”

Capítulo 10:

Las Albóndigas Malas

Ukyou llevó a Maomao a una mansión en el centro de la ciudad. En la capital, cuanto más al norte ibas, mejor era la seguridad pública, y allí era donde se encontraban la mayoría de las casas de clase media.

Una de las casas parecía más deteriorada que las demás. Antaño debió de ser resplandeciente a su manera, pero ahora le faltaban algunas tejas y la pared de arcilla había cedido en algunas partes, dejando al descubierto el armazón de bambú que había debajo. No parecía tan viejo, sino más bien que el propietario no se ocupaba de su mantenimiento.

“Aquí, es aquí.” Ukyou llamó a la puerta de la casa derruida. “Lo siento, pero hasta aquí puedo llegar. Quién sabe lo que me dirá o hará la madame si no vuelvo.” Dijo.

“Sí, comprendo.” Dijo Maomao, pero cuando entró en la destartada casa fue con una mirada de cierta curiosidad. Desde luego, Ukyou parecía ser un hombre ocupado. “¿Qué es esto?” Se preguntó en voz alta al entrar. A pesar del maltrecho estado del exterior de la casa, por dentro estaba notablemente limpia y ordenada.

Sin embargo, no fue eso lo que la sorprendió. Más bien fueron las paredes. Estaban pintadas de blanco y cubiertas de estuco, sobre el que

se habían pintado cuadros. Un jardín de melocotones se extendía por toda una pared, pero no eran tres heroicos guerreros los que mordían los melocotones, sino una hermosa mujer. Tenía la forma de un melocotón, el cabello negro como el carbón y unos dientes blancos asomaban entre unos labios tan sabrosos como la fruta que comía.

Ella era la esencia misma de la inmortal de la aldea del melocotón.

Ese es el tipo de cosas que sólo tienes tiempo de hacer si tienes un mecenas, pensó Maomao. Meimei había dicho que el hombre pintaba cuadros de mujeres hermosas, pero Maomao nunca había imaginado algo tan espectacular. Estudió la pared con detenimiento: las superficies pintadas tenían un brillo único, distinto al de las pinturas a las que estaba acostumbrada. Estaba a punto de pasar un dedo por la pared con la esperanza de averiguar de qué material se trataba cuando oyó unos pasos fuertes.

“¡Pecas! ¡Eh, Pecas! ¿Qué haces ahí parada? Ven a verlo, ¡rápido!”
Era Chou-u, con la cara pálida.

Mierda, es cierto. Maomao tenía la mala costumbre de enfrascarse por completo en lo que le llamaba la atención. Dejó que Chou-u la arrastrara por la casa, hasta que llegaron a lo que parecía una sala de estar. Sin embargo, estaba llena de objetos diversos: polvos de colores (probablemente pigmentos), cáscaras de huevo (por alguna razón), un polvo blanco que ella creyó que era estuco, y otra sustancia para espesarlo.

Justo en el centro de la habitación, un hombre yacía en un sofá. Otro hombre con expresión preocupada estaba a su lado. El hombre del sofá estaba demacrado y carecía de vello facial, y su palidez había ido más allá de la palidez; estaba prácticamente blanco. El único color de su piel parecía estar en las yemas de los dedos, que estaban cubiertas de pintura. El hombre que estaba a su lado parecía quisquilloso, excepto porque sus manos también estaban sucias.

“¡Tienes que mirar al maestro!” Dijo Chou-u.

El “maestro” debía de ser el famoso artista progresista. Había un cubo lleno de vómito junto al sofá.

Maomao empezó a examinar al hombre. Sus brazos y piernas se movían de vez en cuando. Le abrió los ojos, le miró las pupilas y le tomó el pulso. Por lo que pudo ver, mostraba todos los síntomas de una intoxicación alimentaria.

“¿Cuáles son sus síntomas?” Preguntó.

“Supongo que estuvo vomitando y teniendo diarrea durante mucho tiempo.” Dijo Chou-u.

“Cuando por fin amainó, parecía estar sufriendo con el frío, así que lo acosté.” Añadió el hombre que estaba cerca.

“¿Y quién es este?” Preguntó Maomao.

“¡Es el amigo del trabajo del maestro! ¡Vamos, date prisa!”

Chou-u podía intimidarla todo lo que quisiera, pero Maomao no podía hacer mucho. Si no sabía qué toxina estaba actuando, no podía tratarla. Sin embargo, si era cierto que el hombre había estado vomitando y teniendo diarrea, había algo que sin duda le faltaría.

“Chou-u, tráeme sal y azúcar. Si no hay en casa, tráeme de otro sitio.” Dijo Maomao. Sacó un monedero de entre los pliegues de su túnica y se lo lanzó.

“Entendido.” Dijo y salió corriendo de la habitación. Tal vez no pudiera correr bien debido a su cuerpo medio paralizado, pero al menos se le podía confiar este recado.

“Voy a usar la cocina.” Dijo Maomao al amigo del trabajo, que asintió.

Se dirigió a la cocina y miró en la jarra de agua para asegurarse de que aún estaba en buen estado. Hubiera preferido hervirla, pero no había tiempo. “¿Es agua fresca?” Preguntó.

“La compré ayer mismo al vendedor de agua potable, así que no debería pasar nada.” Dijo el hombre. Sí, si habían comprado el agua, debería ser segura. Tal vez no fuera así en las zonas más peligrosas de la ciudad, pero aquí era poco probable que alguien vendiera algo adulterado. Maomao pensó que podían descartar con más o menos seguridad la posibilidad de que el artista hubiera bebido agua contaminada. Tomó una cucharada, la olfateó y bebió un sorbo, pero por lo que podía ver, olía y sabía normal. La casa no parecía gran cosa, pero al menos podían permitirse un agua decente.

“¿Tiene alguna idea de lo que puede haber pasado?” Preguntó Maomao al hombre quisquilloso.

“Creo que sí.” Dijo. A pesar de su angustia, tuvo la suficiente presencia de ánimo —y cortesía— para ofrecerle una silla. En su lugar, se sentó en un barril. “Le encanta comer comida en mal estado, es una mala costumbre. Sospecho que ese es el problema.”

Intoxicación alimentaria, entonces, como Maomao había pensado.

“Encontró unas bolas de masa rellenas que se comió. Sabían a podrido, así *que* las escupimos enseguida, pero *él* juró con todas sus fuerzas que estarían bien si las cocinábamos, y se las comió.”

“¿Quiénes son «nosotros»?”

“Ah, el chico estaba con nosotros.”

¿El chico? Eso debía de ser Chou-u.

La comida en mal estado no volvía a estar buena por arte de magia sólo por cocinarla un poco más. A menudo, el elemento tóxico del deterioro permanecía. Una albóndiga mohosa, por ejemplo, podía seguir siendo tóxica aunque se le quitara el moho. Sin embargo, no mucha gente se preocupaba por ello. A veces no podían permitirse el lujo de preocuparse por una pizca de veneno cuando tenían que elegir entre comer algo en mal estado o no comer nada.

“¡Arggh! ¿Qué voy a hacer? Aunque vuelva a trabajar en el cuadro, no estará terminado a tiempo.” El hombre rozó con los dedos una gran tabla apoyada contra una pared. Estaba pintada de blanco y tenía un

boceto, el contorno de una mujer. Sin duda, el siguiente paso sería colorearla, y el dibujo se volvería cada vez más realista a medida que los colores fueran más vivos. “¡Prometió que estaría terminado dentro de diez días!”

¿Diez días? Así que había algún tipo de plazo.

“¡He vuelto!” Dijo Chou-u, entrando con azúcar y sal, que entregó a Maomao. Ella los puso en el agua que había preparado, mezclándolos, y luego tomó un algodón que llevaba consigo y lo mojó en el agua. Dejó que el agua goteara del paño a la boca del hombre, administrándole el líquido varias veces.

Se debatía entre mantenerle caliente o provocarle fiebre. Por lo menos, la ropa sucia que llevaba no absorbería el sudor. Hizo que cambiaran al artista por una prenda de algodón que absorbiera el sudor. Tampoco le serviría de mucho estar tumbado en un sofá; preparó una cama adecuada y luego se puso a preparar medicamentos para el estómago.

El hombre vomitó dos veces más mientras ella hacía todo esto, pero no había mucho que sacar a relucir; sólo el acre olor del ácido estomacal impregnaba la habitación.

Tal vez el sudor y los líquidos surtieron efecto, porque por la noche parecía más tranquilo y había dejado de tener espasmos. Maomao, Chou-u y el compañero del hombre estaban agotados. No había nada en la casa, salvo material de pintura, e incluso para poner el dormitorio en condiciones de ser utilizado había sido necesario pedir ayuda a los

vecinos. El colchón estaba tan duro como una galleta de arroz vieja e igual de mohoso. ¿Qué clase de vida había llevado este hombre?

Maomao y Chou-u estaban cada uno desplomado en una silla. El sofá en el que había estado tumbado el amo de la casa ahora estaba libre, pero, sinceramente, a nadie le interesaba utilizarlo hasta que lo hubieran limpiado a fondo.

“¿Crees que lo lograré, Pecas?” Preguntó Chou-u, su voz mostraba preocupación.

“Probablemente.” Dijo. Era imposible estar segura, pero suponiendo que no ocurriera nada inesperado, pensó que el hombre recobraría el conocimiento. Tendrían que intentar mantenerlo quieto durante un rato y darle comida que facilitara su digestión. En la casa ni siquiera había arroz para hacer gachas; tendrían que ir a buscarlo. Tampoco había ollas decentes para cocinar.

Leyendo hábilmente la situación, el otro hombre dijo: “Iré a buscar arroz y una olla de barro a mi casa.” No debió de ser fácil; él también estaba cansado. ¿Tan cercano era al dueño de la casa?

“¿Qué suele comer nuestro paciente?” Murmuró Maomao.

Estaba como hablando sola, pero Chou-u respondió: “El señor siempre compra cosas en los puestos callejeros, o a veces los vecinos le dan comida. Hoy eran esas albóndigas.”

“Eso explica el estado en que se encuentra.” Dijo Maomao, provocando una mirada de disgusto de Chou-u. “¿Qué?”

“Nada. Sólo pensaba en lo que hemos comido hoy. El otro chico y yo compartimos las albóndigas con el maestro, pero estaban tan asquerosas que las escupimos. Aunque pensé que eran raras antes de probarlas.”

Una cosa que resultaba extraña, por ejemplo, era la forma en que el maestro había dicho “no recuerdo haber visto esto por aquí” cuando vio los dumplings sobre la mesa. Eso podría parecer una señal de alarma, pero aun así el artista los había ofrecido a sus invitados.

“Supongo que entiendo que estaba tratando de ser hospitalario y todo eso, pero me parece que hay un montón de cosas por aquí que tal vez no debería estar comiendo.” Chou-u no parecía impresionado. Uno siempre oía que había muchos bichos raros entre los artistas, y parecía ser cierto.

Maomao apoyó los codos en el reposabrazos y apoyó la barbilla en las manos. “Me sorprende que hayas sido capaz de meterte algo así en la boca.”

“Quiero decir, el otro tipo dijo que también se comería uno, y tenían buena pinta.”

El otro tipo; en otras palabras, el amigo del trabajo de antes. Chou-u siempre tenía hambre, así que era propenso a comer cualquier cosa que pareciera remotamente comestible. Era suficiente para que uno se preguntara si alguna vez había sido realmente hijo de un hogar elegante.

“¡Pero estaba tan *amargo*! ¡Creo que tal vez el relleno de judías se había echado a perder o algo así!” Dijo.

“¿Amargo?” Preguntó Maomao.

“Sí, ¡simplemente horrible! Yo estaba como, *jugh!* y lo escupí. Igual que el otro tipo.”

¿Así que tenía buen aspecto, pero sabía amargo? Maomao se cruzó de brazos y ladeó la cabeza. “¿De verdad era amargo? ¿No más bien agrio?”

“Sí, fue amargo. «Agrio» no es la palabra que yo usaría.”

“¿Y el relleno no olía raro en absoluto?”

“Si lo hubiera hecho, probablemente no me lo habría comido.” Chou-u se había quitado los zapatos y daba patadas con los pies. Tenían la ventana abierta para cambiar el aire de la habitación, y dentro se había vuelto húmedo. Había caído la noche; Maomao encontró una lámpara tirada por ahí y la encendió. Era una luz de aspecto inusual — desde sus pinturas hasta sus fuentes de iluminación, a este artista parecían gustarle las cosas importadas—, pero quemaba aceite de pescado, así que Maomao estaba acostumbrado al olor. (De hecho, recientemente la gata Maomao había empezado a lamer el aceite; estaba resultando todo un problema).

“¿Tenía el relleno algo parecido a hilos? ¿Algo pegado?”

“¿Pegado a él? Bueno, ahora que lo mencionas...” Chou-u parecía haber pensado en algo. “Supongo que podría haber parecido un poco

viscoso. Lo escupí tan rápido que no estoy seguro. El otro chico dijo que estaba podrido y que lo escupiera. Nos lavamos la boca con agua y no tragamos nada.”

Maomao se quedó perpleja.

“Pero no creo que esas albóndigas hubieran sabido mejor sólo porque las cocinaran. Me pregunto si al maestro le pasa algo en la lengua.” Chou-u miró al hombre dormido con verdadera exasperación.

Algo le pasaba en la lengua, pensó Maomao. Empezaba a ver una luz al final del túnel. “¿Qué has hecho con las sobras?” Preguntó.

“¡Las tiré! Están en la papelera de fuera. El maestro estaba todo molesto porque desperdiciamos comida, pero al menos no fue a tratar de sacarlas de la basura.”

Nada más oírlo, Maomao tomó la lámpara y salió al exterior, donde localizó la caja de madera para la basura. De ella emanaba un olor repugnante: la basura seguía dentro. Encima había dos bolas de masa a medio comer. Maomao se alegró de haber llegado antes de que los hombres se llevaran la basura para alimentar a los cerdos.

“¡En serio! ¿Qué estás haciendo? ¡Qué asco!” Dijo Chou-u cuando la vio rebuscando en la basura. Pero Maomao no tuvo reparos en recoger una bola de masa destrozada con sus propias manos. Miró el relleno y descubrió carne de cerdo picada y varios tipos de verduras. Tiró de la bola para averiguar qué había dentro.

Chou-u la observó. “Pecas... Por favor, deja de sonreír mientras hurgas en la basura cruda. Da mucho miedo.”

Una sonrisa debe haber aparecido en su rostro sin que se diera cuenta. Si sonreía, era de emoción, no podía ignorar la prisa.

“¿Esto es lo que tu maestro o quien sea cocinó y comió?”

“Sí. Te garantizo que no tiene sentido del gusto o algo así. Sabía *horrible*, pero no paraba de decir lo delicioso que estaba.”

Una hipótesis empezaba a solidificarse en la mente de Maomao. “¿Y ese otro tipo? ¿A qué ha venido hoy?”

“Probablemente para detener al maestro, supongo. El maestro juró que cuando terminara el trabajo que estaba haciendo, se iría de viaje inmediatamente.” Chou-u bajó la mirada, abatido.

“¿Qué tipo de viaje?”

“Bueno, dijo que una vez estudió pintura en el oeste, hace mucho tiempo. Allí vio a una mujer preciosa y nunca la olvidó. Por eso sólo pinta cuadros de mujeres, dice.”

¿*El oeste*? Le recordaba a la lámpara, a las pinturas... todo tenía un fuerte olor a exotismo.

“El otro tipo sigue intentando decirle que es imposible que una mujer que vio hace décadas siga por ahí, pero él está desesperado por volver a encontrarla.”

El paso del tiempo no es clemente; por muy bella que sea, ninguna mujer puede protegerse de los efectos de la edad. Incluso una dama que una vez lloró lágrimas de perla podía acabar convertida en una vieja bruja marchita y codiciosa. Si existiera una mujer que no envejeciera, tendría que ser inmortal o un hada o algo así.

“¿Qué demonios estás haciendo?”

Ah, hablando del diablo: el “otro tipo” había vuelto con arroz y una olla. Estaba tan sorprendido que dejó caer la olla y fue corriendo.

En la oscuridad, cubierta de basura, Maomao debía de parecer un espanto. Tampoco había borrado la inquietante sonrisa de su rostro. Incluso a ella le parecía raro sonreír tanto, pero no podía parar. En lugar de eso, sonrió al hombre, agarrando puñados de basura con ambas manos. Luego miró a Chou-u.

“Chou-u, puedes irte a casa. Uno de los criados vendrá a buscarte pronto.” Supuso que Ukyou, pensativo como era, aparecería para ver qué pasaba ahora que se había puesto el sol. Podría pedirle a alguien que le cubriera en el trabajo.

“¿Qué? ¡De ninguna manera me pienso ir!”

“Tienes que estar cansado. Al menos duérmete hasta que alguien venga a buscarte.”

“Sí, bueno... Lávate las manos, Pecas.” No tenía ninguna respuesta real, lo que significaba que *estaba* cansado. Bostezó y entró.

“Sinceramente... ¿Qué haces?” Volvió a preguntar el compañero del pintor, que observaba a Maomao desde una distancia prudencial. Miraba la basura que tenía en las manos.

“¿Puedo hablar contigo unos minutos? Primero me lavaré las manos.” Maomao dejó la basura y se dirigió al pozo.

Maomao y el hombre estaban sentados de nuevo en la cocina, Chou-u y el maestro dormían en la habitación contigua. Hablaban en voz baja para no despertarlos.

“¿De qué querías hablar?” Preguntó el hombre.

“¿Sabes mucho sobre setas venenosas?” Dijo Maomao.

“No puedo decir que pensara que esta discusión iba por ahí.” Dijo el hombre, pero no quiso mirarla.

A Maomao le habían parecido inusuales algunas cosas de este caso. En primer lugar, era de esperar que algo podrido tuviera un sabor agrio. Claro, algunas cosas podían volverse amargas cuando se echaban a perder, pero un sabor amargo no era suficiente para estar seguro de que se trataba de comida podrida. Y si el sabor era tan malo como para que los otros dos lo escupieran, ¿por qué no le había molestado al viejo maestro?

Luego estaba la cuestión de la procedencia de los dumplings.

“¿Sabías que hay ciertas setas que son amargas cuando están crudas, pero que el sabor desagradable desaparece cuando se cocinan? Es más, esas setas son venenosas: suelen estar detrás de los casos de intoxicación alimentaria en esta época del año.”

Esta seta en concreto se confundía a menudo con una variedad comestible utilizada en la cocina. La superficie era ligeramente viscosa, lo que encajaba con la descripción de Chou-u, así como con las setas que Maomao había observado en el relleno de las albóndigas de la basura.

Si hubieran comprado la comida en un puesto callejero o algo así, quizá habría habido una protesta pública al respecto, pero en cualquier caso, nadie seguiría comiendo algo que supiera realmente fatal.

¿Habían conseguido la comida de alguien del vecindario? Pero no se había hablado de malestar estomacal; si así fuera, alguien se lo habría dicho.

Ni el puesto callejero ni las explicaciones vecinales parecían muy probables.

“¿Puedo preguntar quién trajo las albóndigas?” Dijo Maomao. Miró los cuadros de hermosas mujeres que parecían adornar todas las paredes. Cada una parecía una magnífica inmortal femenina, y cada una tenía características distintivas e individuales, lo que sugería que el artista había utilizado un modelo diferente para cada una.

Se acercaba el plazo de entrega de la obra que el artista estaba realizando ahora y, cuando terminara, el maestro había afirmado que partiría hacia el oeste. Este hombre había intentado detenerle. Afirmaba ser un colega, pero no había nada en él que dijera realmente *artista*.

“¿Qué intentas decir? Sólo fue una intoxicación alimentaria.” Dijo el hombre.

“Sí, ciertamente fue eso. Intoxicación alimentaria causada por unas setas.”

Las albóndigas no estaban podridas, sino envenenadas desde el principio.

“¿Por qué lo hiciste?” Preguntó Maomao. “¿Por qué pusiste veneno en los dumplings? ¿Por qué estabas tan desesperado por hacer que pareciera un accidente que incluso involucraste a Chou-u?”

“No sé de qué estás hablando.”

“No me da la impresión de que tuvieras intención de matarlo.” Dijo Maomao, y el hombre no respondió. “En todo caso, creo que sinceramente *no quieres* que muera. ¿Me equivoco?”

El hombre guardó silencio un momento, luego cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro. “El veneno resultó ser más potente de lo que esperaba.” Este hombre era del tipo directo, esto parecía tan bueno como una confesión. “Me equivoqué al meter al chico en esto, pero si le salvó, me alegro de haberlo hecho.”

Maomao no sabía qué habría hecho si el hombre hubiera resultado ser del tipo violento. Pero mantuvo la calma; más que nada, parecía preocupado por el viejo pintor. En su rostro había una combinación de alivio y pesar.

“Veo que te alegras de que esté bien. En ese caso, ¿por qué siquiera envenenarlo?” Preguntó Maomao.

“¡Porque se iba! No se callaba lo de su *viaje al oeste*, ¡pero no piensa volver!”

“¿Se mudaba allí permanentemente?”

“Sí. Está consumido con la idea... otra vez.”

El hombre se levantó de su asiento y entró en la habitación contigua. Contempló amorosamente los cuadros reunidos y luego se dirigió a otra habitación más al fondo de la casa. También esta habitación tenía las paredes cubiertas de cuadros de mujeres hermosas.

“Estos cuadros son impresionantes.” Dijo Maomao, entrecerrando los ojos. Se le ocurrió que, de haber estado allí cierta belleza elegante, prácticamente habría podido pasar desapercibida. (¡Pensamiento irrelevante donde los haya!) Probablemente ahora estaría atascado bajo una avalancha de trabajo en el palacio. “He oído que incluso hay mercaderes que quieren coleccionar sus obras. Si aceptara encargos, probablemente podría ganarse la vida cómodamente.”

“Sí, pero no puede enviar el cuadro hasta que esté terminado.”

“Y este viaje suyo hacia el oeste, ¿te habló de él?”

“Sí, pero insistió en que sólo era un viaje. Supongo que sintió que tenía que mentirme, incluso a mí. Debe ser una mentira, si no, ¿por qué le habría llevado los últimos seis meses prepararse?”

Este hombre sólo quería darle al artista un ataque de intoxicación alimentaria, una razón para posponer su plazo. Maomao, que había sido prácticamente arrastrado a la capital occidental, comprendió que cualquier aventura aún más al oeste requeriría preparativos sustanciales. Una prueba de identificación para cruzar la frontera, una caravana para llevarle. Si perdía la oportunidad, prácticamente tendría que empezar de cero. Eso era lo que este hombre había estado esperando que sucediera.

“Argh... Esto es horrible. Pensé que realmente podría morir.” El hombre puso su cabeza en sus manos y murmuró: “Por favor, no te mueras...” Estaba genuina y profundamente preocupado.

“¿No podrías haber usado un veneno más suave?” Preguntó Maomao, aunque se daba cuenta de que podía sonar raro hablar de cualquier veneno como si fuera suave.

“No, tiene un estómago de hierro y una constitución a la altura.” Dijo el hombre. Era ese estómago infatigable el que había convencido al artista de que se podía comer cualquier cosa si se cocinaba adecuadamente, y el que había convencido a este hombre de que sólo un veneno bueno y fuerte haría el trabajo.

Por eso había necesitado a Chou-u, para que pareciera que realmente se trataba de una intoxicación alimentaria. Con un tercero

que atestiguara que los dumplings estaban estropeados, nadie sospecharía otra cosa cuando el pintor se pusiera malo del estómago.

Maomao apenas podía creerlo. “Entonces, ¿por qué no *hablaste* con él?”

“¡Lo hice! Más de una vez. Al principio ni siquiera me contó su plan.”

Al final, el artista tuvo problemas para organizar todo lo necesario para su viaje y pidió ayuda a este hombre. Incluso entonces, había guardado silencio sobre su intención de trasladarse.

Este hombre había afirmado ser pintor, pero en realidad no era más que un ayudante en la obra del maestro. Mezclaba pinturas, compraba pigmentos y buscaba mercaderes que quisieran adquirir los cuadros del maestro.

“Apenas soy más que un recadero. Sin el maestro, no soy capaz de hacer nada.”

“¿De verdad crees eso?” Preguntó Maomao.

El maestro era sin duda un pintor dotado, pero como ser humano parecía faltarle algo, y la gente así solía acabar muerta en algún campo al poco tiempo. Necesitaban ayudantes como él.

“Sin embargo, he aprendido cosas hablando con tantos mercaderes y he intentado contárselas.” Dijo el hombre. Había oído que estaban ocurriendo cosas extrañas en el oeste, que aún eran sólo presagios, pero que si los rumores eran ciertos, lo mejor sería agachar la cabeza por el

momento. “Pero insistió en que si ese era el caso, tenía que irse, que era ahora o nunca.”

En lugar de disuadirse de ir hacia el oeste, el maestro había redoblado sus preparativos. Ya se había reunido con el líder de una caravana, así que no había forma de que este hombre interviniera desde esa dirección.

En la oscura habitación había un gran lienzo cubierto con una sábana blanca.

“Antes había renunciado a la idea de ir, pero entonces vio a esta hermosa dama y eso inspiró de nuevo sus pasiones.” El hombre apartó la tela.

Los ojos de Maomao se abrieron de par en par. “Pero esa es...”

“Una mujer muy parecida a la inmortal que encontró en el oeste, dice. No es ella, pero se parecía tanto a la otra mujer que los recuerdos volvieron a él. Supongo que no lo culpo. ¿Cómo podrías olvidar a alguien así?”

¿De eso se trata? Pensó Maomao, con un sudor frío recorriéndole el cuello.

“El maestro dijo que era una doncella de santuario que había visto en Shaoh.” Explicó el hombre.

El cuadro representaba a una mujer de cabello blanco y ojos rojos.



Capítulo 11:

El Duendecillo del Agua

¿Para qué hago esto? Se preguntó Maomao, haciendo un mohín mientras preparaba el paquete envuelto en tela. Era el tipo de cosas que utilizaba cuando compraba hierbas medicinales. Al fin y al cabo, no cultivaba ni cosechaba todo ella misma. A veces recurría a un especialista, del mismo modo que uno compraba mochi en un lugar donde sólo hacían pasteles de arroz machacado.

Maomao buscó a Sazen, y lo encontró desganado barriendo el vestíbulo de la Casa Verdigris. Había dormido varios días seguidos después de que Maomao llegara a casa, pero como empezaba a estar más sano, una vez más la madame empezó a hacerle trabajar más duro, y mientras tanto Maomao le hacía estudiar para apotecario en su tiempo libre.

“¿Podrías vigilar la tienda por mí? Voy al pueblo de al lado; volveré esta tarde.” Dijo asomándose a la ventana.

Sazen se estremeció y apoyó la barbilla en el extremo de la escoba. “¿Lo dices en serio? ¿Y vigilar la tienda es *todo* lo que tengo que hacer?” Bajo la implacable tutela de Maomao, Sazen se había convertido en un trabajador bastante competente, pero parecía que aún recelaba de tener que hacerse cargo durante mucho tiempo.

“Quita las hierbas que cuelgan del techo que se hayan secado y espolvoréalas. Consérvalas como hacemos siempre.”

“Sí, claro.” Sazen apoyó la escoba contra la pared, luego se metió la mano bajo la camisa y se rascó la barriga, lo que Maomao recompensó con un resoplido. Podía ver la suciedad que se le metía bajo las uñas.

“Y asegúrate de lavarte las manos.” Añadió.

“No hace falta que me lo digas dos veces.”

“¡También bajo las uñas!”

Sí, Sazen estudiaba rápido, pero no le vendría mal un poco más de interés por la higiene. Muchos de sus clientes se quejarían si no lo hiciera. Maomao tendría que seguir recordárselo.

Me pregunto si aún estoy a tiempo para el carruaje compartido, pensó. Alquilar un carruaje para uno solo era caro. Sin embargo, los carruajes llegaban a la capital varias veces al día para entregar provisiones y, como descargaban su carga aquí, tenían espacio para servir de transporte compartido en el viaje de vuelta. Llevaba tiempo y era la forma más incómoda de viajar, pero tenía una ventaja incuestionable: era barato.

“¿Vas a alguna parte, Pecas?” Preguntó Chou-u, mostrando unos dientes delanteros que empezaban a volver a crecer. Su leal secuaz Zulin estaba a su lado. Maomao les dirigió una mirada amarga a los dos y salió de la botica empujando a los niños. “Eh, vas a alguna parte,

¿no?” Le gritó Chou-u. “¿Es al mercado? Si vas de compras, yo también quiero ir.”

Agarró a la gata Maomao, que había estado durmiendo en el vestíbulo, y utilizó su pata para pinchar a la humana Maomao en un gesto de *llévame, llévame*. “¡Nrah!” Objetó el gato.

“Me voy al bosque.” Dijo finalmente Maomao. “Es un lugar aburrido en medio de la nada.”

“¡Al bosque! ¡Quiero ir al bosque! ¡Llévame! ¡Llévame! ¡Llévame!” Los empujones de la gata se convirtieron en auténticas bofetadas. La Maomao felina no se alegró más que la humana y pataleó hasta que se liberó de las garras de Chou-u.

En lugar de eso, Chou-u se tiró al suelo. Maomao habría pensado que un niño ya no tendría rabietas de ese tipo a los diez años, pero quizá su educación mimada le había dejado atrás en cuanto a madurez. Parecía adelantado a su edad en algunos aspectos; Maomao sólo podía lamentar que este no fuera uno de ellos. Zulin se disponía a imitar a su “jefe”, pero Maomao la agarró por el cuello y la puso en pie antes de que pudiera llegar al suelo.

“Le diré a la madame.” Le advirtió Maomao, momento en el que Zulin se quedó paralizada y sacudió la cabeza enérgicamente. Evidentemente, su corazón no había estado en la rabieta; sólo había estado siguiendo a Chou-u.

“¿Qué es todo este alboroto?” Apareció la madame, con aspecto cansado. Zulin se estremeció.

“Voy a buscar hierbas. Sólo me estorbaría, y lo sabes.” Señaló a Chou-u, que seguía rodando por el suelo.

La madame entornó los ojos mirando a Chou-u, luego dejó escapar un suspiro exasperado y dijo: “Oh, llévatelo ya.”

“¿Qué?” Preguntó Maomao, con la tristeza reflejada en el rostro. Estaba segura de que la madame, una mujer eminentemente práctica, vería que no había razón para llevar a un mocoso problemático a un viaje de trabajo.

“¿Qué? ¡No puede ser! ¿Lo dices en serio, abuela?” Chou-u se levantó triunfante.

Zulin empezó a saltar imitando a la madame, pero esta la sujetó con una mano en la cabeza. “Tú no.” Zulin bajó la cabeza, decepcionada. A diferencia de Chou-u, que parecía recibir un trato especial en todo momento, ella era una aprendiz. Si se le permitía ir con Maomao y Chou-u, sería un mal ejemplo para las demás aprendizas. Zulin había sido esencialmente una garantía que vino con su hermana mayor, ya que si finalmente no demostraba que podía hacer algo para ganar dinero, sin duda sería derivada directamente al trabajo de cortesana.

Chou-u palmeó la espalda de su abatida lacaya. “¡No te preocupes, me aseguraré de traerte un recuerdo!”

“¿Y quién va a pagar este recuerdo?” Intervino inmediatamente Maomao.

Chou-u la ignoró y continuó diciéndole a Zulin: “Algún día podrás salir. Tu espera, que al final te compraré la salida.”

Maomao casi se atraganta. ¿Dónde había aprendido a hablar así? ¿Y sabía él que la mayoría de los clientes que decían ese tipo de cosas eran unos inútiles?

La madame, ignorando al niño parlanchín, dio un codazo a Maomao.

“¿Y exactamente por qué me lo llevo?” Le gruñó Maomao.

La madame se metió la mano en el cuello y se rascó la clavícula. “Estuviste fuera una eternidad. ¿Sabes cómo se comportaba Chou-u mientras estabas fuera?”

Bueno, por supuesto que no. Probablemente gritando y jugando, como siempre hacía. Estaba bastante unido al sirviente Ukyou; podía manejarse bien sin Maomao.

“Lo creas o no, estaba deprimido.” Dijo la madame. “Piénsalo. El chico viene aquí sin padres, y luego incluso tú le abandonas. Cualquiera estaría disgustado.”

“No es lo que esperaba oír de una anciana monstruosa que compraría gustosa una niña a un proxeneta.” Replicó Maomao, con sarcasmo en la voz. Hasta que Luomen la había adoptado, la habían dejado sola en una habitación, ignorada por mucho que llorara. Y

cuando la pequeña Maomao se dio cuenta de que llorando no llegaba a ninguna parte, dejó de hacerlo. Tal vez por eso su expresión emocional parecía tan apagada.

No le guardaba rencor a nadie en concreto por ello; de hecho, no lo recordaba personalmente. La mujer que la había parido tenía trabajo que hacer, al igual que Pairin, que había sido quien le había dado leche. En aquel momento, la Casa Verdigris había estado al borde del colapso, y Maomao había sido objeto de cierta ira. Se consideraba afortunada de que nadie la hubiera estrangulado sin más.

“Si las vende un proxeneta, su destino ya está decidido. Es el karma de sus padres, no mi problema. Pero yo las crío y las educo para que puedan hacer un trabajo útil, ¿no te parece muy amable por mi parte? Recuerda, si de mayores son unas imbéciles que no saben hacer nada, no se van a quedar aquí.”

“¿Y qué pasa con Chou-u?”

“Decidir qué hacer con él es asunto tuyo. Yo sólo lo vigilo para asegurarme de que no muera. Después de todo, me pagan por las molestias.”

Ajá. Maomao se preguntó solemnemente cuánto sacaba exactamente de esto la madame.

“En cuanto a tu transporte, puedes saltarte el carruaje compartido. Te conseguiré uno. Deberías estar agradecida.” Dijo la madame.

“Vaya, muy generoso de tu parte. No voy pagando la tarifa, ya sabes.”

“Eso cubrirá las batatas.” Respondió la madame, y se dirigió al cuarto de los criados. Maomao la vio marchar, ladeando la cabeza, perpleja.

Realmente no quiero llevármelo, pensó. Se dirigía a un lugar que el hombre le había descrito anoche. Maomao había conseguido que le contara lo que sabía sobre la mujer del cuadro: dónde había visto el “maestro” de Chou-u a esa mujer de cabello blanco y ojos rojos. También sentía curiosidad por la historia del encuentro del pintor con otra mujer así en Shaoh hacía tantos años, pero por ahora tenía otras cosas en la cabeza.

Hacía más de seis meses que el pintor había visto a la mujer en un pueblo al que iba por pigmentos. Afirmó que realmente parecía una inmortal.

“Dijo que bailaba sobre el agua.” Le había dicho el hombre a Maomao. La escena era tan extraña que el pintor pensó que la había soñado, en parte porque había llegado al lago completamente borracho. Recogió sus pigmentos, pero ya era tarde, así que pasó la noche en el pueblo. Sin darse cuenta, ya era de día y dormía en un cobertizo cercano.

Para entonces, el maestro estaba seguro de que no era un sueño. Le recordó a la mujer que había visto tiempo atrás, y pareció tomarlo

como una especie de señal. Fue entonces cuando empezó su ridícula charla sobre mudarse al oeste.

Maomao conocía el pueblo al que había ido el pintor; había estado allí varias veces para comprar medicinas. La excusa perfecta para ir allí de nuevo. Miró una vez más al alegre Chou-u y suspiró.

Después de una hora dando tumbos en el carruaje, llegaron a un pueblo cerca de un bosque. Se alzaba junto a un río y le recordaba en espíritu al pueblo natal del curandero. Producía principalmente arroz y verduras, y los arrozales recién plantados reflejaban el cielo como espejos gigantes.

“¡Vaya!” Exclamó Chou-u, asomándose al exterior del carruaje y observando el paisaje. No era uno de esos lujosos carruajes en los que viajaba la nobleza, sino más bien un carromato, sin cortinas ni coberturas; incluso había impermeables escondidos a bordo por si empezaba a llover.

“Cuidado, Chou-u, no te inclines demasiado. No vengas llorando si te caes.” Llamó Ukyou, que estaba sentado en el banco del conductor. La madame había sido fiel a su palabra: había alquilado un carruaje, pero había encargado a Ukyou que lo condujera.

¿Cuál es la historia aquí? Se preguntó Maomao, mirando a Ukyou con cierta molestia. No es que tuviera ninguna queja específica con el atento jefe de sirvientes, pero había algo que la seguía atormentando

mientras observaba los campos. Los arrozales eran realmente impresionantes en esta época del año. El cielo era azul y no había ni rastro de lluvia. La tierra parecía tan zafira como el cielo, y había algo misterioso e intrigante en aquel mundo vestido de azul.

Chou-u tiró de la manga de Maomao. “Eh, Pecas. ¿Qué es eso?”

Señaló un par de pequeñas colinas de arena; en cada una había un palo unido a otro por una trenza de cuerda retorcida. Parecían estar junto al cauce del río que discurría junto a los arrozales.

“Creo que sirve para delimitar un espacio sagrado.” Dijo Maomao. Ella misma no sabía mucho al respecto, pero sabía que tenía algo que ver con algún tipo de religión popular. Se suponía que creaba una barrera para mantener alejadas a las cosas malas. Sin embargo, la forma de la cuerda era un poco inusual, quizá una variante local de la superstición.

Entonces, Maomao se asomó para ver mejor. ¿Eh? La cuerda no se parecía en nada a las otras veces que las había visto. Pensó que solían ser más sencillas, pero este año la cuerda estaba más retorcida que de costumbre y había tiras de papel blanco entretejidas en ella. Le pareció un poco más sofisticado que antes, pero también sabía que no se cambiaba la forma de los objetos de culto por capricho.

“Ya hemos llegado.” Dijo Ukyou. Maomao bajó del carruaje y miró hacia el bosque. “Daré una vuelta por el pueblo.” Les informó Ukyou, señalando lo que parecía ser el único lugar del pueblo para tomar algún

refresco. Seguro que al menos tenían algo de licor de luna a mano.
“¿Qué quieres hacer, Chou-u?”

“Hmm...” Chou-u miró a un lado y a otro entre Maomao y Ukyou, y luego trotó hacia Maomao.

Ukyou se rio. “Entonces creo que iré a beber una ronda.” Se dirigió al establecimiento de bebidas.

Por alguna razón, Chou-u se aferraba a la túnica de Maomao. Temía que le arrancara el cinturón, así que le tomó de la mano y tiró de él hacia la casa del jefe de la aldea.

“Este lugar está vacío.” Dijo Chou-u tras un momento de silencio. Era cierto, no había nada, pero tampoco era necesario decirlo en voz alta, y Maomao le dio un golpe en la cabeza.

Se dirigieron a la última casa del pueblo, un lugar destartalado con verduras colgando de los aleros. Probablemente las estaban secando para conservarlas, una buena idea, pero en esta época del año había que tener cuidado o el moho empezaría a crecer en las verduras antes de que uno se diera cuenta. Junto a las verduras había una cuerda trenzada, como una versión más pequeña de la que habían visto antes.

Maomao calculó que habían pasado tres años desde la última vez que estuvo aquí. Su servicio en el palacio posterior la había mantenido alejada durante mucho tiempo, y esperaba que el jefe de la aldea aún la recordara.

“¿Hola?” Llamó, golpeando la puerta. Chou-u la imitó con un *thuck*, y Maomao bajó la cabeza enfadada, justo cuando una joven salía del interior.

“¿Sí? ¿Quién es?” Dijo la mujer. Era bastante guapa para estar tan lejos en el campo, e iba vestida con un traje que parecía sencillo pero duradero.

“Me gustaría ver al jefe, si me lo permite. Dígale que está aquí la discípula del apotecario Luomen.” Dijo Maomao, identificándose no por su propio nombre, sino por el de su padre. La mayoría de la gente difícilmente la creería si afirmara ser apotecaria. Envejecer un poco podría ayudar, pero Maomao creía que no tenía motivos para presumir de ser apotecaria, así que se quedó con un nombre que el jefe reconociera con más facilidad.

La joven llamó a la casa y salió un hombre de mediana edad, el hijo del jefe, según recordaba Maomao. Él también debió de recordarla, porque dijo: “Ah, sí.” Y asintió. “Me temo que mi padre contrajo un fuerte resfriado el año pasado...”

Y había muerto de eso, tristemente.

“Ya veo.” Dijo Maomao. Lejos de ella ridiculizarlo, decir que sólo era un resfriado. Si no se controla, un resfriado puede empeorar rápidamente y convertirse en neumonía. Maomao recordaba que el antiguo jefe de la aldea nunca tomaba medicamentos: era una persona gregaria a la que le gustaba decir que todo se curaba con un buen trago

y un buen sueño. Su filosofía le había convertido en un mal cliente, pero Maomao nunca le había tenido antipatía.

“Insistí en que debía ver a un médico, pero... bueno, ahora es una cuestión discutible.” Dijo el hijo. Y luego: “Lo siento. Ya está bien de sentimientos. ¿Has venido a adentrarte en el bosque?”

“Sí, señor.” Maomao le dio la cantidad que siempre pagaba, pero él negó con la cabeza.

“Quédatelo. Será mejor que entres antes de que se ponga el sol.”

“Ciertamente estoy agradecida, señor...” Maomao no pudo evitar preguntarse, sin embargo, qué había inspirado este cambio de opinión.

Estaba a punto de volver a guardar las monedas en los pliegues de su túnica, pero Chou-u sacó la mano. “¡Pecas! ¡Deberías usar eso para comprarme caramelos! Vamos, ¡hazlo!”

“Tienes tus propios ingresos.” Dijo, guardando las monedas en su sitio y volviéndose hacia el bosque.

“Hay muchas serpientes en esta época del año. Tengan cuidado.” Dijo el nuevo jefe.

“Por supuesto, lo sé. Y son excelentes ingredientes.”

“Estas serpientes no.” Respondió el jefe, pellizcando entre los dedos la cuerda que colgaba del alero. Cuando Maomao miró más de cerca, vio que cada extremo de la cuerda tenía una forma diferente. Se estrechaba en un extremo, mientras que en el otro se hacía más gruesa

y el extremo se partía. Casi le recordaba a una serpiente. De hecho, le resultaba muy familiar. “Si matas una serpiente, los aldeanos podrían atacarte.” Dijo el jefe.

“¿Atacarme? ¿Por qué demonios?” La idea era prácticamente incomprensible para Maomao, cuyo primer pensamiento al ver una serpiente solía ser lo sabrosa que estaría asada con un buen glaseado de salsa de soja. De hecho, una vez, cuando había capturado varias serpientes aquí, le habían dado las gracias por ocuparse de ellas.

El nuevo jefe le dedicó una sonrisa cansada. “Fue la última voluntad de mi padre. Justo antes de morir, cuando estaba muy débil, invocó a un chamán.”

¡Debería haber llamado a un médico!

Este chamán le había dado al antiguo jefe un incienso que aliviaría su dolor, pero a cambio recibió instrucciones de difundir una enseñanza en la aldea. Maomao comprendió que de ahí debían de proceder las insólitas cuerdas “sagradas”.

“Verás, hace mucho tiempo, por aquí se adoraba a un dios serpiente. Ese era el razonamiento.” Dijo el jefe actual, sonriendo aun tímidamente. Su expresión sugería que no se podía discutir con una fe antigua, pero su sonrisa era tensa.

“¿Entonces qué hacen con las serpientes venenosas?” Preguntó Maomao. Las víboras eran el enemigo natural de los campesinos. Si una de ellas mordía a una persona, estaba prácticamente acabada.

Todavía con esa sonrisa tensa, el jefe susurró: “Las he estado matando, en secreto. Sé que algunos fieles no lo aprobarían, pero ¿qué se supone que debo hacer?” El jefe tenía que guardar las apariencias. La joven, probablemente su esposa, estaba mirando a los visitantes. No podía sentirse bien viendo a su marido mantener una conversación privada delante de ella.

Sin embargo, Maomao ya tenía el permiso que quería, así que ya no tenía nada que hacer aquí. Decidió que era hora de desaparecer.

“Bien, vamos.” Dijo.

“¡Sí!” Dijo Chou-u.

“Ah, hay una cosa más que deberías saber.” Dijo el jefe. “No son sólo las serpientes, al parecer, los pájaros también están fuera de los límites. No es que probablemente podrías atrapar uno sin un arco y una flecha.”

“Este chamán suena bastante exigente. No podrías ni matar una gallina con una regla así.”

“La prohibición sólo afecta a las aves voladoras.”

Maomao extendió las manos y se encogió de hombros. En lugar de eso, se dirigió hacia el bosque, con Chou-u justo detrás de ella.

“¿Todavía no has terminado, Pecas?” Preguntó Chou-u, sentado en un tocón con las piernas colgando.

Por eso no lo quería aquí.

Los mocosos como él se aburrían enseguida. El viaje estaba muy bien, pero era evidente que Chou-u sería un peso muerto más pronto que tarde. Maomao estaba segura de que la madame la había obligado a llevárselo para que la pequeña rata no estorbara a los criados en su trabajo. ¡Solitario, solitario su pie!

Maomao ignoró el parloteo de Chou-u y se dedicó a cortar la hierba que crecía junto a la raíz de un árbol. Sólo necesitaba los brotes frescos, pero más tarde ya se preocuparía de los detalles.

“¡Heeey! ¡Pecas!”

“Cállate. Tú eres quien quería acompañarme.” Dijo Maomao mientras metía algunas hierbas en su bolsa.

Chou-u se apoyó en las manos y se inclinó hacia delante, mirando a Maomao con fastidio. “¡Pero estoy cansado!”

No habían caminado mucho, pero la hierba crecida y las hojas caídas dificultaban el paso. Sería fatigoso para Chou-u, que seguía parcialmente paralizado. Era justo, pero Maomao no iba a darle ninguna tregua por ello. Si se lo ponía fácil ahora, esperaría que lo hiciera siempre.

“Entonces espera ahí.” Dijo. “Voy más adentro.”

“¿Qué? No puede ser.” Chou-u dejó que su boca colgara abierta para mostrar su fastidio. “¿Me vas a dejar aquí?”

“Dijiste que estabas cansado.”

“¡Ukyou me daría un paseo a caballito!”

“Lo siento, pero eres demasiado pesado para mí. Nos vemos.” Maomao se puso en marcha. Chou-u hizo una mueca y bajó de un salto de su tocón. Prefería estar con gente, como describía la madame. Cuando estaba en el distrito del placer, era frecuente encontrarlo con los criados o las chicas.

El bosque estaba sombrío debido a la densa vegetación, y oyó un ruido como de aleteo de alas. Iba acompañado de un *hoo, hoo*, ¿quizá era una paloma?

“¡Ya voy! ¡Ya voy, no me dejes aquí!” Gritó Chou-u, y empezó a seguir a Maomao, arrastrando la pierna. Maomao, sin quitarle ojo, siguió adentrándose en el bosque.

El lugar estaba lleno de árboles diferentes. Muchos eran de hoja ancha; el lugar debía estar plagado de nueces y bayas en otoño. Los bosques de coníferas eran mejores para fabricar papel, pero en Li, la mayoría de estos lugares se encontraban en el norte.

Mientras avanzaba, Maomao vio una frambuesa y se la metió en la boca. Chou-u encontró otra y la imitó, lo cual estuvo bien, excepto porque le dejó la boca pegajosa y roja. Maomao se tragó su enfado y se limpió los labios, sabiendo que si se los limpiaba con la manga, el color nunca saldría.

Con cada frambuesa que comía, Chou-u sonreía con pesar. “Están agrias.” Anunció.

“Eso es porque aún no están maduras.” Dijo Maomao.

Evidentemente no iba a impedir que se las comiera. “¡Eh, Pecas! ¿Puedes comerte estas setas?” Preguntó, señalando unos pequeños hongos que crecían en un tronco de árbol disecado. “¿Se pueden comer?”

“No son muy buenos, me temo. Y ni siquiera son venenosos.” En otras palabras, no tenían ningún interés para Maomao. Los hombros de Chou-u se desplomaron decepcionados.

Sonaban alegres, pero Maomao no había olvidado por qué estaba aquí. Al final encontró un pantano (en cuyo camino había descubierto un hongo en forma de corchete, lo que la hizo muy feliz). En las orillas crecían espadañas. El polen de estas plantas, conocido como *puhuang*, tenía propiedades medicinales y podía utilizarse como coagulante y diurético.

Había una isla en medio del pantano y, mientras tanto, una serie de varas y cuerdas sagradas se colocaban en la frontera entre los árboles y el pantano, pues desde hacía mucho tiempo se decía que los lugares con agua eran puertas al otro mundo. Eso podría explicar también por qué había un pequeño santuario en la isla del lago. Allí vivía el señor del lago; Maomao había oído que adoptaba la forma de una gran serpiente.

En la orilla del pantano había una cabaña para la persona encargada de cuidar el santuario, y hacia allí se dirigieron Maomao y Chou-u. La cabaña estaba construida sobre pilotes, para mantenerla alejada del agua cuando llovía mucho, pero en los últimos años el pantano había empezado a retroceder; se podían ver marcas en los pilotes donde había estado el agua. Maomao había oído que incluso el lugar donde se alzaba esta pequeña casa había formado parte del pantano, lo que podría explicar por qué el suelo era blando y fangoso y resultaba difícil de atravesar. Aprovecharon una sucesión de escalones para facilitar el camino.

Junto a la choza había una estructura aún más pequeña desde la que se oían arrullos: palomas, sospechó Maomao. Al principio pensó que tal vez las guardaban para comer, pero luego recordó lo que había dicho el jefe: si había que creer sus palabras, estaba prohibido comérselas. En ese caso, quizá fueran animales de compañía.

Chou-u inspeccionaba las marcas de pleamar con interés. Maomao subió las escaleras que conducían a la cabaña y se asomó al interior. La persona que estaba dentro también se percató de su presencia, ya que un anciano hirsuto salió en breve de la casa. Maomao ya había tratado con él antes, y él también parecía acordarse de ella.

“Hacía años que no te veía. Pensé que te habías ido a algún sitio y te habías casado.” Dijo el viejo.

“Lo siento, todavía no.”

“¡Y sin embargo es todo un muchacho el que tienes ahí!”

Maomao vio que el anciano no se había vuelto más delicado o cortés durante su ausencia. Era un viejo conocido del padre adoptivo de Maomao, Luomen; habían sido médicos juntos una vez en la capital, hacía mucho tiempo. Se suponía que este hombre era bastante hábil, pero su personalidad poco ortodoxa, combinada con una vena misántropa, le había llevado a vivir una vida de ermitaño en el campo. Decía dedicar su tiempo a recoger hierbas y cuidar del santuario, pero sus obligaciones no parecían ir muy lejos. No había ningún barco en el agua, lo que sugería que no iba mucho a la isla.

Entraron, y el anciano tomó unas hierbas secas de la pared y las puso sobre su tosca mesa. “Toma. Ten lo que necesites, pero lo que ves es lo que tengo.”

Cuando Maomao necesitaba una hierba fuera de temporada, o alguna planta inusual, lo más rápido era comprársela a este anciano. Incluso tenía *puhuang*, colocado sobre una estera de hojas de espadaña.

El hombre se acomodó en una silla con un “¡Hup!” y se inclinó hacia delante. Maomao había oído que era más de diez años mayor que Luomen, y no había rejuvenecido en los tres años transcurridos desde la última vez que lo vio. Pero aún sabía secar hierbas, y de buena calidad. Y en buenas cantidades, a pesar de su avanzada edad.

“Me impresiona que hayas podido reunir tanto.” Dijo Maomao. “Pensar que me alegré sólo de comprobar que no te habías vuelto senil.”

“Ahh, las solteronas siempre tienen las lenguas más afiladas.”

“No es peor que la tuya.” Respondió Maomao, ganándose una carcajada de Chou-u. Lo miró con odio mientras envolvía en un paño las hierbas que necesitaba.

“No es tan sorprendente. Últimamente he tenido ayuda.” Dijo el anciano.

“¿Qué, uno de los mocosos del pueblo? Muy buen trabajo para un chaval.” Maomao miró deliberadamente a Chou-u mientras lo decía; este le sacó el labio en un gesto de: ¿Qué?

“No, no. Alguien que recogí en la capital hace poco. Muy capaz. Mira, hablando del diablo...”

Oyeron pasos subiendo las escaleras. “¡Eh, abuelo! ¡Tengo las cosas que querías! ¿Eh? ¿Invitados?”

La voz del recién llegado era alegre y familiar. Entró un hombre joven con un saco en una mano y un pañuelo en un ojo a modo de venda.

¡Por eso reconozco esa voz!

Era Kokuyou, el hombre picado de viruelas que, lo último que sabía Maomao, había estado buscando trabajo en la capital.

“¡Pero si todo el mundo decía que no quería un médico con una cara tan espeluznante!” Dijo Kokuyou, sonando, como siempre, como

si la cascada de sus desgracias simplemente rodara por su espalda. Nada más ver a Maomao, el voluble hombre se puso a charlar.

“¿Se conocen?” Había preguntado el abuelo, a lo que Chou-u había respondido: “Ella prácticamente colecciona tipos raros como él.”

En resumen, tras llegar a la capital, Kokuyou había ido de clínica en clínica, buscando algún lugar donde comenzar su práctica como médico. Cada vez, le preguntaban por el parche que tenía sobre el ojo y, como un idiota, les daba una respuesta directa y les enseñaba sus cicatrices. Los médicos ignorantes le echaron, advirtiéndole que no volviera nunca más, no fuera que les contagiara su enfermedad. Los médicos menos ignorantes comprendieron que la enfermedad ya no era contagiosa, pero incluso un médico dirigía, en última instancia, un negocio. No tenían ninguna razón de peso para contratar a un hombre de aspecto sospechoso con un parche en el ojo.

El abuelo había ido a la ciudad con sus viejos huesos para entregar unas hierbas que le había encargado un médico, y dio la casualidad de que, en ese mismo momento, Kokuyou estaba siendo expulsado de la misma clínica. Puede que el abuelo fuera un misántropo, pero tenía buen ojo para el talento médico. Como la edad le iba ralentizando poco a poco, había estado pensando en encontrar un ayudante. Preguntó a Kokuyou sobre sus conocimientos médicos y se sorprendió al descubrir que el hombre sabía más de lo que el Abuelo hubiera esperado... y aquí estaba. Un hombre con un parche en el ojo llamaría

menos la atención aquí que en la capital y, de todos modos, el anciano médico le había explicado las cosas al jefe de la aldea.

“¡Ja, ja, ja! La vida puede ser dura, ¿eh? Pero de todos modos, ¡al menos puedo comer!”

El abuelo consiguió un buen ayudante, y Kokuyou... bueno, era Kokuyou. Ambos parecían bastante felices.

Si me hubiera dado cuenta, tal vez le habría pedido que se uniera a mí, pensó Maomao con una punzada de arrepentimiento, pero no podía retroceder en el tiempo. Incluso si lo hubiera llevado a la tienda con ella, la madame sólo le habría hecho trabajar como a un perro, de la misma forma que había hecho con Luomen. Quizá Kokuyou estuviera mejor aquí. Además, Sazen por fin empezaba a desperezarse y Maomao no quería mermar su confianza.

Kokuyou puso sus hierbas sobre la mesa. “¡Frescas del bosque!” Sonrió.

Chou-u lo miró, luego puso cara de ardilla especialmente tonta y extendió la mano. “¿Qué hay bajo el parche, señor?”

“¿Quieres ver?” Dijo Kokuyou, y luego, con una advertencia (“*¡Es bastante asqueroso!* ”), se levantó el parche.

“¡Oh, qué asco!” Exclamó Chou-u (la cortesía no era su fuerte) y golpeó a Kokuyou en el hombro. “Lástima por usted, señor. Podrías haber sido muy popular entre los clientes, si no fuera por... eso.”

“¡Tú lo has dicho! Y a mí que me gusta pensar que soy bueno con la gente.” Replicó Kokuyou.

“¡A nuestras chicas también les habría gustado tu cara! ¡Qué vergüenza!”

Nuestras chicas. Qué bien, pensó Maomao, pero por lo demás hizo caso omiso de su charla y se dedicó a examinar las hierbas. Entrecerró los ojos ante una de ellas, una hoja grande que no reconoció. “¿Qué es esto?” Preguntó.

Kokuyou dejó de bromear con Chou-u el tiempo suficiente para decir: “Eso es una hoja de «incienso».”

Una hoja de incienso, es decir, tabaco. A la madame y a las prostitutas les encantaba fumar, pero, sorprendentemente, esta práctica no se había extendido entre la gente corriente. Una vez, Maomao había reparado una pipa de fumar estropeada y había intentado devolvérsela a su dueño, pues simplemente supuso que debía ser importante para él.

El tabaco era un artículo de lujo; era la adicción lo que hacía que la tacaña madame siguiera fumando. Luomen informó a Maomao de que fumar demasiado era malo para la salud. En cualquier caso, por lo que Maomao sabía, las hojas solían ser importadas, y sólo las había visto en estado pulverizado, así que no había reconocido la planta cuando la vio.

“En realidad no son tan difíciles de cultivar.” Intervino el anciano.

“¿Oh?” Preguntó Maomao, estudiando la hoja con gran interés. Pensaba que si conseguía que creciera en su jardín, podría ser un negocio secundario rentable. Dudaba, sin embargo, de que esos dos fueran a regalarle semillas. Al menos podría conseguir que compartieran algunas de las hojas, pero dudaba de la conveniencia de arraigar aún más el hábito de fumar entre las cortesanas proporcionándoles una fuente barata de tabaco.

Pensó que no estaba de más dejar flotar la idea. Preguntó: “¿Por cuánto las venderías?”

“No están a la venta.” Dijo el anciano, recogiendo las hojas y agrupando varias de ellas antes de colgarlas bajo el alero.

¿Serán para su propio uso? Se preguntó Maomao. Pero no había visto ninguna parafernalia para fumar en la casa, y nunca había visto fumar al viejo.

Como en respuesta a la pregunta no formulada de Maomao, el anciano recogió un frasco del suelo y lo puso sobre la mesa. Abrió la tapa y salió un olor característico.

“¡Vaya, abuelo, eso apesta!” Dijo Chou-u, tapándose dramáticamente la nariz. Pero eso no le impidió echar un vistazo al interior, donde descubrió un líquido marrón. “No nos vas a pedir que... bebamos esto, ¿verdad?”

“No, y será mejor que no lo hagas. Te mataría. Tiene hojas de incienso empapadas.”

“¡Ugh! ¿Por qué tendrías algo así por ahí?” Preguntó Chou-u, sentándose de nuevo en una caja de madera en el suelo.

“Lo usamos para mantener alejadas a las serpientes.” Dijo el anciano.

Maomao dio una palmada: las hojas de tabaco eran venenosas si se comían, y ella sabía que la toxina afectaba a los insectos. Por primera vez, se le ocurrió que también podría funcionar contra las serpientes. Los insectos eran una cosa, pero a las serpientes siempre intentaba atraparlas; nunca se le habría ocurrido ahuyentarlas.

“Es lo mejor que podemos hacer con toda esta tontería de no matar serpientes. Hay que tener cuidado, no queremos causar *problemas*. Pero tampoco queremos que nos muerdan mientras recogemos verduras, y además tengo palomas.”

El anciano prácticamente echaba espumarajos; Kokuyou mantenía una sonrisa mientras preparaba el té. Los ojos de Chou-u brillaron al ver salir bollos al vapor de la alacena.

“¡A nadie le importó una mierda este santuario durante décadas! Ahora no se callan ante la aparición de un mensajero del dios serpiente. Es un poco tarde para ellos: el puente a la isla está viejo y roto.” Dijo el anciano.

“¡Ja, ja, ja! Los chamanes son lo peor, ¿verdad?” Coincidió alegremente Kokuyou. ¿Había, tal vez, una pizca de animadversión personal en su alegría?

Maomao, mientras tanto, se preguntaba algo. Con o sin la última voluntad del anterior jefe de la aldea, se preguntaba si alguien en una aldea tan pequeña dudaría tanto en matar a una serpiente. ¿Sería porque aquí se adoraba a una deidad serpiente?

“¿De verdad era tan persuasivo este chamán?” Preguntó con frialdad.

El abuelo resopló. “Es curioso que lo preguntes. Los verdaderos fieles dicen que cambió de forma.”

“¿Cambio de forma?” Maomao había oído hablar de zorros que se transformaban, pero ¿una serpiente?

¿No basta con que lo hagan los zorros?

Les miró confusa. Kokuyou abrió la ventana de la cabaña y Maomao descubrió que podía ver el pantano y el santuario. El abuelo miró por la ventana y se frotó la barba desaliñada. “Desde ya digo que no lo vi. Pero dicen que el chamán...”

Afirmaban que el chamán había bailado sobre la superficie del agua para llegar al santuario.

Eso tiene que ser...

“Se decía que probaba que el chamán era el mensajero del dios.”

Y ahí lo tenías.

... ¡lo más turbio que he oído nunca!

Puede que fuera turbio, pero si fuera cierto, entonces la “mujer pálida” que el pintor había presenciado también podría haber sido real.

“Este chamán no resultó ser una joven de cabello blanco y ojos rojos, ¿verdad?”

“No, no. Era una mujer joven, sí, pero nadie dijo una palabra sobre su aspecto.”

Chou-u se quedó boquiabierto. “¡Es increíble! ¿Cómo ha podido caminar sobre el agua?”

“Es fácil.” Dijo Kokuyou. “Sólo tienes que dar el siguiente paso antes de que el pie empiece a hundirse. Luego lo repites una y otra vez. Un paso cada vez.” La mentira parecía resultarle muy fácil.

“¡Impresionante!”

Maomao golpeó a Chou-u en la cabeza como advertencia para que no fuera tan crédulo, al tiempo que miraba con desprecio a Kokuyou. Empezaba a considerarlo simpático e inofensivo cuando resultó que era capaz de algo así.

“No me digas que realmente crees que podría hacerlo.” Dijo Maomao.

“Claro que no. Pero... ejem.” El viejo doctor continuó rascándose la barbilla y mirando al exterior. Parecía confundido. “Una vez, cuando era joven, vi eso mismo.”

“¿Viste a alguien bailando sobre la superficie del agua?” Maomao ladeó la cabeza. Chou-u la imitó, al igual que Kokuyou, por alguna razón.

“Sí. Antes de dejar el pueblo. Solía ser el deber de la doncella del santuario servir al dios serpiente.” La familia del anciano era, de hecho, parientes lejanos del jefe de la aldea, y las jóvenes que servían en el santuario eran de la misma estirpe. El abuelo acababa de decir que el santuario había estado prácticamente abandonado durante décadas, pero eso tenía una explicación. “Vinieron a la caza de muchachas para el palacio posterior, y entonces ya no quedaban mujeres jóvenes por aquí.”

¿Qué se podía decir? Así de sencillo. Con ello, los rituales que se habían transmitido de boca en boca durante generaciones desaparecieron, y el santuario cayó en desuso. Fue justo entonces cuando el anterior jefe de la aldea tomó el relevo. Como el jefe anterior había sido un hombre de poca fe, dejó que el santuario no se usara, hasta que se volvió decrepito, e incluso el puente a la isla del santuario se pudrió y se derrumbó. Entonces el abuelo regresó al pueblo y se convirtió en el guardián del santuario, aunque sólo fuera nominalmente, viviendo aquí en esta cabaña.

“¿No regresó la doncella del santuario a la aldea después de completar su estancia en el palacio posterior?” Preguntó Maomao.

“Je. Siempre fue una chica de buen carácter. ¿Por qué debería volver a un lugar como este?”

Me parece justo, pensó Maomao, imaginándose a Xiaolan, que había sido su amiga en el palacio posterior. Los padres de Xiaolan la habían vendido al servicio para tener una boca menos que alimentar. Ella había comprendido la realidad y sabía que, aunque volviera a casa, no habría lugar para ella. En cambio, tras abandonar el palacio posterior, había encontrado trabajo para mantenerse. Una mujer joven con una cabeza medio decente sobre los hombros probablemente podría haber encontrado muchas maneras de ganarse la vida mejor que la que había tenido en un pueblo como este. Había más de una forma en la que se podía decir que el palacio posterior daba a sus mujeres una ventaja en la vida.

“El antiguo jefe era todo lamentos antes de morir, pero mi sensación era que si se iba a quejar tanto, debería haber pedido ayuda a un *médico*.” Dijo el abuelo.

“¡Ja, ja, ja! Qué gracioso. Sí, algunas personas son así, ¿eh?” Kokuyou se rio, pero el anciano le dio un suave golpe en la cabeza. No era *tan* gracioso.

Maomao miró al exterior. “No veo ningún barco. ¿Cómo se cruza? Supongo que tienes que comprobar el estado del santuario periódicamente.”

El abuelo dibujó un círculo en la mesa. “Los barcos enfurecen a la deidad, evidentemente. Incluso hay una zona reservada para la pesca, aunque lo único que se pesca son lochas, así que no merece la pena el

esfuerzo. Así que el santuario está desatendido. Puedes ir a verlo si te interesa, pero no en barco.”

“¿Qué es esto, algún tipo de acertijo?” Preguntó Maomao. ¿Cómo iba a llegar a la isla sin usar un barco? ¿Creía que podía caminar sobre el agua?

“¿Qué, pensaste que sería fácil llegar a un lugar sagrado?” Viejo sin sentido. “Kokuyou, llévalos tú. Debería haber una mejor vista de la isla en la orilla lejana que aquí. Y deshierba los campos mientras estás en ello.”

“Siempre dándome trabajo.” Dijo Kokuyou, pero aun así tomó una guadaña de mano.

“El tabaco crece allí. No puedes recoger ninguna hoja, pero si hay algunas semillas, puedes tomar unas cuantas. Tu pago por hacer el deshierbe.”

Maomao miró con el ceño fruncido al anciano, que parecía empeñado en dar vueltas de tuerca a cada oportunidad que se le presentaba, pero también recogió una guadaña.

La pequeña banda de Maomao se dirigió hacia el otro extremo del pantano. Algo que parecían hojas de loto flotaba en la superficie del agua. Al principio, Chou-u se había asustado de las cicatrices de Kokuyou, pero demostrando que tenía una gran capacidad de adaptación, él y Kokuyou ya eran amigos. Chou-u incluso había

conseguido que el joven médico le montara a caballito, aunque, a diferencia de los criados, Kokuyou se balanceaba un poco bajo el peso de Chou-u y parecía peligroso. Quizá el hecho de que sólo pudiera ver por un ojo le quitaba el sentido del equilibrio.

“Ahí está, por ahí.” Dijo Kokuyou, cuando apareció un puente que conectaba la orilla con la parte trasera de la pequeña isla. Sin embargo, el puente estaba podrido y no quedaba mucho de él. Maomao lo miró con incredulidad: incluso los cimientos se estaban deshaciendo; apenas parecía que las tablas de madera se sostenían.

Kokuyou, que evidentemente estaba de acuerdo con Maomao, sacó de algún sitio una tabla de madera. “Allá vamos.” Dijo, colocándola sobre los desvencijados cimientos.

“¿Es seguro?” Preguntó Maomao, sintiendo una creciente inquietud mientras le observaba.

“Ja, ja, ja, claro que sí. Te sorprendería lo resistente que es.” Para demostrarlo, saltó sobre la tabla, que enseguida cedió, arrojándolo al pantano con un: “¡Uy!”

“Hombre, ¿qué haces?” Dijo Chou-u, alargando la mano para ayudar a Kokuyou a ponerse en pie. Pero Kokuyou se hundió aún más. Un estremecimiento de miedo recorrió al grupo.

“Supongo que este no es uno de esos pantanos sin fondo, ¿verdad?” Preguntó Kokuyou, aun sonriendo.

Durante un segundo, ni Maomao ni Chou-u dijeron nada, pero tras el instante de silencio, todos estallaron en actividad. Sin embargo, cuanto más luchaba Kokuyou, más se hundía. Justo cuando estaba con el agua del pantano hasta el cuello, Maomao se las arregló para encontrar una liana de aspecto robusto en el bosque y arrastrarla hacia fuera, para que el hombre pudiera utilizarla para liberarse.

“Me va a dar un infarto, señor.” Dijo Chou-u.

“¡Ja, ja, ja! Lo siento.” Respondió Kokuyou, rascándose la nuca con una mano llena de barro. (Así, la única parte que quedaba limpia de él se ensució tanto como el resto).

Maomao tomó un cubo de agua de riego del campo cercano y se lo acercó, tras lo cual tomó el camino de menor resistencia, es decir, verterlo sobre su cabeza. Kokuyou se sacudió como un perro mojado.

“Ah, sí... El viejo me dijo que era alrededor de este pantano donde dicen que se llevan a los niños.” Dijo Kokuyou.

“Vaya.” Dijo Chou-u, con cara de disgusto. No se sabía cuánta gente había enterrada en el fango.

Maomao miró el puente decadente. “Realmente no lo han cuidado.”

“El mantenimiento cuesta dinero. Supongo que hay algo en la composición del barro de aquí que hace más daño que el agua ordinaria.”

Puede que el pantano no fuese uno sin fondo, estrictamente hablando, pero sin duda era más profundo de lo que Kokuyou medía.

Reemplazar los cimientos con regularidad habría sido todo un problema. Se podían ver elementos de los cimientos que se extendían mucho más allá del pantano, lo que implicaba que el pantano había ocupado en otro tiempo toda esa zona.

Alrededor del santuario de la pequeña isla crecía una panoplia de plantas silvestres. Eran brillantes y coloridas, lo que sugería que podían ser flores, pero era difícil saberlo desde esta distancia; lo único cierto era que era un color que rara vez se veía en esta zona. Los pájaros sobrevolaban la zona con bastante frecuencia; tal vez las semillas habían llegado hasta aquí en alguna caca.

“Muy bien, vayamos al grano.” Dijo Kokuyou, sonando enérgico a pesar de estar todavía manchado de barro en algunas partes. De repente llevaba un sombrero de junco. (¿De dónde lo había sacado?)

El campo estaba erizado de maleza; Maomao estaba a punto de decir exactamente lo que pensaba de aquello, pero Chou-u se le adelantó: “¡Ugh!” Exclamó, con los hombros caídos. Después de aquello, Maomao se sintió incapaz de decir nada. En lugar de eso, se dedicó obedientemente a escardar, con los ojos bien abiertos por si había alguna semilla de tabaco. Pero no había ninguna.

Viejo astuto bastardo, pensó, decidida a asegurarse de arrancarle algunas semillas antes de irse a casa.

Kokuyou tarareaba alegremente mientras realizaba su trabajo, y Maomao se sintió obligada a ayudar. Chou-u, que parecía no tener

intención de ayudar, se dedicó a recoger guijarros y a dibujar en la tierra.

Durante un rato, se concentraron en su trabajo. La humedad era alta en el pantano. El suelo fangoso parecía rico en nutrientes, pero por la misma razón, harían que las raíces se pudrieran a toda prisa. Eso podría haber explicado la pizca de arena mezclada en el suelo del campo. Por suerte, las malas hierbas eran fáciles de arrancar.

“Eh, ¿lo sabías?” Dijo Kokuyou. Había dejado de tararear, pero casi parecía que hablaba solo.

“¿Qué?” Dijo Maomao.

“Sobre las doncellas del santuario que solían tener en este pueblo.”

Maomao le miró perpleja. ¿Cómo iba a saber algo de eso?

“El abuelo me dijo que su trabajo era aplacar al gran espíritu de la serpiente. Pero las doncellas eran originalmente esclavas.”

Maomao no dijo nada. Chou-u seguía dibujando, ajeno a su conversación. Kokuyou continuó, susurrando para que sólo Maomao pudiera oírlo: “Supongo que el río solía desbordarse mucho por aquí. Hasta que desarrollaron el control de inundaciones, los campos se inundaban todos los años. A veces incluso las casas quedaban bajo el agua.”

¿Qué hacía la gente antiguamente cuando se veía impotente ante catástrofes naturales? Se dedicaban a comportamientos sin sentido.

“Se dice que compraban esclavos para usarlos como sacrificios. Eso era cuando había dinero de sobra, claro; cuando no, probablemente elegían a alguna pobre aldeana.”

Así que “doncella de santuario” era sólo un epíteto agradable para un sacrificio humano.

“Pero entonces...”

Un día, apareció una doncella poseedora de poderes espirituales. Se decía que incluso bailaba sobre el agua a la vista de todos los aldeanos.

El “abuelo” se ha abierto de verdad con este tipo, pensó Maomao. Todas estas historias eran nuevas para ella. El anciano debía de estar al tanto de estas tradiciones debido a la relación de su familia con las doncellas del santuario. Parecía extraño que, al mismo tiempo, también estuviera emparentado lejanamente con el jefe de la aldea.

“Supongo que eso significaba que si *no* poseías esos poderes, podías esperar ser sacrificado tarde o temprano.” Dijo Kokuyou. Que te sacrificaran al dios de esto o al señor de aquello probablemente no importaba mucho a la persona que sufría el ritual. “¡Pero justo cuando pensaba que había escapado, la envían al palacio posterior!”

Por lo tanto, fue dada no al dueño del lago, sino al dueño de la tierra.

No me extraña que no quisiera volver. Maomao comprendía ahora por qué la joven no había regresado nunca, como le había dicho el anciano. ¿Quién podía culparla si, en efecto, sentía cierta rabia hacia su ciudad natal?

Maomao miró distante el agua. La superficie ondulaba, pero a juzgar por el estado de Kokuyou después de caer, allí abajo había sobre todo barro. Recogió un palo que había cerca y lo clavó en el agua. Una vez hundido en el fango, era difícil sacarlo.

“Menos pantano y más ciénaga. Puede que las medidas contra las inundaciones hayan dispersado el agua que fluía hacia ella, pero quizá la reducción de la marisma la haya vuelto más fangosa.” Dijo Maomao. Se levantó de donde estaba agachada. “¿Sabes cuándo empezó a reducirse la marisma?”

“Supongo que no. Podrías preguntarle al abuelo.” Dijo Kokuyou.

Maomao se rascó la barbilla y removió el barro lo mejor que pudo. De repente, descubrió que Chou-u estaba a su lado, también removiendo. “¿Se te ha caído algo?” Le preguntó.

“No.” Dijo Maomao.

En esta época del año llueve mucho, y probablemente el nivel del agua aún no haya alcanzado su punto máximo. Eso significaba que el pantano estaría aún más fangoso durante la estación seca.

De repente, Maomao se puso en pie de un salto.

“¿Qué pasa, Pecas?” Preguntó Chou-u mirándola, pero ella le ignoró y salió corriendo. “¡Hey, Pecas!”

“¿Eh? ¿Qué está pasando?” Preguntó Kokuyou. Maomao no le contestó; se dirigió hacia la cabaña donde vivía el anciano. No quería

quedarse charlando con los dos, estaba desesperada por poner a prueba la idea que se le había ocurrido lo antes posible.

Mientras corría, una sonrisa apareció en el rostro de Maomao.

“En serio, ¿de dónde ha salido eso? ¿Qué se cree que está haciendo?” Chou-u refunfuñó, pero de igual forma él y Kokuyou le siguieron. Chou-u debió de cansarse de correr a medio camino, porque cuando llegaron a la choza, Kokuyou lo llevaba a cuestas.

Maomao subió las escaleras y llamó a la puerta. Apenas abrió el anciano, ella estalló: “¡Dame semillas de tabaco!”

El abuelo sorbía unos fideos, casi como si se estuviera comiendo su propia barba. “¿Por eso estás aquí? Si no había semillas en el campo, mala suerte.” Empezó a masticar ruidosamente su bocado de fideos.

Maomao esperaba algo así, pero tuvo una idea. “¿Y si te dijera que puedo identificar al famoso chamán?” Susurró.

El hombre dejó de masticar y dejó los palillos. “Kokuyou, ven aquí. Toma esto y ve a entretener al niño.” Sacó una pelota de la estantería y se la lanzó a Kokuyou, que no logró atraparla y tuvo que salir corriendo tras ella, con Chou-u trotando tras él.

Con los intrusos fuera, el anciano indicó a Maomao que se sentara. Se sentó en una silla y miró por la ventana hacia el pantano. “Déjame aventurar una conjetura: cuando apareció este chamán, era la época del año en que el nivel del agua estaba bajando.”

El pintor había visto a la mujer de cabello blanco y ojos rojos hacía unos seis meses, más o menos; sería la estación de las pocas lluvias. Menos agua en el pantano significaría más ciénaga.

“Así es.” Dijo el abuelo.

“Y la doncella del santuario bailaba más o menos en la misma época del año, ¿me equivoco?”

“No veo qué tiene que ver eso.”

Maomao se humedeció el dedo en la jarra de agua y empezó a dibujar un mapa sobre la mesa: un círculo que representaba el lago, al que añadió la isleta y el puente. Al abuelo le debió de resultar difícil ver el mapa de agua, porque le ofreció un pincel y papel. Materiales toscos, pero aun así más fáciles de ver. Maomao empezó a escribir.

Señaló la orilla más cercana a la isla, el punto más alejado del río que desembocaba en la marisma. “¿Era más o menos allí donde se realizaba la danza de la lluvia?”

“Sí, así es.” Dijo el anciano. El lugar podía verse desde la ventana de la cabaña en la que estaban ahora.

“Esta doncella del santuario o chamán o lo que fuera invocó la bendición del gran dios serpiente y atravesó el agua. ¿Y si te dijera que yo puedo hacer lo mismo?” Preguntó Maomao.

El anciano entrecerró los ojos, claramente escéptico. “Ya basta de tonterías por tu parte. Si me permites decirlo, no creo que tengas la figura para atraer al dios serpiente.”

“En serio, viejo, no sabía que fueras un creyente tan devoto.” Sus miradas se cruzaron. Maomao sonrió, tratando de provocarle. Si estaba en lo cierto, este anciano sabía algo, algo que no le estaba contando.

Era casi como si pudiera leerle la mente. “Luomen nunca basaría su razonamiento en una suposición tan vaga.” Dijo.

“Precisamente por eso quiero investigar el pantano: para corroborar esa suposición.”

El abuelo la fulminó con la mirada, pero se levantó como invitándola a seguirle. “No te gusta tener un poco de misterio en la vida, ¿verdad? No es que me guste hablar. Lo que hay que hacer en un momento así es creer que los inmortales y las doncellas de santuario existen de verdad.” El anciano estuvo a punto de escupir las palabras, pero entonces llamó a la pareja que jugaba con la pelota fuera: “¡Vayan a comprar algo que sirva para cenar!”

Le dio a Kokuyou algo de cambio. Evidentemente, no creía que la pelota les distrajera lo suficiente. “Escucha, muchacho; a este idiota siempre le están timando. Perdona, pero ¿crees que podrías ir con él y echarle un ojo?”

“¡Claro! ¡Déjame a mí!” Dijo Chou-u, y se fue de nuevo tras Kokuyou. Maomao y el viejo médico se quedaron dónde estaban hasta que los otros dos se perdieron de vista.

Entonces el médico dijo: “Vamos.”

La llevó a una zona del pantano que había sido vallada. En la superficie del agua crecían plantas flotantes. Maomao frunció el ceño ante el suelo pantanoso, se quitó los zapatos y se levantó la falda mientras avanzaban. El abuelo, por su parte, se subió las perneras de los pantalones.

El agua estaba oscura y turbia.

“La doncella del santuario caminó desde aquí hasta la isla. Si tú puedes hacer lo mismo, te diré lo que quieras saber.” Luego bajó la voz a un susurro amenazador y dijo: “Antes de la doncella del santuario, a las jóvenes que traían aquí las llamaban sacrificios, y las ahogaban en este pantano. Las ataban a pesos y las hundían vivas en las profundidades insondables. Mi bisabuela me contó cómo intentaba taparse los oídos mientras las chicas lloraban y sollozaban por última vez, cada intento de lucha las arrastraba más cerca de su perdición. No hay garantías de que no acabes igual.”

Puede que fuera una costumbre venerada, pero también debió de ser un espectáculo aterrador para los aldeanos que lo presenciaron. Y entonces sintieron remordimiento por lo que habían hecho y pidieron perdón, aunque a esas alturas ya no significaba nada.

Alrededor del pantano se erguían pilares de piedra, contruidos con rocas de tamaño similar apiladas unas sobre otras, con la mayor de todas en lo alto. Cairns de algún tipo, tal vez.

“Entonces, ¿exactamente cómo cruzó la doncella el pantano?” Preguntó el anciano.

Maomao sacó una cuerda que había traído de casa y un par de tablas de madera. “¿Te parece bien si me las prestas?”

“Como quieras.”

“Gracias.”

Hizo tres agujeros en cada tabla y pasó la cuerda a través de ellos para crear lo que parecían unas toscas sandalias. No eran muy impresionantes, pero se las puso, pensando que *unas sandalias de arroz serían perfectas en este momento*. Pero desearlo no la llevaría a ninguna parte.

El anciano la observaba ahora con curiosidad, pero por el momento ella guardó silencio. Se arremangó la túnica para que no tocara el suelo y se rodeó el cuerpo con una cuerda, atando el otro extremo a uno de los pilares de piedra. Entonces empezó.

“Hey, ¿qué estás haciendo?” Preguntó el abuelo.

“Sustentar.”

Maomao metió un pie en el pantano, o mejor dicho, casi dio una patada contra él, y el impacto hizo que su pie rebotara. El anciano se sobresaltó, pero Maomao ya estaba dando el siguiente paso, pateando con fuerza. Lo hizo una y otra vez, abriéndose paso por el pantano.

En efecto, caminaba sobre el agua. No era exactamente como Kokuyou había sugerido, pero daba cada paso antes de que su pie pudiera hundirse y luego repetía el proceso. Era suficiente para mantenerse en la superficie.

“¿Qué te parece? Puedo caminar sobre el agua.” Maomao sonrió, llena de confianza.

El viejo se tocó la barba, asombrado. “Eso es algo especial, lo reconozco.” Recogió un palo largo que había cerca, dio un paso hacia el pantano y lo sumergió en el agua. Se oyó un sonido duro y agudo. “Pero no hace falta tanto trabajo. Hay más de esos mojones en el pantano.” Volvió a golpear el gran pilar de piedra.

“¿Qué?” Dijo Maomao, atónita. Asombrada, dejó de mover los pies, que enseguida se hundieron en la ciénaga. El abuelo tuvo que sacarla de allí.

“¿Cómo lo has hecho?” Preguntó el abuelo a Maomao, cubierta de barro, después de sacarla.

Maomao se quitó los “zapatos” y miró al pantano, cansada. “Cuando tienes algo que no es del todo líquido ni del todo sólido, tiene unas propiedades especiales.” Dijo. La demostración habría sido más fácil si hubiera tenido a mano fécula de patata. Mezclada con agua en una proporción determinada, se podía tomar con la mano, pero enseguida se escurría entre los dedos.

Este pantano era muy parecido. Por eso Maomao había preguntado al abuelo qué época del año había sido cuando la doncella bailó sobre el agua. Y Maomao se había puesto su calzado improvisado porque había juzgado que había demasiada agua como para hacer otra cosa.

Se había imaginado que alguno de los “sacrificados” se había dado cuenta de que cuando el pantano se encogía y cambiaba la proporción de barro y agua, se podía caminar sobre él. Pero no había acertado del todo.

“¿Un truco como este? No es muy justo.” Dijo.

“Los pilares de piedra hundidos en el pantano son lápidas para los sacrificios de los muertos.” Respondió el anciano con firmeza. Estaban enterrados de tal forma que, incluso en la estación seca, no eran visibles. Eran diez, o quizá un poco más, calculando el número de mujeres que se habían ahogado.

“Hace mucho tiempo, cuando se decidió el momento del próximo sacrificio, el hijo del jefe de la aldea le habló a la desafortunada muchacha de las lápidas.” Entonces fue la joven la que tuvo al «señor del lago» de su parte, y se convirtió en la doncella del santuario. “De eso hace ya más de cincuenta años.”

Evidentemente, el anterior jefe de la aldea no conocía las piedras. A Maomao le pareció que el único que las conocía era este hombre. Maomao le miró con rabia: él lo sabía y se lo había callado. ¿Por qué iba a hacerlo, si no era porque se sentía culpable?

“¿Era la chamán una mujer de cabello blanco?” Maomao volvió a preguntar.

Pero de nuevo, el viejo negó con la cabeza. “No he tenido a nadie así por aquí.” Sin embargo, tenía algo más que añadir. Comenzó a

hablar, contándole a Maomao cómo por pura casualidad, en la capital, se había encontrado con la antigua doncella del santuario que había sido enviada al palacio posterior. Ya había tenido una nieta.

La antigua doncella del santuario le había preguntado cuál era el estado actual del gran dios serpiente. El médico le explicó que, incluso sin una doncella de santuario, las mejoras en la tecnología de control de inundaciones significaban que el río y el pantano ya no se desbordaban. El dios serpiente se convirtió en una simple superstición, su santuario se arruinó y ya nadie lo visitaba.

“No puedo evitar pensar que quizá hubiera sido mejor que le dijera que el santuario iba bien, que gracias a la gran serpiente estábamos a salvo de las inundaciones. Aunque no fuera cierto.” Dijo.

La antigua doncella del santuario se había quedado incrédula ante lo que le había contado el anciano. Era como si todas las doncellas de santuario que habían bajado a las profundidades hubieran muerto en vano. Aquel pensamiento enfureció a la mujer.

“No mucho después, ella y su nieta llegaron a la aldea. La antigua doncella del santuario dijo que servía a un nuevo dios serpiente, y fue entonces cuando hizo que su nieta cruzara el pantano.”

¿Un nuevo dios serpiente? Maomao pensó en las cuerdas sagradas blancas, en la deidad serpiente y en la mujer de cabello blanco que había visto el pintor. Tomó la pértiga y se sumergió en el pantano, buscando los mojones mientras se abría camino hacia la pequeña isla.

El anciano tenía razón; este era un método más fiable que el que había probado Maomao. Mientras sus pies estuvieran firmes, podría lograrlo.

Saltó hacia la isla. Era el hogar del santuario en ruinas, de hierbas silvestres rampantes y de flores con pequeños pétalos rojos que soplaban al viento. Estas flores no vivían mucho tiempo; algunos de los pétalos ya se estaban cayendo, dejando tras de sí plantas calvas. ¿Habían sido plantadas aquí o algunas semillas habían caído por casualidad en la zona? Lo único que Maomao sabía era que las plantas no debían estar aquí.

“¿Amapolas?” Oyó decir al anciano y, por su tono, se dio cuenta de que era la primera vez que las descubría. Quizá no había estado antes en la isla, aunque sabía cómo llegar.

“¿Puedo hacerte otra pregunta?” Dijo Maomao.

“Adelante. Ahora te diré lo que sea.”

“¿Cómo es que sabes lo de las lápidas?”

El abuelo sonrió. “Sabes que estoy emparentado con las doncellas del santuario, lo que significa que soy hijo de una esclava. No es raro que los poderosos de un pueblo se *involucren* con los esclavos.”

Había dicho que fue el hijo del jefe de la aldea quien le contó a la antigua doncella del santuario la existencia de los pilares funerarios. Eso parecía implicar que el jefe había conseguido una esclava con un hijo, y que ese hijo era el viejo.

“Cuando el jefe se cansaba de esta esclava, se la pasaba al siguiente aldeano, hasta que finalmente, cuando amenazaba el hambre, se la utilizaba como sacrificio.”

Para que hubiera lápidas, tenía que haber alguien que las colocara, que cortara la roca y apilara piedra sobre piedra durante años. Por no hablar de transportar las piedras hasta su lugar de emplazamiento, entre las demás lápidas ya colocadas.

“Este marcador justo delante de la isla es el último. Salvó a mi hermana pequeña de morir ahogada...” Dijo el médico.

En lugar de eso, la habían enviado al palacio posterior. No era la hija del jefe de la aldea la que se había ido, sino el vástago de la esclava y de quienquiera que la hubiera “traspasado”. Cuando la chica regresó décadas después, descubrió que los aldeanos que habían asesinado a su madre y utilizado su propia vida para sus fines se habían olvidado por completo de la deidad local y de las mujeres que habían sido sacrificadas como doncellas de santuario antes que ella.

Maomao miró las hojas de tabaco de la orilla lejana. “¿Las conseguiste, por casualidad, de la antigua doncella del santuario?”

“En efecto. Pero no las semillas de amapola. Me dio el tabaco como una especie de recuerdo, pidiéndome dos favores a cambio.”

“¿Y también me hablarás de esos?”

“Sí, ya es hora de que se lo diga a alguien. El nivel del agua sigue alto, así que permanecen ocultas, pero cuando llegue el otoño,

asomarán las lápidas. Pude mantener a todos alejados del sendero hasta el año pasado, pero ya no creo que pueda lograrlo.”

El chamán se revelaría como un fraude.

“El primer favor fue este: que me quedara callado, aun sabiendo lo que sabía.”

Los mandamientos contra los aldeanos que matan serpientes o pájaros eran probablemente una pequeña forma de venganza de la chamán. Este anciano podría objetar sus métodos, pero eligió mirar hacia otro lado.

“El otro...” El anciano médico miró su choza de zancos. “El otro era que le diera libre uso de mi palomar.”

“¿Palomar? ¿Para qué demonios quería eso?” Preguntó Maomao, ladeando la cabeza confundida. Ahora que lo pensaba, también había oído arrullar palomas en el pueblo. ¿Tenían pájaros en libertad?

“No mates pájaros voladores”...

Comparada con la regla sobre las serpientes, esta advertencia parecía casi una ocurrencia tardía.

Maomao volvió a cruzar las lápidas en dirección a la cabaña. Varias veces estuvo a punto de patinar en la resbaladiza piedra, pero tenía prisa por llegar al palomar.

Al acercarse, sintió un pinchazo en la nariz al percibir su olor característico. Dentro había varias docenas de pájaros de plumas verde

oscuro. Aletearon excitados, sorprendidos por la repentina llegada de Maomao, pero ella ignoró su reacción. En lugar de eso, los agarró uno por uno revisándolos.

“¡Hey! ¡Deja en paz a los pobres pájaros!” Espetó el abuelo. Así que pensaba en ellos como algo más que comida, pero en ese momento eso también era irrelevante para Maomao. Por fin encontró lo que buscaba. Agarró a un pájaro por la espalda y le dio la vuelta, arrancándole lo que tenía atado a la pata: un trozo de cuerda blanca retorcida. Estaba sucio en algunas partes; supuso que se había ensuciado mientras el animal estaba fuera.

Maomao salió del palomar y deshizo el cordel. Resultó ser una sola pieza de tela, bordada con caracteres que realmente parecían una serpiente garabateada.

Sé que los he visto antes, pensó Maomao. Se parecían mucho a los bordados de la capa de rata de fuego que había visto en la tienda de ropa usada. Si sabías lo que estabas viendo, te dabas cuenta de que no se trataba de un patrón aleatorio, sino de un código basado en caracteres de los confines occidentales.

Maomao recordó a la adivina de la capital occidental, que había utilizado una pluma de paloma en lugar de un pincel para escribir. Hacía tiempo que Maomao se preguntaba por qué la Dama Blanca parecía estar en todas partes del país. ¿Seguro que la joven no podía viajar tanto? Su aspecto albino podía hacerla parecer extraña, pero en realidad no podía usar magia como se decía que hacían los inmortales.

Prácticamente lo contrario: con una piel tan sensible a la luz del sol, no podría pasar mucho tiempo al aire libre en regiones luminosas.

Así que no sería la propia Dama Blanca quien se desplazara; Maomao supuso que en su lugar dirigía a los confederados. El problema de esa hipótesis era la información: para liberar al león de su jaula o ponerse en contacto con la hermanastra de la Consorte Lishu, la Dama Blanca necesitaría una forma de intercambiar información rápidamente entre la capital occidental y la capital imperial en la región central. Incluso el caballo más rápido tardaría más de diez días en llegar al oeste desde la capital, y volver llevaría casi el mismo tiempo, aunque se fuera en barco.

¿Cómo había resuelto ese enigma? Estas palomas.

“Oye, abuelo, ¿la antigua doncella del santuario en persona viene a visitar el palomar?”

“Su nieta sí. Se llevó unas cuantas, dijo que iba a usarlas para una maldición o algo así.”

“¿No te vas a quedar sin palomas en algún momento?”

“No, vuelven a este gallinero cuando las suelto. A menos que un animal —o un humano— las atrape primero.”

En otras palabras, podía comunicarse aprovechando la aptitud de estas palomas. Maomao cerró los ojos, pensó un segundo en lo que debía hacer y luego miró al anciano. Era posible que la antigua

doncella del santuario y su nieta sufrieran algún daño. Parecían estar relacionadas con la Dama Blanca.

Maomao chasqueó la lengua. “¿Quieres trabajar conmigo esta vez, abuelo?”

“¿Qué? ¿De qué estás hablando?”

Maomao no carecía por completo de decencia. Podía ir directamente a Jinshi sin decir ni una palabra más al anciano, pero prefirió no hacerlo. En lugar de eso, empezó a negociar, tanteando hasta dónde llegaría él, en qué punto intermedio se reuniría con ella.

Capítulo 12:

Las Pruebas de la Consorte Lishu

Jinshi recibió una carta de Maomao al día siguiente de su encuentro informal con la mensajera del oeste: *Encontré una pista sobre la Dama Blanca en un pueblo llamado Lago Dorado*. Era de lo más conveniente para él... o quizá de lo más inconveniente.

La “mensajera del oeste” era una de las emisarias de Shaoh que habían visitado Li el año anterior, una mujer llamada Aylin. Ella y su compañera se parecían tanto que podrían haber sido gemelas, pero la otra mujer, Ayla... bueno, las cosas resultaron complicadas.

La última vez que la visitó, Ayla llevaba una cinta roja en el cabello y Aylin una azul; esta vez, toda la vestimenta de Aylin era azul. Debido a la naturaleza encubierta de su misión, no llevaba nada llamativo, sino un *quju shenyi*, una túnica con dobladillo curvado que era bastante común en Li.

En realidad, no era alguien con quien Jinshi debiera haberse encontrado *demasiado* personalmente. La última vez que lo había visto, iba vestido de mujer y ella, avergonzada, lo había tomado por el espíritu lunar.

Además, estaba ocupado. Se preguntó de qué hablaría en ese momento, bajo la guía de quién estaba; pero resultó ser de Lahan.

Jinshi había pensado que parecía estar tramando algo en la capital occidental, pero estaba seguro de que Lahan no estaría haciendo nada sospechoso, y había dejado pasar el asunto. No es que confiara tanto en Lahan como que comprendía la psicología del otro hombre. Lahan tenía una especie de fijación con los “números bellos” y los “números no bellos” y, aunque Jinshi no podía afirmar que lo entendiera del todo, dedujo que Lahan no haría nada que violara sus normas de “belleza”.

Jinshi se había esperado más o menos la mitad de lo que le dijo Aylin; la otra mitad había sido inesperada, pero nada de ello era completamente irrazonable. Lahan ya estaba al tanto de los dos puntos que había planteado Aylin, y no había mostrado ninguna reacción en particular.

Una cosa que dijo hizo que a Jinshi le doliera la cabeza: exportación de alimentos o asilo político.

Lahan ya había hablado con Jinshi sobre la exportación de un tubérculo llamado batata. Era un cultivo prometedor, que podía cultivarse incluso en suelos pobres y daba una cosecha varias veces superior a la del arroz. El hecho de que Lahan acudiera a él con semejante idea nada más regresar a la capital le recordó una vez más que el Clan La no era nada despreciable.

El resultado fue que Jinshi había pasado las dos semanas transcurridas desde su regreso trabajando prácticamente sin dormir. Ponerse al día ya era bastante malo, pero ahora había que hacer aún más. Sus preocupaciones en el palacio posterior tampoco habían

terminado: había surgido otra situación que le provocaba quebraderos de cabeza.

Tendría que encontrar una forma de justificar las exportaciones a Shaoh ante la burocracia, y era poco probable que alegando que eran una protección contra la plaga de insectos lo consiguiera. Las diversas medidas que Jinshi ya había tomado contra la plaga le habían parecido suficientes. Cualquier medida preventiva que tomaran los miembros de la burocracia sería para adelantarse a una catástrofe que preveían que caería sobre sus propias cabezas. No querían tener más trabajo por culpa de una ansiedad infundada.

Esa era la realidad, así que Jinshi había ideado un pretexto: los trabajos forzados a los que serían sometidos los criminales capturados durante la rebelión del Clan Shi serían labores agrícolas. Nadie se opondría a la apertura de nuevas tierras con ese fin. Y cuando se trataba de tierras, había muchas en el antiguo dominio del Clan Shi en Shihoku-shu. Una vez roto el dominio de los Shi sobre la región, las negociaciones serían más fáciles que antes. Y había muchos antiguos granjeros entre los criminales. Sus medios de vida habrían vuelto a ser los mismos que antes de que el clan los contratara, e incluso podrían ser un poco más difíciles que antes.

Jinshi ni siquiera tendría que poner en marcha el plan personalmente; tenía a alguien que se ocuparía de las cosas en su nombre. Concretamente, un alto funcionario encargado de Shihoku-shu tras la destrucción del Clan Shi. Alguien que, de hecho, había

nacido y crecido en la zona, y se había abierto camino como funcionario regional. Habían sufrido hambrunas en el pasado, y cuando Jinshi había explicado cómo el cultivo de batatas evitaría más hambrunas en el futuro, su caso había sido escuchado con entusiasmo.

Cualquier personal necesario podía ser reclutado en Shihoku-shu. Había una gran cantidad de terceros hijos de granjeros, hombres que no tenían derecho a ningún campo. Si el palacio posterior podía considerarse servicio público bajo la emperatriz regente, esto también podía serlo.

Hasta ahí había llegado la planificación de Jinshi: era bastante capaz, pero no era un genio. Aún quedaban cosas por pulir en la idea, pero dejaría los detalles en manos de quienes la llevaran a cabo. Habría presión, sí, pero tendrían que estar a la altura de las circunstancias. A Jinshi no le gustaba delegar, pero tenía otras cosas que hacer. Siempre estaba un poco sobrecargado de trabajo, pero le gustaba pensar que tenía una idea del alcance de sus obligaciones.

Jinshi carecía de muchos subordinados verdaderamente dignos de confianza, pero tenía unos cuantos. Cada uno tenía sus puntos fuertes, sus funciones más adecuadas. Levantó su taza mientras pensaba qué haría con esta carta. Su siempre atenta dama, Suiren, vio que la taza estaba vacía, y con un “Hay que ver”, le sirvió más zumo.

Jinshi la observó y, espontáneamente, decidió enseñarle la carta de Maomao. “¿Tenemos a alguien disponible ahora mismo?” Preguntó.

“Sí, varios que acaban de volver.”

“Entonces elige a alguien adecuado.”

“Está bien.” Suiren se llevó la mano a la mejilla, pensando. “¿Por qué no probamos con alguien nuevo? Debería ser interesante.”

“¿Estás segura de que es seguro?” Preguntó Jinshi, inquieto.

Suiren, sin embargo, siguió sonriendo ampliamente. “¿Me he equivocado en algún momento?”

Jinshi sólo pudo esbozar una sonrisa de pesar en respuesta a esta muestra de confianza. Suiren había atendido en una ocasión a la Emperatriz Viuda en persona, y ni siquiera Maomao había podido con ella. Suiren era una de las personas que habían ayudado a velar por la seguridad de la Emperatriz Viuda en ese antro de iniquidad que era el palacio posterior: la Emperatriz Viuda, que se había quedado embarazada del actual Emperador cuando apenas tenía más de diez años. Jinshi estaba convencido de que el hecho de que Suiren hubiera sido asignada para atenderle era una muestra de preocupación maternal por parte de la Emperatriz Viuda.

“Si aún no me crees, déjame contarte un pequeño secreto.” Dijo Suiren, y luego susurró al oído de Jinshi.

Sus ojos se abrieron de par en par. “¿Eso es cierto?”

“Sí. Estaba administrando un poco de castigo cuando descubrí algo...”

El “secreto” de Suiren no tenía nada que ver con el trabajo de Jinshi, pero era una información muy útil para él personalmente. Sin embargo,

se preguntó: ¿qué era ese castigo del que hablaba? Decidió que, por el momento, era mejor no hacer preguntas.

“Estoy segura de que le gustaría salir victorioso de vez en cuando, Joven Amo.” Dijo Suiren, con un gesto aniñado y encantador a pesar de sus años. Sin embargo, en cuanto Jinshi se dio cuenta de ello, volvió a ser una dama de compañía capaz y refinada. “Me ocuparé de ello inmediatamente.” Hizo una reverencia y salió de la habitación sin siquiera pisar.

Jinshi sabía que Suiren se ocuparía de todo. Él podría centrarse en otro trabajo.

Como por ejemplo el otro problema que le trajo la Enviada Especial Aylin. Algo que parecía ser noticia incluso para Lahan. Jinshi no había querido oírlo; habría preferido taparse los oídos. Fue suficiente para amenazar con destrozar su impenetrable sonrisa.

¿Qué tipo de problema era? Tenía que ver con la Dama Blanca.

Y por ello, perdería otra oportunidad de visitar la botica del distrito del placer.



“La Dama Blanca ha sido detenida.”

Fue informada dos días después de los acontecimientos en el pueblo y su pantano. Teniendo en cuenta que su carta habría tardado un día en llegar, las cosas habían sucedido tan rápido como era humanamente posible.

Fue Basen quien trajo el mensaje, y Ukyou quien llevó a Basen a la tienda cuando había visto al joven de pie, incómodo, en el vestíbulo de la Casa Verdigris. Basen se había relajado visiblemente cuando Maomao le había dicho que su hermana Pairin estaba con alguien ese día y no se encontraba.

La tienda era bastante estrecha, así que Maomao pidió a la madame que les preparara una habitación. El burdel tenía muchas habitaciones que eran excelentes para conversaciones privadas, pero sólo suponiendo que Chou-u no las encontrara. Ese mocoso tan curioso se metía directamente en cualquier conversación. Por suerte, Ukyou se ofreció voluntario para distraerlo.

Maomao tomó un sorbo del té que les habían servido. “¿Eso es cierto?”

“Esperaba más entusiasmo.” Dijo Basen.

“Le aseguro que estoy bastante sorprendida.”

Basen, al parecer, aún no estaba acostumbrado a leer las expresiones de Maomao. Sin duda, Jinshi o Gaoshun habrían notado el leve arrugamiento de su ceño.

Tras descubrir que la Dama Blanca utilizaba palomas para facilitar su red de información, rápidamente habían vuelto el montaje contra ella. Maomao había supuesto que podrían leer una de las cartas, atrapar a la persona que viniera a buscarla y probablemente aprender algo, pero nunca había imaginado que fuera tan fácil.

Lo que realmente marcó la diferencia fue que pudo conseguir ayuda.

Con esa ayuda, Maomao había acudido al anciano que adoraba a la gran serpiente. Creía que tenía en mente los intereses de su hermana, un tanto tramposa, y de su nieta, y sabía que de un modo u otro, en mayor o menor medida, estaban relacionadas con la Dama Blanca. El hombre podía permanecer callado, pero eso no salvaría a las mujeres del castigo. Así que, le instó Maomao, debía desertar. (Llámalo chantaje si es necesario).

“Vigilamos el palomar y, cuando detuvimos a la persona que lo visitaba, nos condujo al chalet de un burócrata en particular.” Dijo Basen.

Habían preguntado a la hermana menor del anciano y a su nieta si podían identificar al funcionario en cuestión, y las mujeres dijeron que lo conocían; también identificaron a varios otros burócratas amigos de este hombre. Resultó que uno de ellos albergaba a la Dama Blanca.

“Un poco anticlimático. Aunque no puedo evitar preguntarme: ¿por qué alguien iría tan lejos para protegerla?” Dijo Maomao.

“Los burócratas eran fumadores apasionados de cannabis, y en la casa también se encontraron restos de lo que se cree que es opio.”

“Ah.” Pero claro: una vez que alguien se enganchaba a los estupefacientes, era capaz de hacer cualquier cosa para conseguirlos. Sacar una droga así de tu vida también requería una determinación

considerable. “Eso demuestra que no se debe jugar con drogas peligrosas, supongo.”

“¡Mira quien habla!” Dijo Basen. Ella ignoró su mirada profundamente dubitativa y se puso a pensar en la medicina que prepararía hoy. Basen había venido presumiblemente sólo para contarle lo que había pasado, así que su asunto había terminado. Su mano ya estaba mejor; le habían quitado el vendaje. En realidad, Maomao no estaba segura de por qué no podían haberle enviado una carta, o al menos algún otro mensajero. No había razón para que Basen viniera aquí y se aterrorizara con las cortesanas.

Sin embargo, a pesar de haber entregado su mensaje, Basen no dio muestras de levantarse para marcharse. En lugar de eso, seguía mirando a Maomao, con la boca casi abierta y luego cerrada.

Al final preguntó: “¿Pasa algo, señor?”

“Ejem. No, yo...”

Maomao sentía curiosidad, pero no quería involucrarse. Fuera lo que fuera, probablemente significaba problemas, y lo que era peor, probablemente significaba Jinshi. Sí, definitivamente era mejor mantenerse alejado.

No había visto a Jinshi desde que se separaron en la capital occidental. Su único contacto había sido la carta de ella sobre la Dama Blanca, a la que él había respondido de forma profesional.

Espero que haga como si no hubiera pasado nada. Eso sería lo más armonioso, en su opinión. Por desgracia, el mundo no era un lugar lo bastante decente como para darte armonía sólo porque tú lo quisieras.

Basen dejó por fin de mover la boca y la miró fijamente a los ojos, claramente decidido a decir lo que tenía que decir. “Tengo una pregunta para usted. Si a una mujer no le viene la regla, ¿es justo suponer que está embarazada?”

Maomao respondió en silencio, ¡nunca sabía lo que iba a decir aquel hombre! Basen frunció el ceño ante la mirada desdeñosa que ella le dirigió, pero su rostro enrojeció cada vez más. Francamente, Maomao no sabía qué pensar de una respuesta tan irremediabilmente virginal. ¿Quería saber cómo saber si una mujer estaba embarazada? ¿Podría ser que se hubiera enamorado de una chica mala que se hubiera aprovechado de él?

Supongo que podría verla, pensó. Basen siempre parecía quedarse un poco corto, en cuanto a hombría. Había infinidad de personas en el mundo que, bajo la influencia de un poco de más bebida, cometían un error nocturno. Y teniendo en cuenta el estatus de Basen, debía de haber muchas mujeres deseosas de compartir una copa con él.

Sabía que no podía tomarle el pelo; tenía que hablar en serio. “Amo Basen.” Comenzó. “Sé que puede sentirse engañado, pero un hombre de verdad se responsabiliza de sus actos.”

Basen la miró incrédulo.

“Si realmente es tu hijo, entonces tienes que hacer lo correcto. No es que esté bien que se haya aprovechado de ti, pero...”

“Espera. ¿De qué estás hablando?”

“La pobre chica que dejó embarazada, Amo Basen.”

“¡Yo no he dejado embarazada a nadie!” Basen golpeó el suelo con un puño, el impacto fue tan fuerte que hizo que Maomao sintiera como si fuera a salir despedida por los aires. Era su puño derecho: ¿no temía volver a lesionárselo?

“En ese caso, ¿por qué lo preguntas?”

“B-Bueno, es...” Su boca volvió a empezar a abrirse y cerrarse, pero consiguió inclinarse y susurrar al oído de Maomao: “Es sobre la Consorte Lishu.”

Maomao le miró, atónito. *No puede ser. No puede ser...*

Sí, parecía que había algo entre ellos; si pudiéramos ignorar sus respectivos puestos, Basen y Lishu podrían haber hecho una bonita...

Un momento. ¿Cuándo demonios habrán tenido tiempo?

Seguramente no había habido ni un momento libre. Pero Maomao apenas les había vigilado las veinticuatro horas del día, así que no podía estar segura. *Por otra parte*, ¿alguna vez habían tenido tiempo...? Intentó recordar.

Parecía confusa, a su manera. Mientras pensaba, rebuscó en su botiquín y sacó un paquete de algo que puso delante de Basen. “Es un

abortivo relativamente inocuo.” Dijo, algo que tenía a mano para las cortesanas.

“No estoy seguro de poder controlar mi fuerza, pero ¿puedo pegarte?” Preguntó Basen con una cortesía poco habitual en él. El toque de cortesía, de hecho, indicaba lo enfadado que estaba. Maomao sabía que nunca sobreviviría a un golpe de alguien con su absurda fuerza, y guardó la medicina con delicadeza.

Basen se aclaró la garganta, bebiendo un poco del té frío en un esfuerzo por bajar el rubor que le había subido a la cara, una combinación de frustración y vergüenza. “Ejem. Lo que quiero decir es que cierto augusto personaje se encuentra en una posición difícil.” Aparentemente desesperado por evitar el uso de un pronombre personal, recurrió a locuciones extremadamente tortuosas. “Cuando uno ha estado lejos de cierto lugar durante bastante tiempo, y luego regresa a este cierto lugar, está sujeto a las mismas restricciones que si entrara en él por primera vez.”

Cierto lugar era sin duda el palacio posterior.

“Ah, así que eso es lo que pasa.” Dijo Maomao, dándose palmadas en las rodillas.

Había estipulaciones a la hora de entrar en el palacio posterior: igual que se esperaba que los hombres fueran eunucos, había ciertas cosas que una mujer también tenía que hacer. Nada tan difícil como lo que se exigía a los hombres, pero lo último que querían era que una mujer entrara en el palacio posterior con un niño ya en el vientre. Así

pues, sólo se permitía la entrada a una mujer después de que se hubiera confirmado que estaba menstruando.

Había excepciones ocasionales de permisos temporales, pero solían ser para presentar los respetos a la familia del novio con motivo del matrimonio de la mujer: se registraba el nombre de su pareja para que, si se quedaba embarazada, supieran a quién culpar. La mayoría de las mujeres se marchaban antes de que naciera el niño.

Una mujer que llevaba casi dos meses fuera del palacio posterior, y además era una alta consorte, no podía esperar volver sin más. El problema de Lishu era que hacía más de un mes que había regresado de la capital occidental.

“¿Así que se le ha retrasado la regla?” Preguntó Maomao. Basen asintió miserablemente. “Bueno, la Consorte Lishu es joven, así que pueden ser irregulares, y si tenemos en cuenta el peaje que los viajes deben haberle pasado, no puede ser tan sorprendente que se retrase un poco.”

Eso, sin embargo, desde el punto de vista puramente sanitario. El hecho de que Basen hablara con ella y de que conociera esa información personal significaba que había algo más.

¿Qué podía ocurrirle a una mujer de la que se sospechaba que se había quedado embarazada fuera de los confines del palacio posterior, una de las más altas consortes de Su Majestad? Sobre todo cuando la razón por la que había abandonado el palacio posterior en esta ocasión era que podría ser entregada en matrimonio al hermano menor del

Emperador, Jinshi. Si Basen estaba al tanto de esta situación, era probable que Jinshi también lo estuviera.

Si esa chica no tuviera mala suerte, no tendría suerte en absoluto, pensó Maomao. Tenía que compadecerse de todas las tribulaciones a las que se había visto sometida Lishu, teniendo en cuenta que no eran culpa suya. Ya la acosaban y ridiculizaban; si la gente pensaba que estaba prometida a Jinshi, empezarían a llegarle miradas celosas.

¿Pero embarazada? La Consorte Lishu difícilmente parecía calificada para *quedar* embarazada. Ni siquiera había sido “visitada” por el Emperador. A la luz de lo cual, Maomao estaba empezando a pensar que ella vio lo que Basen estaba conduciendo.

“Quieres que pruebe que no pasó nada inapropiado con la Consorte Lishu.”

Eso hizo que Basen mostrara una indisimulada expresión de alivio. “¿Lo harás?”

“Lo haré. Aunque necesitaré poder ir al palacio, y no estoy segura de que me dejen entrar. Un médico tal vez, ¿pero una apotecaria cualquiera?”

“No te preocupes por eso. Ya he hablado con el jefe de la oficina médica. Y Sir Luomen también ha accedido amablemente a asistir.”

Eso facilitaba las cosas. Así que Basen ya lo tenía todo preparado cuando llegó. En cuanto a por qué Luomen estaba involucrado, era probable que Basen no confiara en el curandero para manejar esto, pero

sabía que no cualquier médico (varón) podía atender a la consorte. El padre adoptivo de Maomao era el compromiso perfecto.

Maomao estaba emocionada ante la perspectiva de volver a ver a su viejo: había pasado mucho tiempo. Se sentía mal por Lishu, pero ella personalmente estaba francamente feliz.

Basen, por el contrario, seguía con el semblante sombrío. Tal vez debería haber seguido hablando con él, pero en aquel momento no estaba pensando mucho en ello.

Al día siguiente, llegó un mensajero de palacio. Maomao dejó a Sazen a cargo de la tienda, como de costumbre.

“¡Por favor, no tardes!” Dijo. ¿Qué era, su perro mascota? Siempre estaba así. Maomao se había asegurado de que Chou-u fuese de compras con Ukyou antes de marcharse, y se alegró de haberlo hecho. Había hablado con la madame, e incluso esta comprendió que el chico no podía ir con ella a palacio.

Chou-u podría haberse ido, pero la gata Maomao la acarició con el hocico insistentemente, hasta que la sujetó por el cuello y la puso sobre la cabeza de Sazen.

“Hey, tengo calor...” Dijo, pero no parecía especialmente descontento mientras saboreaba el blanco pelaje del vientre del gato contra su cara.

Al parecer, una de las ventajas de estas salidas era que consideraban que debía estar presentable, por lo que le regalaban ropa nueva cada vez que la llamaban para estos recados. Nunca las devolvía, así que Maomao siempre vendía los trajes a la tienda de ropa usada o los subastaba entre las cortesanas. Además de la túnica habitual, esta vez había una bata blanca. Algo que sirviera como delantal de médico en esta estación cálida.

Si estaban invocando a Maomao, eso implicaba que el periodo de la consorte aún no había llegado. Decidió preparar un poco de *wenjing tang*, un brebaje que favorecía el flujo sanguíneo, por si acaso. Había otros remedios que podrían ayudar, pero Maomao eligió uno con efectos secundarios mínimos. Supuso que Luomen también tendría algo preparado —¿cómo no iba a tenerlo, teniendo tanta más experiencia que ella?—, pero pensó que la consorte se sentiría menos intimidada al recibir la medicina de una compañera que de un eunuco.

El carruaje rodó por los terrenos del palacio, deteniéndose en algún lugar cerca del palacio posterior. De hecho, estaban bastante cerca del pabellón donde Anshi, la Emperatriz Viuda, les había invitado en una ocasión.

Maomao se puso la bata blanca, ignorando el calor, y bajó del carruaje. Se encontró frente a un pabellón relativamente pequeño, justo en medio de la residencia de la Emperatriz Viuda y la de la actual emperatriz. Debió de ser construido hace mucho tiempo como lugar de residencia de la consorte real, antes de que se construyera el palacio

posterior. En cuanto al edificio en el que el antiguo emperador había pasado tanto tiempo, que Maomao había visitado el año anterior, hacía tiempo que había desaparecido. Tuvo que admitir que el lugar parecía un poco más yermo sin él.

Frente al pabellón esperaba un médico de mirada benigna con un bastón en la mano. Era Luomen. “Ah, estás aquí.” Dijo, arrastrando una pierna mientras se acercaba a Maomao. Se habían enviado cartas, pero habían pasado casi seis meses desde la última vez que se vieron.

Luomen iba acompañado de otros dos hombres que parecían ser funcionarios médicos. Ambos eran pequeños y ancianos, nada amenazadores; tal vez fuera así como solían ser los médicos, o quizá un gesto de consideración hacia la Consorte Lishu.

“Por aquí, por favor.” Dijo una mujer. Era una de las damas de compañía de Lishu del palacio posterior. Maomao la reconoció, pero no sabía su nombre. La mujer, sin embargo, conocía claramente a Maomao; se podía oír un *tsk* de ella. Por lo visto, la actitud de las mujeres de Lishu no había mejorado, tal vez incluso había empeorado.

“Por aquí.” Repitió la mujer y les condujo a lo que a Maomao le pareció un camino muy largo y tortuoso. Subieron al segundo piso, luego al tercero, luego a la habitación más interior de la planta, antes de que la mujer dijera: “Lo siento mucho. Olvidé que la señora cambió de habitación.”

¿Tantas ganas tiene de complicarnos la vida? Se pregunta Maomao. Los tres médicos que la acompañaban eran ancianos; quizá su aspecto apacible hizo que la mujer los tomara a la ligera.

Al final, Maomao y sus acompañantes fueron conducidos a la cámara más recóndita del primer piso del pabellón, que parecía la típica habitación de una consorte. El mobiliario era de una calidad que un plebeyo medio no vería en toda su vida.

La Consorte Lishu yacía en una cama con dosel, con su dama de compañía (que también era familiar) a su lado con aspecto bastante afligido. Lishu se estremeció brevemente al ver a los médicos (por muy ancianos que fueran), pero ver a Maomao con ellos la relajó durante un breve instante, antes de volver a estremecerse por razones totalmente distintas.

Luomen dijo simplemente: “Supusimos que podría haber preocupación por nosotros, así que trajimos un apoderado.” Y miró a Maomao.

Se sospechaba que Lishu estaba embarazada, y aunque no lo estuviera, si hubiera ocurrido algo entre ella, una alta consorte, y un hombre que no era el Emperador, su vida estaría perdida.

No creo que eso sea ni remotamente probable. Para empezar, no creía que alguien tan transparente como Lishu pudiera guardar un secreto así durante mucho tiempo. Probablemente no a Maomao, y casi seguro que tampoco a Ah-Duo, que había estado con ella todo el viaje.

Era imposible estar completamente segura, por supuesto, pero parecía improbable.

Así fue como Maomao se encontró de pie frente a la aterrorizada consorte, flexionando los dedos. La solución más rápida y sencilla sería comprobar si la Consorte Lishu estaba intacta, una tarea para la que Maomao, criada en el barrio del placer, estaba especialmente capacitada. Tenía muchas formas de saberlo.

“Démonos prisa y acabemos con esto. Será lo más fácil para todos.”
Dijo Maomao.

“¿Qué? Espera... ¡N-No! ¡Noooo!” Lishu gimió.

“Estás bien. Terminaré antes de que puedas contar las vetas de madera de tu cama.”



“¿Terminaras qué—? ¡Ahh! ¡Ekkk!” La consorte buscó desesperadamente a su dama de compañía, pero Maomao cerró la cortina que rodeaba la cama. En cuanto a los ancianos médicos, permanecían discretamente de espaldas en un rincón de la habitación.

Durante un rato, el único sonido fueron los gemidos de Lishu.

“Es pura. Por supuesto.” Anunció rotundamente Maomao, limpiándose las manos con un paño. Lishu yacía en la cama, completamente agotada, provocando la consternación de su jefa de damas de compañías. Debería haber estado bien: Maomao era una mujer de bien; incluso había hecho algo parecido cuando evaluó si el hijo de la Emperatriz Gyokuyou venía de nalgas; pero evidentemente Maomao se había equivocado al pensar que una completa virgen se tomaría el examen de la misma manera que una mujer que ya había dado a luz. Lishu parecía aún más agotada que la vez que le habían arrancado los vellos en el baño.

“Maomao, podrías ser más amable.” Dijo Luomen, aunque ya era un poco tarde para eso. Los otros dos médicos también mostraban expresiones tensas.

Justo cuando Maomao pensaba que el trabajo había terminado y podía relajarse y escribir el papeleo, una voz de mujer dijo: “Disculpen.” La puerta se abrió y entraron tres de las damas de compañía de Lishu, flanqueando a la antigua jefa de las damas de compañía de la consorte, la que había sido reprendida por Jinshi.

Parecía problemática, como de costumbre, pero hoy parecía haberlo llevado a otro nivel.

“¿Sí? ¿Podemos ayudarla?” Preguntó la actual jefa de las damas de compañía. Ella era técnicamente la superior en esta situación, pero había empezado su vida como nada más que una catadora de comida, y sintió un comprensible sobresalto de miedo al enfrentarse a la mujer que antes había ocupado su puesto.

La antigua dama de compañía se limitó a ignorarla, dirigiéndose a Maomao y a los ancianos médicos. “¿Pudieron comprobar la castidad de la consorte?” Preguntó.

“Sí, acabamos de terminar el examen.” Dijo Luomen, tras lo cual la mujer miró hacia Maomao.

“Pero *usted no* realizó el examen, ¿verdad? Fue esa mujer de ahí. Una conocida de la consorte. ¿No ves un problema en ello?” Parecía estar sugiriendo que Maomao podría mentir para proteger a Lishu, una actitud que Maomao encontraba, con razón, irritante.

“¿Quizá te gustaría acompañarme a realizar un nuevo examen?” Dijo. “Tal vez también deberíamos llamar a una comadrona, sólo para estar más seguros.”

Su idea provocó miradas de angustia por parte de Lishu y su dama de compañía. La consorte parecía que se iba a morir de vergüenza si la sometían a más humillaciones de ese tipo.

Por su parte, la antigua jefa de las damas de compañía se limitó a negar con la cabeza. Era casi como si pensara que ella era la que mandaba aquí; sin duda, se había vuelto más engreída desde la última vez que Maomao la había visto. Antes, al menos estaba dispuesta a *fingir* deferencia hacia la consorte.

La razón de su arrogancia pronto se hizo evidente: lo tenía en la mano. “Debo decir que esperaba que no llegáramos a esto, pero encontré esto y me sentí honrada de traerlo a su atención colectiva.” Puso un trozo de papel sobre la mesa. (Maomao no pudo evitar fijarse en lo arrugado que estaba). “Confieso que no podía creer que la consorte escribiera algo así.” La mujer se inclinó dramáticamente — casi teatralmente— contra la mesa.

Cuando Maomao vio lo que había escrito en la página, sólo pudo fruncir el ceño.

“¡Una carta de amor!” Anunció la antigua dama de compañía. “¡Para alguien que *no* es Su Majestad!”

La página estaba cubierta de bonitos caracteres de chica y de una gran cantidad de dulces palabras y proclamas de amor.

Así que por eso nos llevó por la ruta panorámica, pensó Maomao, comprendiendo por fin por qué la sirvienta los había conducido a la habitación equivocada antes de llevarlos finalmente ante la Consorte Lishu. No se trataba de una broma pesada, sino de ganar tiempo.

La antigua jefa de las damas de compañía llamó a un funcionario que estaba fuera de la habitación. Maomao no estaba segura de por qué estaría tan ansiosa por hacerlo: la infidelidad de la consorte también tendría consecuencias para sus damas de compañía. Por encima de todo, la cuestión de si la carta era realmente de Lishu preocupaba a Maomao, pero la caligrafía ya había sido examinada y se había determinado que era suya.

Maomao y los médicos fueron expulsados del edificio antes de que tuvieran la oportunidad de interrogar a la consorte. Parecía que la antigua jefa había querido actuar antes de que Maomao pudiera hacer su examen, pero la táctica dilatoria no había ganado tiempo suficiente para ello. En lugar de eso, podría decirse que había recurrido a la fuerza.

Maomao y sus compañeros decidieron volver a la consulta médica de palacio. Maomao era una forastera, mientras que Luomen y sus dos compañeros médicos no eran personalidades contundentes. Si les ordenaban marcharse, poco podían hacer salvo irse. Maomao estaba decidida a redactar al menos un informe sobre sus hallazgos. La antigua dama de compañía había insistido en que la palabra de Maomao no era digna de confianza, pero no era ella quien debía juzgarlo. Por lo menos, los médicos que la acompañaban habían visto la cara de Lishu y parecían creer que Maomao tenía razón.

“Eso ha sido bastante descarado.” Comentó el anciano médico N° 1. Tenía un cuerpo larguirucho que hacía pensar en un árbol estéril.

“Sí, era casi demasiado para verlo.” Respondió el anciano médico N° 2, un hombre corpulento con dedos como salchichas.

Luomen era apenas más joven que los otros dos médicos, pero como era el miembro más nuevo de la oficina, fue él quien sirvió el té. Maomao se levantó para ayudarle, pero él volvió a sentarla, insistiendo en que se centrara en escribir.

“El palacio posterior siempre ha tenido gente como ella, pero siempre es decepcionante darse cuenta de que esa clase sigue viva y coleando.” Dijo el primer médico.

“¡Tú lo has dicho!” Dijo el segundo. “No digo que las mujeres sean malas, sólo que algunas de ellas hacen de una habitación un lugar más oscuro. Es lo mismo en el palacio en general...”

Maomao ladeó la cabeza, sorprendida: hablaban como si hubieran estado en el palacio posterior. “No son eunucos, ¿verdad, señores?”

“No, no lo somos. Estábamos en el palacio posterior, pero no estamos castrados, salimos de allí antes de que nos atraparan.”

“Antiguamente, un médico no tenía que ser eunuco para ir al palacio posterior. Aunque te hacían tomar una extraña droga cada vez que ibas de visita.”

Ah... Maomao recordó: el escándalo más sonado en el palacio posterior había tenido lugar décadas atrás, cuando un médico se había involucrado con una mujer que servía allí y la había dejado embarazada. O al menos, esa era la historia: de hecho, había sido obra

del anterior emperador, pero se le atribuyó el hecho al desafortunado médico, que fue desterrado junto con el niño. Problema resuelto para la burocracia.

Hoy en día, el viejo curandero era el único médico en el palacio posterior, pero en la época de aquel incidente, había muchos médicos sirviendo allí, algo bastante natural, ya que no había sido necesario renunciar a la hombría para hacerlo.

“Bien por ellos. Me retrasé un poco en mi salida y aquí estoy.” Dijo Luomen con indiferencia mientras colocaba las tazas de té en una bandeja.

“Es tu propia culpa, Xiaomen. Nunca crees que nada sea lo suficientemente urgente como para apresurarte.” El anciano médico N° 1 rio entre dientes.

“¡Así es, pero seguro que nos has ayudado!” Rio N° 2. Ambos parecían estar pasándoselo bien, mientras que Luomen simplemente parecía un poco desconcertado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Desde sus actitudes hasta el cariñoso apodo, estaba claro que eran viejos amigos.

El anciano médico N° 2 se volvió hacia Maomao. “¿Así que usted es la hija adoptiva de Xiaomen, señorita? También lo es ese excéntrico, L—”

El rostro de Maomao comenzó a contorsionarse hasta adoptar una mirada descarada. El corpulento médico cerró rápidamente la boca.

“Las jovencitas siempre tienen algunos temas que prefieren evitar. Respetémoslo.” Dijo astutamente el larguirucho médico. Estaba claro que la edad le había aportado sabiduría. Muy útil.

“Volviendo al tema, ¿en el palacio posterior siempre ha habido mucha gente como ella?” Preguntó Maomao.

“Sí. Elementos caóticos.” Cuando la Emperatriz Regente había estado en el poder, las mujeres del palacio posterior se habían dedicado a patearse unas a otras. Los funcionarios eran seleccionados, y despedidos con frecuencia, en función de su capacidad, por lo que el palacio posterior se convirtió en un microcosmos de la tensión que invadía toda la corte. “Y la gente dice que también había muchos espías.”

“¿Espías?”

Evidentemente, las interminables batallas entre las consortes les inspiraron a empezar a utilizar criadas con la esperanza de robarse información privilegiada.

“De vez en cuando, incluso las damas de compañía se vuelven traidoras.” Dijo el médico. A una dama descontenta con su situación se la podía convencer fácilmente, convertirla en un peón en el juego de otro. O una vez más, uno podría apoyarse en el poder de sus padres para explotar una debilidad de los padres del objetivo, y así el orden jerárquico en el palacio posterior podría cambiar a una velocidad vertiginosa.

“La cosa se puso excepcionalmente fea cuando la actual Emperatriz Viuda se quedó embarazada. Mujeres enloquecidas por los celos incluso intentaron matarla.”

“¡Es cierto! No sé cómo sobrevivió hasta que la Emperatriz Regente la tomó bajo su protección.” Dijo el otro médico.

“Todo fue gracias a la asombrosa dama de compañía que tenía. Realmente sabía cómo manejarse; dicen que incluso consiguió que los asesinos se volvieran contra sus amantes.”

¿Qué es esto, una novela? Pensó Maomao, sorbiendo su té y con cara de pocos amigos.

“En fin, hacía tiempo que no veía algo tan desagradable.” Dijo el primer médico.

Esto trajo una pregunta a la mente de Maomao; ella dijo: “Por la forma en que estás hablando, suena como si pensaras que alguien más en el palacio posterior está conspirando para derrocar a la Consorte Lishu.”

“¿Crees que no? ¿Por qué si no una persona se volvería tan espectacularmente contra la gran dama a la que sirve?”

Hasta ahora, la antigua jefa de las damas de compañía no había ido más allá del acoso habitual. Esta vez, sin embargo, estaba claramente decidida a destruir a la consorte. Si lo conseguía, Lishu sería desterrada del palacio posterior y sus damas de compañía se quedarían sin trabajo. De hecho, tendrían suerte de no sufrir el mismo castigo que su señora.

“Eso casi parece demasiado superficial.” Dijo Maomao.

Los ancianos médicos Nº 1 y 2 se miraron. “Si eres la hija de Xiaomen, estoy seguro de que eres una joven muy inteligente. Pero no todo el mundo es tan cuidadoso y atento como tú.” Dijo pacientemente el médico larguirucho.

“Lo entiendo.” Dijo Maomao, pero esto era demasiado.

“La gente así no piensa en el futuro, sólo en su orgullo. Puede que empiecen por molestar a alguien que les cae mal, pero cuando hay reacción, sólo consiguen enfadarse más.”

“¿No crees que dudaría aunque fuera un poco? Está tratando con una alta consorte y ella es sólo una dama de compañía.”

“Es justo por eso. Si una persona se siente pisoteada, basta con que alguien le dé el más mínimo empujón para que se caiga; los humanos son así de graciosos.” Era una forma sencilla de hacer de espía.

“Ja, ja, ja, sí que te gustan ese tipo de historias, ¿verdad?” Dijo el médico regordete, metiéndose un bollo en la boca. “Es como cuando dijiste que esa «Inmortal Blanca» de la que todo el mundo hablaba era una agente de inteligencia de otro país.”

Luomen sorbía el té con una sonrisa reservada en el rostro, pero en sus ojos había una simpatía inconfundible por la Consorte Lishu.

“Oye, no te preocupes. Una vez que tu chica presente los papeles, la consorte quedará libre y tranquila.” Dijo el médico corpulento, que obviamente sabía exactamente cómo se sentía Luomen.

“Pero esa carta de amor...” Dijo Luomen, sin calmar su preocupación.

“Oh, eso. Las chicas de su edad escriben cartas así todo el tiempo. ¿Qué problema hay en dejarse llevar por un pequeño capricho? Lo sé, lo sé, es embarazoso, seguro, y es un problema viniendo de una alta consorte. Pero sólo tienes que decir que estaba practicando escribir a Su Majestad, y el problema desaparece. Tal vez ella escribió esa carta, pero no la envió, ¿verdad? Se supone que todas las cartas de las consortes deben ser revisadas por el censor.”

“Sí, se supone que eso ocurre...” Dijo Maomao. Pero le preocupaba la confianza con la que había actuado la antigua jefa de las damas de compañía.

“Dime, Maomao...” Empezó Luomen, echando un vistazo al exterior.

“¿Sí?”

“Hay alguien que siempre aparece a esta hora, diciendo que es la hora de la merienda. ¿Estás segura de que deberías estar aquí?”

En ese momento, Maomao se sirvió el té. Al instante, oyó a un extraño anciano silbar fuera. No perdió ni un segundo en recoger sus cosas y abrir la ventana frente a la entrada. “Voy a ver cómo salgo.” Dijo.

“Eres rara.” Dijo uno de los dos médicos ancianos, pero ninguno intentó detenerla; estaban demasiado ocupados preparándose para la tormenta que estaba a punto de caer.

En el mismo instante en que Maomao aterrizaba en el suelo, la puerta se abrió de golpe. “¡Tío! ¡He traído algo de *ji dan gao*! Me acompañarás, ¿verdad?”

El hombre que anunciaba su tentempié no era otro que el monstruo con monóculo, y su entrada dejó a Maomao sin ninguna razón para quedarse más tiempo.

Aunque todavía no estoy segura...

¿De verdad se habrían terminado los problemas de Lishu? La pregunta la inquietaba. Esperaba que no hubiera nada más grave, pero los malos presentimientos de Maomao tendían a no ser infundados.

Capítulo 13:

Escándalo (Primera Parte)

Días después, Sazen acudió a ella con una historia inquietante. Apareció en la tienda, con el rostro desencajado, diciendo que quería hablar. Maomao se preguntó de qué podría querer hablar, pero resultó ser nada menos que de la Consorte Lishu.

“Si una consorte del palacio posterior se hubiera reunido en secreto con un hombre, ¿la condenarían a muerte?”

La pregunta surgió de la nada, y Maomao sólo pudo musitar un desconcertado: “¿Eh?”

Sazen pareció tomar su respuesta como vagamente insultante; dio un pisotón en el suelo y dijo: “¿Lo harían o no lo harían? Soy un ignorante; ¡dímelo!” Su mirada era penetrante. Maomao se dio cuenta de que su reacción no había sido la ideal. Sabía que Sazen había servido una vez al Clan Shi y, aunque no era leal a sus antiguos amos, sospechaba que sentía cierto apego por Loulan.

“Supongo que eso sería algo inevitable en casos de infidelidad, ¿no? Una dama de palacio ordinaria podría ser una cosa, pero estás hablando de una consorte. Pero, *¿por qué* hablas de ello? ¿Qué ha provocado esto?”

Sazen frunció los labios y no quiso mirarla. “Me enteré en el mercado: dicen que el Emperador se prepara para someter a otro clan.”

“Por casualidad, ¿es el Clan U?”

“Ni idea. Pero oí que era por una alta consorte que sólo tiene dieciséis años.”

Maomao no dijo nada a eso, pero deseó poder meter la cabeza entre las manos. Si hasta Sazen se había enterado de esta situación, probablemente todos en la capital lo habían hecho. Se había asegurado de ser explícita en su informe de que la Consorte Lishu era inocente. Maomao había intentado convencerse de que, fuera lo que fuera lo que la ex dama de compañía de la consorte pudiera estar haciendo, no sería gran cosa. Pero parecía que se había equivocado.

Normalmente, ella podría enviar una carta a Jinshi y simplemente esperar a que él hiciera algo al respecto, pero ahora no había tiempo para eso.

“¡H-Hey!” Gritó Sazen cuando se levantó de un salto.

“Voy a necesitar que vigiles la tienda un rato.”

“¡¿Qué, otra vez?!”

Maomao salió corriendo hacia el norte de la capital. Allí estaba el palacio, junto con todo un distrito de casas de clase alta. Una de ellas era una de las villas de Su Majestad, hogar de Ah-Duo, antigua alta consorte.

“¿Está Lady Ah-Duo?” Preguntó Maomao al guardia, aunque sabía que no la admitiría sin más.

“¿Tiene una cita oficial, señorita?” Le preguntó el guardia. El hecho de que estuviera dispuesto a hablar tan amablemente con una simple apotecaria —y no especialmente bien vestida— se debía probablemente a que recordaba a Maomao de sus otras visitas a este lugar. Pero eso no bastaría para que la admitieran.

“Me temo que no, señor, pero simplemente debo ver a Lady Ah-Duo.”

“Lo siento, las normas son las normas. No puedo dejarla pasar.” Dijo el guardia, con cara de auténtica disculpa. A Maomao se le pasó por la cabeza intentar pasar a la fuerza mientras él se compadecía de ella, pero sabía demasiado bien que acabaría arrestada.

“¿Puedo al menos pedirte que le lleves un mensaje de mi parte?”

“Me temo que no está aquí ahora...”

Maomao puso cara de haber mordido algo especialmente amargo. Si se iba a dejar mandar a casa, más le valía no haber venido.

Me pregunto si Suirei estará aquí, pensó, pero luego descartó la idea. Se suponía que Suirei no existía oficialmente. No se encontraría sola con Maomao, y aunque lo hiciera, probablemente carecía de autoridad para convocar a Ah-Duo.

“¿Me permite esperar?” Preguntó Maomao, decidido a quedarse allí hasta que Ah-Duo regresara.

Una hora más tarde llegó un carruaje a la villa. El guardia tuvo la amabilidad de avisar a Maomao, que esperaba sentada a la sombra de un árbol. Se puso en pie de un salto y corrió hacia el vehículo; el rostro de Ah-Duo apareció en la ventanilla.

“Bueno, esto es una sorpresa. Siempre pensé que eras un poco más fría de mente que esto.” Dijo Ah-Duo, y era cierto que hace unos años, Maomao probablemente no se habría dirigido personalmente a Ah-Duo de esta manera. Habría tenido en cuenta que el palacio tenía sus propias formas de mantener el equilibrio, y que el Emperador parecía especialmente considerado con Lishu, de modo que no podía ocurrirle nada demasiado terrible.

Sin embargo, en ese momento, en su mente, Lishu parecía coincidir con la dama del aniquilado Clan Shi. Tal vez eso era lo que la había hecho inusualmente emocional acerca de esto.

“Hablemos dentro.” Dijo Ah-Duo. “Estoy segura de que debes estar sedienta después de una espera tan larga con este calor.”

“Gracias, milady.” Dijo Maomao, haciendo una profunda reverencia, y luego entraron en la villa.

“Así que ya hay rumores en el mercado. Las noticias han viajado más rápido de lo que esperaba.” Ah-Duo se sentó con las piernas y los brazos cruzados. En cualquier otra persona, la postura habría parecido

imperiosa, pero a ella le parecía extrañamente adecuada y nada ofensiva. Una dama de compañía les había servido el té, pero había desaparecido casi sin que Maomao se diera cuenta. Maomao había pensado que Suirei, al menos, estaría presente, pero no había rastro de ella.

Vacilante, dijo: “¿Puedo deducir por su tono, milady, que los rumores son ciertos?”

“Lo cierto es que en estos momentos está confinada en un pabellón aparte.” Dijo Ah-Duo. En sentido estricto, la consorte no estaba siendo tratada como una criminal, pero seguía estando bajo arresto.

“¿Has tenido la oportunidad de hablar con la Consorte Lishu?”

“Sí.” Respondió Ah-Duo. Le dijo a Maomao que Lishu insistía en que no había escrito ninguna carta de amor, pero también, añadió Ah-Duo, que la carta en cuestión estaba claramente escrita por Lishu.

Eso hizo reflexionar a Maomao. “¿No se contradicen esas cosas?”

“No tienen porque. Parece que el texto en cuestión fue copiado de una novela.”

Pues eso. Las novelas que tanto gustaban a las mujeres de palacio estaban llenas de historias románticas, algunas de las cuales podían parecerse a una carta de amor si se encontraban aisladas.

“La consorte estaba bastante conmovida. Dice que estaba copiando la historia para una mujer de palacio de la que se había hecho amiga recientemente.”

Maomao miró al suelo. Lishu había creído que, sin prisa pero sin pausa, estaba ganando algunos aliados.

Una mujer que no sabía escribir era probablemente una mujer de bajo rango. Al escribir la historia, Lishu había intentado, a su manera un tanto torpe, hacer amigos. Copiar un texto podría parecer algo bastante mundano, pero le habría llevado un tiempo y un esfuerzo considerables, y como Lishu lo estaba haciendo sin pedir nada a cambio, bien podría haber imaginado que profundizaría la amistad entre ella y esta otra mujer. Debía de estar encantada con la idea.

Sólo para verse traicionada, pensó Maomao. ¿O la otra mujer se había acercado a la consorte con esa idea en mente? En cualquier caso, todo era muy turbio.

“¿No podrías proporcionarme una copia del libro en el que estaba trabajando?”

“Lo que pasa es que... todos los libros que entran en el palacio posterior pasan por la censura, razón por la que se tiene una copia a mano como referencia. Pero nada de lo que tienen coincide con este texto.”

“¿Quieres decir que no pasó por su oficina?”

“Mmhm. Alguien lo metió de contrabando.”

Bueno. Eso era un problema. Sin embargo, algo molestaba a Maomao. “¿Qué pasó con la mujer que pidió a la consorte que copiara

el libro? ¿Dónde está? Por cierto, ¿cómo una mujer que no sabe leer pudo hacerse con un libro que no pasó por la censura?”

“¿Suponiendo que la mujer ya se ha ido?” Dijo Ah-Duo. Mientras la Consorte Lishu había estado de viaje, unas cien mujeres habían llegado al final de su período de servicio y abandonado el palacio posterior. Esta mujer misteriosa había sido una de ellas.

“No dejaron así el asunto, ¿cierto?”

“Buscamos, naturalmente. Pero nunca la encontramos. De todos modos, no es que atendiera oficialmente a la consorte. Parece que se conocieron cuando la mujer hacía trabajos ocasionales a petición de la consorte. Incluso si la encontramos, podría hacerse la tonta. Ella podría haber estado haciendo todo con un ojo en el final de su contrato.”

Si se trataba, de hecho, de un crimen premeditado, habría sido difícil para la mujer llevarlo a cabo por sí sola. Maomao trató de reflexionar sobre lo que sabía. Una cosa era cierta: si una alta consorte como Lishu hubiera empezado a entablar amistad con una sirvienta, sus detractores no habrían permanecido en silencio al respecto, y menos aún su antigua jefa de damas de compañía.

Así que una dama de palacio que se acercaba al final de su contrato se dirigió a la consorte Lishu para que copiara un texto romántico de un libro. Ese libro resultó ser uno que los censores no habían visto ni aprobado. Algo que una sirvienta analfabeta y humilde normalmente nunca poseería.

“Estoy pensando que alguna otra persona utilizó a la doncella para convencer a la consorte de que escribiera el pasaje, pero ¿cuál es tu opinión, Lady Ah-Duo?” Preguntó Maomao. No le gustaba trabajar basándose exclusivamente en sus suposiciones; esperaba que Ah-Duo pudiera respaldar su intuición.

“Estoy de acuerdo.” Dijo Ah-Duo, pero luego añadió: “La dama de compañía de la consorte Lishu afirmó que encontró la «carta» en la habitación de la consorte, pero en realidad se encontró en otro lugar, en algún lugar fuera del palacio posterior.”

“¿Realmente había sido enviado a algún terrateniente en alguna parte?”

Si aún hubiera estado en los aposentos de Lishu, entonces sería bastante fácil afirmar que iba a enviárselo al Emperador: problema resuelto. Pero si ya estaba en posesión de algún otro hombre, entonces era difícil culparles por tratarla de infiel.

“Sí, por desgracia. Por eso es un asunto tan importante y por eso ahora está bajo llave. El hombre en cuestión es el hijo de un sirviente, alguien que se ha encontrado con la consorte varias veces a lo largo de su vida. Él niega cualquier implicación, pero la carta se encontró en su casa.”

El hombre podía protestar de su inocencia todo lo que quisiera; encontrar pruebas como esas en su propia finca era bastante condenatorio. Al parecer, la antigua jefa de las damas de compañía había afirmado que había habido algo entre ese hombre y la consorte

cuando ella regresó del convento al palacio posterior, y había insistido mucho en que se investigara al hombre. Tenía a la Consorte Lishu atada con un bonito lazo.

¡Pero eso no tiene ningún sentido!

“¿Cómo pudo enviar la carta? Creía que los censores lo controlaban todo, incluso las cartas a casa.” Dijo Maomao. Esa era la razón por la que, en una ocasión, alguien había intentado utilizar como código sustancias químicas infundidas en las tiras de madera para escribir, y por la que las cartas de la Emperatriz Gyokuyou a su familia eran tan indirectas a la hora de comunicar la información que contenían.

“La carta estaba doblada muy pequeña. Debía de estar metida entre algunos objetos que enviaba a casa, para que el chico la recibiera primero.”

No era imposible. Pero algo no encajaba.

Puede que Maomao se sintiera tan confusa porque era Ah-Duo quien le contaba todo esto. Lo que realmente quería era escuchar la historia de primera mano.

“¿Crees que alguien podría conseguirme una entrevista con la Consorte Lishu, o incluso con este joven?” Preguntó.

En ese preciso momento, alguien llamó a la puerta y un criado asomó vacilante su rostro.

“¿Qué pasa?” Preguntó Ah-Duo, y el criado miró a Maomao como si no supiera qué hacer.

“Alguien llamado Amo Basen está aquí preguntando por Lady Maomao.”

Era como si hubiera estado esperando su señal.

Basen sólo saludó a Ah-Duo de la forma más superficial antes de llevarse a Maomao.

“Si me permite la pregunta, señor, ¿qué demonios cree que está haciendo?” Preguntó Maomao. Basen había venido a caballo, sin siquiera un carruaje, y los dos destacaban como un pulgar dolorido mientras se abrían paso por la ciudad, Maomao aferrada detrás de él. Al menos llevaba un paño para cubrirse la cara.

“¿Has oído hablar de la Consorte Lishu?” Dijo.

“Sí...”

“Entonces debes haberlo descubierto. Debes tener alguna forma de demostrar su inocencia.” Maomao creyó entender lo que Basen decía, pero algo seguía molestándola. “No puedo reunirme con ella personalmente. Me dijeron que buscara un representante.” Dijo.

Sin duda, a una mujer bajo sospecha de infidelidad le resultaría difícil reunirse con un hombre. Por mucho que Basen no hubiera podido ser más salvavidas para ella, Maomao decidió darle un golpe al testarudo. “Te lo han dicho. ¿Por Jinshi?” Preguntó.

“Estoy... usando mi propio juicio.”

“Oh, ya veo.”

Sí, algo molestaba a Maomao, pero como no quería molestar a la persona que controlaba el caballo, se lo guardó para sí misma por el momento.

La Consorte Lishu había sido trasladada desde el pabellón que había ocupado unos días antes. Aquel edificio no era muy diferente del que tenía en el palacio posterior, lo que demostraba que seguía recibiendo el trato que su posición merecía, pero ahora la habían trasladado a la parte occidental de la ciudad, y su residencia era menos un palacio y más una torre. Se parecía a la pagoda de un templo, pero a mayor escala, con seis pisos de altura y varios tejados superpuestos, y aunque carecía de color, eso la hacía aún más imponente. La impresión se veía reforzada por el anillo de árboles gigantescos que rodeaba el lugar. Un edificio realmente impresionante, pero un alojamiento bastante pobre para una consorte real. Los fornidos hombres que montaban guardia en la entrada no lo hacían más acogedor.

“En tiempos de la Emperatriz Regente, trajeron aquí a un poderoso cortesano que se volvió contra ella, con el pretexto de padecer una enfermedad incurable.” Informó Basen a Maomao. “Alegaron que lo habían traído aquí para intentar un nuevo procedimiento médico. Es el mismo lugar al que trajeron a los hermanos del antiguo emperador cuando contrajeron la enfermedad que los mató. Todos ellos encontraron su fin en esta torre.”

Así que este lugar tiene una historia. Maomao estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero se contuvo. La triste historia le quitaba gravedad al lugar y lo convertía en una lúgubre prisión. *¿Lo había ordenado Su Majestad?*, se preguntó. Siempre había creído que sentía predilección por Lishu, a su manera.

“Si pudiéramos encontrar la forma de socavar sus pruebas, ella podría salir de aquí.” Dijo Basen. Lo que quería decir era que quería que Maomao hablara con la consorte y descubriera la verdad.

Por suerte para él, Maomao quería lo mismo.

Sin embargo, antes debía estar segura de una cosa. Apartó el paño que cubría su cabeza para poder mirarle directamente a los ojos y dijo: “Voy a hacer lo que me pide, Amo Basen, porque comparto su objeción al trato de la Consorte Lishu.”

Maomao sí sentía compasión, de vez en cuando. Al principio había tomado a Lishu por nada más que una princesita desagradable, pero al ver cómo la desgracia se ensañaba una y otra vez con la joven, había llegado a simpatizar con ella. Sin duda, nadie podía culpar a Maomao por intentar hacer algo para ayudar a la consorte. En el palacio posterior, Maomao había sido la dama de compañía de la entonces Consorte Gyokyou, por lo que no podía ser demasiado ruidosa en apoyo de Lishu, pero ahora ya no tenía esa preocupación.

Pero, ¿qué pasaba con Basen?

“¿Entiendo correctamente que estamos haciendo esto no bajo las órdenes del Amo Jinshi, sino bajo su propia discreción?” Preguntó ella.

“Entiendes correctamente.”

“¿Y qué motiva este comportamiento, señor?” Era obvio preguntarlo. Tan obvio, de hecho, que no había sido capaz de preguntarlo a pesar de que estaba en su mente.

“¿Quién no querría ayudar a una consorte inocente en problemas?” Dijo Basen.

“¿Cómo sabes que es inocente?” Dijo Maomao rotundamente. Lishu y Basen acababan de conocerse en su reciente viaje. Se habían visto en el banquete, es cierto, pero no habían tenido ocasión de hablar. Por lo demás, habían tenido pocas oportunidades de verse las caras durante el viaje; la única vez que estuvieron cara a cara fue cuando atacó el león. De nuevo, apenas se habían dirigido la palabra; la mayor parte del tiempo, Basen se había limitado a acribillar a Maomao a preguntas sobre Lishu. Ahora estaba actuando para ayudar a esta joven sin órdenes oficiales, completamente por su cuenta. ¿Por qué?

Ojalá no lo hiciera.

Había personas en el mundo que hacían algo extraordinariamente fastidioso: enamorarse a primera vista. Ignoraban por completo la personalidad y el estatus social, sintiendo brotar el amor, por así decirlo, ante nada más que la apariencia de una persona. Maomao estaba bastante segura: en aquel momento, Basen operaba bajo la

influencia de exactamente esos molestos sentimientos. Es cierto que de vez en cuando se emocionaba un poco, pero en la mayoría de los casos era consciente del lugar que ocupaba como ayudante de Jinshi. Un lugar del que no formaba parte actuar por voluntad propia para demostrar la inocencia de Lishu.

Así las cosas, Maomao quiso ser muy clara en una cosa: “Aunque establezcamos la inocencia de la consorte, lo mejor que puedes esperar es que *regrese al palacio posterior*.”

“Sí... lo sé.”

Ella era una flor que florecía en un pico tan alto que él nunca lo alcanzaría mientras viviera. ¿Reconocerlo sería suficiente para zanjar el asunto?

“Si sabe eso, señor, entonces muy bien.” Todavía había muchas cosas que Maomao desearía poder decir, pero decidió detenerse ahí. No tenía más ganas que nadie de meter las narices en esos temas.

A veces ocurría lo mismo con los clientes: se enamoraban perdidamente de una cortesana la primera vez que la veían y acudían constantemente al burdel, gastando todas las monedas que tenían en la mujer. Pero cuando el dinero se acababa, también lo hacía el amor, y los hombres que no lo entendían vilipendiaban a la cortesana, repentinamente distante y desinteresada, la ridiculizaban, a veces incluso se enfurecían e intentaban matarla. Hay pocas cosas más inquietantes que un hombre riendo a carcajadas sobre un dormitorio empapado de sangre.

Si iban a enamorarse de una mujer que ocultaba las ojeras con maquillaje, ojeras infligidas por la falta de sueño de entretener a clientes toda la noche, uno esperaría que al menos pudieran ser fieles a ese amor. Si no se daban cuenta de lo que recibían, era culpa suya por estar tan dispuestos a entregar su corazón.

Maomao miró a Basen, rogándole en silencio que no fuera uno de esos hombres.

“Lo sé.” Dijo Basen, tanto para sí mismo como para ella. Las palabras sonaron pesadas en su boca, y Maomao siguió mirándole con severidad mientras entraban en la prisión.

“¿Se encuentra bien, milady?” Preguntó Maomao a la Consorte Lishu, aunque sabía que no podía estar muy bien. Cuando habían sido admitidos en la torre, les habían dado un listón de madera con la hora escrita y les habían dicho que eran libres de hablar con Lishu hasta que sonara la siguiente campana.

La torre era de una construcción bastante inusual, con una escalera y pasillos que serpenteaban por el exterior, mientras que el interior estaba enteramente dedicado a habitaciones individuales. Los aposentos de Lishu ocupaban dos sencillas habitaciones contiguas en el tercer piso; Maomao se preguntó si habría gente en los pisos superiores, pero parecía que no.

Lishu asintió, con el rostro pálido. Su principal dama de compañía estaba a su lado, pero, por lo que Maomao pudo ver, no tenía más asistentes. La habitación en sí estaba bien acondicionada para ser la celda de un criminal, pero para un miembro de la nobleza debía de ser una vergüenza aguda.

Me pregunto cuántas personas se habrán vuelto locas y habrán muerto en esta habitación, pensó Maomao, pero sabía que no debía decirlo en voz alta, pues sólo conseguiría que la cara de Lishu palideciera aún más. En su lugar, preguntó: “¿Puedo saber si ha llegado su visita mensual?”

“Sí... por fin.” Dijo Lishu, mirando al suelo avergonzada. Eso no significaba necesariamente que se sintiera mejor físicamente, pero le ofrecía el consuelo de que no tendría que someterse a más exámenes por parte de nadie alegando que el trabajo de Maomao era sospechoso. Al menos demostraba de forma concluyente que no estaba embarazada.

“¿Podría decirme qué tipo de relación tiene con el hombre que tenía la carta?”

“No es una carta. Es sólo algo que he copiado.” Dijo la consorte. Maomao optó por tomarlo como una negación de cualquier relación con el hombre, por débiles que fueran los términos. “Es el hijo de un criado. Lo único que hizo fue cuidarme un par de veces cuando era pequeña. La última vez que lo vi fue en la mansión cuando volví del convento. Mi niñera me dijo que era una persona muy seria y adulta.”

Nada de esto sonaba a que Lishu estuviera mintiendo; Maomao se inclinaba a creer a la consorte.

“Nunca le envié ninguna carta, y la única razón por la que envié algo a casa fue porque enviaron un regalo a Su Majestad, y él pensó que debían recibir algo a cambio. Como tal yo no envié nada. Lo más parecido a una carta de ellos es cuando me llega la noticia de mi padre a través de mi niñera.”

Lo irónico de la situación era que Lishu estaba mucho más habladora de lo habitual. Sin embargo, cada vez que sus ojos se cruzaban con los de Maomao, volvía a apartar la mirada. Era normal en ella, y Maomao no le dio importancia. “He oído que la carta estaba escondida entre una entrega a tu familia. ¿Crees que es posible?” Preguntó.

“Es imposible decirlo.” Respondió, no Lishu, sino su dama de compañía. “La mayor parte de lo que Lady Lishu envía a su familia son regalos de Su Majestad. Se supone que alguien de su casa debe venir a recogerlos inmediatamente después de que el palacio posterior haya terminado de procesar las mercancías.”

No se estipulaba *quién* vendría a recogerlos, pero parecía haber sido el hijo de este sirviente. En otras palabras, no se podía probar nada, pero tampoco se podía refutar nada. Si la antigua jefa de damas de compañía de Lishu pretendía desacreditarla, sería natural que investigara el asunto.

“¿Y no hay señales de que la antigua dama de compañía en persona haya enviado nada a nadie?” Preguntó Maomao, pero tanto Lishu como su actual jefa de damas de compañía negaron con la cabeza.

“Al menos sé que no envió nada después de que yo redactara esa copia.” Dijo Lishu. Si la imperiosa ex jefa de damas de compañía no había enviado nada, sus lacayos tampoco habrían podido hacerlo. De todas formas, en el palacio posterior se llevaban registros de esas cosas, por lo que habría sido bastante fácil comprobarlo. Entonces, ¿cómo había llegado la copia manuscrita de Lishu a la casa del joven?

“Ella afirma que esta «carta» estaba empaquetada con el envío, pero me cuesta imaginar cómo llegó allí.” Dijo Maomao. No habría sido posible envolver físicamente nada con ese papel. ¿Quizá lo metieron entre el material de embalaje para evitar que se rompiera?

“Al parecer, estaba enrollado con fuerza, casi como una cuerda. El papel que vimos estaba muy sucio y terriblemente andrajoso.” Contestó la jefa de damas de compañía.

“Es cierto...”

Eso facilitaría el trabajo al culpable. Incluso si la persona equivocada recibiera la carta, no sabría lo que contiene; pensaría que es un trozo de cuerda y la trataría como tal. ¿Y qué pasa si la tiran? Sería muy fácil recuperarla. De hecho, cualquiera en la casa de la Consorte Lishu podría esperarse razonablemente que lo hiciera.

“¿Cambió algo después de que escribieras ese texto?”

La consorte y su dama de compañía se miraron. Ambas ladeaban la cabeza, como si quisieran decir... bueno, sí y no. No se acordaban.

Supongamos, por el bien del argumento, que la antigua jefa de damas de compañía realmente fuera la criminal en este caso (las pruebas parecían ciertamente crecientes). Incluso si así fuera, sería una estratagema difícil de llevar a cabo en solitario. Debía de tener un cómplice fuera del palacio posterior. ¿Cómo se habían comunicado entre ellos?

Podemos preocuparnos de eso más tarde, se dijo Maomao. Se les estaba acabando el tiempo y había algo más que quería preguntar. “Una cosa más.” Dijo, y sacó papel y un juego de escritura portátil. “Esta novela que la criada te pidió que copiaras. ¿Podrías escribir todo lo que recuerdes?” Inmediatamente empezó a moler la tinta.



“¿No le apetece un té, Lady Lishu?” Preguntó Kanan, la dama de compañía de la consorte. No era la primera vez que lo hacía. Pero Lishu negó con la cabeza. No tenía otra cosa que hacer que beber té, pero sentía que si seguía bebiendo, su vientre se haría papilla.

Kanan era la única dama de compañía que acompañaba a Lishu. Una dama era suficiente, dadas las circunstancias; pero lo humillante era que a Lishu nunca se le había dicho específicamente que no trajera a otras mujeres. Sólo Kanan había estado dispuesta a seguirla hasta allí.

Lishu había empezado a pensar que por fin se estaba acercando un poco más a algunas de sus otras damas de compañía, pero al parecer había sido una ilusión. Sobre todo en el caso de la criada a la que Lishu había copiado una novela porque no sabía leer y por la que ahora era considerada una criminal. Le daban ganas de llorar, pero llorar no haría más que complicarle la vida a Kanan, la única persona que se había quedado con ella.

Aquí en su torre, Lishu no tenía ninguna diversión en particular, ni siquiera ventanas; ninguna forma de pasar el tiempo. Sus dos opciones eran comer o dormir. Prácticamente no entraba luz en su habitación, de modo que incluso en pleno día era necesario encender velas para ver, y la constante penumbra no hacía más que empeorar su depresión.

Las únicas personas que habían venido a visitarla eran la apotecaria (la misma que una vez había servido en el palacio posterior), y el padre de Lishu, Uryuu, una sola vez. Lishu había sido enviada a esta torre inmediatamente después de la llegada de Ah-Duo, así que no esperaba ver a la antigua consorte hasta dentro de un tiempo. En cuanto a su padre, su única pregunta había sido: “¿Así que realmente *no* hiciste ese ridículo truco?”

“No, señor.” Había respondido Lishu débilmente. Era todo lo que podía hacer. La apotecaria había demostrado que Uryuu era en realidad su verdadero padre, pero esos rencores tan antiguos no se disipaban instantáneamente en la vida real como en las obras de teatro. Puede que su padre finalmente creyera que era su hija, pero tenía otros hijos.

Había rechazado a su madre, ¿por qué iba a sentir de repente afecto por la hija que había tenido con ella? Lishu sabía perfectamente que era improbable que las cosas cambiaran, pero le dolió enfrentarse a la realidad.

“Voy a limpiar esto, milady.” Dijo Kanan, recogiendo los utensilios de té y sacándolos de la habitación. En los aposentos de Lishu no había donde conseguir agua, así que cualquier lavado debía hacerse en un piso inferior. A Kanan se le permitía cierta movilidad, pero Lishu estaba obligada a permanecer en el tercer piso. Si alguna vez bajaba, era sólo con el permiso de su guardia.

Lishu suspiró y se estiró sobre la mesa. El viejo edificio crujía cada vez que ella se movía. Los pisos superiores parecían estar aún en peor estado, y a Lishu a veces le preocupaba que un día el techo se viniera abajo.

Le parecía que había alguien más encerrado aquí, aparte de ella. Como la escalera daba la vuelta al exterior del edificio, para llegar a los pisos superiores había que pasar por las habitaciones de los pisos inferiores, y varias veces al día, alguien —alguien que no era Lishu ni Kanan— subía por las escaleras. Kanan informó de que esa persona llevaba comida o mudas de ropa, así que debía de haber alguien arriba en la misma situación que Lishu.

Sin embargo, no tenía forma de averiguar quién era, e incluso si lo hacía, era posible que descubriera que había sido mejor no saberlo.

Sin nada más que hacer, Lishu pensó que podría intentar dormir un poco, pero entonces oyó un ruido por encima de ella. Miró sorprendida al techo. Era un edificio antiguo; debía de haber algún ratón por allí. Pero uno se pone nervioso cuando está solo en una habitación poco iluminada. Lishu estaba tan asustada que pensó que podría intentar salir.

Tump, tump, tump. Los ratones no pisaban así. Lishu seguía asustada, pero ahora también estaba extrañamente intrigada. Los sonidos parecían proceder de la habitación de al lado, así que Lishu tomó la manta de la cama y, cubriéndose la cabeza con ella, se asomó con cautela por la puerta.

“Eres sólo un ratoncito, ¿verdad? Di «ikkk»!”

Era una petición tonta. Antes, cuando Lishu ignoraba las burlas de sus damas de compañía, había adoptado una actitud imperiosa con las sirvientas que acudían a su pabellón, planteando con frecuencia exigencias tan infantiles. Le habían dicho que había que imponerse a esas mujeres de baja alcurnia para que supieran cuál era su lugar, y ella lo había creído acriticamente. No era de extrañar que las criadas no la apreciaran: no sabía hacer nada por sí misma y, sin embargo, iba por ahí dando órdenes.

El golpeteo cesó, pero justo cuando Lishu suspiraba aliviada, se oyó un tremendo estruendo, acompañado del tintineo de algo que se rompía. Lishu se sobresaltó tanto que se cayó de espaldas.

Y entonces oyó mucho más que un chillido.

“¿*Hola?*” Dijo una voz. “¿*Hay alguien ahí?*”

Capítulo 14:

Escándalo (Segunda Parte)

“¿Recuerda algún libro como este?” Preguntó Maomao, mostrando el resumen que Lishu había escrito al anciano que regentaba la librería. Había intentado que Lishu escribiera lo esencial de la historia y algunas de sus impresiones sobre ella; no habían tenido tiempo para más. Por desgracia, entre las cosas que Lishu no había podido recordar del libro estaba el título. Sólo había copiado la parte que le había pedido la criada, y al resto del libro sólo le había dado una lectura superficial.

No había mucho que Maomao pudiera hacer. Para demostrar que la “carta” incriminatoria era en realidad el manuscrito de un libro, tendrían que encontrar el libro del que se había copiado. Lishu les dijo que el libro que le habían dado estaba escrito a mano, no impreso, pero había tenido una cubierta atractiva, lo que sugería que tal vez se trataba de un producto a la venta, sólo que con una distribución reducida.

“Hrm... A mí me parece una historia de amor normal, no es que preste mucha atención a ese tipo de cosas.”

“Tengo que pensar que al menos hojeas todo lo que almacenas.”

“Ahh, hay tantos libros hoy en día. Y mis ojos ya no son lo que eran.” El librero bostezó. Ya estaba prácticamente jubilado; su hijo se

ocupaba de la mayor parte del negocio. Obviamente, quería que Maomao se diera prisa en irse a casa para poder echarse una siesta.

No se equivocaba al afirmar que la historia parecía un romance al uso, pero tenía un toque político, el tipo de cosa que habría llamado la atención de los censores. La historia contaba que un joven y una joven de familias nobles rivales se enamoraban a primera vista y luego, bla, bla, bla, todo acababa en tragedia.

Maomao se llevó una mano a la frente: así no iba a ninguna parte. Había otras dos librerías en la capital, ambas más pequeñas que esta. Tal vez tuviera que recurrir a librerías de otras ciudades.

Su inquietud se vio interrumpida por un hombre que entró con una carga considerable a la espalda. “Hola.” Le dijo a Maomao.

“Ah, has vuelto.” Dijo el anciano, debía de ser su hijo.

“¿Qué haces, papá?” Preguntó el joven, dejando su carga y dirigiendo una mirada de duda al mayor. “No estarás actuando otra vez como si los clientes fueran una molestia, ¿verdad?” El hombre conocía bien a su padre.

“Me estaba molestando sobre si reconocía este libro. No leo todas las malditas páginas que pasan por aquí, ¿sabes?”

“Déjame ver.” Dijo el hijo del tendero, tomando el resumen de Lishu y entrecerrando los ojos. “Oh, este...”

Se arrodilló y rebuscó en el fajo que había traído, hasta que encontró un libro en particular. La portada mostraba a un hombre y una mujer jóvenes, pero había algo extraño en la imagen.

Le pasó el libro a Maomao, y ella empezó a leer inmediatamente. Incluso hojeando las páginas, era obvio que se parecía a la historia que Lishu había descrito. Entonces se detuvo en una página en particular. “Esto de aquí...” Dijo. Era muy parecido a un pasaje que Lishu había escrito de memoria. Parecido, pero algunos detalles eran diferentes, las palabras exactas eran distintas. Sin embargo, el significado era casi idéntico.

“Sí, hay algunas cosas raras ahí, ¿eh? Dicen que es una traducción de una obra muy popular en occidente.”

“¿Una obra? ¿De occidente?”

“Claro. Algunas de las descripciones suenan un poco raras, ¿verdad? Quien lo tradujo no sabía cómo era el mundo para los nobles de allí, así que cambió nombres, costumbres y demás para que sonaran como los de aquí. Luego, cada persona que lo copió hizo más cambios para adaptarlas.”

Eso hizo que Maomao volviera a mirar el resumen de la consorte. Lishu había incluido el nombre de uno de los personajes principales, y a Maomao le había llamado la atención porque no parecía un nombre normal. Ahora se daba cuenta de que era un nombre occidental, transliterado directamente a su lengua con caracteres arbitrarios.

Volvió a hojear las páginas del libro en busca de aquel nombre inusual, pero no lo encontró. Sin embargo, encontró otro pasaje muy similar, aunque con nombres perfectamente comunes.

“Me pregunto si estaba leyendo algún ejemplar anterior de este libro. Aunque se supone que este es bastante antiguo.” Dijo el hijo.

“¿Dónde puedo conseguir una copia de esto?” Preguntó Maomao.

“Se lo compré al copista. Creo que dijeron que lo habían recibido el verano pasado. Pero esperamos imprimirlo, así que si vas a intentar comprar uno ahora, te podemos ayudar.”

En otras palabras, lo más probable era que la Consorte Lishu hubiera utilizado una copia que había estado en circulación antes del verano anterior. Maomao se detuvo en seco: ¿no había ocurrido algo más en el palacio posterior justo por aquel entonces?

“La caravana...”

“¿Hm? ¿Qué es eso?”

“A la chica le gusta hablar sola, ¿verdad?” Comentó el viejo librero. Tanto él como su hijo miraron a Maomao, pero ella tenía otras cosas en la cabeza.

La caravana habría podido traer libros traducidos del oeste. Y el cargamento no habría sido inspeccionado muy de cerca, como habían descubierto por el problema con los abortivos justo después de la visita de la caravana. Habría sido fácil conseguir uno o dos libros mientras las damas de compañía de las consortes superiores hacían sus compras.

“Entonces, ¿qué?” Dijo Maomao. “¿Alguien se topa por casualidad con este libro entre las mercancías de la caravana, lo compra y luego intenta utilizarlo para acabar con ella? ¿Y la carta? ¿Había alguien dentro?”

“No tengo la menor idea de lo que estás balbuceando. Eres rara...”

“Papá, sé amable.”

Maomao se lo pensó mucho, ignorando la conversación, pero no podía atar cabos, no ahora.

“Deme esto.” Dijo, empujando el libro hacia el tendero.

“Diez monedas de plata.” Resolló el anciano, mirándose los pies.

“¡Eso es un robo! Esto no es un pergamino ilustrado de lujo. Tiene una portada lamentable, errores por todas partes... ¡es como si el copista lo hubiera hecho de la noche a la mañana!” Maomao no era tan estúpida como para pagar lo que pedía.

“¡No, papá, no está a la venta! ¡Vamos a utilizarlo para imprimir!” Dijo el hijo, interponiéndose entre Maomao y su padre.

“¡Dos piezas de plata! ¿Un compromiso justo?” Dijo Maomao.

“Nueve monedas y media de plata.”

“¡Te digo que no está en venta!”

Treinta minutos más tarde, Maomao consiguió el libro por seis monedas de plata y salió de la tienda con el hijo mirándola torvamente.



Empezaba otro día. Otro día de nada más que comer y dormir.

“¿Qué tal si hoy usa esta túnica, Lady Lishu?” Preguntó Kanan, mostrando un traje azul. Era uno de los favoritos de Lishu, pero estaba tan deprimida que no tenía ganas de elegir ropa.

“De acuerdo. Está bien.” Dijo ella. Estaba demasiado cansada para decirle a Kanan que trajera algo diferente. Una vez cambiada, Kanan preparó el desayuno. El agua estaba en el piso inferior al de Lishu, pero la comida se preparaba en un lugar completamente separado. Kanan parecía hacer todo lo posible por apresurarse a traer la comida de Lishu, pero siempre se enfriaba para cuando ella llegaba, y Lishu se encontraba sorbiendo sopa tibia.

“Voy a salir un momento.” Dijo Kanan. Salió de la habitación, y Lishu pudo oírla bajar las escaleras. No habría nada que hacer hasta que volviera, pero en los últimos días esos momentos no habían estado vacíos.

“*Lishu, ¿estás ahí?*” Preguntó la voz desde la habitación contigua. Lishu, abrazada a su almohada, entró en la otra habitación y se sentó, apoyada en una cómoda. Con la almohada en la mano, miró al techo. Había una curiosa tubería asomando por uno de los varios agujeros que se habían formado en la destartada carpintería. Los pasillos y las escaleras, por donde todo el mundo tenía que pasar, se mantenían en

buenas condiciones, pero no parecía que se hubieran tomado el tiempo de revisar cuidadosamente cada habitación.

“Estoy aquí, Sotei.” Llamó Lishu. En respuesta, un aroma se coló por el techo; dulce y amargo a la vez, era de lo más inusual. Al principio, a Lishu le había parecido muy extraño, pero se había convertido en una fuente de consuelo. Sin duda era algún perfume que llevaba la persona que estaba encima de ella.

Esa persona era una mujer joven, como Lishu, y como Lishu, estaba atrapada en esta torre por razones que escapaban a su control. La primera vez que hablaron, hace unos días, le dijo que se llamaba Sotei. Su voz era tenue y frágil, pero había conseguido arrancar una parte podrida del suelo, atravesar el debilitado techo y empujar esa tubería hasta la habitación de Lishu. Obviamente, era una persona mucho más fuerte que Lishu.

La consorte se había sorprendido —de hecho, aterrorizado— la primera vez que había oído la voz desde arriba, pero una vez que se dio cuenta de que quien hablaba no era ni un ratón ni un fantasma, sino una joven de su edad, Lishu se abrió a ella con sorprendente rapidez. Si algo le sobraba a Lishu era tiempo para matar. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, le había dicho a Sotei su nombre, pero para su alivio, no había habido ninguna reacción en particular. Quizá Sotei no sabía quién era Lishu.

“Me pregunto qué servirán hoy.” Dijo Sotei.

“Ayer fue congee de cinco sabores, así que espero que hoy nos den pollo y huevo. Me gustaría que pararan con todo el marisco...”

Era tan extraño cómo, a falta de otra cosa que hacer, el simple hecho de comer se convertía en un entretenimiento en sí mismo.

“Así es, no puedes comer marisco, ¿verdad? ¡Pero está tan bueno!”

“Puedo comer algunos. Pero siempre me siento rara por ello...”

Para la Consorte Lishu era casi igual de extraño que nunca se quedara sin palabras con Sotei. Quizá fuera porque no podían verse.

Lishu nunca había preguntado específicamente por qué Sotei estaba aquí, en la pagoda, pero cuando Lishu dijo que la habían encerrado por cargos imprecisos, Sotei se ofreció voluntaria diciendo que ella estaba en una situación muy parecida.

“Realmente no hay nada que hacer por aquí, ¿verdad? Mucho tiempo libre y nada para llenarlo.” Dijo Sotei.

“Dímelo a mí. Nunca he sido más sensible al sonido de pasos en mi vida.”

“¡Sé lo que quieres decir! Sabes quién tiene que ser: es el sonido de tu comida llegando, ¡y comienzas a impacientarte!”

“¡Cuanta glotonería!” Dijo Lishu, y escuchó risitas como respuesta. “Tienes muy buen oído, Sotei. Seguro que me oíste aquí abajo, por eso me hablaste.” A pesar del envejecimiento de la estructura, captar una

voz desde el piso de abajo habría exigido un oído bastante decente. Lishu apenas oía nada de lo que pasaba por encima de ella.

“Es verdad, creo que mi oído es bastante bueno. Por ejemplo, ahora mismo puedo decir que alguien está subiendo las escaleras.”

Lishu se concentró y escuchó, y efectivamente, oyó pasos que se acercaban. Estaba segura de que debía de ser Kanan, pero los pasos pasaron junto a sus aposentos, continuando hacia arriba.

“Espera un momento.” Dijo Sotei. Se marchó un momento y al volver se oyó un ruido metálico. *“¡Qué bueno! Siento decírtelo, pero hoy hay sopa de marisco.”*

“Ugh. ¿Qué hay dentro?”

“Creo que esto es camarón seco. Y esto de aquí podría ser un poco de carne de cerdo...”

“Supongo que puedo comer esas cosas...” No eran sus favoritos, pero podía comerlos o morir de hambre. Si se enfadaba por la comida, sólo le haría la vida más difícil a Kanan.

Hablando de Kanan, pensó Lishu, llegaba tarde. ¿Cuánto tardó en desayunar? Sotei ya había llegado. De hecho, Kanan había parecido tomarse su tiempo los últimos días, había notado Lishu—pero cuando Kanan regresaba, las conversaciones de Lishu con Sotei tenían que parar, así que la consorte había estado dispuesta a pasar por alto los retrasos.

Desde el pequeño tubo del techo, Lishu podía oír a Sotei comiendo. Afirmaba que no tenía ninguna dama de compañía con la que hablar, pero alguien debía haberle llevado la comida a toda prisa si el congee aún estaba caliente.

“Oye, Lishu, ¿quieres saber algo?”

“¿Qué?”

“*Se trata de este piso.*” Lishu estaba en el tercer piso de la pagoda, con Sotei por encima de ella en el cuarto. Desde fuera, había parecido que la torre podría tener diez pisos o más. “*Dicen que hace décadas que no se usa nada por encima del cuarto piso, así que está aún más estropeado que nuestros niveles. Hay que pasar por los guardias al bajar, pero como nadie usa esos pisos superiores, no hay nadie que te impida subir.*”

“Vaya, ¿en serio?”

“*En serio. Quizá sea porque no puedes escapar de los niveles superiores.*”

Había ventanas alrededor del exterior de la torre, pero aunque uno pudiera romperlas y atravesarlas, aún había que tener en cuenta la altura. Lishu, al menos, no creía que pudiera conseguir una escalera que la ayudara a bajar, ni quería intentarlo. Un intento de fuga tan llamativo nunca escaparía a la atención de los guardias.

El mayor problema, sin embargo, era que aunque Lishu consiguiera salir, no había ningún lugar al que pudiera ir. Seguía esperando que

Lady Ah-Duo la visitara, pero la ex consorte nunca había acudido a la torre. Sin embargo, apenas habían pasado diez días desde su último encuentro, y Lishu sabía que sería petulante hablar del tema.

Ni la apotecaria ni el padre de Lishu se habían puesto en contacto con ella. Era fácil decir que no había pasado tanto tiempo, pero cada día que pasaba aumentaba la ansiedad de Lishu. Si no hubiera tenido a Sotei para hablar, pensó que ya se habría vuelto loca.

“Tengo una idea. ¿Quieres intentar ir a los pisos superiores?”

Aquella sugerencia, en aquel momento concreto, provocó una conmoción en el corazón de Lishu. “¿Qué? ¿Qué quieres decir con los pisos superiores?”

“La guardia entre la tercera y la cuarta planta se cambia tres veces al día. El guardia de turno baja a llamar al siguiente, y durante esos minutos no hay nadie. No cambian a todos los guardias a la vez, por supuesto, así que no puedes bajar, pero podrías subir. Yo, bueno, podría hacerlo en cualquier momento. No hay nadie por encima del cuarto piso.”

Podría subir.

“Podríamos ver toda la capital desde allí arriba. ¿Por qué no echar un vistazo? ¿Qué hay de malo?”

Lishu no dijo nada de inmediato. Mientras las palabras de Sotei llegaban hasta ella, iban acompañadas de ese olor casi dulce, casi amargo. Lishu sintió que le gustaría mucho ver la capital, pero por el

momento no dio un solo paso. “Me acompaña una dama de compañía.” Dijo. “Si desapareciera, se daría cuenta enseguida.”

“No le has hablado de mí. ¿Por qué?”

A Lishu le resultaba difícil responder a esa pregunta. Una voz desde el techo parecía algo difícil de explicar, y temía que Kanan intentara que dejara de hablar con Sotei.

“¿Te preocupa lo que ella pensaría al respecto? ¿Ella, una asistente que te deja sola mientras disfruta de estar libre de esta torre?”

Lishu sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pero no podía negar lo que Sotei estaba diciendo. Lishu sabía perfectamente que sólo había una Kanan, su principal dama de compañía, y que no podía estar con Lishu constantemente todo el día, todos los días. Y sin embargo, incluso en este mismo momento, ¿no estaba ella fuera, saboreando el aire libre, mientras Lishu languidecía aquí?

La consorte sacudió la cabeza enérgicamente, como si pudiera deshacerse de ese pensamiento. “¡Eso no es lo que está haciendo!”

“No. No, por supuesto que no. Es una mujer demasiado amable como para dejarte aquí y olvidarse de ti, Lishu.” Sotei parecía intentar retractarse un poco de sus palabras, quizás por amabilidad hacia Lishu. *“Ojalá pudieras ver la vista desde aquí arriba. Ojalá pudiera compartirla contigo. Si alguna vez cambias de opinión, sube. Dile a tu*

dama de compañía que se tome medio día libre, con eso bastará. Cambian a los guardias a las...”

Lishu miró al suelo y escuchó a Sotei describir el momento de los cambios de guardia. Luego Sotei se fue a terminar su comida, retirando la tubería del techo para que Kanan no se diera cuenta.

Volvieron a oírse pasos, y esta vez era Kanan, que entró en la habitación diciendo: “Siento haberla hecho esperar tanto, Lady Lishu.” Parecía tener algo de sudor en la cara, pero en algún momento le había dado tiempo a cambiarse de ropa, incluida una nueva faja.

Kanan puso el desayuno de Lishu sobre la mesa y la consorte sujetó el cuenco, tomó una hoja de loto y empezó a comer el odiado arroz con marisco. Estaba frío como una piedra, las gachas eran como pegamento en la boca, espesas, pegajosas y sin sabor.

Capítulo 15:

Escándalo (Tercera Parte)

“¡No lo entiendo!”

Esa fue la única valoración que Maomao pudo hacer del libro en el que había gastado tanto dinero. Lo había leído dos veces, pensando que quizá la primera vez se había perdido lo más interesante. Aún desconcertada, lo copió todo. Y hasta aquí había llegado.

“Es que no lo entiendo.”

Se trataba de algo más profundo que si el libro le parecía interesante o no. El problema se reducía a una cuestión de emociones. Como experimento, mostró el libro a las cortesanas de la Casa Verdigris, y enseguida se desató una lucha entre las mujeres por leerlo, con los ojos brillantes. No parecía importarles que el texto estuviera plagado de caracteres incorrectos, o que partes del mismo hubieran sido claramente mal traducidas. Parecía ser así de atractivo.

Un chico y una chica de casas rivales se conocen en un banquete y se enamoran a primera vista. Todo va bien hasta que el chico discute con alguien de la familia de la chica y lo mata. Esto empeora aún más las relaciones entre las dos familias, pero no impide que los jóvenes amantes, que arden en pasión, se casen.

A pesar de la rigidez de la traducción, lo que realmente dejó perpleja a Maomao fue el comportamiento de los protagonistas, ambos llevados por las pasiones de la juventud. Al final de la historia, los dos protagonistas acabaron muertos por un pequeño fallo de comunicación. Podrían haber evitado todo el problema, pensó Maomao, si hubieran sido un poco más metódicos a la hora de mantenerse en contacto y explicarse lo que iban a hacer.

Sin embargo, cuando ofreció esta opinión a las embelesadas cortesanas, fue recibida con algunos apretones de puño y la declaración: “¡Eso demuestra lo *ardiente* y *apasionado* que era su amor!”

Otra persona la sujetó por los hombros y le explicó: “¡Ves, son precisamente esos contratiempos del destino los que hacen que la tragedia brille tanto!”

Maomao no entendía nada.

¿Así que esto era lo que la Consorte Lishu había estado copiando?
¿Había visto algo especialmente atractiva en la historia?

Maomao ya había avisado a Jinshi sobre el libro; el texto que llevaba ahora era una copia que había hecho en el transcurso de una sola noche. No tenía ilustraciones, pero atado con un simple cordel, tenía cierto parecido con un libro de verdad. Había contado con la ayuda de Chou-u, así que el papel no estaba exactamente igualado, y el producto entero tenía... bueno, llamémoslo *carácter*.

“¡Te dije que haría fotos!” Había dicho Chou-u.

“Tal vez la próxima vez. Intenta cortar el papel recto, ¿quieres?”

Se había pasado todo el tiempo en discusiones de ese tipo. Mientras tanto, por mucho que esperara, los asuntos que rodeaban a la Consorte Lishu no parecían progresar. De hecho, nada parecía estar sucediendo.

Sin embargo, recibió noticias de Lahan. Le dijo que pronto se reuniría con occidente y le preguntó si quería participar.

«Occidente» era presumiblemente la enviada de cabellos dorados, la que les había planteado la audaz disyuntiva entre ayuda material y asilo político. Lahan y la enviada ya habían tenido una discusión, pero él afirmaba que aún no se había resuelto nada. Maomao había estado allí, pero con toda la charla sobre política y negocios, no había podido contribuir mucho más allá de calentar una silla más.

De ahí que declinara esta nueva invitación. ¿Y si el excéntrico estratega se enteraba e intentaba asomar la cabeza? Por supuesto, se rumoreaba que estos días estaba ocupado escribiendo una especie de libro sobre el Go. Cuando necesitaba un respiro, en vez de eso, iba a causar problemas a la consulta médica.

Debería hacer su maldito trabajo, pensó Maomao. Se le ocurrió que, al menos en tiempos de paz, el trabajo podría ir mejor para la gente del monstruo si él no estuviera presente, pero cuando estaba en su despacho, Maomao sabía que estaba a salvo, así que deseaba que se

quedara allí. Además, se sentía mal por el personal médico que tenía que sufrir sus incursiones periódicas.

“Últimamente no he tenido mucho trabajo.” Dijo Maomao con un gran suspiro. A veces se dedicaba a hacer reservas de los medicamentos que necesitaba con regularidad, pero últimamente había escaseado la oportunidad de probar fármacos inusuales o inventar nuevos brebajes. A menudo tenía que dejar la tienda en otras manos porque la llamaban para realizar tareas que estaban francamente fuera de su ámbito laboral, lo que había dejado su vocación principal un poco estancada. No ayudaba el hecho de que aún tuviera que enseñar a Sazen mientras elaboraba la mayoría de sus drogas.

Sólo quería probar alguna bebida inusual de vez en cuando. Mezclar un nuevo fármaco y averiguar qué hacía. Había estado probando las medicinas que había comprado en la capital occidental, pero se preguntaba si no habría algo más inusual, más *interesante*.

Encima del botiquín había tres pequeñas macetas para plantas, de una de las cuales brotaba un brote verde del tamaño de la punta de un dedo. Allí había plantado las semillas de cactus. Procedían de un clima seco, así que no las regaba mucho. Tenía la sensación de que, cuando crecieran, podrían tener todo tipo de usos, pero pensar que pasarían años antes de que tuviera la oportunidad de descubrirlos era suficiente para hacerla desfallecer.

A lo mejor tengo suerte y encuentro un hígado de pez globo en el suelo o algo así, pensó distraídamente, mirando las macetas.

La puerta sonó y ella levantó la vista, preguntándose quién sería, para descubrir que el visitante había dejado caer algo a sus pies. Algo envuelto en tela: parecía una rama. Maomao alargó la mano, con los ojos brillantes. Era la cornamenta de un ciervo. Y no sólo eso: aún estaba blanda. Una cornamenta que había estado en proceso de crecimiento, no una que simplemente se había calcificado y caído cuando al ciervo le creció una nueva. Medía casi un *shaku* de largo, y ella sabía exactamente lo que era.

“¡Una cornamenta de terciopelo!” Exclamó.

Era la cornamenta recién crecida de un ciervo. Esa frescura era lo importante a la hora de venderlas: se recolectaban a primera hora de la primavera y las puntas eran un producto especialmente apreciado y caro. Sí, la punta se adjuntó a este. Era bastante larga, pero a juzgar por la suavidad y la forma en que estaba cubierta de pelusa, todavía poseería mucha potencia medicinal.

El brillo de los ojos de Maomao iba acompañado de un hilo de baba que le colgaba de la boca. Los vendedores ambulantes intentaban de vez en cuando vender cornamenta de terciopelo, pero siempre era en polvo, y a pesar de su insistencia en que vendían “sólo los mejores productos”, era obvio que se habían mezclado otras cosas aparte de la punta. Aun así, no faltaban clientes que, pensando que el producto tenía propiedades medicinales, querían una dosis antes de visitar a las cortesanas. Se decía que el medicamento era muy *eficaz* para los clientes masculinos.

Imagínate cuánta medicina podría hacer con un cuerno de este tamaño.

Primero voy a necesitar agua hirviendo, para matar los insectos y coagular la sangre, pensó, mirando con cariño su premio, cuando una gran mano se acercó desde un lado y envolvió el paño alrededor de la cornamenta, arrebatándosela.

¡Eh, manos fuera! Maomao levantó la vista, con el disgusto patente en el rostro, para descubrir a alguien a quien no había visto en mucho tiempo. Llevaba una sonrisa que uno podría haber tomado fácilmente por la de una gentil ninfa celestial, pero la cicatriz que recorría su mejilla derecha demostraba que se trataba de algo más que una belleza idealizada.

“Ha pasado bastante tiempo, Amo Jinshi.” Dijo.

Habían pasado casi dos meses desde su regreso de la capital occidental, durante los cuales no se habían visto. Habían intercambiado algunas cartas, pero siempre sobre asuntos de negocios, y siempre era Basen o algún mensajero anónimo quien traía noticias de Jinshi al distrito del placer.

Ella pensó que parecía un poco más anguloso que antes. Quizá había adelgazado, con el calor que hacía estos días. “¿Duermes bien?” Le preguntó. A pesar de su desmesurada belleza, este noble era sorprendentemente dado a trabajar en exceso, y con frecuencia parecía estar dando tumbos por la fatiga.

“¿Eso es lo primero que me dices? ¿Y para qué extiendes la mano?” Jinshi miraba la mano de Maomao y sonaba bastante exasperado. Sus dedos se negaban a soltar la cornamenta de terciopelo; tenía el paquete firmemente agarrado e intentaba tirar de él hacia ella.

“Pensé que tal vez podría ser para mí, señor.”

“Me atrevería a decir que por eso lo traje.”

“Entonces si me lo dieras. Por favor.”

“De alguna manera ya no estoy seguro de querer...”

¡Una sentencia de muerte! Maomao agarró la tela con ambas manos y tiró. Jinshi sostuvo la cornamenta por encima de su cabeza burlonamente; Maomao rebotó arriba y abajo dando manotazos, pero él era un buen *shaku* más alto que ella y nunca iba a alcanzarla.

¡Hijo de...!

A pesar de su imprecatorio monólogo interno, en realidad se sintió algo reconfortada, pues era el mismo tipo de recompensa que Jinshi le había ofrecido siempre.

De repente, sin embargo, sintió que se inclinaba en mitad del salto. Por un segundo, vio el techo, hasta que el rostro de Jinshi apareció sobre ella. Su amable sonrisa de un momento antes había desaparecido; en su lugar, una luz dura en sus ojos atravesó a Maomao como una espada. Justo en medio de su salto hacia la cornamenta la había agarrado con la mano libre.

“Amo Jinshi. La cornamenta, por favor.” De alguna manera, era lo único que salía de su boca. Incluso se podría decir que si hubiera dicho otra cosa, no sería Maomao.

“Escucha lo que tengo que decir, y luego lo pensaré.”

“Por favor, cambia «lo pensaré» por «te lo daré».”

Sólo “pensarlo” era un compromiso demasiado ambiguo cuando se trataba de un superior social, y eso la preocupaba. No quería una oferta de la que él pudiera renegar en cualquier momento; quería una garantía.

“Bien... Te lo daré, pero escucha lo que tengo que decir.”

“Si *todo* lo que tengo que hacer es escuchar, entonces está bien.”

Él entrecerró los ojos, pero no protestó, lo que ella (en cierto modo unilateralmente) interpretó como un acuerdo.

“Ya que estamos, ¿puedo pedirte que me dejes ir?” Dijo.

“Me niego.”

Nada de eso. Así que iba a acabar oyéndole en esas condiciones, con la espalda apoyada en su rodilla. Pensó en buscar ayuda, pero la puerta y las ventanas estaban cerradas. Incluso si hubieran estado abiertas, los otros residentes de la Casa Verdigris probablemente sólo habrían mirado sonriendo, así que tal vez no habría importado.

Tal vez Chou-u nos descubra, pensó Maomao esperanzada, pero su maravilloso y adorable mocosito estaba fuera hoy, aprendiendo a dibujar

con su profesor. Ukyou o Sazen, quien estuviera libre, lo habrían llevado allí y luego lo recogerían. El hecho de que la madame lo permitiera parecía una prueba positiva de que creía que habría una forma de dar un buen uso a los dibujos de Chou-u en el futuro.

Jinshi siguió mirando a Maomao con expresión de bestia salvaje que podría morder en cualquier momento, pero al menos fue directo al grano. “¿Estás dispuesta a aceptar... lo que te he propuesto?”

Para ser justos, en realidad nunca había *propuesto* nada. Pero ni siquiera Maomao era tan tonta como para no darse cuenta de a qué se refería. La noche del banquete en la capital occidental, Jinshi le había contado a Maomao la verdadera razón por la que la había llevado. Bueno, de acuerdo, en realidad no se lo había *dicho* con tantas palabras, pero a ella le pareció correcto entender que pretendía casarse con ella.

En la vida real, no era necesario estar locamente enamorado de alguien para casarse. Los poderosos solían casarse como parte de sus juegos de poder, e incluso los plebeyos podían casarse para mantenerse, como un granjero que simplemente necesitaba más manos para ayudar en el campo. Si ambas partes podían obtener algún beneficio de la unión, o al menos si una de ellas era del agrado de la otra, no tenían por qué sentir algo el uno por el otro. Mientras la pareja propuesta no fuera completamente desagradable, lo mejor sería simplemente aceptar.

Aunque tiene gustos extraños...

Seguramente Jinshi podría haber elegido a una mujer hermosa y noble. ¿Quién elegiría una mala hierba como la acedera cuando estaba rodeado de peonías y rosas? Debía de haber alguien más adecuada para él que Maomao.

¡Como la Consorte Lishu! Claro, en ese momento estaba bajo arresto por sospechas de infidelidad, pero mientras Jinshi supiera que era inocente, ¿dónde estaba el problema? La gente podía decir las cosas desagradables que quisiera, pero Jinshi no era de los que se las creían.

Sin embargo, ahí estaba él, volviendo a insistir con un regalo, el siguiente acto de su pequeño drama. Esperaba desesperadamente que no volviera a estrangularla. Esta vez, podría terminar el trabajo.

“¿Tanto me odias?” Preguntó, con su cara ahora menos parecida a la de un perro salvaje y más a la de un cachorro. Amor, odio... algunos querían que el mundo fuera blanco o negro. ¿Por qué no le daba a ella la opción de una zona gris?

“Supongo que no te odio como tal.” Dijo. Puede que incluso piense bien de él. Ciertamente, veía a este noble de forma más positiva que cuando se conocieron.

Jinshi frunció los labios, no muy satisfecho con aquella respuesta evasiva. Tal vez esperaba que ella le dijera directamente que lo amaba, pero, francamente, Maomao no estaba en condiciones de pronunciar esas palabras. Lo mejor que podía decir era que sentía cierto afecto por él.

En cambio, dijo: “El hongo oruga me hizo muy feliz.”

“¿Eso es todo lo que vas a decir?”

“Además, los bezoares de buey fueron de gran ayuda.”

“¿Y qué más?”

“Y quiero esa cornamenta de terciopelo.”

Alargó la mano para tomar el paquete, que Jinshi había puesto a su espalda, pero él le plantó una palma en el vientre para impedir que se sentara, y ella no pudo alcanzarlo. Pateó las piernas de pura frustración, y esta vez él la agarró por el tobillo. Ella estaba tratando de decidir qué podía estar planeando cuando él le rozó el dorso del pie con la punta del dedo meñique.

“¡¿Hrk?!” Maomao se atragantó, retorciéndose. Los numerosos experimentos que había realizado a lo largo de su vida la habían hecho mucho menos sensible al dolor, y las instrucciones de sus varias hermanas mayores también la habían insensibilizado a las cuestiones sexuales, pero incluso Maomao tenía sus puntos débiles. El dorso del pie, y también la espalda, eran irremediablemente vulnerables a un suave roce de los dedos.

“A-Amo Jinshi... ¡Eso... no... es justo!”

“¿Justo? No sé a qué te refieres.” Dijo, y volvió a *deslizar* los dedos. ¿Cómo sabía hacer eso? ¿Cuándo se había descubierto su secreto? ¿Por qué Jinshi conocía el punto débil de Maomao?

“Suéltame. Estás sucio.”

“Eres la única persona del lugar que parece preocupada por ello.”

Odiaba cómo fingía indiferencia. En serio, ¿cómo lo sabía? Sólo unas pocas personas estaban al tanto de la vulnerabilidad de Maomao. La madame, Pairin, y...

Entonces pensó en la dama de compañía, siempre bajo control, en su primer arrebató de vejez, y sus ojos se abrieron de par en par. Suiren la había castigado una vez haciéndole cosquillas con un plumero, pero sólo había estado bromeando y había parado enseguida; Maomao no creía haber delatado lo vulnerable que era aquel punto.

Y pensar que Suiren se había dado cuenta en ese breve encuentro: era realmente aterradora.

Apretó los dientes y se retorció, apretando los labios e intentando no emitir el más mínimo sonido. No lo consiguió.

Los largos dedos se abrieron paso hasta el arco de su pie, provocándole una sacudida, tras lo cual se dirigieron al otro talón. Las cosquillas siguieron avanzando antes de que pudiera acostumbrarse a ellas en un solo lugar, aterrizando en los dedos, la parte superior del pie, el tobillo e incluso la pantorrilla.

Jinshi la miró con una sonrisa, totalmente en control de las cosas. Parecía saborear el espectáculo de Maomao, que se agitaba como un pez a pesar de sus esfuerzos por controlarse. En tono burlón, le rozó la punta del pie, que ahora estaba arqueado como un arco.

Nunca había imaginado que se vengaría así de la última vez. Finalmente, incapaz de aguantarse más, se echó a reír. El libro que Maomao había estado copiando sobre el escritorio cayó al suelo. Pensando por fin, tal vez, que había ido demasiado lejos, Jinshi la soltó.

Maomao controló su respiración, se alisó la túnica y se secó las lágrimas que habían brotado de sus ojos. Al oír eso, Jinshi tragó saliva; parecía confundido y no la miró a los ojos. Su mirada se posó en el libro, que recogió.

“¿Lo ha leído alguna vez, Amo Jinshi?”

“Lo he hecho.”

“¿Qué te ha parecido?”

En el rostro de Jinshi se dibujó una sonrisa irónica: parecía pensar lo mismo que Maomao sobre el libro. Comprendía perfectamente lo que significaba para alguien de noble cuna dejar que sus actos fueran dictados por sus propios impulsos románticos. De no ser así, no podría haber trabajado en el palacio posterior todos esos años.

“Creo que debe haber habido alguna otra manera.”

“Hablar así podría hacer que te despreciaran todas las mujeres del mundo.”

“Aunque supongo que eso te incluye.”

La juventud impaciente daba lugar a la pasión ardiente, y el amor que terminaba en dolor se contaba como hermoso por ser tan trágico.

El texto decía que la joven protagonista de la historia tenía trece años, pero dado que se trataba de una traducción occidental, probablemente tendría catorce o quince, según la cuenta utilizada en Li, donde una persona envejecía un año al principio de cada año. Sin embargo, seguía siendo joven, lo suficiente como para dejarse llevar por sus pasiones, por lo que era imposible descartar la historia sin más.

Maomao nunca habría hecho algo así: a esa edad, ya había sido adoctrinada a fondo en el pensamiento del distrito del placer. Y Jinshi ya se habría establecido en el palacio posterior. Habían pasado esa edad tan impresionable en entornos que eran, a su manera, muy similares.

“Me pregunto si habría sido capaz de cosas así de haber crecido en otro lugar.” Dijo Jinshi, y Maomao pudo darse cuenta de que hablaba con el corazón. No podía negar que podía ser cierto. Pero, en definitiva, era sólo una posibilidad. Un caso hipotético.

En lugar de responder, murmuró: “No quiero ser un enemigo.” Jinshi la miró de reojo como preguntándole de quién era enemiga. “De la Emperatriz Gyokuyou.” Dijo.

¿Entendería Jinshi lo que estaba diciendo? Si no, estaba bien, pensó Maomao. Había cosas que ni siquiera él sabía.

“Tú...”

Parecía a punto de preguntarle algo más cuando un caballo relinchó fuera. Se oyeron pasos apresurados y luego alguien gritó: “¡Amo

Jinka!” Era un nombre que había utilizado antes cuando visitaba el distrito del placer, y que a menudo asumía.

Jinshi frunció el ceño, preguntándose qué sería esta vez, y abrió la puerta. Había un hombre de pie, sin aliento: uno de los criados que solían acompañar a Jinshi y Basen. “¡Perdone, señor!” Dijo, arrodillándose una vez y acercándose un paso. Miró a su alrededor. Parecía que no quería que Maomao oyera lo que tenía que decir. “Es sobre el asunto de la flor blanca.”

“Entonces ella es más que bienvenida a oírlo.” Dijo Jinshi.

Maomao puso cara de asombro ante la palabra clave, pero el criado disipó rápidamente su confusión. “La Consorte Lishu ha escapado de su habitación en la torre y se encuentra en el piso más alto.” Dijo, con el rostro convertido en una máscara de horror.



Hagamos un rápido viaje al pasado.

El aroma agridulce flotaba por la habitación. Lishu estaba sentada en un rincón, apoyada en su pecho, envuelta en su manta.

“¿Ha oído un poco raro por aquí últimamente?” Preguntó Kanan, pero Lishu negó con la cabeza. La tubería no sobresalía del techo; Sotei, con quien Lishu había estado hablando hasta hacía unos momentos, se había retirado al oír los pasos de Kanan. Kanan había echado un vistazo al deteriorado techo y había dicho que llamaría a

alguien para que lo reparara, pero Lishu le había instado a que no lo hiciera. No quería que ningún extraño entrara en la habitación y, de todos modos, todo el lugar se estaba cayendo a pedazos; arreglar ese trozo del techo no cambiaría nada. Afortunadamente, Kanan cedió.

“Lady Lishu, su comida está lista.” Lishu pudo oír el ruido de la bandeja al ser depositada. Pero sabía que sólo había sopa fría en la mesa. A veces, la ración de guarnición también era escasa. Al principio, incluso esperaba con impaciencia esta pobre comida, pero últimamente ya no le importaba. Se obligaba a comer la mitad, porque Kanan estaba mirando, pero hasta eso le costaba. Tal vez fuera porque pasaba todo el día, todos los días, encerrada en esta habitación, con menos cosas que hacer que en el palacio posterior.

“No se acurruque en un rincón. Colóquese donde haya luz.” Dijo Kanan. Aquí no había luz. Había una ventana en la otra habitación que daba al pasillo, lo que podría decirse que era un poquito mejor que la habitación en la que estaba Lishu ahora mismo, pero eso era todo. Podía salir al pasillo y caminar de una escalera a la otra, pero eso no significaba mucho.

Lishu se levantó tambaleante. El cansancio era terrible. Se sentó en la silla y sumergió la cuchara en el viscoso y pegajoso arroz con leche. Esa era toda su comida, con una pizca de sal apenas perceptible. Pensó que un poco de vinagre negro ayudaría, pero no había.

“Lo siento mucho, milady. Debo haberlo olvidado.” Dijo Kanan con una profunda reverencia. Su disculpa parecía sincera, pero Lishu

no pudo evitar darse cuenta de que llevaba una túnica diferente a la que llevaba cuando se había marchado. ¿Cuánto tiempo había tardado Lishu en darse cuenta de que Kanan se cambiaba de ropa cada vez que iba por la comida de Lishu? La nueva túnica tenía un aspecto y un estampado similares a los de la anterior, como si Kanan esperara que Lishu no notara la diferencia.

Sin embargo, Lishu desconfiaba cada vez más de ella. Lishu se encontraba en esa situación por culpa de un libro que una criada le había dado para copiar. Sospechaba que había sido su antigua jefa de damas de compañía quien se lo había encargado. Ambas personas le habían servido fielmente.

La propia Kanan había estado una vez entre las damas que se burlaban de Lishu, pero había cambiado de opinión después de que alguien intentara envenenar a Lishu en una fiesta en el jardín. Y era cierto que desde entonces había sido mucho más amable con su señora, hasta el punto de que Lishu había insistido en que Kanan se convirtiera en su dama de compañía y no en una mera catadora.

Pero, ¿realmente Kanan había hecho todo esto en beneficio de Lishu? Cuando recién asumió el cargo de jefa de damas de compañía, Kanan tenía una autoridad mínima; las otras damas de compañía a menudo simplemente la ignoraban. Sin embargo, se había mantenido firme y había hecho todo lo posible, o eso creía Lishu. Pero, ¿era cierto? ¿No seguiría riéndose de Lishu con las otras damas a sus

espaldas? ¿No estaría fingiendo simpatía, sólo para volver e informar de lo que había oído en secreto para divertir a las demás?

No podía ser cierto, ¿verdad? Si lo fuera, nunca habría seguido a Lishu hasta esta torre.

Intentó desesperadamente alejar esos pensamientos, pero no la dejaban en paz. En lugar de sacudir la cabeza, se llevó la cuchara a la boca y mordió algo duro.

Escupió en el pañuelo y encontró arroz, restos de sangre y un guijarro del tamaño de la punta de un dedo.

“¡Lady Lishu!” Dijo Kanan, mirándola con preocupación. Quizá había caído arena en la comida por accidente, pero era demasiado grande para ser un grano de arena.

Incapaz de enfocar la vista, Lishu removió el arroz con su cuchara. Dos, tres, cuatro... había demasiadas piedras en el fondo del cuenco como para considerarlo un accidente.

“¡Iré a por un cuenco nuevo ahora mismo!” Dijo Kanan y alcanzó el congee, pero Lishu la detuvo.

“No lo quiero.”

Ni siquiera tenía apetito. No quería tragarse más sopa de arroz fría y asquerosa.

“Lady Lishu...”

“¡No lo quiero! ¡No lo quiero! ¡No lo quiero!” Lishu sacudió la cabeza furiosamente y barrió la comida de la mesa. El cuenco y la bandeja cayeron al suelo con estrépito, la sopa y la guarnición volaron por todas partes. Lishu se tiró del cabello y empezó a moquear. Comenzó a llorar lastimeramente. “¿Por qué? ¡¿Por qué siempre soy yo?!”

Despreciada por su padre, atormentada por su hermanastra, enviada *dos veces* al palacio posterior como instrumento político. Todo eso había sido horrible, pero lo había soportado. Había pensado que si se callaba y hacía lo que le decían, su padre podría ser amable con ella. Esa esperanza se había desvanecido con los rumores de que era hija ilegítima. Resultó que era sangre de su padre, pero su actitud no había cambiado en absoluto. Así es, le carcomía. No podía soportar el hecho de que él fuera de una casa filial, mientras que la madre de Lishu había sido de la familia principal. Por eso sólo le enviaba a las damas de compañía más crueles. Tal vez él había estado detrás de todos los problemas que ella había soportado hasta ese momento.

Lishu no estaba hecha para ser una alta consorte, pero allí estaba, y tenía que levantarse y dejarse comparar con las demás consortes, o intentar encogerse tanto como para ser invisible. Esas eran sus únicas opciones. En la fiesta del jardín, su padre ni siquiera había intentado hablar con ella.

Si no la había querido, ¿por qué la había tenido? ¿Disfrutaba viendo a Lishu sufrir en su limbo? Tal vez todos lo hicieron. Su padre, su

hermanastra, sus damas de compañía, la criada, Kanan, todos... Todos ellos...

Con un sobresalto, Lishu se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba desordenado. El cuenco de arroz estaba roto, la mesa volcada y su silla había caído al suelo. Todo lo que no estaba clavado estaba en el suelo, y Kanan estaba en un rincón, ocultando su rostro con las manos cubiertas de granos de arroz. Un plato yacía destrozado a sus pies. ¿Se lo había tirado Lishu? Había una fina línea roja en la mejilla de Kanan y su expresión mientras trataba de calibrar a Lishu era de terror.

Lishu sintió que se le helaba la sangre. Nunca había querido hacer esto. Sin embargo, era la única que podía haber puesto la habitación patas arriba de esta manera. Su mente se quedó en blanco y empezó a sudar copiosamente.

“Ve...”

“Lady Lishu...”

“Vete de aquí, por favor. Y no vuelvas.” Se arrimó contra la pared, con fuerza, dio un pisotón y gritó. No quería hacerlo. Pero era lo único que saldría de su boca.

“Lo siento mucho.” Dijo Kanan. “Iré a cambiarme...” Miró con tristeza alrededor de la habitación revuelta, y luego se fue.

Cuando los pasos de Kanan desaparecieron, Lishu se hundió en el suelo. Sus ojos se nublaron de lágrimas al mirar al techo. Ella no quería

hacer esto, así que ¿por qué lo había hecho? Sentía la necesidad de atacar a alguien para no ser atacada de nuevo, y en su ansiedad había arremetido contra Kanan.

La cara de Lishu debía de estar hecha un desastre. Le entraron ganas de sollozar, pero si se ponía a llorar, podría venir alguien. En vez de eso, se abrazó las rodillas con fuerza.

“¿Lishu? ¡Lishu!” Llegó la voz desde la habitación contigua. La tubería estaba asomando por el techo, y Sotei estaba hablando con ella. Con sus oídos, ella debe haber oído todo el intercambio humillante. “¿Qué está pasando? Parece que tu dama de compañía se ha ido.”

“No es nada.” Dijo Lishu, sentándose de nuevo junto a la cómoda. El olor agrisado la tranquilizó, y la voz apagada de Sotei calmó su ansiedad.

Se preguntó quién era Sotei.

“Tengo una idea, Lishu.”

“¿Y eso sería?”

“Pronto cambiarán la guardia. ¿No quieres subir?”

Su voz era dulce, agradable. En cualquier otro momento, Lishu habría dudado sobre la decisión y luego la habría rechazado. Pero ahora, ahora ella no albergaba duda alguna.

No tenía ninguna razón para no aceptar la sugerencia de Sotei.

Lishu pegó la oreja a la puerta y escuchó los pasos. Escuchó cómo bajaban desde arriba, pasaban y seguían bajando. Oyó el latido de su propio corazón, tan fuerte que temió que el guardia que pasaba por allí lo notara. Intentó no respirar. No era como si el guardia fuera a pensar que algo era inusual si escuchaba un sonido en ese momento, pero lo que Lishu estaba a punto de intentar la tenía en un estado de ansiedad absoluta.

Oyó los pasos llegar al pie de la escalera; oyó una puerta abrirse y cerrarse. Intentando frenar la aceleración de su corazón, Lishu salió por la puerta.

Dio un paso lento hacia el pasillo. Llevaba los zapatos en la mano para que no la delataran. Subió las escaleras paso a paso y abrió la puerta, muy despacio, para que no hiciera ruido.

La siguiente planta estaba aún peor que la de Lishu. Al menos sus aposentos habían sido barridos, pero este nivel parecía plagado de polvo. Se puso los zapatos y miró a su alrededor. Había varias habitaciones en esta planta, pero sólo una de ellas tenía la puerta abierta. Lishu, que seguía luchando contra sus pulsaciones, llamó a la puerta. “¿Sotei?”

No parecía haber respuesta. Lishu acababa de darse la vuelta, pensando que debía de haberse equivocado de habitación, cuando algo la envolvió por detrás.

“¡Ja, ja! Bienvenida a mi humilde morada.” La voz de una joven, ya no amortiguada, sonó en el oído de Lishu. La mano que la había

agarrado era delicada y pálida, surcada de venas azules. “No puedo decirte cuánto tiempo he estado esperando.” Tenía el mismo olor único, dulce y amargo a la vez. El mismo que había llegado hasta Lishu a través del techo.

“¿Sotei?” Volvió a preguntar Lishu, sintiendo la piel de gallina en el cuello. Sotei parecía apoyar la barbilla en la cabeza de Lishu y algo le hacía cosquillas en la nuca. Era un manojo blanco: los mejores hilos de seda. Una borla para algo, tal vez.

“Tienes una piel muy bonita, Lishu. Un color bueno y sano, pero no bronceado por el sol.” La punta del dedo de Sotei se deslizó por la mejilla de Lishu. “Y este precioso cabello negro. Tienes a alguien que se preocupa lo suficiente como para peinártelo incluso en un lugar como este. ¡Qué envidia! Ooh, pero un comedor desordenado, ¿no? Tienes un grano de arroz aquí.”

Sus delicados dedos arrancaron el grano de arroz que estaba pegado en el cabello de Lishu, lentamente, casi como si lo estuviera raspando, y luego lo dejó caer al suelo. Tenía los dedos enrojecidos, como quemaduras que acababan de curarse.

“Lo siento mucho por ti.” Dijo Sotei. “Mamá muerta cuando aún eras un bebé, utilizada como herramienta política prácticamente desde que podías andar. Rechazada por tu familia, burlada por tus propias damas de compañía...”

¡Sí! Sí, esa era la historia de Lishu.

“De verdad, es una pena. Nadie te entiende. ¿Por qué supones que siempre eres la víctima?”

La suave voz y el aroma envolvieron a Lishu. Podía sentir el calor corporal de la piel pálida. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que sintió a otra persona tan cerca de ella. Al punto de pensar que podría derretirse.

“Todos son terribles contigo. No eres más que dulce y amable, y lo único que hacen es intimidarte y convertir tu vida en una pesadilla.”

Lishu, casi derritiéndose en el dulce olor, asintió a las palabras de Sotei. Sí, es cierto. Siempre la estaban acosando. Ignorándola. Utilizándola.

¿Qué había hecho mal Lishu?

Desde hace mucho tiempo...

Durante mucho tiempo...

Una pregunta a medias vagó por la mente confusa de Lishu. Se preguntaba cuándo le había hablado a Sotei de su padre.

“Todos te dejaron sola, comiendo comida fría en una habitación lúgubre. Increíble.”

¿Cuándo había mencionado que la comida estaba fría? Se le ocurrió la pregunta, pero no conseguía que su cerebro funcionara. Sin embargo, sintió que el abrazo de Sotei se aflojaba y consiguió darse la

vuelta, para enfrentarse por fin a alguien a quien hasta ese momento sólo conocía como una voz.

“¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¿Tengo algo en la cara?”

La chica que sonreía ante Lishu era de un color que nunca había visto. Era hermosa, a su manera. Su figura era como la de un melocotón, sus labios carnosos y rojos como cerezas. Pero su piel parecía... incolora. La gente del oeste tenía la piel pálida, pero esta era mucho, mucho más pálida que eso. Lishu nunca podría haber conseguido que su piel fuera tan blanca, por mucho que se maquillara con polvos blancos. El cabello de Sotei también era como el de una anciana. Era el cabello que Lishu había tomado por una borla, el cabello que corría recto por su espalda.

“¿Te parezco extraña?” Preguntó Sotei. Sus cejas, lentamente fruncidas, también eran blancas. Y sus ojos, eran rojos como rubíes.

De camino a la capital occidental, Lishu había oído rumores de que había una mujer parecida a uno de los inmortales míticos que causaba problemas en todas las regiones y hacía bailar a los poderosos de la capital en la palma de su mano.

“Es usted. La Dama Blanca...”

“Así que sabes de mí. Entonces, somos iguales.” Sotei hizo girar el cabello de Lishu alrededor de la punta de su dedo. “Porque yo también sé de ti. Sólo que nunca pensé que nos encontraríamos en el mismo

lugar.” Sonrió y tiró del cabello de Lishu. “¡Este cabello negro me da envidia!”

Lishu no podía hablar.

“¡Y tu piel sana! Puedes salir al sol y no se inflama ni se quema.”

Lishu seguía en silencio.

“Ni siquiera soporto la luz de una ventana. ¿Te quejabas de la penumbra, Lishu? ¿De la oscuridad? Esos rincones sombríos son los únicos en los que puedo sobrevivir.”

Sotei tenía los ojos entrecerrados y miraba fijamente a Lishu.

“Tengo algo que decirte. ¿Todo el tormento que te han infligido? No puedes culpar a nadie por ello. Es culpa tuya.” Unos dedos delgados danzaron por la mejilla de Lishu, con las ásperas yemas arañando su piel. “Nunca tuviste que pasar hambre mientras crecías, y te ponías todas tus bonitas ropas sin rechistar. Pero te quedabas sentada sin hacer nada, ¿verdad, Lishu? Deberías saber que si no puedes protegerte, serás un objetivo.”

Ahora los dedos le pellizcaban la mejilla, clavándose en su piel, hasta que las uñas dejaban arañazos.

“Me da asco mirarte.” Sotei frunció el ceño, con una expresión de desprecio tan brutal como sus palabras. Lishu se encogió sobre sí misma. “Me da asco sólo verte ahí.”

La fría mirada de Sotei hizo que a Lishu le diera un vuelco el corazón. Le recordó a tantas miradas que había visto antes. La de su padre, la de su hermanastra, la de sus damas de compañía...

Los dientes de Lishu empezaron a castañear. Sintió como si fuera a ser absorbida por esos ojos rojos. Por encima de ella, oyó correteos, como de insectos. Le parecieron las voces de las criadas y los sirvientes, que hablaban de ella y la condenaban a sus espaldas.

“No... Para...” Lishu negó con la cabeza; se llevó una mano a la mejilla, que debía de tener marcas rojas de arañazos, y miró a Sotei con miedo en los ojos.

Sotei torció los labios. “Verte me enferma... Es como mirar a mi antiguo yo.”

Lishu ya no tenía esperanzas de entender de qué hablaba Sotei. Empezó a correr, desesperada por salir de allí. Corrió por el pasillo decadente y subió las escaleras. Como Sotei le había dicho, la puerta del piso siguiente no estaba cerrada. Lishu siguió corriendo, cada vez más alto. Perdió la cuenta de cuántos pisos había subido. El dobladillo de su túnica estaba sucio y el crujido de las tablas del suelo era ensordecedor.

Vio una puerta que no era como las demás. Para empezar, tenía cerradura, pero se estaba pudriendo. Lishu agarró el picaporte. La puerta era algo pesada, pero la abrió y se encontró con un cielo plomizo. Sin duda, los gobernantes del pasado, que contemplaban toda

la capital desde este mirador con una copa de vino en la mano, habían creído que su gloria duraría para siempre.

Era un balcón, aunque uno devastado por la exposición a los elementos. Lishu dio un paso experimental y comprobó que la madera gemía débilmente bajo sus pies.

Normalmente se habría quedado paralizada por el miedo, pero ahora avanzaba, paso a paso. La barandilla estaba igualmente deteriorada; toda la pintura se había descascarillado. El viento soplaba, le azotaba las mejillas y le despeinaba el cabello.

Lishu podía ver pájaros volando. Parecían tan libres. Extendió la mano hacia ellos, pero, por supuesto, no pudo alcanzarlos.

Se miró la mano, que se agarraba inútilmente al cielo.

Capítulo 16:

Basen y Lishu

Cuando Maomao y Jinshi recibieron la noticia, se apresuraron a llegar a la torre a caballo. No hubo tiempo de conseguir un carruaje; en su lugar, tomaron la montura en la que había llegado el mensajero, con Jinshi a las riendas. Maomao no se molestó en pedirle permiso mientras saltaba detrás de él. Sólo dijo: “Iremos rápido. No te caigas.” Ella lo tomó como un visto bueno. Apoyó la cara en su espalda, que olía a perfume, y se sostuvo, intentando mantenerse erguida.

Cuando llegaron al palacio, Jinshi se quitó la máscara, a regañadientes incluso para mostrar las insignias de su cargo. El caballo ni siquiera aminoró la marcha mientras se dirigían a la torre donde estaba confinada la Consorte Lishu.

Delante de la pagoda ya se había congregado una multitud. Además de los guardias, había burócratas y damas de la corte boquiabiertos, enfrentados a soldados que insistían en que se mantuvieran atrás. En cuanto las damas de la corte se fijaron en Jinshi, se sonrojaron furiosamente, hasta que vieron a Maomao y pusieron cara de indignación. Pero Maomao y Jinshi las ignoraron; no había tiempo para complacerlas.

Pudieron ver a una mujer en el piso superior de la pagoda, una joven que miraba a lo lejos, con el cabello revuelto: era la Consorte Lishu.

Maomao no podía distinguir lo que hacía; parecía estar intentando agarrar algo, extendiendo una mano hacia el cielo.

¿Qué hace ahí arriba? Pensó Maomao. El edificio era tan viejo que crujía bajo los pies; Maomao no podía creer que la tímida consorte hubiera subido hasta el último piso por voluntad propia. Sin embargo, estaba demasiado lejos para distinguir su expresión o adivinar qué intentaba hacer exactamente.

“¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar!” Gritó una voz familiar. Maomao se dio cuenta de que la mujer retenida por los guardias era la principal dama de compañía de Lishu. Estiraba los brazos todo lo que podía, como si fuera capaz de alcanzar la puerta de la torre, pero los guardias no se lo permitían. “¡Lady Lishu...!”

La ropa de la mujer estaba cubierta de barro. Era extraño; no parecía que hubiera llegado allí cuando los guardias la habían detenido. Casi parecía que alguien le hubiera tirado un pastel de barro.

Pero la jefa de las damas de compañía no era la única cara conocida.

“¡¿Qué está pasando?! ¡¿Qué está haciendo la Consorte Lishu ahí arriba?!” Basen se apresuró, sin aliento. Él también debía de haber oído la noticia. Quizá estaba haciendo ejercicio cuando le llegó la noticia, porque vestía lo que parecía un uniforme de entrenamiento de artes marciales en lugar de su habitual atuendo oficial.

La adición de un joven gritón a la aterrorizada dama de compañía no hizo sino aumentar la confusión general. Ahora los guardias tenían

que vérselas con Basen, que se empeñaba en entrar en la pagoda. Intentaron hacerle retroceder, pero se vieron arrastrados.

Ah, la infame fuerza. Maomao lo había aprendido de primera mano en la capital occidental, pero intuía que aquí había algo más que simple poder físico. Sin embargo, no podía pensar en ello ahora; tenían que averiguar qué hacer con la Consorte Lishu.

“¡Cálmense!” Sonó una voz clara y hermosa. Basen y la dama de compañía se detuvieron y miraron a su dueño, Jinshi. Este pasó las riendas de su caballo a uno de los soldados y luego se acercó a los dos. “Iré yo.”

“P-Pero...” Tartamudeó la dama de compañía.

“He dicho que lo iré.” La expresión de Jinshi no admitía discusión. La dama de compañía se hundió en el suelo. Tenía una línea roja en la cara y granos de arroz en el cabello.

¿Alguien la estaba acosando? Se preguntó Maomao. No era imposible. No hacía falta estar en el palacio posterior para encontrar a mucha gente desagradable. Con la noticia de que su señora estaba bajo arresto por sospechas de infidelidad, no sería de extrañar que la jefa de las damas de compañía también sufriera algunas represalias.

Por lo que Maomao pudo ver, esta mujer era la única dama que acompañaba a Lishu, así que debía de haber estado atendiendo a la consorte todo este tiempo, ella sola, sin nadie que la ayudara. Al principio, Maomao no la había tomado más que por una degustadora

de comida particularmente desagradable; le sorprendía lo mucho que podía cambiar la gente.

“¿Por qué dejaste sola a la consorte? ¿Ibas a buscarle la comida?” Preguntó Jinshi. No había amabilidad en su voz, pero tampoco su tono era frío.

Su conducta ecuánime pareció ayudar a la dama de compañía a controlarse. “Últimamente mi señora ha estado muy deprimida. Parecía débil, quizá porque no puede salir de sus aposentos y no tiene forma de respirar aire fresco. Creo que hoy ha llegado al límite. Me ha expulsado de su habitación; parece que no se fía de nadie.”

“¿Así que te fuiste hasta que se controló?”

“Sí, señor. Necesitaba cambiarme... Aunque ahora parece que tendré que volver a hacerlo.” Se miró la falda sucia.

Jinshi asintió y se dirigió hacia la puerta.

“Voy contigo.” Dijo Basen, y empezó a ir tras él, pero el otro hombre sólo le miró.

“No hay necesidad de que vengas. No es tu trabajo.”

Basen frunció el ceño y apretó los puños.

No se equivoca, pensó Maomao. A diferencia de Jinshi, que conocía personalmente a la Consorte Lishu por trabajar en el palacio posterior, Basen se había limitado a acompañarla en su viaje hacia el

oeste. Por mucho que sintiera algo por ella, tratar con ella no era asunto suyo.

“Pero...” Empezó, con cara de dolor.

“Eres mi ayudante. Entiendes lo que eso significa, ¿verdad?”

Basen no dijo nada.

“Plantéate el peor escenario posible y prepárate para él. Eres el único que puede.” Con eso, Jinshi desapareció en la torre.

Realmente confía en este tipo. No sabía si Jinshi estaba tomando la mejor decisión o no, pero sabía que era una decisión difícil... y también veía que tenía que hacer lo que pudiera para ayudar.

Basen se quedó pensativo un momento, luego llamó a uno de los oficiales y empezó a dar instrucciones. Creyó que había dicho algo sobre reunir todas las mantas y colchones que pudieran encontrar, pero Lishu estaba demasiado arriba para que eso sirviera de algo.

Mientras tanto, Maomao hizo lo que sólo Maomao podía hacer. “¿Mostró la Consorte Lishu algún otro comportamiento inusual?” Preguntó, frotando la espalda de la dama de compañía. Maomao había observado el arañazo en la mejilla de la mujer y se preguntó si Lishu habría tenido algún tipo de ataque. Normalmente era muy dócil, pero si se sentía tan paranoica, no habría sido sorprendente.

“No sé si diría inusual, pero últimamente parecía especialmente interesada en el techo. Creo que le molestaba algún agujero en la carpintería.”

¿Estaba pensando en algo del piso de arriba? ¿Explicaría eso por qué había subido al último piso?

“Creo que había alguien en el nivel superior al nuestro. A veces había un olor extraño en nuestra habitación, y creo que venía de ahí arriba.”

“¿Un olor extraño?”

“Sí... Era como un perfume, pero no era nada que hubiera oído antes. No me gustaba mucho, pero parecía agradar a la consorte. Pasaba mucho tiempo sentada donde más se notaba.”

Maomao ladeó la cabeza y esta vez se dirigió a uno de los guardias. “¿Había alguien más en esa torre?” Preguntó.

Los guardias se miraron entre sí, con cara de asombro. Sus caras comunicaban que sabían algo, pero no podían decir qué.

“¿Había *alguien más*?” Preguntó Maomao, pero la respuesta llegó de una fuente inesperada.

“Había no. Hay.” Un hombre con gafas, ábaco y cabello despeinado se acercó trotando a la conversación. “Aunque pedí que si metían a alguien más en esa torre, mantuvieran a ambas personas lo más alejadas posible.” Era Lahan, con una reprimenda implícita para los guardias.

“Disculpas, señor. La torre es vieja... Los pisos superiores no parecían estar en un estado utilizable.”

“Bueno, ciertamente no pensé que nadie más terminaría allí. Y definitivamente no un consorte.”

“¿De qué estás hablando?” Dijo Maomao.

“Sólo lo que pedí que se hiciera. Para que no se convirtiera en un incidente diplomático.”

“¿Incidente diplomático?” Maomao no *lo entendió* en absoluto. ¿Qué tenía eso que ver?

“Te dije que deberías haber venido a mi encuentro con esa belleza occidental. Ella me pidió esto.”

“Esta belleza occidental tuya... ¿te refieres a la enviada especial?!”

“Baja la voz.” Dijo Lahan, tapándole la boca a Maomao con una mano.

Los guardias no parecían haberlo oído, pero la dama de compañía de Lishu reaccionó. “La enviada especial... Sí, ¡eso me recuerda!”

“¿Qué pasa?” Preguntó Maomao.

“Me preguntaste si había pasado algo inusual con Lady Lishu. Y acabo de recordar...”

“¡¿Sí?! ¡¿Qué?!” Maomao agarró a la mujer por los hombros, casi zarandeándola.

“Una de las damas de compañía soltó un pájaro. Un pájaro blanco que conseguimos de la enviada.”

“¿Un pájaro? ¿Qué ha pasado con el espejo?” Maomao había tenido la impresión de que los enviados habían regalado grandes espejos a cada una de las altas consortes; ¿acaso Lishu no había recibido uno?

“Recibimos un espejo, pero a la Consorte Lishu también le dieron un par de aves de apareamiento, por ser la más joven. Los enviados pensaron que quizás se sentiría sola, tan lejos de sus padres.”

“¿Y pensaron que los pájaros ayudarían?”

“Supongo que sí. Pero Lady Lishu empieza a estornudar cada vez que toca el pelaje o las plumas de un animal, así que no los veía mucho. Se sentía mal por no poder cuidarlos adecuadamente, y se los dio a una de las criadas. Al tiempo, mientras Lady Lishu estaba fuera, la mujer soltó al pájaro. De hecho... me temo que dejó ir a los dos.”

Los pájaros... ¿Los dejó ir? Maomao sintió que las piezas estaban a punto de encajar. Buscó desesperadamente en su memoria, tratando de averiguar por qué esto parecía tan importante. *¿Podría ser...?*

“Estos pájaros no eran palomas, ¿verdad?”

“Puede que lo fueran. En realidad nunca los vi, así que no estoy segura, pero los oí arrullar, creo.”

Las palomas sabían cómo volver a sus casas. La página que Lishu había copiado de la novela estaba enrollada como un cordel. ¿Y si se hubiera atado a la pata de una paloma?

También había algo más. “En el banquete para los enviados el verano pasado, ¿no había alguien hablando contigo? No una de las enviadas, sino uno de sus sirvientes.”

“Ahora que lo mencionas...”

Entre las damas de compañía, alguien había dicho algo así como: “*¡Los caballeros del oeste son generosos y muy guapos!*”

No puedo creer que me lo haya perdido, pensó Maomao. Estaba segura de que la caravana visitante había vendido el libro. Tenía sentido: alguien del oeste habría podido hacerse con la traducción antes que los de la capital.

Pero los enviados habían venido al banquete específicamente para presentarse ante el Emperador y su hermano menor. Por supuesto, primero sondearían a las mujeres de palacio, tratando de obtener toda la información que pudieran. Y naturalmente irían tras la persona que pareciera más vulnerable. Si habían decidido, durante su reconocimiento, que Lishu sería la consorte más fácil de manipular, eso explicaría sin duda por qué se habían fijado en ella después de eso.

¡Nos la han jugado! Debería haberse dado cuenta, sobre todo después de que uno de los enviados resultara estar involucrado con el Clan Shi y se las hubiera arreglado para parecer perfectamente inocente al respecto.

Pero no era el momento de lamentarse. “Muy bien, Lahan. ¿Quién está en esa torre?”

En respuesta, Lahan se inclinó hacia Maomao y le susurró un nombre. Cuando ella lo oyó, inmediatamente le entró un sudor húmedo.

La Inmortal Blanca.

De todas las personas que podrían haber sido... Eso hizo que Maomao sintiera aún más curiosidad por el extraño olor que había entrado en los aposentos de la consorte. Con todo lo que la Dama Blanca sabía sobre drogas, era muy posible que hubiera mezclado algo en algún incienso que pudiera entorpecer el juicio de Lishu.

Maomao pasó junto a Lahan y se dirigió a la torre. No vio ni rastro de Basen. Debía de haberse tomado al pie de la letra la advertencia de Jinshi de prepararse para lo peor. De todos modos, ahora no tenía tiempo de preocuparse por él. Tenía que ir a ver qué pasaba exactamente con la Consorte Lishu.

Se escabulló entre los sorprendidos guardias y entró en la torre. Pasillo, escaleras, pasillo, escaleras. La cabeza le daba vueltas. Sólo supo que había llegado al último piso porque encontró allí a varios hombres.

Jinshi estaba de pie frente a una puerta abierta, más allá de la cual había un balcón donde Lishu estaba de pie, con los ojos desenfocados. Jinshi le hablaba con calma. El balcón se estaba cayendo a pedazos; Lishu era lo bastante ligera como para que pudiera sostenerse, pero si Jinshi intentaba salir por allí, su pie podría atravesar limpiamente el

suelo. Obviamente, esperaba poder convencerla de que volviera al edificio, pero no parecía que la cosa fuera muy bien.

“No te muevas... Aléjate...” Lishu estaba diciendo. ¿Qué estaba mirando? Movía un poco la cabeza, con la cara contorsionada por el miedo. Un caballero hermoso y muy querido estaba de pie ante ella, y sin embargo parecía tan agonizante como si contemplara un monstruo. Sus ojos estaban completamente ciegos a su belleza. Ella estaba viendo algo más, algo fantástico.

“Consorte...” Dijo Jinshi con suavidad, tratando de no alterarla aún más. Tenía la idea correcta: si podía seguir hablándole hasta que recuperara el sentido, quizá lo consiguiera.

Maomao permaneció en silencio detrás de Jinshi. Sería arriesgado que el joven saliera al balcón; si querían acercarse a Lishu, Maomao sería la mejor opción.

“Iré.” Dijo.

“¡Eh, espera!” Dijo Jinshi, pero ella le apartó la mano. Francamente, no *quería* hacerlo. ¿Y si su pie hacía un agujero en el suelo? ¿Qué hacía la consorte aquí arriba?

Esa era sólo una de las muchas preguntas amargas que se le ocurrieron a Maomao, pero, como una idiota, siguió adelante, sin importarle las consecuencias. Se había subido a este barco y lo iba a recorrer hasta el final. Un pensamiento crecía irresistiblemente en su

mente: ahora que había llegado tan lejos, iba a ayudar a la Consorte Lishu.

“Consorte.” Dijo. “Lady Ah-Duo te está esperando.”

Fue una elección juiciosa: mencionar a su familia aquí y ahora habría tenido casi con toda seguridad el efecto contrario al deseado, y ni siquiera la presencia de Jinshi había hecho que Lishu volviera a ellos. En su lugar, Maomao invocó el nombre de la persona en la que la consorte más confiaba en ese momento.

Su elección le valió un respingo a la consorte. “¿Lady... Ah-Duo...?” No parecía temer ese nombre.

“Sí. Ella estará aquí pronto. Necesitas cambiarte antes de que llegue.”

Maomao tuvo cuidado de no decirle específicamente a Lishu que volviera con ellos. Sólo necesitaba que la consorte se moviera hacia ella en el balcón. Que mantuviese la calma y comenzara a moverse...

Pero nunca es tan sencillo.

Un aroma agridulce llegó a la nariz de Maomao. Algo pasó junto a ella sin que se oyeran sus pasos, parecía tan parte del mundo natural que nadie reaccionó al principio. La Dama Blanca les pasó tan desapercibida como una brisa.

Jinshi fue el primero en darse cuenta de su presencia; se movió para interceptarla, pero...

“¡Gajajajajajajaja!”

Se oyó una risa estridente y penetrante. Eso fue todo lo que hizo: reír. Con sus ojos rojos casi cerrados, su voz era como la de un animal salvaje. A Maomao se le puso la piel de gallina. Estiró la mano por reflejo hacia la Consorte Lishu, pero llegó demasiado tarde.

En su estado actual, la risa fue suficiente para agitar a Lishu. Se le torció la cara y cayó de espaldas contra la barandilla. Las carcajadas de la mujer debían de aterrorizarla.

La podrida barandilla ni siquiera fue capaz de soportar el modesto peso de Lishu, que cayó de espaldas al vacío.

Maomao se precipitó por el balcón, pero las tablas del suelo cedieron y ella también empezó a caer. Justo cuando esperaba sentir una ráfaga de viento contra su cuerpo, sintió una presión en el vientre.

“¡Noooo!” Jinshi la atrapó en el último segundo.

Él la atrapó, pero ella fue incapaz de atrapar a Lishu. La mano de Maomao estaba vacía, y Lishu había desaparecido.



Así acabó todo.

Lishu sonrió. Su cuerpo caía por el espacio. Pronto chocaría contra el suelo y entraría en un sueño del que nunca despertaría.

Su entorno, que le había parecido tan borroso, de repente era nítido y claro. Pudo ver el balcón derrumbándose, y a la apotecaria, la que

normalmente actuaba con tanta indiferencia. Ah... Le había parecido que alguien le hablaba. Debía de ser la apotecaria.

Lishu cayó, no querida por nadie, innecesaria. Sólo estorbaba, así que tal vez sería mejor que no estuviera. Ya no la ridiculizarían, ni se reirían de ella, ni la ignorarían. Nadie la miraría con crueldad en su sonrisa. Pero el viaje a tierra parecía estar durando mucho, tanto que se preguntó si realmente le habían crecido alas y había volado como un pájaro. No, mejor prescindir de esas fantasías. Sólo hacían más difícil soportar la vuelta a la realidad.

Cerró los ojos, preparándose para acoger el final, cuando oyó una voz.

“¡Consorte!”

Le sonaba familiar. ¿De quién era? Sin quererlo, miró hacia la voz.

Vio a un hombre de pie sobre los tejados de varios niveles. Había crecido, pero aún no lo suficiente como para tener barba o bigote. Las líneas sensibles de su rostro despertaron algo en su memoria.

Era el joven que la había salvado del león en el banquete de la capital occidental. Nunca había tenido ocasión de agradecersele. Lo había pensado varias veces, pero nunca lo había conseguido, así que tenía la intención de enviarle una carta. Ahora que lo pensaba, se alegraba de no haberlo hecho. Se habría sentido mal si las feas sospechas que la rodeaban también le hubieran envuelto a él.

Sin embargo, deseó —ahora que era demasiado tarde— haber podido decirle al menos lo agradecida que estaba. Abrió la boca. Él nunca podría oírla, pero pensó que al menos podría comunicarle esa simple palabra: “Gracias.”

Pero antes de que pudiera mover los labios, el joven hizo algo increíble. Empezó a correr por el tejado, las tejas viejas se rompían bajo sus pies y algunos trozos salían despedidos. A pesar del equilibrio, o de la falta de él, el joven saltó. Voló por el aire y agarró a Lishu.

¿Qué hacía?

Tal vez estaba un poco tocado de la cabeza. Después de todo, nadie podría sobrevivir a una caída desde esta altura. Ni siquiera un soldado entrenado, y mucho menos uno que soportara el peso de una persona más. Sin embargo, abrazó con fuerza a Lishu.

¿Por qué iba a abrazarla, a aferrarse a una joven despreciable? No tenía sentido; sólo conduciría a la muerte de ambos. Deseó que no lo hiciera. ¿Por qué lo hacía?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero el joven, aparentemente ajeno a cómo se sentía Lishu, sonrió torpemente.

Y entonces se oyó un tremendo *tump*. La pierna izquierda del joven se enganchó en el tejado, pero sólo durante un segundo, y luego volvieron a caer, con la pierna torcida en un ángulo extraño.

“Dete—” dijo Lishu, pero antes de que la palabra *Detente* saliera de su boca, el joven había pateado el siguiente tejado con su pierna

derecha, que aún funcionaba. La fuerza de la patada debió de ser inmensa, porque Lishu vio cómo se desprendían algunas tejas.

Las hojas crujieron al caer entre las ramas. Lishu percibió el olor a follaje fresco. Se habían dejado caer entre los enormes árboles que rodeaban la torre. El joven sujetó a Lishu con una mano y se agarró a una rama con la otra. Sin embargo, el impulso combinado de ambas le frustró y perdió el agarre. Chaqueó su lengua mientras sus uñas se arrastraban por el lateral del tronco.

Su caída se detuvo con otro gran golpe. Hubo impacto, pero no dolor. En realidad, Lishu no se había golpeado contra el suelo, sino que el joven estaba debajo de ella, protegiéndola, y debajo de él había una pila de colchones. Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que parecía haber colchones por todas partes.

Las dos piernas del joven estaban rotas, mientras que las uñas de su mano izquierda habían sido arrancadas y sus dedos sangraban. Y aunque pudieron caer sobre algunos colchones, no fue suficiente para evitar que el joven se hiciera daño en la espalda en el aterrizaje.

Estaba hecho polvo, pero seguía luciendo la misma sonrisa torpe.

“¿Por qué?” Dijo Lishu. No fue capaz de formular la pregunta completa: ¿Por qué la había salvado? ¿Por qué no la había dejado morir? No sabía qué hacer con alguien que había maltratado su propio cuerpo para protegerla.

La mano derecha del joven, la única parte de él que no estaba herida, temblaba por alguna razón. Se apartó lentamente, soltándola. “¿Está herida, milady?” Preguntó.

“¿*Por qué?*”

Seguía sin poder articular más palabras. Las lágrimas nublaron sus ojos y su visión se llenó del rostro borroso y sonriente del joven.

“¿Te duele algo?” Preguntó.

¡No! No, no lloraba por eso. Sacudió la cabeza.

“Debo disculparme por presentarme ante usted en un estado tan sucio. Era una emergencia.”

¡No! Eso no le importaba.

“Traté de tener cuidado de no usar demasiada fuerza. Sin embargo, si a pesar de todo te encuentras con moratones, no dudes en castigarme.”

Lishu se quedó sin habla. ¿Cómo podía decir algo así? Su brazo alrededor de ella había sido poderoso y suave. ¿Cómo podría castigarle por eso?

Un gemido se le escapó, provocando una mirada de alarma del joven. No, no, no debería preocuparse por ella. Debería estar pensando en su propio cuerpo roto.

“¿Por qué te molestas en rescatarme?” Finalmente Lishu preguntó. El Emperador seguramente desecharía a una consorte sospechosa de

infidelidad. Era inútil que el joven arriesgara su propia vida para salvarla.

“No debes menospreciarte tanto. Salvarte lo valía todo. Por eso lo hice.” Levantó su única mano buena y secó tímidamente las lágrimas de Lishu. “Quería que fueras feliz. Eso era todo. Quizá incluso ese deseo era demasiada ambición para un simple soldado.” Otra vez esa sonrisa.

Lishu torcía y abría la boca. Apenas llevaba maquillaje, tenía los ojos hinchados y la cara muy roja. Le avergonzaba que el joven la viera así, y su vergüenza sólo hizo que lo que hizo a continuación fuera aún más embarazoso.

Ella enterró la cara en su pecho.

“¿Lishu?! ¡Quiero decir, ¿Consorte?! ”

El joven estaba prácticamente aterrorizado; ella podía oír cómo su corazón latía con agitación en su pecho. Esto iba más allá de la vergüenza: tenía que alejarse de él antes de que alguien los viera, o esta vez sería sospechosa de ser infiel con este joven. Normalmente, hacer algo tan descabellado le habría acelerado el corazón y le habría subido la sangre a la cabeza.

Y, en efecto, su pulso iba muy rápido. Pero al mismo tiempo estaba tranquila, con la cara apoyada en el pecho del joven, que olía ligeramente a sudor, pero también a hojas frescas, a nuevo crecimiento.

Lishu deseaba fervientemente que este breve momento durara aunque sólo fuera un segundo más.

Epílogo

“Es una historia francamente ridícula, ¿verdad?” Dijo Maomao, hojeando la tragedia romántica que les había llegado de algún país lejano. Jinshi acababa de devolverle su copia original. (Bueno, su copia de la copia original).

“Estoy de acuerdo.” Jinshi, que había venido a devolver el libro, se apoyó en una estantería, mirando el cielo por la ventana.

El ambiente entre ellos era difícil de describir. Aunque ahora estaban solos, Jinshi no tenía nada de su reciente contundencia. Maomao sabía que había comprendido que no era el momento para ello.

La Consorte Lishu —o mejor dicho, la *antigua* Consorte Lishu— iba a volver a ser monja, por orden del propio Emperador.

“Sospecho que Su Majestad tenía esto en mente desde hace tiempo.” Dijo Jinshi.

La madre de Lishu era una vieja conocida tanto del Emperador como de Ah-Duo. Su Majestad debía de ver a Lishu como algo parecido a una hija. Por eso la había llamado al palacio posterior, con la esperanza de que, de algún modo, pudiera ser feliz.

Sin embargo, el mundo nunca fue tan generoso y su intento de hacerla feliz resultó contraproducente. Lishu se vio acosada por su

hermanastra y sus propias damas de compañía, y en última instancia, gracias a su posición como alta consorte, incluso vio amenazada su vida. Encerrarla en la torre de la prisión había sido un acto de misericordia por parte del Emperador, un intento de protegerla del peligro real de un intento de asesinato. La antigua dama de compañía de Lishu había estado, en términos sencillos, tratando de conseguirse una nueva señora. Lo más probable es que ya hubiera estado en contacto con el emisario de Occidente, a través de las palomas, porque creía que no podía esperar ascender más en el mundo bajo el mando de Lishu. La “carta de amor” había estado entre sus comunicaciones.

El hecho de que Lishu hubiera acabado encarcelada con la Dama Blanca sólo podía calificarse de mala suerte. Tal vez realmente había nacido bajo una mala estrella.

En la torre, Lishu había visto cosas extrañas, causadas por aquel incienso dulce y amargo, el mismo olor que había salido de la Dama Blanca. No había llamado la atención cuando habían registrado a la Dama antes de meterla en la torre, pero cuando Maomao la examinó personalmente, encontró un cordel atado a uno de los dientes de la mujer. La Dama Blanca intentó arrancárselo de un mordisco, pero esto sólo hizo que todos sintieran más curiosidad por saber qué era lo que tenía atado. Cuando tiraron de él, descubrieron una pequeña bolsita de incienso. Era una mujer dispuesta a beber azogue; ¿por qué no iba a esconder incienso en el estómago?

Si Lishu hubiera seguido inhalándolo, podría haber sido peligroso, pero Luomen (¡un oficial médico!) dijo que, dado que ya había dejado inhalarlo, no había de qué preocuparse. El hecho de que Lishu estuviera hecha de tal manera que esos fármacos fueran especialmente eficaces en ella no era más que otro golpe de mala suerte.

“No se puede permitir que una consorte cause tal conmoción.” Ninguna consorte podía ser la causante de semejante alboroto y salir totalmente indemne: de ahí el convento. Sin embargo, antes de emitir su juicio, el Emperador había convocado a Maomao y le había hecho dos preguntas:

“¿Cuál es la vida de un rumor?”

Ella había respondido que eran setenta y cinco días, aunque él negó con la cabeza e insistió en que eso no bastaría para salvar la cara. Entonces preguntó:

“Si hubiera un hombre adecuado para Lishu, ¿qué clase de hombre sería?”

Prácticamente sonaba como un padre que busca un buen partido para su hija. Así actuaba con Lishu, la hija de otro hombre; Maomao sólo podía imaginar cómo sería cuando llegara el momento de encontrar pareja para su propia descendiente, la Princesa Lingli. Maomao sabía que la muchacha era la niña de sus ojos.

Por un segundo, pensó en el hombre con una cicatriz en la mejilla derecha, pero decidió no decirlo en voz alta. Olvídate del estrangulamiento; podrían cortarle la cabeza.

“Me temo que no es una pregunta que pueda responder, señor, pero tal vez podría considerar que el hombre que se rompió ambas piernas, se arrancó todas las uñas de una mano y se dislocó el hombro para salvarla merece una recompensa.”

De hecho, fue Basen quien más había sufrido en el presente incidente. Sin él, Lishu probablemente habría acabado como un caqui reventado. Basen, comprendiendo que unos cuantos colchones no iban a ser suficientes para ayudar a la joven que caía en picado, había improvisado un enfoque diferente. En lugar de colocar todos los colchones en el mismo sitio, los había esparcido por la zona en la que probablemente aterrizaría la joven, y luego había cargado con todo el impacto que los colchones no podían absorber. ¡Y Maomao había pensado que Jinshi era masoquista! Jinshi afirmaba que Basen no sentía el dolor tan agudamente como otras personas, pero aun así...

Lo único que podía decir con seguridad era que no podía imaginar a nadie más que pudiera haber salvado a Lishu en ese momento. Podía imaginarse las palabras de las cortesanas del distrito del placer si les contaba esto: “¡Es el destino!” Exclamarían con los ojos brillantes.

Y luego estaba Lishu, a quien Maomao siempre había tenido por tímida y retraída con los hombres, pero que había enterrado la cara en el pecho de Basen y llorado. Maomao no era tan inculta como para no

entender lo que eso significaba. Jinshi había apartado rápidamente a todo el mundo y había esperado amablemente a que Lishu terminara de llorar. Eso había retrasado a Maomao en el tratamiento de Basen, pero probablemente el joven no se había mostrado del todo descontento con la situación.

Se declaró que Lishu pasaría un año en el convento, tras lo cual regresaría a su hogar y a su familia, despojada de su título de consorte. Sin embargo, su familia no sería castigada.

En cuanto a Basen, se le concedería *cualquier cosa* (se subrayó) que deseara. Ya fuera un objeto o una persona, siempre que el Emperador pudiera concedérselo, lo tendría. El Emperador le aconsejó que no se precipitara. Basen podía esperar hasta un año para decir lo que quería.

Maomao sonrió con cierta amargura: aquel joven y aquella joven se habían enamorado a primera vista, pero habían descubierto que el amor verdadero nunca iba tan bien como en los cuentos. Pero aun así, no era un mal resultado.

Después de todo esto, Maomao releyó de nuevo el trágico romance, pero seguía sin tener ningún sentido para ella.

Sin embargo, no todo se resolvió tan limpiamente. La emisaria del oeste solicitó la custodia de la Dama Blanca, que había sido detenida como criminal. ¿Su razonamiento? “Porque era una de las agentes de Ayla.”

Ayla: la otra emisaria, la que había estado involucrada en la venta de armas de fuego feifa al Clan Shi. La mujer que, de algún modo, parecía seguir causándoles problemas incluso ahora.

Eso no fue todo, pues la emisaria pidió algo aún más audaz: antes había acorralado a Lahan para que le prestara ayuda o le diera asilo, y ahora, sorprendentemente, presionaba para lo segundo. Esto debió de sorprender a Lahan, que había estado ocupado con su cultivo de batatas. Es más, la emisaria tuvo una idea asombrosa sobre cómo debía efectuarse el asilo: solicitó entrar en el palacio posterior. “No necesito ser una alta consorte.” Había dicho. “Incluso el estatus de consorte media sería suficiente.” Hay que admitir que sería una forma menos llamativa de hacerla entrar en el país que declarar específicamente que se le concedía asilo.

Una cosa que no sé es cuánto de lo que ha dicho es cierto, pensó Maomao. Quería olvidarse de todo y echarse una siesta, pero mientras Jinshi estuviera allí, no podría hacerlo. Deseó que se diera prisa y se fuera a casa.

Por su parte, Jinshi no parecía especialmente interesado en marcharse. Puede que no fuera muy franco, pero parecía tener muchas cosas en la cabeza.

“¿Qué es esto?” Preguntó, sujetando una excusa bastante lamentable para un libro. Parecía desconcertarle incluso a él, con sus páginas de caracteres que parecían lombrices secas.

“¿Qué te parece?” Dijo Maomao.

“¿Es... Go?” Dijo, mirando las filas desordenadas de círculos blancos y negros. “No me digas... ¿del honorable estratega?”

“Sí, señor.”

Lahan se lo había endilgado a cambio de la información sobre la emisaria, suponiendo que debía de conocer a alguien en la imprenta.

Aunque ni idea de si lo querrían en alguna parte. No después de haber comprado el libro que pensaban utilizar como fuente de impresión. Incluso si aceptaban el trabajo, primero tendrían que ser capaces de leer el texto; ese parecía el mayor obstáculo. En condiciones normales, se habría limitado a arrojárselo a la cara a Lahan, pero, para su propia sorpresa, aceptó el triste librito.

Jinshi también parecía bastante sorprendido. Maomao resopló como diciendo que *no le hiciera caso* y miró su colada, que se negaba a secarse aquí en la estación lluviosa.

¿Cuánto tiempo podría durar esta conversación? Deseaba que siguiera así. También esperaba que no volviera a hacerle cosquillas en la planta del pie. Tuvo cuidado de sentarse sobre sus pies para que Jinshi no pudiera verlos.

Él pareció intuir lo que ella pensaba, pues sonrió con indulgencia. Realmente sabía cómo molestarla. Ella le estaba lanzando su más feroz mirada de “*¡Vete a casa!*” cuando se abrió la puerta.

“Oh, hola, señor.” Era Chou-u. Jinshi simplemente asintió y levantó una mano en señal de saludo.

Chou-u entró trotando en la tienda, ignorando lo estrecha que era con tres personas dentro. Maomao se preguntaba qué podría estar tramando, cuando le pasó un dedo por la espalda, poniéndole la carne de gallina por todo el cuerpo. “¿Quiere saber una cosa, señor? Pecas no soporta que le pases el dedo por la espalda. Es divertidísimo.”

Maomao, preguntándose por qué demonios Chou-u sacaría a colación algo así en un momento como este, levantó una mano para darle un codazo en la cabeza.

Jinshi, sin embargo, dijo: “¿Ah, sí?” Y sonrió. Luego sacó su monedero y puso en la mano de Chou-u una gorda pieza de plata, mucho más de lo que cualquier niño necesitaba como dinero de bolsillo.

“¿Eh? ¿De qué se trata, señor? ¿Qué está pasando?” Preguntó Chou-u.

“Oh, me gustaría que me hicieras un pequeño recado. Tómate tu tiempo.”

Los ojos de Maomao se volvieron puntos.

“¡Vaya! ¡Eres el mejor, señor!”

“Sí... tómate todo el tiempo que quieras.”

“¡Chou-u!” Exclamó Maomao, pero el mocosito salió de la tienda como diciendo que su trabajo aquí había terminado. Se levantó de un salto para seguirle, pero sintió un hormigueo a lo largo de la columna vertebral.

“A-Amo Jinshi...”

“¡Bueno, lo que es la vida! Realmente funciona.” Sonreía triunfante. “Y aún no he terminado de devolverte el favor.”

Ningún joven había parecido tan travieso como él en ese momento.



Extra:

Notas Adicionales del Traductor (al Inglés)

El Diario del *Diario de la Apotecaria*

Vol. 6

Todo en Buen Juego de Palabras

A lo largo de estas notas hemos analizado el proceso de traducción y nos hemos preguntado en qué consiste una buena traducción. Como he sugerido, en términos generales, una traducción satisfactoria es aquella que recrea la experiencia de lectura del texto original en la lengua de destino. Desde este punto de vista, la traducción rara vez es más difícil —o más interesante— que cuando hay juegos de palabras.

Como ejemplo, veamos la conversación entre Jinshi y Basen del prólogo de este volumen. La conversación se divide esencialmente en tres “fases”, cada una de las cuales gira en torno a una palabra ambigua diferente.

I.

“¿Sí, Amo Jinshi?” Respondió Basen, usando el nombre supuesto de Jinshi. Eso era lo más fácil para Jinshi. Si Basen no iba a llamarlo por

su verdadero nombre, como cuando eran niños, entonces esto era lo mejor.

“¿Alguna vez has conseguido convencer a alguien?”

Francamente, Basen no era una buena opción para hablar de esos temas, pero Jinshi no buscaba una respuesta seria. Podía responder a sus propias preguntas; sólo quería hablar en voz alta para no quedarse sentado con la mente dando vueltas en círculos. Basen no necesitaba entender exactamente lo que Jinshi quería decir; le bastaba con ofrecer un sí o un no o un gruñido aquí o allá.

En la primera parte de la conversación, Jinshi le pregunta a Basen: “*¿Kake-hiki ga umaku itta koto wa aru ka?*” o, literalmente, “¿Tienes la experiencia de que *el kake-hiki* vaya bien?” Si buscas *kake-hiki* en el diccionario, probablemente encontrarás una definición como *negociaciones* o quizás *discusiones*. Esas dos palabras por sí solas deberían sugerir la gama de significados que puede abarcar este término. En lo que nos concierne, esas negociaciones pueden ser políticas o románticas. Parece que Jinshi está pensando en “negociaciones” con una dama en particular, pero Basen no está seguro de si se refiere a sus posibles clientes o a uno de los asuntos políticos de los que tiene que ocuparse en la capital occidental.

Cuando te enfrentas a una situación como esta, como traductor, empiezas a intentar pensar en expresiones que tengan un rango útil en la lengua de destino. Así, por ejemplo, podría empezar con

negociaciones (“¿Alguna vez has conseguido que las negociaciones funcionen?”), pero fuera de algunas circunstancias muy específicas, como quizá un partido en el que interviene un intermediario o un casamentero, *las negociaciones* no suelen tener un aspecto romántico. Una palabra como *conversaciones* tiene un problema similar. Entonces empiezo a pensar en *las maniobras* —*kake-hiki*—, que pueden ser tanto honestas como un poco turbias, pero también en este caso el lado romántico de la palabra es un poco confuso. Parte de la gracia de esta escena es que tanto Jinshi como Basen creen tener muy claro lo que dice la otra persona, así que necesitamos palabras que parezcan naturales desde la perspectiva de cada personaje, pero que estén sujetas a ambigüedades o malinterpretaciones inesperadas.

Para esta primera parte de la conversación, Sasha y yo acabamos utilizando la expresión “*ganarse a alguien*”. Puede que no tenga un aspecto explícitamente romántico, pero si Jinshi está pensando en Maomao y se pregunta cómo puede convencerla para que acepte su propuesta, bien podría hablar en términos de ganarse a alguien.

II.

“Eh, ¿cómo es eso, señor? Ha hablado con tanta gente desde que llegamos que no sé a quién podría referirse...”

Era cierto: muchas mujeres habían hablado con Jinshi desde su llegada a la capital occidental. ¿Cuántas? Uno no querría decirlo.

“No tienes que terminar ese pensamiento.” Dijo Jinshi.

[...]

“¿Qué provoca esto, Amo Jinshi? ¿Te ha pasado algo?”

“No. Es simplemente que hay alguien sobre quien me gustaría mucho triunfar.” Dijo Jinshi, aunque tuvo que esforzarse para que le salieran las palabras. No era ni de lejos lo bastante hábil como para manejar a “tantas” mujeres a la vez, y quería evitar inflar aún más la opinión que Basen tenía de sus habilidades.

Y continuó: “Me había hecho a la idea de que yo sabía jugar a este juego. Este alguien puede ser bastante elegante, pero en la práctica se supone que yo soy el superior... y quizá confié demasiado en ello. Esa ilusión se ha hecho añicos esta noche, y me ha dejado bastante patético.”

[...]

Basen le miraba con un deje de asombro. “Esta persona debe ser muy hábil, señor, para que usted diga eso.”

“Sí...” Al menos Basen no parecía darse cuenta de a quién se refería Jinshi. Menos mal. “Nos peleamos por algo sin importancia.” Dijo. “Yo empecé la pelea... y la perdí.”

La segunda parte de la conversación, que comienza con “Eh, ¿cómo es eso, señor?” gira en torno a la palabra *aite*. Se trata de un término

infame entre los traductores porque tiene un número aparentemente interminable de sinónimos potenciales en inglés, la mayoría de los cuales a menudo no suenan del todo bien. Representa un concepto relativamente sencillo que podríamos resumir como *otra parte*, alguien más implicado en una situación.

Por desgracia para nosotros, términos como *otro grupo* o *el otro grupo* sólo aparecen en inglés en la jerga jurídica, y rara vez son útiles en la traducción de ficción. Así que recurrimos a esa cornucopia de sinónimos: *aite* puede traducirse como *oponente*, *compañero*, *amigo*, *la otra persona*, *el otro tipo*, *el otro jugador*, y muchos más, dependiendo del contexto. Quizá lo más importante para este pasaje sea que *aite* puede referirse a una pareja romántica. Así, cuando Jinshi dice “Hay un *aite* al que me gustaría mucho vencer” (“*Doushitemo kachitai aite ga dekita*”), tiene claro que se refiere a alguien a quien quiere derrotar en el juego del amor. Basen, sin embargo, entiende el término en el sentido de oponente o incluso rival romántico, una impresión fomentada en parte por el uso que hace Jinshi de un lenguaje agresivo, incluso marcial, para describir la relación.

En este caso, la solución resultó ser una de “menos es más”. Como Jinshi habla de *triunfar* (*katsu*, aquí conjugado en la forma *-tai* que muestra un deseo, significa *ganar o alcanzar la victoria*), supusimos que la noción de una persona o fuerza contraria ya estaba implícita. En lugar de restringirnos a una traducción de *aite* que lo hiciera explícito,

como *oponente*, simplemente optamos por *alguien sobre quien deseo triunfar* y dejamos que el verbo hiciera el trabajo pesado. En el resto del pasaje, evitamos los pronombres (“esta persona”... “se supone que yo soy el superior”) para que Basen no se diera cuenta de que Jinshi no tenía en mente un *aite* masculino.

III.

Basen pareció desconcertado durante un segundo, pero luego dijo: “¡Ah!” Como si todo tuviera sentido para él. “¿Ha perdido, señor? Ahh, así que a eso te refieres... ¿Un sparring, señor? ¡Qué grosero debe ser!”

Podía ser perspicaz en los momentos más sorprendentes. Quizá sonaría insultante sugerir que Jinshi se sobresaltó al darse cuenta de que Basen sabía lo que significaba realmente ser rivales en el amor. Pero ese Rikuson —así se llamaba, ¿verdad?— podía parecer sólo otra cara bonita, pero no había que subestimarlo. Era un subordinado directo del estratega, Lakan, pero no era él quien preocupaba a Jinshi.

Pero la conversación no ha terminado: el juego de palabras se complica aún más en un virtuoso tercer segmento que deja al lector riéndose a carcajadas y al atribulado equipo de traducción buscando cada vez más a fondo una solución. En la “fase” final de la

conversación (que comienza con “Ahh, así que eso te refieres”), la palabra en cuestión es *saya-ate*.

Saya-ate significa literalmente *choque de vainas*; el término tiene su origen en la época en la que dos samuráis se enzarzaban en una discusión porque los extremos de las vainas de sus espadas chocaban entre sí. A partir de este trasfondo, la palabra pasó a significar *una discusión por algo trivial*, y nuestra lectura es que a Basen se le ocurre la expresión porque Jinshi acaba de mencionar una pelea por “algo menor” (*sasai na koto*).

Sin embargo, hoy en día el significado principal de *saya-ate* es en realidad *un rival romántico*, y este es el sentido en el que Jinshi parece tomarlo. Le impresiona que Basen conozca siquiera el significado de la palabra, pero da la casualidad de que cada uno tiene en mente un significado distinto. Obviamente, traducir *saya-ate* como algo así como rival *romántico* en la frase de Basen sería incorrecto, porque no es eso lo que quiere decir y, de todos modos, socavaría la confusión y el humor del momento.

En parte por asociación con el lenguaje marcial de la parte inmediatamente anterior de la conversación, optamos por *un sparring*, ya que la expresión podría referirse a cualquier cosa, desde un compañero literal para participar en prácticas de combate físico hasta un amante con el que se tiene una riña.

Es esta serie sostenida de malentendidos la que lleva a los dos hombres a tener ideas diferentes de lo que Basen está ofreciendo cuando sugiere que podría “ayudar” a Jinshi. Toda la escena se desarrolla y culmina en ese momento cómico, por lo que una buena traducción debe establecer cómo Jinshi y Basen hablan el uno del otro de la misma forma que en el original. Como se desprende de este análisis, a menudo es posible evocar una experiencia equivalente en la lengua de llegada mediante una cuidadosa consideración de los sinónimos, pero también es necesario prestar atención a la fluidez general del texto.

Hablando de la fluidez general del texto, al tratarse de *El Diario de la Apotecaria*, el autor no se contenta con dejar esta retahíla de chistes al final del prólogo. Más adelante, cuando Basen y Maomao se encuentran en el capítulo 1, Basen comenta que Jinshi ha estado actuando de forma extraña y le pregunta si ella sabe si está involucrado en algún tipo de *shoubu-goto*. Esta palabra, que literalmente significa *competición*, suele ser sinónimo de *juego* (*kakegoto*). Sin embargo, algunos diccionarios de J>J la definen como “eventos que implican ganar y perder”, y nos parece probable que su frase sea una referencia al prólogo, es decir, que se esté preguntando si Maomao sabe algo sobre este misterioso *aite* con el que Jinshi está (según Basen) enzarzado en una batalla. Nuestra traducción final para esta línea, “¿Has oído algo sobre él... no sé, que esté bajo presión de alguien? ¿Algo?” adopta un enfoque algo amplio del juego de palabras, pero pensamos que esto daba la mayor latitud para la interpretación.

IV.

Para que no nos quedemos con la impresión de que cada juego de palabras en la traducción de J>E es una caja de acertijos que requiere interminables reflexiones y discusiones para desentrañarlos, permítanme destacar un chiste que ocurre en el capítulo 2. Cuando el tío de la “novia flotante” se sumerge en el lago y recoge un pez, dice: “¡Precioso! ¡Me encanta! Ojalá fuera un pargo, pero no me voy a poner a *pescar*.” En japonés, la frase es: “*Medetai, medetai. Kore ga tai de nai no ga zan’nen da.*” Literalmente, “Qué feliz ocasión, qué alegre ocasión. Es una verdadera lástima que no sea pargo rojo [*tai*].” Se trata de un juego de palabras al nivel de los chistes de papá que utiliza la palabra japonesa para “pargo rojo” a partir de las dos últimas sílabas de *medetai* (literalmente: *alegre*, una expresión de aprobación y felicidad). En inglés, “to carp about something/no me voy a poner a pescar” significa quejarse de algo... y hay carpas en el lago. Era un chiste que prácticamente se escribía solo. Es cierto que las correspondencias tan cercanas son escasas, pero existen y hay que aceptarlas con gratitud.

Con estos ejemplos de ambos extremos de la escala de dificultad, se puede ver que traducir humor, incluso humor basado en el lenguaje, puede ser difícil, pero no es en absoluto imposible. Hay que admitir que, cuando uno se encuentra con un plazo de entrega ajustado y se da de bruces contra este tipo de pasajes, puede surgir la tentación de

exclamar: “¿De verdad, señor *autor*? ¿Tenías que hacerlo?” Pero cuando das con una solución eficaz a este tipo de rompecabezas, es una de las verdaderas alegrías de la traducción. Con un poco de suerte, al menos consigues algo funcional y, si eres cuidadoso y tienes un poco de suerte, puede que incluso consigas algo lo bastante elegante como para hacer reír a un lector de la lengua de destino igual que a un lector del original. Son esos momentos sublimes, cuando un lector que no habla la lengua original es capaz de disfrutar de lo que hace el autor de una manera comparable a un lector del texto original, a los que aspiran los traductores; esos son los momentos que fomentan el verdadero placer y la verdadera comprensión.

Esperamos que haya disfrutado con este repaso a uno de los elementos más frustrantes y gratificantes de la traducción. Gracias por acompañarnos: diviértase, lea mucho y nos vemos en el próximo volumen.

Palabras del Traductor

Hola, es Ferindrad. Antes de expresar mi opinión hagamos lo acostumbrado, primero déjenme agradecer a GJD, es gracias a su persona que esta novela se está traduciendo, y también a quienes continuamente leen mis otras traducciones, a todos ustedes: Gracias. Espero seguir contando con su presencia.

Esta vez no tengo mucho que decir respecto al volumen más allá de pobre Linshu, la chica en verdad no dejaba de pasarlo mal. Por fortuna Basen llegó para que viese un poco de luz en su vida. Esperemos que la escritura del autor les sonría.

Cierto, esto es rápido. Sí me reí con el malentendido de Basen y Jinshi, así que buen trabajo, traductores al inglés.

Respecto a la frase que escribí aquí en el volumen pasado... sí, no fue lo que pensaba, pero es que el texto se prestaba para pensar eso, sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**La tristeza es un don del cielo; el
pesimismo es una enfermedad del espíritu.**

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

Sociólogo español.

(1840-1917)

